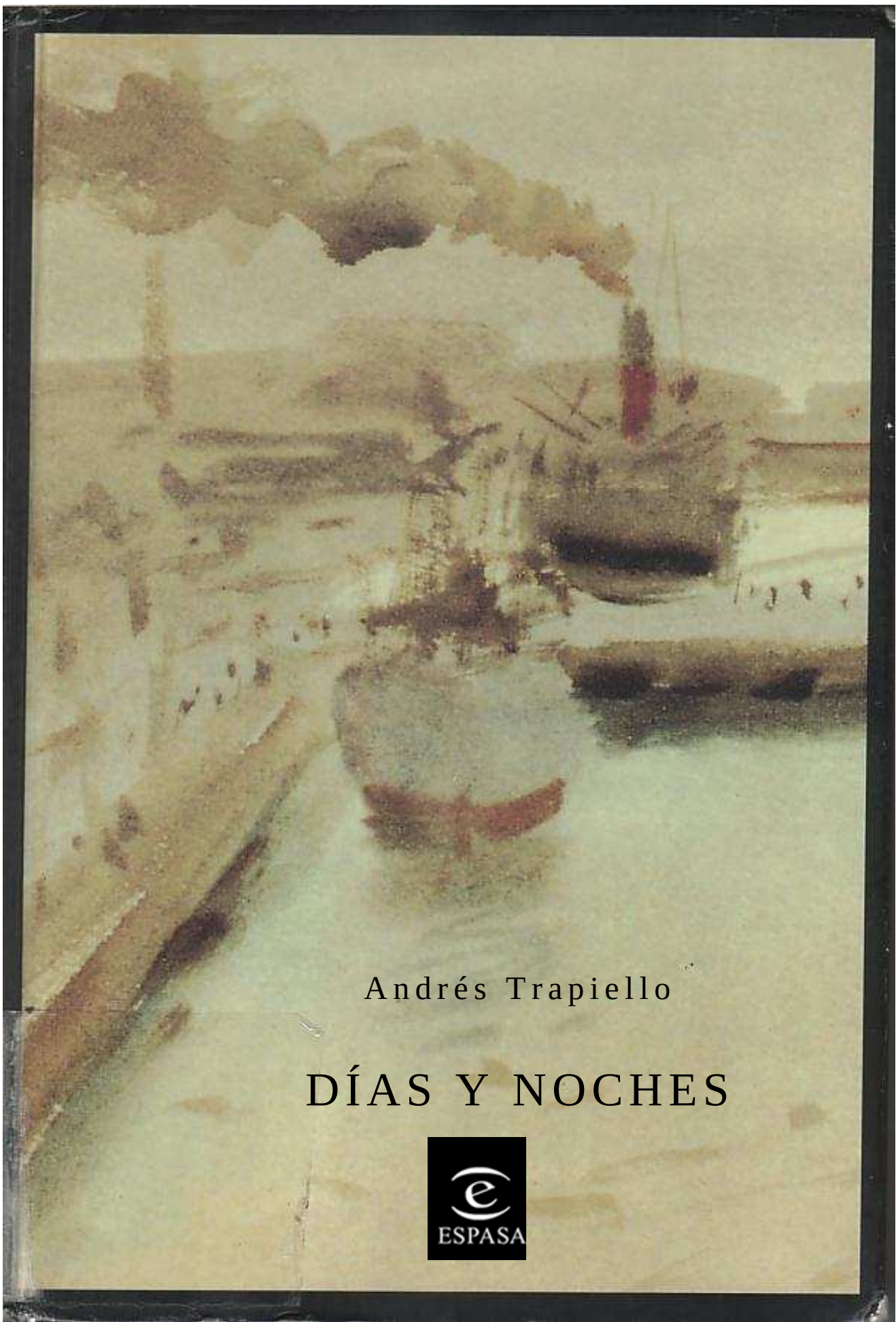




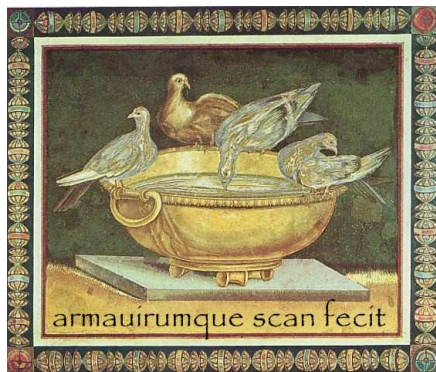
Andrés Trapiello

DÍAS Y NOCHES



Andrés Trapiello

DÍAS Y NOCHES



ESPASA NARRATIVA



© Andrés Trapiello, 2000
© Espasa Calpe, S. A., 2000

Primera edición: septiembre, 2000
Segunda edición: octubre, 2000

Diseño de la colección: Tasmanias
Ilustración de cubierta: Ramón Gaya, *Veracruz*, 1949 (detalle)
Foto del autor: Juan Ballester
Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín

Depósito legal: M. 41.105-2000
ISBN: 84-239-7983-0

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid

**Trapiello, Andrés**

Andrés Trapiello nace en Manzaneda de Torío (León) en 1953 y desde 1975 vive en Madrid. En la actualidad es escritor y colaborador en diversas publicaciones, además de novelista, poeta y ensayista. Como poeta ha publicado *Junto al agua* (1980), *Las tradiciones* (1982), *La vida fácil* (1985), *El mismo libro* (1989), una recopilación de toda su obra poética bajo el título *Las tradiciones* (1991) y *Acaso una verdad* (1993) *Para leer a Leopardi* (1995).

Sus novelas son *La tinta simpática* (1988), *El buque fantasma* (1992), *La malandanza* (1996). Y ya se han editado ocho tomos de su colección de diarios *Salón de los pasos perdidos: que se inauguró con El gato encerrado* (1990) y *Locuras sin fundamento* (1993).

Como ensayista, ha publicado *Las vidas de Cervantes* (1993), *Viajeros y estables* (1993) *Las armas y las letras* (1995), *Clásicos de traje gris* (1997) y *Los nietos del Cid. La nueva edad de oro (1898-1914)* (1997).

Ha preparado ediciones de Rafael Sánchez Mazas, Miguel de Unamuno, Manuel Machado, Ramón Gaya, Ramón Gómez de la Serna y José Gutiérrez Solana. Fue director de la editorial Trieste y de la colección *La Veleta*, de Granada.

DIAS Y NOCHES

Andrés Trapiello

I.S.B.N.: 84-239-7983-0

Editorial Espasa Calpe.

Colección Espasa narrativa

Madrid, 2000.

285 pág.

<http://www.trazegnies.arrakis.es/trapiello.html>

LOS TRANSTERRADOS

por Leopoldo de Trazegnies Granda

¿Por qué la lectura de la magnífica novela de Andrés Trapiello, *Días y noches* (Espasa Calpe, 2000) me deja un sabor raro en la mente y un recuerdo desagradable en la lengua? Para una experiencia similar me tengo que remontar a la naranjada de mi infancia que mi madre mezclaba con el purgante mensual para disimular su desagradable regusto.

Recurro a las hemerotecas en busca de una explicación. Descubro la ambigüedad de sus afirmaciones. En unas declaraciones recientes leo: "Antonio Machado está anticuado y ya no es un referente en la poesía actual española" (Diario de Sevilla, 26-10-2000). Y por otro le sorprende que se tenga que escoger entre los dos hermanos Machado. ¿Por qué? ¿Hay algo de malo en preferir a Antonio frente a Manuel? De la misma manera que se puede escoger entre García Lorca y Luis Rosales, o entre Alberti y Pemán, o entre Miguel Hernández y Dámaso Alonso, por ejemplo. ¿El autor prefiere hacer causa común para que nos quedemos con "los Machado", "la generación del 27", "la posguerra", como genéricos? Al no individualizar, se difumina la historia, porque todos sabemos, aún los que no habíamos nacido en 1939, que los Machado eran muy distintos entre sí, que a la generación del 27 sólo los agrupa una fotografía tomada en el Ateneo de Sevilla y que la posguerra no fue la misma para los vencedores que para los vencidos. Además, nuestras únicas fuentes de conocimiento son la palabra y la imagen, la palabra escrita, es decir la historia, novelada y cinematografiada, o no.

Cientos de miles de personas iniciaron el éxodo durante la Guerra Civil a través de los Pirineos. Desbordaron la frontera de Francia, por donde justamente salió el poeta, que ha dejado de ser un referente para los poetas actuales, con su anciana madre que creía que la llevaban a Sevilla.

Días y noches empieza al final de la contienda, cuando ya se sabe que está perdida y la frontera es un trasiego de gente que huye. Todo anuncia la derrota total, las tropas republicanas vagan por el norte de Aragón y Cataluña sin rumbo claro. Justo García, sargento de la 45 Compañía de la 31 División del Décimo Cuerpo de Ejército, nos narra en primera persona la aventura. Trapiello utiliza el manido recurso del hallazgo de un manuscrito (Cervantes fue el primero), en este caso un diario encontrado en la biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias, que pretende simplemente transcribir, con lo cual consigue un relato verosímil.

Desde el prólogo nos sorprende el sentido de algunas frases, por ejemplo cuando refiriéndose a uno de los personajes del manuscrito, dice que era raro **"que no le hubiesen enviado a la URSS cuando acabó la guerra, con el resto de los comunistas españoles privilegiados"**. ¿Es que se pudo considerar privilegiado a algún miembro del partido comunista español durante la posguerra? A pesar de que en términos relativos quizá fuera preferible alistarse en el ejército soviético para luchar contra los alemanes, que quedarse en una Francia a punto de ser invadida por los nazis.

El protagonista nos narra con palabras heladas por la frustración y el desengaño las acciones terribles de esos soldados sin destino, o teniendo la muerte como única salida. Registra la crueldad de los suyos y constata asimismo las salvajadas del ejército franquista. **"La dignidad es lo primero que se pierde en una guerra"**, escribe Justo García, sin detenerse a buscar las causas. El cronista no

expresa opiniones, plasma en un cuaderno la consternación que le produce lo que sucede. Sin embargo se pueden deducir sus convicciones en algunos comentarios. Al referirse a Pablo Iglesias dice que es **"un buen hombre, aunque un poco ingenuo, desde mi punto de vista, lo mismo que mi padre que son de los que creen que las cosas llegará un momento en que se transformen solas"**. ¿De verdad pensaba Justo García que Pablo Iglesias fundó el Partido Socialista con esa mentalidad?

Pero el barrido de las huellas del conflicto llega a veces a confundir. Por ejemplo, al conseguir cruzar a pie la frontera, como una turba de andrajosos bajo la mirada vigilante de la gendarmería francesa, apunta el cronista que a algunos de los gendarmes **"se les escapaba una risita, parecían decirnos, ¿qué pensabais, estúpidos, que las revoluciones se ganan así como así?"** ¿Acaso no se habían enterado que lo que había triunfado en España era la revolución fascista? Los revolucionarios no habían necesitado huir.

Salvados los párrafos que podrían resultar equívocos, nos encontramos ante un gran relato que refleja el sufrimiento de un hombre corriente, esencialmente bueno, en la guerra absurda que desencadenó el general Franco.

La vida de los exiliados al otro lado de los Pirineos era penosa y en algunos casos terribles: campos de refugiados franceses, luego campos de concentración alemanes, combatir en los frentes de la Segunda Guerra Mundial contra los nazis, o embarcar en buques equipados por organizaciones humanitarias con destino a América.

El relato de Trapiello continúa por el campo de refugiados de San Cyprien, luego Toulouse y al fin París, admirablemente plasmados en el cuaderno por Justo García. Sin duda alguna son las mejores páginas de la novela, las menos históricas, las más literarias. En la capital francesa consigue estar entre los admitidos para pasar a América. Se embarca el 25 de mayo de 1939 en el buque **Sinaia** en el que viajaron mil quinientos noventa y nueve republicanos hasta México.

A la llegada a Veracruz, diecinueve días después, la expedición del **Sinaia** fue recibida fraternalmente, con vítores, como a venecedores. Constituían el segundo desembarco histórico español en aquellas costas, pero éste sin espadas, como dijo León Felipe, con sólo la palabra, que es lo único que les dejaron sacar de España. En el Palacio de Bellas Artes de México, el poeta dedicó a sus hermanos de infortunio poemas como éste:

**Al final...después de mil episodios y disputas...el
Viento se hizo vendaval y borrasca...y empujó a
unos españoles...a ciertos españoles elegidos...hacia
la gran puerta que mira al mar y a las estrellas...
(...)**

Por allí salieron los españoles del Exodo y el Llanto.

Entonces Franco dijo:

"He limpiado la nación..."

He arrojado de la Patria la carroña y la cizaña"...

Pero el viento...la Historia...la Gran Historia...

Esa Gran Historia, en la que confiaba León Felipe que no borrara las razones por las que lucharon los perseguidos y sus perseguidores, se debe asumir. La novela basada en hechos históricos tiene el riesgo de enmarañarla. Justo García Valle, tipógrafo republicano pasajero del buque **Sinaia**, con toda seguridad, no pensaba igual que ese otro tipógrafo, llamado Ramón Ruiz Alonso, que tuvo tan destacada actuación en la detención y fusilamiento de García Lorca en Granada; sólo coincidirían en el oficio. En alguna ocasión se rebela contra su suerte: **"a nadie le cabe en la cabeza que, siendo nosotros los mejores y los más numerosos, hayamos perdido la guerra. Ellos tuvieron a Italia y Alemania. Cierto. Pero nosotros teníamos la razón y detrás a todo el pueblo, y nos han destruido."** La razón y el pueblo no sirven para nada frente a las armas. Como dice el filósofo exiliado en México, Adolfo Sánchez Vázquez, no se pueden confundir las circunstancias, "como si los agresores y los agredidos... fueran igualmente culpables o inocentes".

En la narración de Trapiello hay algo que nos impide delimitar los espacios políticos, el contorno ético que dividía a los actores de uno y otro bando. La crónica expele un tufo de indignidad general, como en algún momento recoge el cronista. No me gusta este aspecto de la obra. Apelo a la inteligencia del lector para extraer del relato la verdadera tragedia de la República Española.

A
RAMÓN GAYA,
TAMBIÉN ÉL, COMO LOS HOMBRES SUPERIORES,
TODO DESCONOCIDO.

Un gran dolor hace a los hombres más
elocuentes de lo que por sí son.

NIETZSCHE

Caminan días y noches con camino
apresurado

Romancero del Cid

PRÓLOGO

La Fundación Pablo Iglesias tiene su entrada en la calle Monte Esquinza de Madrid, pero a su biblioteca se accede por un portalillo de la calle Zurbarán, del que hacen uso el servicio, los repartidores y el personal subalterno.

No sé por qué pensé, cuando fui a ella por primera vez, hace tres años y medio, que se trataría de un sitio de cierto empaque, con guardias de seguridad o un corchete de policías nacionales en la puerta, dado que es una institución ligada al Partido Socialista. Quizá el despliegue policial se realice en el portal de Monte Esquinza, amplio y forrado de mármoles, pero en el de la calle Zurbarán sólo hay un angosto cubículo acristalado que hace las veces de portería. Ésta se encuentra siempre vacía, de manera que puede uno entrar allí y poner el petardo, si quisiera, o subir tranquilamente a la biblioteca.

Las bibliotecarias son dos mujeres de edad imprecisa, entre los cuarenta y los cincuenta años. Desde el primer momento me dispensaron todas las atenciones, se ofrecieron a resolverme cualquier duda y pesquisaron los archivos con método exhaustivo.

Siempre aparece algo. Se destruye mucho, el tiempo acaba borrando huellas y vestigios, pero la gente no puede figurarse la resistencia a desaparecer que anima a papeles, fotografías, agendas, facturas o cualquier manifestación impresa. Cuando de veras se necesitan, acaban emergiendo del centro mismo de la tierra. También es verdad que nunca se encuentra exactamente lo que uno busca, sino algo parecido que hemos de adaptar a nuestras necesidades.

Yo trataba de seguirle la pista al *Sinaia*. Éste fue un vapor en el que partieron hacia México mil quinientos noventa y nueve exiliados, entre ellos el pintor Ramón Gaya, del que había empezado a escribir una biografía por entonces.

Son abundantes pero no muy significativos los documentos relacionados con el asunto de la emigración mexicana, y mi biografiado, como saben perfectamente sus amigos, se ha negado siempre a hablar de la guerra, de los campos de refugiados y del exilio, asuntos y años para él en

especial muy penosos por muchas razones que no vienen al caso.

El primer documento consultado fue el expediente ARD 271-2, y debería haber incluido el nombre de los mil quinientos noventa y nueve pasajeros que se embarcaron el 25 de mayo de 1939 en el *Sinaia* rumbo a México, pero apenas se consignan mil, ya que de esa relación están excluidos los menores de quince años y las mujeres, que viajaban únicamente en calidad de esposas, de madres o de hijos de combatientes o exiliados. ¿Qué ha sido de esas trescientas noventa y tres mujeres que viajaban a bordo y de sus hijos? Muchos de aquellos niños viven todavía y guardan memoria de la travesía. En cuanto a las mujeres, ¿no padecieron las circunstancias de la guerra igual que los hombres? ¿No sufrieron acaso más? El hecho es tan pintoresco y elocuente que le evita a uno tener que hacer cualquier comentario al respecto.

Impresiona consultar un documento como ése, ver todos esos nombres, saber que detrás de ellos nos esperan vidas reales, de muchas de las cuales sería posible encontrar aún una profunda estela. Es seguro, sin embargo, que una gran parte de los que hicieron aquella travesía en el *Sinaia* ha muerto, y tal vez por eso se tiene la impresión al pasar las páginas del informe de entrar en un cementerio, no un cementerio extraño, sino precisamente ése en el que reposan los restos de nuestros antepasados. Los nombres están puestos de la misma manera, unos al lado de otros, como en tumbas de iguales proporciones. Tomo de aquellas fichas una cualquiera al azar, como muestra. Las demás son iguales en extensión y disposición tipográfica: «GELLIDA COSCOLLANO, José: 28 años. Soltero. Nacido en Benicarló (Castellón). Partido político, Unión Republicana.- Central Sindical, Unión General de Trabajadores.- Residencia en Francia, Ancienne Hospital Militair [sic] Perpignan.- Cargos antes de la guerra, Interventor de mesa por el Partido en las elecciones.- Cargos durante la guerra, Voluntario del Batallón de Zapadores y Teniente de Ingenieros».

Pese a encontrar tan pocos datos sobre el *Sinaia*, no sé cómo, desatendiendo el trabajo de la biografía, me quedé todavía nueve o diez semanas en la Fundación. ¿Mirando qué?

Leí muchos libros sobre ese momento, memorias de todo tipo de gentes, periodistas, militares de carrera, políticos, espontáneos, la mayor parte publicadas en México, después de la guerra o en España a partir de 1975, pero hubo para la prórroga una razón fundamental: la casualidad, el descubrir entre las fichas de los pasajeros del *Sinaia* una que llama poderosamente la atención por ser diferente a todas las demás, en extensión y características, ya que está añadida, pegada en un papel recortado, lo que denota que fue endosada a última hora, cuando las listas estaban ya confeccionadas y cerradas. Puede leerse en ella: «LECHNER KRUPOV, Thomas. Todo desconocido». Insisto: es muy extraño porque del resto de los pasajeros se consignan todos los datos a los que ya he aludido, filiación política, nacimiento, profesión, estado civil, etc., al igual que ocurre en otras listas de pasajeros que consulté, la del *Ipamema*, la del *Winnipeg* o la del *Mexique*, por ejemplo, barcos que se utilizaron igualmente en el traslado de exiliados hacia México o Chile.

¿Cómo le habían dejado embarcar? Uno, que tiende a la novelería, pensó en un primer momento que, con ese apellido, se trataba de un instructor militar ruso, o quizá un agente de la N.K.V.D., aunque en ese caso lo raro es que no lo hubieran camuflado mejor, como hicieron tiempo después con Mercader, el asesino de Trotsky, o que no le hubiesen enviado directamente a la URSS cuando acabó la guerra, con el resto de los comunistas españoles privilegiados. He de confesar, no obstante, que hubiera sido un nombre que, de no habérmelo tropezado un poco después en los cuadernos de justo García Valle' lo habría olvidado, porque uno, habituado ya a que la vida esté montada sobre cosas mucho más extrañas, no va tampoco sospechando de todo y reconstruyendo la peripecia de la humanidad.

La relación de pasajeros del *Sinaia* es un documento oficial, mecanografiado por el SERE, el Servicio de Evacuación Republicana Española, y extraña encontrarse en el estadillo ese «todo desconocido», sabiendo que tales listas se confeccionaron penosamente después de muy espinosas deliberaciones entre los representantes de todos los partidos políticos del exilio, presentes en ese organismo, los cuales hubieron de escoger esos casi cientos pasajeros de entre las más de cincuenta mil solicitudes que se recibieron de personas que pedían angustiosamente embarcarse y salir de Francia, donde estaban siendo hostigadas, perseguidas, maltratadas, vejadas, sistemáticamente humilladas y deportadas por las autoridades francesas ante la más vergonzosa indiferencia

internacional.

En la Fundación Pablo Iglesias, aparte de incontables libros publicados sobre la guerra civil (es la guerra que cuenta con más bibliografía, después de la Segunda Guerra mundial), se conservan treinta y dos manuscritos de memorias, memoriales, diarios o diferentes recopilaciones donados a la Fundación por sus autores o por los herederos de éstos, en su mayor parte ligados a la Unión General de Trabajadores o al propio Partido Socialista Obrero Español, naturalmente inéditos. Van desde los que no pasan de dieciséis hojas a los que tienen más de trescientas, los hay más y menos interesantes, prolijos o escuetos, los que son un collage de documentos oficiales, instancias, recortes de periódicos de la época y fragmentos de otros libros ya publicados (los de Indalecio Prieto y Zugazagoitia son los más citados), los que tienden a la solemnidad y la retórica tribunarias y los que tienen un tono más personal, redactados incluso de una manera cuidadosa y literaria..., pero en todos se encuentra este rasgo común: el dolor y el desgarró que la guerra produjo en sus autores, que son, dicho también de paso, todos varones.

En este bloque de la documentación hay únicamente tres diarios. El primero de ellos corresponde a un maestro de escuela, afiliado al sindicato de enseñantes en 1935, y donado a la Fundación junto con un fondo bibliográfico; es bastante breve, y de carácter oficioso, pues tiene más de informe sobre las condiciones de la instrucción y escolarización en los campos de concentración que de diario propiamente dicho; otro es de un hombre viejo, que lo utiliza casi exclusivamente para consignar en él lo que come cada día y lo que les cuesta conseguir víveres, primero en Barcelona y luego en los meses que pasó en el campo de Barcarés, y está enviado a modo de memorándum a las autoridades de la UGT en Toulouse; y está, por último, el de justo García, afiliado también al sindicato de la UGT, sección Artes Gráficas, lo cual, dicho sea también al paso, no deja de molestarme un poco, pues, por un prurito de novelista que ama la tipografía y todo lo relacionado con las imprentas, me habría gustado que la realidad no hubiese sido tan «novelera» y hubiera hecho a nuestro justo García de la sección de enseñantes, de la de ferroviarios o de cualquier otra, por lo mismo que habría preferido que, en vez de forma de diario, dado mi interés personal en ese género, hubiese tenido otra cualquiera. En todo caso, su manuscrito es, desde mi punto de vista, no sólo un documento excepcional, sino un diario bellísimo.

Fue en él precisamente donde volví a encontrarme con el nombre de Lechner. También es cierto que no consta en ninguna parte que el Lechner del diario de justo García y el del informe del SERE sean el mismo, pero resulta tan evidente que no vale la pena por el momento detenerse ni siquiera en este punto.

Este verano se levantaron en España voces cualificadas certificando la muerte de la novela o, en todo caso, su estado comatoso. La que no parece muerta, por el contrario, es la realidad, la cual, con frecuencia, es tanto o más apasionante que cualquier novela cuando está llena de vida. Creo que nunca he sentido ante un manuscrito de nadie, y han pasado por las manos de uno algunos relevantes, la emoción que experimenté ante el de justo García, ese libro de contabilidad del que él mismo habla al comienzo, cuando empezó a escribirlo, y la libreta de hule. Me decía: estos dos cuadernos han conocido escenarios reales de la guerra y los campos de refugiados, los llevó consigo un hombre que en los momentos más amargos de su vida encontró en ellos compañía y consuelo, le ayudaron a seguir viviendo, mientras apenas le quedaban ni esperanzas ni ganas de vivir. Me parecía que cada una de aquellas páginas estaba escrita con sangre hace sesenta años para que yo, y no otro, por un raro e inexplicable designio, las encontrara.

Estamos hablando de dos libros o cuadernos originales, uno en cuarto mayor y encuadernado en tela, de cuatrocientas ochenta páginas numeradas con digitado automático manual en el extremo superior derecho de cada página, y otro en octavo, sin paginar, empastado en hule, los dos llenos de papeles y añadidos flotantes pegados a los lados, aunque con pocas correcciones, lo que demuestra que su autor no perdió nunca la visión de conjunto de lo que quería contar: habiéndosele quedado escasas las anotaciones de un día, no tuvo inconveniente en completarlas más adelante, aunque creo, por indicios de profusa enumeración, que estos añadidos fueron hechos en los mismos días en los que escribía su diario, y no mucho más tarde, a excepción de la dedicatoria, escrita con tinta roja en el primero de los cuadernos, tal vez años después.

La casi totalidad del primero de los cuadernos o libros está escrita con lápiz de grafito duro, bien afilado siempre. Las últimas páginas de este tomo y la totalidad del segundo están escritas con tinta. El adjetivo que solemos emplear en español para una letra como la suya, piojosa, no hace honor en absoluto a la de Justo García, porque si una cosa resulta en verdad llamativa en cuanto se hojean estos diarios es la belleza de cada página, con una letra de hermosa, clara y miniada caligrafía y líneas prodigiosamente bien tiradas, sin el menor desvío, aunque sin márgenes. El cambio del lápiz a la tinta sólo es perceptible por el cambio de tono e intensidad de la mancha, pero ni la calidad ni la limpieza ni el tamaño de la letra varían lo más mínimo. Una vez más, el contraste entre las caóticas circunstancias en las que fueron escritos y el prodigio de realización material sobrepasa el terreno de las paradojas y seguramente nos habla mucho del carácter de su autor, quien es muy probable que necesitara de estos diarios como de una terapia, para decirlo en la jerga psicoanalítica.

Las cuatro partes en las que aparece dividido ahora obedecen a un criterio personal mío, lo mismo que la totalidad de las separaciones o blancos, pues en el diario no hay corte ninguno, ni siquiera cuando se pasa de un cuaderno a otro; me pareció que tales espacios proporcionarían al conjunto respiraderos convenientes. Fuera de esto, no hay mucho más que explicar, sino que he corregido poco (los errores o contradicciones en fechas o cifras, aunque no, por ejemplo, el número de refugiados que adjudica al Campo de Saint Cyprien, cien mil, cuando en realidad fueron alrededor de sesenta mil, ni la supresión de algunas preposiciones que le dan a su estilo mayor agilidad), he suprimido algo y no he añadido nada al original, que puede consultarse en la Fundación Pablo Iglesias, a cuyas bibliotecarias Chiqui Arce y Carmen Motilva quiero agradecer su disponibilidad y toda la ayuda prestada, así como a la propia Fundación y a su presidente Alfonso Guerra, que permitieron hacer uso del presente manuscrito, y muy especialmente a Estrella García, hija de Justo García, quien no sólo ha dado su autorización para publicarlo, sino que se prestó para toda clase de aclaraciones e informaciones concernientes a su padre, de las que se da cuenta en el epílogo que cierra este libro. Existe, y me parece interesante declararlo aquí también, un periódico del que se imprimieron algunos ejemplares por el método dactilográfico a bordo del *Sinaia* y que se tituló *Sinaia*. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México, publicación que apareció todos y cada uno de los días que duró la travesía. El cotejo del diario de Justo García con este otro oficial arroja tales diferencias de datos y puntos de vista (de creer al oficial, por ejemplo, estaríamos ante una expedición de enardecidos combatientes que sueñan con volver a reconquistar España, y que se pasan la jornada bailando chotís y regionales, amenizados por la Agrupación Musical Española del maestro Oropesa), que bastarían por sí mismas para acometer un trabajo que excede los límites de este prólogo.

Quédate, pues, lector, con el diario de Justo García, y hasta pronto, hasta el epílogo que da remate a esta historia que es tanto o más que cualquier novela, porque no ha necesitado de la ficción para ser real.

Madrid, 15 de septiembre de 1998

DIARIO DE JUSTO GARCÍA VALLE

I

*A la memoria de Thomas Lechner,
cercano, inalcanzable, como nuestras propias sombras*

Ayer hizo mucho frío, más que nunca. Tan pronto nieva como se pone a llover, en los dos casos nieve fina y lluvia fina. De lejos debemos parecer una banda de forajidos, porque nos tapamos todos como podemos, con las mantas, con los capotes, con los verdugos y encerados, con los tabardos, con lo que sea. Algunos han practicado con la navaja un agujero en la manta y meten por ahí la cabeza, y la manta queda como una anguarina. Semejamos la horda. Seguimos caminos y veredas que parece que han dibujado las luciérnagas. Pichón, que es muy chistoso, dijo que el camino tenía más vueltas que una cuerda en el bolsillo. Es albañil. No sabíamos dónde estábamos. Venimos de la parte de Santa Coloma. Este es un país pobre, insuficiente y feo. Tiene mucha fama, pero no es para tanto, porque las montañas no son montañas, sino lomas chuecas y cerros viejos, pelados y secos, para las cabras. De cuando en cuando se ve una casita de piedra, majada o cortijo. Nos acercamos por si encontramos algo de ganado, para aprovisionarnos, pero lo han esquilado todo, no queda nada. Tampoco había asomos de población ninguna.

Yo creo que el capitán no sabe dónde nos lleva, pero le seguimos.

Para ser militar de carrera, a mí me parece un buen hombre. Algunos aseguran que su estado actual de ánimo se debe a una mujer que conoció en un permiso en Barcelona. A veces le vemos escribir unas cartas largas, mientras los demás jugamos a la baraja o echamos un cigarro. Nadie sabe para qué las escribe ni las guarda, porque desde hace más de dos meses no hemos topado con nadie de la retaguardia y en los pueblos en los que hemos aportado no había posta, para desesperación general, pues es bien sabido que las guerras las gana un diligente servicio de correos, y que la carta de una chavala o de alguien de casa da más ánimo para el combate que una botella de coñac o todas las esperanzas de una medalla.

Ya no me molestan las botas, que me cosió uno que llamamos Chirlo con un clavo que sirvió de lezna y una torcida que enceramos con la cera de una vela. Encontramos ésta en una ermita que habían saqueado lo menos hace dos años. Por donde pasamos parece que la gente sale en fuga desesperada. Esto debería hacernos reflexionar.

Sí, tenemos aspecto de bandidos. Desde hace semanas vamos mal barbados, estamos hambrientos y es raro el que no lleva las botas rotas, yo por lo menos he tenido la fortuna de aviarlas, pero otros ya no pueden componerlas, porque se les caen a pedazos, aunque nadie se queja ni, a estas alturas de la guerra, nadie le culpa a nadie de que vayamos a perderla. Yo creo que los únicos culpables de no ganarla han sido las circunstancias, que como insinuó Azaña en un discurso que pronunció en Valencia, son innúmeras, aunque para mí se podrían resumir en una sola: mala suerte. Es como si te dan malas cartas, o las tienes buenas, pero te hacen trampas. Creo que nosotros

las hemos jugado bastante bien, pero no ha servido para ganar la partida, sino para que durara un poco más. Ahora veo bien claro que la guerra la teníamos perdida desde el primer momento. No obstante, resulta ya demasiado tarde para principiar el capítulo de los reproches, y mucho menos el de las lamentaciones. En mi caso no me arrepiento de nada, aunque no estoy orgulloso de muchas de las cosas que he tenido que hacer ni de otras que hice creyendo que obraba bien.

Casi siempre caminamos en silencio, Lo que tenemos que saber unos de otros lo sabemos desde hace ya mucho, de dónde somos, nuestro pueblo, dónde hemos servido en la guerra, el que tiene novia, el que no, lo que haríamos de haber ganado, lo que tendremos que hacer cuando la perdamos, en fin, no son demasiadas las cosas que un hombre necesita saber de otro para ser su amigo. Así que estas dos últimas semanas, sobre todo después de lo del Ebro, cada cual se dedica a pensar cosas íntimas o, como yo, a anotarlas en este libro. Lo encontré tirado hace un mes en la calle, frente a un estanco que habían saqueado también. Es lo primero que se busca, porque la falta de tabaco es grande, y lo que dice Pichón, una cosa es que falte de comer y otra más grave, que falte de fumar. El cuaderno está casi nuevo y tiene las pastas de color negro con las puntas de tela roja, con una etiqueta pegada en la que dice «Mayor». Es un cuaderno de contabilidad, como puede verse, en una página tiene escrita con letra gótica la palabra «debe», en rojo, y en la de enfrente la palabra «haber», también con letra gótica, pero en azul, lo cual no sé para qué lo cuento, porque al abrirse es lo primero que se ve.

Hace un par de años intenté escribir en uno parecido. No era de contabilidad, sino un listín para anotar teléfonos, con las pastas muy vistosas, por una cara se veía el mapa de España, en colores, y en cada región una mujer vestida con el traje típico de aquella tierra; y por la otra cara una marca de chocolates, de propaganda. Las hojas tenían a la derecha como unas muescas, para poner las letras del alfabeto, una negra, una roja, una negra, una roja, de la a a la z. Anoté en él algunas cosas, ya no me acuerdo sobre qué, pero no tuve constancia y acabó mi sección usándolo para otras necesidades, ya se supone.

Hace un rato los camaradas, que me conocían la afición, se rieron de mí y me preguntaron, al verme escribir en él, si me había vuelto a dar la vena de poeta.

Lo dicen porque siempre que puedo me engancha a leer en un libro, me da igual el que sea, todo lo que cae en mis manos. La cultura es lo más grande que hay, y si hubiéramos tenido un pueblo instruido como Dios manda, la guerra no la perdemos. Creo que todos los que la hemos hecho tenemos algo de poeta, por eso la vamos a perder, aunque yo, la verdad, no me siento poeta, nunca se me ocurren cosas bonitas de las cosas. Un pájaro, por ejemplo, lo veo y pienso, es un pájaro muy bonito, y me quedo como lelo mirándolo, pero no se me ocurriría decir de él nada, ni que es una llama ni que es un ramo, lo mismo que cuando hacemos un fuego y me quedo con los ojos fijos en las llamas no se me ocurre pensar que son como los pájaros.

Me llevo bien con todo el mundo, aunque soy tirando a tímido, y a los demás les gusta hablarme, y me lo cuentan todo, y a mí me gusta que lo hagan, porque es una manera de distinguirme. Yo, la verdad, lo agradezco, y trato de corresponderles a mi manera.

He estado escribiendo las cartas por lo menos de seis muchachos que no sabían escribir, y leyéndoles las que les escribían a ellos.

A lo primero siempre hay alguien que me ve tan callado que piensa que soy tonto, o que me puede mandar como a un perrito, pero a ése le pongo en su sitio y si es preciso dejarlo claro a mamporros, se deja, y ya no hay más cuestiones. Me pasó una vez con un cabo de tanques, que era el pobre un retrasado. Llegamos a las manos, pero cuando le aclararon que se había confundido conmigo, me dejó en paz.

Cuando me han dicho sí era poeta, les he contestado que no, pero que voy a apuntar aquí las fechorías y pifias de cada uno, para que cuando llegue el momento les tiren de las orejas y les ajusten las cuentas por desgraciados y por trotskistas.

Algunos se han reído de buenas, pero Saturnino y dos o tres más arrugaron el morro y se aborascaron, porque no se pueden gastar bromas con según qué cosas, y me han mirado de mala manera. A mí, a estas alturas, me da lo mismo. ¿Qué me pueden hacer? ¿Pegarme un tiro, como han hecho en otros sitios?

Lo que no le he dicho a nadie es que voy a escribirlo para dejar algo, porque vamos a morir todos, y es triste irse y que no quede ni una sombra de uno. Puede que alguien se salve, pero no yo. He hecho toda la guerra en primera línea y jamás he tenido miedo, ni en la Sierra en julio, ni luego cuando nos mandaron a Brunete ni más tarde en todo lo que hubo por el Segre. Nunca hasta ahora pensaba que iba a morir. Sólo ahora. Todo lo contrario, casi siempre he sabido quién moriría y quién no. Es como un sexto sentido que tengo.

El 20 de abril del 37 estábamos cerca de Singra. Nos mandaron tomar la cota 1028 a la Compañía 168. Era una locura querer tomar aquella loma, en primer lugar porque estaba muy bien defendida, y en segundo porque no tenía ningún valor. Yo entonces era muy amigo de uno de Vallecas, con el que estuve desde el principio. Siempre juntos. Se llamaba Faustino, pero le llamábamos Fausto. Le dije que era un disparate y que iban a matarnos a todos, que Podía olerlo, a todos menos a cuatro. Él me preguntó, en broma, qué cuatro. Y se lo dije, fulano, fulano, fulano y yo. Se enfadó conmigo porque no me había acordado de él. Yo sabía que a él también lo matarían, pero para darle ánimos le dije que no le había mencionado porque se me había pasado, pero que a él tampoco le sucedería nada. Saltamos de la trinchera y mucho antes de acercarnos siquiera fueron cayendo todos. Al final tuvimos que retirarnos y se quedó un campo de centeno, bien crecido que estaba va, cuajado de muertos. Nos salvamos seis, entre ellos los que yo decía y Faustino, pero no sirvió de nada, porque la loma no se tomó y al día siguiente los fascistas la abandonaron, pues se convencieron de que no tenía ningún valor. Esa es otra. Vamos a dejar ahora el asunto de los que nos han mandado, como aquel día en La Almunia. Hablaba de la muerte. Es verdad que el pobre Faustino se libró ese día. No se separó un momento de mí. Quizá fue eso. Pero a los ocho días al chaval lo mataron en Tejares del Duque, a cuatro kilómetros de La Almunia. Era carpintero y trabajaba en una carpintería de la calle San Mateo, cerca de donde nací y donde he vivido hasta que empezó todo esto, en una casa a donde tampoco volveré. Aunque no tiene que ver, Fausto y yo, cuando nos parábamos a pensar, decíamos, las cosas raras que tiene la vida, pues llevaba trabajando en la carpintería desde los trece años, o sea, siete, y en todo ese tiempo no nos habíamos visto ni una sola vez, con estar mi casa de su carpintería a menos de veinte metros. En Tejares además no tenía por qué morir; fue a por un poco de vino al pueblo y le mató una bala perdida, que lo mismo era nuestra que de ellos.

Si lo pienso bien, creo que no tengo ningún miedo a morir. He vivido unos momentos importantísimos para la Humanidad y he luchado por lo que he creído justo, por la justicia, por la Libertad, por el Hombre. Cada vez que se piense en la justicia, en la Libertad y en el Hombre no tendrán más remedio las naciones del mundo que acordarse de nosotros. Por otro lado, he visto morir a tantos, que me da la impresión de que estaremos entre amigos. No es lo mismo morir joven tú solo, que diñarlas cuando ya lo han hecho tantos de tus amigos. En cambio, me entristece no haberme despedido de mi madre ni de mis hermanas ni de mi padre. ¿Qué será de mi viejo? No quiero pensar en él ahora, porque bastante tenemos con estar metidos en este sitio.

Cuando el mes pasado vi el libro tirado en medio de la calle, no lo pensé dos veces, y eso es ya algo.

Estuve en varias ocasiones tentado de empezarlo, pero me daba cosa, viéndole tan blanco, como si fuese a estropearlo. Pero ahora qué más da que se eche a perder. Más echados a perder estamos nosotros. Luego supe que iba a morir. Todo en la vida viene encadenado, sólo hay que estar atento. No he hablado de esto con nadie, por lo mismo que aquella vez le mentí a Faustino.

En la primera página he escrito bien claro: «En caso de pérdida, entregar a Concepción Valle García, calle de Luchana 9, bajo. Madrid». Es mi madre. Figura su nombre, y no el de mi padre, porque la última vez que lo vi estaba muy enfermo en el hospital y allí me despedí de él. Al hombre se le saltaban las lágrimas. Es penoso ver llorar a un padre tanto como no haber visto llorar nunca a una madre. Ha sido siempre de Pablo Iglesias. En casa tenemos un recorte de un periódico en el que se nombra a mi padre y a Pablo Iglesias y a otros que habían subido a la tribuna en un mitin que dieron en la plaza de toros de Vista Alegre. Yo no conocí a Pablo Iglesias, pero lo imagino como mi padre, un hombre honrado, que le gusta llevar la camisa limpia y las uñas cortas y limpias también, aunque fuese pobre. Un buen hombre, aunque un poco ingenuo desde mi punto de vista, lo mismo

que mi padre, que son de los que creen que las cosas llegará un momento en que se transformen solas.

Dudo si añadir debajo del nombre de mi madre Concha la de Florentino, que es como se llama mi padre, por que por Concepción Valle no la va a conocer nadie. Y también he puesto «pérdida», y no muerte, conscientemente, por si alguno de aquí lee esa primera página no piense que tengo miedo y que esto es ya como un testamento, que no lo es, porque no le dejo nada a nadie, ya que no tengo nada. Tengo la vida, pero por poco tiempo. Aunque si perdemos la guerra y cae Madrid, me pregunto cómo le harán llegar a mi madre este libro.

Ayer no comimos, salvo al que le quedara una raspa en las costuras del macuto. Hoy en cambio descubrimos una haza llena de nabos. La mayor parte estaban helados. Los limpiamos, los cortamos en trozos y los pusimos a cocer más de tres horas en un perol. Luego los mezclamos con un poco de salvado que escamoteamos hace tres días a unos de caballería. Por suerte nadie recordó que es una comida de cerdos. Además, pudimos echarle sal. Los del grupo de Saturnino tenían un poco de sebo y lo añadieron al rancho a escondidas, para no tener que compartirlo, como buenos comunistas que son. De los soldados, unos están de buen humor, otros, al contrario, están serios y sombríos; unos cuentan chistes, otros, en cambio, se alejan para no tener que oír bromas que les sumen más en la desesperación.

Acabamos de dejar atrás las últimas tierras del Ebro y ahora avanzamos paralelamente a los Pirineos, dirección Levante, sin decidarnos ni por el Sur, lo que equivaldría a marchar otra vez sobre Barcelona, cosa que a nadie se le pasa ni por la imaginación, ni por el Norte, que significaría la claudicación definitiva, solución que, aunque sabemos inevitable, nadie está dispuesto todavía a aceptar, así que podemos decir que, después de habernos quedado descolgados del ejército del Este, tras las escaramuzas de Balaguer, vamos sin norte, completamente perdidos, lo cual, aunque parezca mentira, nos conviene, pues de otra manera tendríamos que dirigirnos definitivamente hacia el nordeste, cruzar la frontera y acabar cuanto antes con esto, como parece que están ordenando hacer a todas las unidades.

Hoy se ha tirado el día lloviendo. Ayer también. Y el otro, y el otro. Lleva lloviendo desde hace quince días, sin parar, día y noche. El paisaje es el mismo, todo está pelado, los árboles sin hojas, no se encuentra un lugar que digas, qué alhaja, los pueblos son míseros y funerales, y las casas, o derruidas o voladas por las bombas, inhóspitas. Si bajara la temperatura, se cuajaría en nieve. No sé yo qué sería peor. A los agrarios esta lluvia no les afecta lo mismo que a los que somos de ciudad. Dicen: le viene bien al campo, después de la sementera. Dan un poco de lástima, pero no lo dicen con mala intención. Parecen idiotas. No se dan cuenta de que para ellos el campo se acabó, y las sementeras. Que nos hemos quedado sin nada. No lo entienden. Que sería mucho mejor para hacer la guerra que al menos no lloviera. Pero no. Por encima de todo son campesinos, les gusta que llueva, porque piensan que la lluvia traerá riqueza. Pero, ¿a quién? Pues a los terratenientes y a los propietarios. Pero en el fondo prefieren que el trigo se lo lleven los terratenientes a que se quede sin nacer. En ese aspecto son en su ingenuidad, desde mi punto de vista, dignos de lástima.

Ahora se la oye caer ahí fuera, baja por las canales del tejado. Suena como una flauta rota llena de sonidos oscuros y quejumbrosos que a la mayoría le ha producido sueño. También suena de una manera especial al caer sobre los árboles desnudos, como las tripas de un gato. Es un sonido que se te va metiendo en el alma y consigue cerrarte los ojos sin llegar a dormirte, todo para que pienses las cosas más fúnebres e inicuas.

Debe de quedar todavía media hora para que se haga de noche. Aquí, en las montañas, cae la noche en un plis plas, lo mismo que tarda en salir el sol mucho más que en otras partes.

Estos montes tienen la cumbre como la joroba del dromedario de la Casa de Fieras de Madrid, de color gris y pelada.

A veces la lluvia quiere hacerse nieve, pero sin conseguirlo. Ahora que lo pienso sería mejor la nieve que la lluvia, pero los de pueblo insisten diciendo que allá se andan, que son buenas las dos. Aunque la mayoría de nosotros no queríamos que nevara, porque nos acordamos del invierno pasado, cuando se perdió Teruel, y murieron tantos sólo de congelación y pulmonías.

De los nuestros vamos más o menos bien todos. Sólo hay tres un poco tocados. Uno tose de continuo, otro tiene unas cuartanas y cada cuatro días, fiebre, como un reloj, y al otro le metieron un poco de metralla en la nalga propiamente. Lo que le dijo el sargento, eso sería por huir. Ten dría gracia si la herida no se le hubiera infectado al chico. Todos los días tienen que sacarle el pus y no puede sentarse más que de medio lado, y dormir de refilón, pero para la marcha no le es impedimento. Cada día uno que hace de enfermero, un estudiante de medicina al que llamamos Miguelet, de Valencia, le practica las curas con bizmas de espliego. Para el muchacho, de un pueblo de Toledo, es una gran humillación y pide siempre que se lo haga un poco apartado de todos, pero a veces, como hoy, que estamos en esta majada, no puede ser, porque es angosta y en otra parte se mojaría, porque está lloviendo.

El capitán ordenó encender una hoguera, pero, como no encontramos leña seca por ninguna parte, hemos desmontado alguno de los palos y tablas del tejado, y con eso vamos tirando. Se gasta uno y quemamos otro, pero tenemos que obrar con prudencia, porque cuantos más quitemos, menos espacio nos queda a nosotros para guarecernos.

Dentro de lo que cabe estamos superior. Nos hemos encontrado peor otras veces. Algunos han puesto a secar las mantas y el olor que desprenden con el olor del estiércol mojado es nauseabundo, pero a los de pueblo les gusta. Fue entrar aquí y uno, también de la provincia de Toledo, respirando todo lo hondo que pudo, dijo con un deje lastimero que esto, el olor, la majada, todo le recordaba a un cortijo de Tembleque, porque él es de allí. Como si oliera a rosas. Ya digo, son medio tontos, aunque sin maldad.

Esta mañana hacia las nueve pasamos por un pueblo bastante grande del que ni siquiera sabíamos el nombre.

Iban delante Jacinto, uno de Albacete, y ese al que llamamos Pichón. Ahora que caigo no sé por qué le dieron ese nombre. Vieron a una vieja con una pelerina negra por encima de la cabeza. Llevaba puestos unos zapatos llenos de barro. Eran zapatos como de hombre, grandes y anchos. La vieja era una pintura, caminaba encorvada y arrastraba los pies. Cuando nos vio, debimos de parecerle cualquier cosa, pero como estábamos todavía lejos se quedó mirándonos, con mucha insolencia, yo creo.

Sin detenerse, el capitán Almada tuvo que gritar para hacerse oír. Quería preguntarle algunas cosas, qué pueblo era aquél, si había algún lugar donde comprar comida, si había visto soldados y dónde y cuándo...

Cada vez que grita se pone en evidencia, y quizá por eso no suele hacerlo nunca. Es un hombre tímido, que habla más bien con la voz baja, porque la tiene de pito. Con esas características, no se entiende por qué eligió hacerse militar.

Las voces la asustaron. A lo primero se tapó la boca con la mano y luego salió escapada. Al correr movía las caderas como las bielas de los trenes, como fuera de eje. Esto les hizo una gracia loca a unos cuantos. Estamos a punto de perder la guerra, vamos a morir de hambre o de frío en cualquier momento, o de una armoniosa combinación de las dos cosas, y aquello nos hizo reír violentamente. Jacinto y Pichón salieron detrás de ella a la carrera, para darle caza, como si se tratara de un juego. A Pichón le golpeaba con fuerza la cadera una liebre, que llevaba colgada, como los cazadores. Más que albañil, parece pastor. Lleva la honda siempre en el bolsillo. A lo mejor se acordó por eso el otro día de comparar la carretera con una cuerda. Es muy ocurrente. La cazó ayer, y pese al hambre, dijo que era mejor esperar a hoy, porque ayer no se habría podido comer del sabor montuno que tendría. Lanza granadas con la honda como nadie, y ha cobrado mucha caza de ese modo, pero hay que saber dónde se tira la granada, advierte, porque si no, no queda ni un pelo de la liebre. En eso nadie se le puede comparar.

Al cabo de un rato les vimos aparecer de nuevo. Nos hacían señales con la mano y nos gritaban para que nos diéramos prisa.

Eran voces alegres después de todo. La vieja se había esfumado, pero habían encontrado a un hombre muerto.

Estaba tirado como un pelele contra una pared de pizarra. Lo rodeamos con curiosidad, lo cual era absurdo, porque estamos todos hartos de ver muertos con los que no tenemos la menor relación,

que no significan nada para nosotros y que olvidarnos a los pocos minutos de tropezarnos con ellos.

Aquél tenía la cabeza vencida sobre el hombro y la boca torcida hacia abajo, en una mueca grotesca. Le habían quitado los zapatos y tenía los pies desnudos, con uñas grandes y amarillas. Yo creo que fue la vieja quien le quitó los zapatos, y por eso salió huyendo. La lluvia del tejado le caía sobre la cara y le abrochaba un mechón de pelo sobre la frente. Pueden haberlo matado por muchas razones, porque era un fascista, porque había tratado de huir, porque sólo era un republicano tibio, porque era rico, porque no era tan rico como para poder robarle mucho, porque...

Es curioso, en una guerra lucha uno por una sola idea, pero le pueden matar por muchas razones. Así que no quisimos hacer más averiguaciones y nos apartamos un poco de allí, pues el olor a amoníaco y putrefacción era insoportable.

El capitán nos concedió entonces un cuarto de hora de descanso. Buscarnos al alcalde o a alguna autoridad, pero habían huido ya todos. Sólo quedaban viejos. Han escapado hasta las mujeres y los niños, para reunirse con sus hombres, aunque tampoco saben dónde estarán éstos. Luego, seguimos. Algunos aprovecharon para entrar en dos o tres casas en busca de comida. Yo escribí algo, lo que he contado antes de padre y de madre.

Jamás he participado en un saqueo, y, sin embargo, me he beneficiado de algunos. Este libro, ya lo he dicho, procede de un estanco que habían saqueado... Miento. Una vez, al principio de la guerra, en Tarancón... (Ahora no puedo seguir, porque necesitan a uno para echar unas manos. Luego sigo.)

Se ve que uno olvida las cosas con las que no puede vivir. Hablo de lo de Tarancón. Se trataba de la casa de un cacique, uno de esos caserones viejos, sólidos, importantes, con dos o tres escudos sobre la puerta y dos o tres patios también, bodega, molino de aceite, incluso una fragua propia para herrar las bestias y aviar los aperos. Lo habían matado los anarquistas a él y a su mujer el día en que llegamos nosotros, en un pueblo de al lado, cuando trataban de escapar. La gente en el pueblo les odiaba. Según nos dijeron, él era un avaro al que le cegaba la codicia, y ella una beata que se pasaba el día en la iglesia, con los curas. Cuando llegamos a Tarancón, algunos estaban celebrando su muerte, eran en su mayor parte criados y criadas que habían trabajado en la casa, casi todos anarquistas. Habían entrado en la bodega y se habían repartido los jamones, los levantaban al aire como si fuesen guitarras y se colgaban del cuello, como collares, las corras de longaniza, bailaban de contento y bebían vino, muchos estaban borrachos, las mujeres se habían echado encima las ropas de la señora e imitaban, caricaturizándolos, ademanes que reputaban aristocráticos, los hombres habían embutido sus andrajos en los gabanes y levitas del difunto, algunos llevaban incluso sus chisteras, y marchaban por el pueblo como unos mamarrachos. El UHP era el santo y seña de los grupos que recorrían las calles y se reconocían. Aquello parecía el carnaval, era un espectáculo repulsivo. Nosotros íbamos a Valencia desplazados, paramos a dormir esa noche allí y nos llevaron a esa casa. En ella todavía entraba y salía gente, rebuscando por los rincones lo que no se habían llevado ya otros, y en uno de los patios quemaban todas las cosas pías de la dueña, cuadros, libros, casullas y todo lo que encontraron en la capilla.

Esa noche me acosté temprano. Hasta la madrugada se oyeron los pasacalles de los que bajaban y subían celebrando aquellas dos muertes. Por el ruido y la algarabía, se habría asegurado que en Tarancón, con la desaparición del cacique, había acabado la guerra. Al meterme en la cama, mi codo tropezó con un pequeño objeto duro que se hallaba debajo de las sábanas. Sospeché que tenía que ser cosa buena como para que lo hubiesen guardado en el colchón, quizá unos duros de plata o unas alfonsinas de oro. Lo rajé y apareció el reloj. Busqué por si había joyas o dinero, pero no encontré más. Nunca había tenido nada parecido. Desde luego ni se me pasó por la cabeza que aquello no me perteneciera. Lo había encontrado yo, y era mío. Ahora pienso que mi padre no se lo habría llevado. Dice siempre: no cojas lo que no es tuyo, pero lo que es tuyo, no te lo dejes arrebatar, y si lo han hecho, recupéralo aunque sea con las armas. Cuando nos fuimos de la casa dejé el mío, que era de latón, en la mesilla. Pensado en frío, es una tontería, pero entonces me pareció que de ese modo, más que un saqueo o un robo, podía considerarse una permuta. Fue una estupidez. De no habérmelo llevado yo, se lo habría llevado otro. Todavía lo tengo. Es el que llevo puesto. Ha venido conmigo durante toda la guerra. Es un reloj muy bueno, de la marca Casal, un

relojero de la calle Carretas, en Madrid, pero hecho a imitación de los suizos, con veinticuatro rubíes y la pulsera elástica también de oro, que por eso llama tantísimo la atención, porque no suelen encontrarse de ese modelo. A veces la gente me lo ve y me dice que es precioso, y que no han visto jamás uno parecido ni tan bonito en ninguna parte. Un joyero de Valencia quiso darme por él dos mil pesetas. Le dije que no necesitaba dos mil pesetas. ¿Para qué quieres el dinero cuando a lo mejor te matan esa misma tarde? En cierta ocasión se lo regalé a una de la vida, en Barcelona. Le dije, no tengo dinero. Ella me preguntó, ¿qué tienes entonces? Le enseñé el reloj. Dame el reloj. Yo le dije que no se ofendiera por lo que iba a decirle, pero que valía bastante más el reloj. A ella eso le hizo una gracia enorme. Otra me habría arañado la cara. Bueno, me dijo, según tú, ¿para cuántas veces da un reloj como éste? Yo entonces me di cuenta de que había metido la pata, y por ser cortés respondí que dos, aunque sabía que podía valer también para veinte y para treinta, y con una como ella, sin faltarle, para cincuenta o sesenta. Ella aceptó, me dijo, de acuerdo, vamos, y vuelves otra vez cuando quieras, siempre estoy aquí. Se la encontraba en un café que estaba en las Ramblas. Después de eso marchamos destinados al Maestrazgo y cuando volví fui a verla otra vez, le había pasado algo, porque ya no era la misma de antes, era una chica triste, como si estuviese enferma, y fue ella quien me lo regaló a mí, dijo que quería que lo llevara siempre para que me acordara de ella, pues no tenía nada de valor que regalarme. Razón de más, le dije yo, para que te lo quedes, por si podía sacarle de un apuro. Y ella, que no, que no., que quería que me lo quedara yo, que nadie la había tratado nunca como una señora, y que eso es lo que yo había hecho. Era bastante fea, con un lunar del tamaño de un garbanzo junto a la nariz, aunque tenía un cuerpo muy bien hecho. Estuve con ella tres o cuatro veces más, y ya no quiso cobrarme nunca. Un día fui a buscarla como siempre, y una amiga me informó que la había quitado de la calle un hombre que la quería bien y que tenía pensamiento de casarse con ella... Todo esto venía por lo del reloj. Así que ahora lo llevo con cierta legitimidad, como si en todos esos avatares el reloj hubiera lavado su pasado... Ella no supo jamás que era robado. La inocencia es redentora, y cuando miro la hora no me avergüenzo. Al contrario, alguna vez hace que me acuerde de aquella pobre chica, del cuerpo tan blanco que tenía, tan hospitalario siempre... Fue de las pocas personas en las que encontré amor durante estos años y la única en mi vida que me ha regalado algo, dejando a la familia, que no cuenta. Y cosa curiosa, gracias a ella no volví a pensar en su antiguo dueño, ni en aquella casa de Tarancón, como no sea ahora, al hilo de los saqueos. Desde entonces, si he podido, me he quitado de en medio cuando se producen, aunque estén justificados, como el de hoy. Hoy en realidad íbamos de intendencia...

Nadie encontró nada. Sólo Pichón salió de una de las casas con un plumero y unos zorros haciendo charlotadas, aunque no es mala persona en absoluto. Tenía que ser él. Le gusta ver a la gente contenta, hacernos reír, incluso que se rían de él no le importa. Metió el mango del plumero en el cañón del fusil y entre las piernas los zorros, para que éstos le quedasen a la altura del trasero, y empezó a fingirse como la vieja cuando ésta salió despavorida. Nos desternillamos a modo, incluso el capitán, que casi nunca se ríe por nada, soltó una carcajada.

Cuando nos convencimos de que en aquel pueblo no íbamos a sacar gran cosa, seguimos nuestra marcha y vivaqueamos en un paraje pobre y pelado, sin defensa posible ni interés estratégico, desguarnecido por completo, a media falda del monte, junto a un manantial en el que aprovechamos para beber. Estaba al pie de un olmo como una catedral de grande, y hacía tanto frío que el agua parecía que salía caliente, porque desprendía unos vahos tenues y perezosos. Sabía a hierro, olía como a huevos podridos, y Benigno, el sargento, que fue el primero en beber, tuvo que escupirla. Y otra vez más nos entró la risa y hubo carcajada general. Entonces Canigó, que también se sorprendió riéndose en medio de tanta desolación, concluyó que era mejor reír que llorar, a lo que otro, no recuerdo quién, dijo que mientras hay vida hay esperanza, y Pichón para parecer que no siempre es un hombre superficial, añadió, aunque sin venir a cuento, que aquello era ley de vida, sin que nadie, ni él mismo, supiera seguramente a qué se estaba refiriendo. La guerra nos ha vuelto a todos viejos, hablamos como los viejos, con sentencias que no son más que frases vulgares y estúpidas.

Pichón morirá, Benigno también, el de Tembleque, Miguelet, el enfermero, el de la metralla, no le servirán de nada las curas, yo mismo, moriremos todos. Lo siento aquí, justo sobre el estómago.

El capitán no. Agustín tampoco, Julito tampoco, Portales tampoco, Lechner tampoco, los dos hermanos Escudero tampoco... El resto morirá, los demás no tenemos mucho tiempo de vida.

A veces el capitán se nos queda mirando, como si se compadeciera de sí mismo. Él sobrevivirá, pero nos mira a veces como si quisiera morirse.

Manda esta compañía desde hace año y medio. Es militar de carrera, pero poco marcial, creo que ya lo he dicho. Usa gafas redondas, de concha, demasiado pequeñas, eso le da una mirada de sueño, de chupatintas municipal, pero es enérgico y más valiente que ninguno. Alto, con la cara alargada, es feo, tiene los ojos abultados, parecen dos huevos, y los cristales de culo de botella se los hacen más grandes todavía, y un cuerpo de coloso, pero sin osamenta. Es de los que lleva la correa de los pantalones siempre por encima del ombligo. Es también un hombre triste y de malas pulgas.

A mí me contó Faustino una historia. Éste fue el único, que yo sepa, que logró intimar con él, quizá porque a los dos les gustaba discutir de toros, pero con el resto se ha mantenido siempre más bien al margen. Los militares no son como los demás, piensan que valen más que el resto. Está casado con una de Salamanca, hija también de militar. Yo creo que no ha ascendido más porque no acaban de fiarse de él, pero lo lógico es que a estas alturas fuera coronel, lo mínimo; siempre ha dicho que el militar es apolítico, y no ha habido manera de que se afiliara a ningún partido. Los comunistas lo tienen enfilado. Estalló la guerra, y le sucedió lo que a tantos, unos en una zona y otros en otra por el veraneo. Al pobre Fausto le dijo que él, al principio, quería a su mujer, pero en Barcelona, lo que pasa, conoció a una chica, y se enamoró de ella, como en los folletines.

Mi opinión es que el capitán se salvará. A lo mejor se entiende con su querida. Al principio tenía fama de fascista, porque los militares, con eso de la disciplina, tienen esa manía. Pero éste no creo. Podría haberse pasado muchas veces las líneas, como todos nosotros, y no lo ha hecho. Nunca volverá a Salamanca. ¿A qué iba a volver a allí? Seguramente su suegro, que a estas horas debe de ser ya general, lo mandaría fusilar.

Mañana continuaré escribiendo. Ahora se está haciendo de noche, aunque, quieras que no, los días se emperezan y son algo más largos. Pichón cuenta chistes. Son viejos, pero nos hacen reír igual, lo que aprovecha Canigó para repetir, compungido, que es mejor reír que llorar, como si le pareciera un sacrilegio reírse en una guerra que tenemos perdida. Parece un disco rayado. Es la primera noche después de doce días en que vamos a dormir bajo cubierto. Es un decir, porque se trata de un tendejón que da a un corralejo. Pero al menos no nos mojamos. Hace un rato se puso a cantar muy cerca de donde estamos un pájaro. No era un canto. Parecía el viento. El de Tembleque se levantó y le tiró uno de los tizones, para que se fuera de allí. Dijo que era un mochuelo, y que siempre cantaban cerca de alguien que se iba a morir. Pero otro de pueblo le preguntó que cuándo se había visto que en las montañas y en invierno críen los mochuelos. No se pusieron de acuerdo, pero seguía empeñado en lo del mochuelo. Entonces al que le tiramos los tizones fue a él, y le mandamos callar. Pero él ha sentido lo mismo que yo he sentido hace dos días, aquí, por dentro. Yo creo que la muerte no es tan fiera como la pintan, y seguramente hace una visita a todo el que piensa llevarse. Sólo hay que estar atento. Cuando vas a morir, y lo sabes, no duele tanto.

Ayer fue un día calamitoso, de los más tristes para mí desde que empezó la guerra. Nadie podía imaginarse que sucedería nada parecido, y mira que hemos visto de todo. El comisario político, un asturiano que se llama Saturnino, nos dijo que estas cosas no tienen que salir de aquí y que no debemos comentarlas, y que la guerra exigía estos sacrificios, pero no ha convencido a nadie, más que a los que ya lo estuvieran, porque no hace falta convencerles, pues aceptan las consignas como si se las dijera un obispo. Todo lo que viene de Rusia es sagrado, porque allí atan los perros con longaniza, y no digo yo que Rusia no sea el paraíso, pero habrá de todo, como en todas partes, digo.

A mí mismo me advirtió que no se me ocurriera apuntarlo en mi cuaderno, porque me la jugaba. Tenía que haberle dicho que no se metiera donde no le llaman, pero me callé, incluso hizo que me pusiera encarnado, porque lo comentó delante de los compañeros. Le hacen parecer a uno un cobarde. No tiene uno miedo de los fascistas, y en cambio sí del que está contigo en el mismo bando... Será un tío cabrón... ¿Y qué, si me quita el cuaderno y lo lee? ¿Me vas a pegar un tiro a mí también por pensar lo que me da la gana de ti y de cualquiera, como hicisteis en mayo del 37 con

los trotskistas? Ahora las cosas no son como antes. Ahora perdemos, pero todos, al mismo tiempo. Yo no le caigo bien, eso es cosa indubitable. Es de los que ve trotskistas por todas partes. Hace un año me indicó que me anduviera con ojo, porque yo era amigo de uno del POUM. Un día éste no se presentó, y desde entonces no volvimos a saber nada, y mejor, como nos advirtieron, no preguntar. Yo pregunté, y me dijo que sí le estaba acusando de algo o qué. Aquel día llegamos a las manos. Tuvieron que separarnos. Yo creo que soy pacífico, pero si alguien me busca las vueltas..., y ese día, de no separarnos, le habría estrangulado. Desde entonces sé que va a por mí, pero me da igual, porque ni siquiera le dirijo la palabra. Es un hombre poderoso, con muchos contactos aquí y allá, por el Partido, y es de los que te puede dar un disgusto.

Lo de ayer ocurrió como sigue. El capitán ordenó tres guardias para la noche, de dos horas cada una. Todos creemos que no sirven para nada, pero el capitán es un militar y le gusta hacer las cosas a su manera, y además nos ha metido a todos el miedo en el cuerpo, porque sabemos que los fascistas vienen pisándonos los talones. De caer prisioneros lo pasaríamos mal, pues es cosa sabida que se los están dejando a los moros, los cuales cometen toda clase de atropellos e ignominias con ellos, como cortarles las orejas antes de matarlos, asarlas ante sus ojos y comérselas, y bueno está si sólo son las orejas.

En la segunda de estas guardias, el que la hacía, un chico muy callado a quien llamamos Andresito, de Madrid, oyó ruidos. Trabajaba de camarero en Jai-Alai. Me acuerdo de haberle visto allí. En un primer momento receló fuesen los fascistas, por la sugestión. Dio el alto, pero los otros hicieron como que no oían y siguieron andando. Llovía más incluso que por la mañana, y no se veía nada. Andresito volvió al ¿quién va?, y de no haber soltado un tiro, no le habrían hecho caso. Tampoco podían salir corriendo porque, como digo, estaba todo a oscuras. Después supusimos que habían elegido la segunda guardia porque la hacía Andresito y no contaban que fuese a darles el alto, y menos a disparar, si les descubría, porque es un alfeñique. Parece poca cosa; de presencia, me refiero. Con el tiro nos despertamos todos. Algunos se pusieron nerviosos, temieron que fuesen los fascistas, y a los dos minutos vimos a Andresito que traía delante con los brazos levantados a Pichón y a otro, uno que se llama José González, y que llamamos Pepón, un retaco renegrado y feo que tiene pelo por todas partes. Parece un jabalí. A los dos los traía al hilo Andresito diciendo que como se le desmandara alguno le soltaba un tiro que lo dejaba seco. Sí, ¡poca cosa!...

Iban a pasarse. Hay que ser morral. En primer lugar, porque nadie sabe dónde está el frente, y en segundo, porque ya hemos perdido, ¿y para qué van a querer en la otra zona a los desertores, como no sea para fusilarlos? Yo creo que los pobres se demenciaron, como cuando la gente está desesperada, que comete locuras, o los náufragos o los condenados a muerte...

Nos extrañó sobre todo que uno fuese Pichón. Ya no bromeaba. A lo primero trató de decir que en absoluto huían, pero cuando se comprobó que habían robado la mochila con el botiquín, en el que había también un poco de coñac, no tuvo escapatoria, y no le quedó otra que admitirlo. El capitán les preguntó por qué lo habían hecho, pero sacudían la cabeza, como atontados, y guardaban silencio, avergonzados de lo que acababan de hacer, que ellos mismos tuvieron que darse cuenta de que había sido una calaverada.

Yo creo también que ambos eran conscientes de que merecían un castigo, pero no lo que se les vino encima. A todos nos daban lástima. El capitán, aunque desprecia a los desertores como cualquiera, ha comprendido que no podemos hacer nada para ganar la guerra, ni él ni nadie. En cierto modo ni siquiera podríamos llamarles desertores, porque la guerra está perdida, así lo dijo él en su defensa; trató de echar tierra sobre el asunto y sugirió que nos marcháramos de allí en cuanto amaneciera. Pero en eso saltó Saturnino, el que me dijo hace un rato que ni se me ocurriera copiar aquí lo que ha pasado.

Saturnino no le cae bien a casi nadie. Es un hombre que impone, mide bien los dos metros, con un ojo remellado y manos grandes y fuertes, con venas gordas como las de los caballos. Siempre lleva ocho o diez al retortero, que son como su guardia pretoriana, van juntos a todas partes, tienen reuniones para hablar de Rusia y de política, y desconfían de todo. Para ellos las cosas jamás son lo que parecen, siempre hay una causa oculta. Por lo demás no suelen meterse con nadie si no te cruzas en su camino. En ese caso, él y los suyos son peligrosos. Yo creo que en el fondo desprecian

a todos los que no tienen sus ideas, que no siempre son malas, hay que decir en honor de la verdad.

El caso es que fueron inflexibles y dijeron que a los desertores había que fusilarlos, como ordenan las leyes de guerra. El capitán protestó hecho un basilisco y dijo que a él no le venía nadie a explicar lo que se dice en el código militar para los tiempos de guerra, y que mientras él estuviera al mando no se fusilaría a nadie por una bobada como ésa.

Discutieron delante de todos nosotros. Saturnino amenazó con matar allí mismo a quien le desobedeciera y dijo que la misión de un comisario político era precisamente hacer cumplir las leyes. El capitán no se dio por vencido y volvió a repetir que aquello ya no era una guerra. Saturnino tiró de pistola y dijo que el arma de los quintacolumnistas era precisamente la del derrotismo. Detrás de él esperaban sus hombres, todos con el arma montada. El capitán fue cediendo terreno. Es lo que peor tiene. Resulta un hombre débil, debería haberse impuesto. No sé por qué se habrá hecho militar. Y los demás, ¿qué íbamos a hacer? ¿Enfrentarnos a Saturnino? Pichón y el otro asistían inermes a aquel consejo de guerra que se parecía más a un regateo entre trajinantes. Cuando al fin se les dijo que se les iba a fusilar, no daban crédito ni ellos ni nosotros. Estaban los dos con los capotes por encima de las mochilas y los brazos caídos, que parecían peleles con chepa.

Entre unas cosas y otras, pasó una hora. Estaba amaneciendo.

A Pepón se le había caído la cabeza sobre el pecho y se estudiaba las botas en silencio, sólo levantaba la vista del suelo para observar a Pichón. Daba pena mirarle, con tanto pelo como tenía, negro, rebultado, con la barba cerrada, un bandido parecía, pero los ojos le brillaban como a un niño con fiebre. Y Pichón, que al principio yo creo que llegó a pensar, como él era tan chistoso, que se trataba de una broma nuestra, comenzó a llorar, pidió clemencia y se arrojó de rodillas delante del capitán. El capitán murmuró algo entre dientes y se apartó, molesto, con un gesto de repugnancia. En cambio Pepón aguantó muy terne, aunque poco a poco se le puso cara de idiota, se le desencajaron las mandíbulas y se hizo sangre en los labios, de mordérselos para aguantarse el miedo.

Pichón siguió suplicando clemencia a voces, por Dios, por la República, por la Revolución, por mi madre que se está muriendo, dijo también, por lo más sagrado. No sabía qué era lo más sagrado. Juntó las manos como si fuese a elevar una plegaria. Entonces Saturnino dijo de muy mal humor, como si todo eso le contrariara a él más que a ninguno, dijo, atadle las manos. Uno de los partidarios suyos le quitó a Pichón la correa de los pantalones y le ató con ella las manos. Al quedarse sin correa, los pantalones se le cayeron, y eso hizo que algunos, al verle los calzones, no pudieran contener la risa, como si aquello fuese cosa de risa. Luego le ataron las manos al compañero. Vino a continuación un detalle que no estuvo bien. Fueron a ponerles junto a la pared de la majada, donde habíamos pasado la noche, pero los que formaron el pelotón, del grupo de Saturnino, al tomar distancia, se salieron al patio. Seguía lloviendo a cántaros, de manera que dijeron que lo iban a hacer al revés, en vez de afuera hacia adentro, de adentro hacia afuera, ellos bajo el cobertizo y los otros dos en medio del patio, porque a Pichón y a Pepón, al fin y al cabo, dijeron, les tenía que dar igual mojarse un poco más o un poco menos, para lo que les quedaba. A Pichón no le sostenían las piernas y juntaba las rodillas para que los pantalones no se le cayesen y se le viesan otra vez los calzones. Toda su preocupación parecía que fuese que no nos riésemos de él. Creo que fue la única vez en su vida que no quiso que se rieran de él.

Después de eso, el día ha sido tristísimo para todos y el grupo como que se ha dividido en dos, los que nos hemos quedado con el capitán y aquellos otros sobre los que Saturnino tiene influencia. Así durante todo el día. Avanzábamos muy despacio, porque a veces no podíamos seguir, por la lluvia y el frío, hasta que, camino de Ripoll, llegamos a San Joan de les Abadesses, donde nos tropezamos con lo que veníamos buscando desde hacía semanas: el grueso del ejército del Este, que subía, desde el sur, en franca retirada.

Era una interminable y sinuosa columna de hombres, bestias y vehículos de toda clase que se dirigían al pueblo, serpenteando entre las montañas. Los milicianos arrastraban como podían cañones, cureñas y morteros. Resultaba un espectáculo triste y grandioso. ¿Cuántos hombres? ¿Diez mil, doce mil? ¿Cuántos mulos? ¿Cuántos camiones? Yo creo que más de quinientos, sin contar los

coches, los cañones y el armamento pesado. Y los mulos, tres o cuatro reatas de más de cien bestias cada una, que llevaban a lomos las baterías desmontadas, la munición y las ametralladoras. Lo más raro es que siendo tantos no se oyese nada, nadie hablaba, algunos coches y camiones hacían sonar sus bocinas, porque tenían más prisa que nadie por llegar, pero tampoco puede decirse que se oyesen, eran sonidos que nacían muertos en medio de aquella devastación. Todo resultaba irreal, parte de una pesadilla que duraba ya demasiado tiempo. Avanzaban con lentitud desesperante. La verdad, parecíamos todo menos un ejército, y los que venían del este, más todavía, los hombres agotados, arrecidos de frío, muchos heridos, con vendajes sucios y sanguinolentos, envueltos en mantas empapadas en barro, con gorros de todas clases, los heridos se apoyaban en muletas de palo y otros venían en medio de dos camaradas, sosteniéndose en ellos, todos en columna de a dos, los heridos fuera de la formación, porque marchaban más despacio, algunos con una maleta en la mano y el mosquetón en la otra, qué raro ver a los soldados con una maleta... Era como para pintar un cuadro.

Creo que ninguno de nosotros, que formamos lo que queda de la 45 Compañía de la 31 División del Décimo Cuerpo de Ejército, había visto nada parecido, y creo también que fue entonces, al presenciar aquel espectáculo, cuando acabamos de comprender la magnitud del desastre: al ver la del desastre de los demás. Aquellos somos nosotros, pensamos, y la angustia que producen es la que causamos nosotros mismos.

Ahora va a empezar nuestra verdadera derrota. Mientras luchábamos éramos un ejército. A partir de aquí no somos nada. Menos aún que nada. ¿Dónde posaremos los ojos que no sintamos la pesadilla de la derrota? Pero esto, ¿qué puede preocuparme, además? En el fondo soy ya como el Pichón y Pepón, y a un muerto, ¿de qué le sirve que le hablen de victorias o de derrotas?

Llevo tres días sin escribir, en parte por la diarrea. Más de la mitad de los hombres anda con esa flojera humillante. Sería chusco que me fuese a morir de una cagalera, aunque si te vas a morir, digo yo que dará lo mismo de lo que te mueras, ¿o no? Pero unas cosas llevan a otras, y de no ser por ese rebaje del vientre, no me hubiera enterado de lo que sigue.

Yo estaba ensuciando detrás de una encina y un poco más allá se encontraba Saturnino con cuatro o cinco de los suyos. Saturnino les decía que había hablado con el capitán y que estaba todo arreglado, y que no dijera nada de lo de Pichón y Pepón, por las consecuencias. Menuda estupidez. Consecuencias, a estas alturas. El caso es que alguien dijo entonces que no se fiaba y que lo mejor era meterle cuatro balas al capitán y tirarle por un barranco. Yo hice ruido y me descubrieron. No sé por qué pensaron que les espiaba. Vino contra mí Saturnino como un perro rabioso. Una vez más, se puso faltoso conmigo. Le pregunté con soma si es que no podía hacer uno las necesidades. Me levanté los pantalones, y otra vez casi llegamos a las manos. Lo llamé fascista y de todo, y le dije que me dejara en paz. Y entonces me contestó que eso le gustaría, dejarme en paz. Lo dijo con segundas. Y que menos pasarme el día escribiendo, y que si me creía algo. Al capitán le conté lo que decían de él. Se encogió de hombros. A mí el episodio me dejó mal cuerpo, y ya no escribí nada en estos tres días, lo cual me enfurecía, porque era como si me hubiese achantado después de lo que me dijo.

La Plana Mayor ha tratado de dar a la huida la apariencia de un repliegue estratégico, preparatorio de una nueva ofensiva, pero el Estado Mayor no tiene ni puñetera idea ni autoridad sobre nadie. Lo nuestro con el capitán Almada, con todos sus defectos, es excepcional, pues vemos que, aunque débil, es un hombre valiente y honrado, que jamás ha dado una orden que no estuviera dispuesto él mismo a cumplir personalmente. Y por eso está donde está. A alguien con su valía tenían que haberlo nombrado lo menos coronel. Lo he dicho ya otra vez. Saben muy bien a quiénes dan las estrellas. Por esa razón la orden absurda de volver hacia Olot, de donde vienen huyendo del avance de las fuerzas del Ejército del Maestrazgo, ni siquiera la hemos tenido en cuenta, y eso que son muchos, sobre todo los comunistas como Saturnino, los de la opinión contraria, lo mismo que el capitán, es decir, que hay que resistir a toda costa, con la esperanza de que la guerra en Europa, que según ellos es inminente, estalle pronto y arrastre a las naciones contra Italia y Alemania.

Eso puede que sea así o que no, ¿quién lo sabe? Lo que sí tratan de hacer, al menos los

comunistas, es retrasar en lo posible el paso de la frontera. Y me parece bien. Por eso decía que no se puede estar en desacuerdo con ellos en todo.

La noche en que alcanzamos el grueso de lo que queda del Ejército del Este la pasamos junto al río, con el resto de las fuerzas. Por suerte dejó de llover, pero eso mismo hizo que bajaran mucho las temperaturas y todo el terreno estaba mojado. Uno de Palencia, de Barruelo, dijo un refrán: helada sobre blandura, nieve segura, y tuvo razón, porque amaneció queriendo nevar. Como consecuencia de las lluvias, los ríos llevan tres veces su caudal, y regatos que no eran nada, en unas horas parecen el Ebro en cuanto caen tres gotas. Los paisanos de estos pueblos aseguran que no conocen un invierno como éste en lo que llevan de vida. Aunque el del año pasado tampoco fue manco.

El frío ahora es glacial. Duelen hasta las sienes, y nos han salido a todos sabañones en las manos, que ni lavar nos podemos, así que hasta me da lástima mirármelas, porque están hinchadas y enrojecidas, llenas de grietas y sobre todo sucias, con mugre de dos meses. Cada hora que pasa hace más frío. Algunos dicen que es bueno orinarse en los sabañones, que al tiempo que se curan, favorece la circulación, entran en calor las manos y se evita que salgan más. Los que son de campo lo hacen. Yo mismo lo he practicado una vez, pero es repugnante. Cuando atravesamos algunos de los bosques de abedules, que abundan, desnudos, sin hojas, el frío se hace tan húmedo que duelen los huesos y las articulaciones. El tiempo es el protagonista de nuestras vidas. Hablamos todo el rato de él, si dejará de llover, si nevará, si crecerán los ríos más todavía y podremos cruzarlos (hasta el momento hemos visto ya tres puentes que habían volado los artilleros), si los caminos estarán tan impracticables que no podrán perseguirnos las unidades motorizadas...

Esto fue ayer. El 4 de febrero nuestra Compañía y las demás siguieron el curso del río Ter. Algunos incluso albergan la esperanza de que los gendarmes franceses nos nieguen la entrada, para poder combatirlos también a ellos y hacerles pagar lo que ha sido una actitud criminal del gobierno Daladier para con la República, y en parte, si perdemos, será por Francia e Inglaterra. Pero eso también son ganas de hablar, de hacerse los valientes, porque no hemos sabido combatir a un puñado de fascistas africanos y vamos a meternos ahora con los franceses. Hacemos reír, francamente.

El mismo día 4, a mediodía, se nos sumaron otras cinco Divisiones diezmadas procedentes del Undécimo Cuerpo y unidades dispersas del Ejército del Ebro, mandado por Modesto, así como lo que queda del Regimiento de Caballería número 7, uno de los mejores que ha habido en esta guerra, que aportó a la comitiva un numerosísimo contingente de mulos y burros, en número por encima de los trescientos. Iban ellos mucho mejor que nosotros, y desde luego no les falta de comer, y aguantan bien las inclemencias. Estuve junto a Modesto, al lado mismo, que le podía tocar. Llevaba una barba como un capuchino, y no se le conocía. Estaba discutiendo furioso con sus oficiales. No se ponían de acuerdo. Todos dicen que es una buena persona, y lo declara el hecho de que siga con nosotros.

Dos horas después llegó un enlace hasta donde nos encontrábamos agrupados los de la 45 Compañía. Convocaban al capitán Almada a una junta de oficiales, que se formalizó inmediatamente como Junta del Ejército del Este para la Ofensiva Final de la Guerra de España, justo cuando estamos a punto de perder ambas, la guerra y España. Yo creo que podríamos, a estas alturas, apear el énfasis y aceptar las cosas como están viniendo: es mentira que exista un Ejército del Este, es imposible una ofensiva y la España que queda tiene muy poco que ver con la que queríamos hace tres años, cuando empezamos la guerra.

El capitán no nos reveló de qué habían hablado, pero debieron de ser muy acaloradas las discusiones, que se celebraron en el edificio consistorial de San Joan de les Abadesses, porque duraron toda la tarde. Al final vino y dijo que nos quedaríamos de momento en este pueblo, que para cuando él regresó ya nos lo habíamos repartido.

En San Joan hemos permanecido durante la tarde del 4 y los días 5 y 6 completos, tranquilos. Todo el mundo habla del enemigo, que parece encontrarse muy cerca, pero nadie lo ha visto, y las órdenes son tan contradictorias, vagas e inadmisibles, que ningún oficial se digna ni a considerarlas definitivas ni, por supuesto, a acatarlas.

En esos días el capitán se muestra más taciturno que de costumbre; desde lo del día en que se fusiló a Pichón y al otro infeliz le ha cambiado el humor. ¿Cómo podrá dormir tranquilo Saturnino con ese crimen? Una cosa es disparar en la trinchera, en el frente, en la barricada. Si das a alguien, no lo ves, y siempre te queda la duda de que has podido ser tú o la esperanza de que haya sido tu compañero. Gracias a eso la guerra se le hace tolerable a la mayoría. Sólo así, con esa duda, con esa esperanza, puedes conciliar el sueño, y no que te empiecen los muertos a rondar por la cabeza y a apoderarse de ti. Los muertos son como los microbios, nos dijo un farmacéutico que estuvo con nosotros en Lérida, un capitán. O acaban contigo o te haces inmune. Incluso en defensa propia puedes matar. Te encuentras frente a un fascista, y antes de que te mate él a ti, le matas tú a él. Eso entra dentro de lo razonable. Pero fusilar a uno que ha estado contigo jugándose la vida por lo mismo que te la has jugado tú... Vamos. Es una vergüenza. No tienen ninguna piedad para con nadie. Son implacables. Dicen que tenemos que serlo para ganar la guerra, y que si hemos perdido tanto ha sido por el desgobierno con el que se han hecho las cosas. Es posible que tengan razón. Pero, ¿a Pichón y al otro? ¿Qué mal nos habrían hecho? ¿En qué hemos notado que los fusilaran? ¿Vamos a ganar la guerra por eso? La gente está harta, quiere acabar cuanto antes. Hemos perdido, y sanseacabó. No hay que darle más vueltas. Alguna vez, tarde o temprano, habrá que aceptarlo. Mientras no se comprenda una cosa tan simple, estaremos perdiendo el tiempo. Pichón y Pepón en realidad es como si hubiesen desertado, y ¿quién se acuerda ya de ellos? ¿Y quién, aparte de un loco, puede pensar en desertar ahora?

Todos, incluido yo mismo, hemos ido a consultarle al capitán. No tenemos a nadie más del que fiarnos. Nos dijo que cada cual obre en conciencia, y que ya no hay órdenes que valgan ni ideales ni nada. Se nos queda mirando con su cara de reno, larga, grande, con esos ojos que parecen también como de una vaca detrás de los cristales de las gafas, y te dice, a mí qué me dices, estoy igual que tú. Yo creo que da tanta confianza Almada por los ojos; le miras y te producen sueño, te dan mucha tranquilidad.

Algunos de la Compañía están pensando pasar a Francia para poder volver a España. Nadie lo habla a las claras, pero por lo bajo te lo dicen, y no lo comentan abiertamente porque como llegara a oídos de Saturnino y los suyos, éstos son capaces de todo para evitar que nadie vuelva con Franco. Pero tú vas viendo quién quiere volverse y quién no.

Yo también fui a hablar con Almada para este particular, no porque tenga pensamiento de quedarme, si todos salen. Más bien fui a preguntarle si sabía algo de las unidades que se estaban formando para emboscarse en los Pirineos, en partidas de guerrilleros, como sabemos que hay en Asturias, en Galicia, en Teruel, en Andalucía, en Extremadura, y si pensaba que eso tendría algún sentido y serviría de algo, pues, sabiendo que lo más seguro es que vaya a morir pronto, deseo hacerlo por lo menos luchando. Antes de la guerra no pensaba nunca en la muerte. Ahora pienso tan a menudo en ella porque, si se mira bien, todos vamos a vivir mucho más como muertos que como vivos. Y no me da miedo. Me digo, me encontraré con el Fausto. Parece una bobada, pero eso me tranquiliza. Era un buen amigo. Si voy a donde va él, no será un mal sitio.

Lo que me dijo Almada no me ha servido de mucho. Me aseguró que él jamás se integraría en una partida de aventureros. Dice que es un militar y no un guerrillero ni un forajido. Intentará resistir todo lo posible y desaprueba las órdenes de sus jefes de replegarse y cerrar la guerra en el cuadrante nororiental.

La comida es un problema serio. Hoy encontramos muerto un mulo, lo había matado una bomba, porque tenía todo el cuarto trasero hecho picadillo por la metralla. Lo que pensamos todos, ya que tenemos tantos mulos, podíamos matar alguno para dar de comer a la tropa. Pues no. Dicen que son bienes del Estado, como el material de guerra, y que no nos comemos las ametralladoras. Como dijo uno, porque no son comestibles. Hoy ya no, porque les perdimos de vista y a saber dónde se encuentran ya esas reatas. El caso es que algunos metieron la bayoneta en el mulo muerto y prepararon un fuego. El olor de la carne quemándose ya era repugnante. Los que se la comían decían que lo mismo daba aquella carne que otra cualquiera. Otros les respondían, ¿pero sabéis

cuántos días lleva muerto? Y bien porque les diera asco y les entrara miedo de envenenarse, bien porque la carne no estuviera buena, el caso es que la dejaron, y seguimos. A mí aún me quedan tres sardinas, de una lata que abrí el viernes, pero sólo de pensar en ellas me entran ganas de vomitar.

Después de comer un poco, el capitán me ha llamado aparte. A lo primero no sabía yo para qué. Buscó en su macuto y extrajo de él un mazo de cartas, todas las que ha estado escribiendo en estos tres últimos meses, y me ha pedido que si le pasaba algo buscara el modo de hacérselas llegar a la destinataria.

Me confesó que no tenía amigos, que no conocía a nadie de quien fiarse y que en todo caso aquella mujer era especial. No llego a entender la razón por la que me buscan para contarme cosas tan íntimas. Visto por el otro lado, yo estoy en las mismas, que no tengo amigos para las confidencias, pero en realidad le dije que la razón por la cual yo no quería quedarme con las cartas es porque yo ya he muerto.

Hizo un gesto con la cabeza, la sacudió para atrás, como si no hubiera oído bien.

Pero le conté lo que me había ocurrido en Singra, cuando él mismo nos mandó a tomar aquella loma, y cómo se habían salvado sólo los que yo había dicho que se salvarían y cómo también Faustino tenía que haber muerto aquel día, aunque al final no fue así, pero que a la semana cayó en Tejar del Duque. Y que en este caso, él se salvaría, como Agustín, Lechner, los hermanos Escudero y alguno más. Pero no yo.

El capitán es un hombre respetuoso que no se mete con las creencias de nadie. Él mismamente tiene una cadenita con una medalla, se la hemos visto todos cuando se afeita, y nadie le ha dicho nada. Así que me escuchó con atención, aunque comprendí por su expresión que pensaba que me había trastornado. La guerra ha tenido esto, que ha vuelto loca a mucha gente. Pero al final hizo así, se dio unos golpecitos con las cartas en la palma de la mano y me las tendió mientras hacía una mueca de indiferencia. Cuando me las entrega es porque piensa seguramente que le va a pasar algo, porque si no, no se desprendería de ellas, y a mí qué, lo mismo me da guardárselas.

Todos los sobres están cerrados. Cuando nos separamos me preguntó si me hacía falta dinero o algo. Eso, en cambio, me molestó. ¿Por qué razón me ofreció dinero? Los favores no se cobran, y si no son favores, ¿para qué los pides?

A partir del día 5 han empezado a llegar más fuerzas rezagadas, en una lenta destilación de los diversos frentes aragoneses. Muchos aseguraban haber frenado el avance de las divisiones de Moscardó y de García Valiño, y hablan de combates especialmente sangrientos en Solsona, en Cardona y en Naves. Puede ser, pero ellos están ahora aquí, y no en Solsona o en Cardona o en Naves. Es lo de siempre, las guerras se pierden porque los partes de guerra los redactan los Estados Mayores, y no en el mismo frente. De ese modo todo se va perdiendo sin que nadie se dé cuenta.

Vienen relatando historias aún más apocalípticas. Sabíamos que los fascistas son unos asesinos que no se han parado en barras, pero ni siquiera respetan su palabra de militares. Mandan por delante a los falangistas, a los requetés y a los moros: los falangistas fusilan a todos los que eran republicanos, los requetés a los que no iban a misa, y los moros violan sistemáticamente a las mujeres que acaban de quedarse viudas o huérfanas.

Ayer levantamos el campamento y nos mandaron que nos dirigiéramos hacia San Pablo de Seguríes y Camprodón, pero allí, de modo imprevisto, ordenaron que nos detuviéramos en un lugar llamado El Grau.

Las casas que nos encontramos, muchas de ellas de veraneantes, están abandonadas y saqueadas.

El país es tranquilo, lleno de prados y laderas que mueren dulcemente en la orilla de los arroyos, pero es triste y pelado. Al que le guste esto, bien, pero al que no, le gustará poco.

Son las nuevas disposiciones quedarse aquí. Sentimos todos una gran decepción, porque, ahora sí, están alargando inútilmente esta agonía. ¿De dónde ha salido una orden como ésa? ¿Qué es lo que puede salvarse a estas alturas? ¿La honra? No estamos aquí para pronunciar discursos. Nadie quiere oírlos ya. La dignidad es lo primero que se pierde en una guerra. Ahora alguien del Estado Mayor, sin conocer la situación, desde un cómodo despacho de Madrid, ha ordenado que

continuemos en la brecha y establezcamos un frente que tampoco podremos mantener muchos días, pues carecemos ya de provisiones y el armamento pesado ha sido en su mayor parte abandonado o destruido en la huida, para hacerla más ligera. En cuanto a la falta de medicinas para los heridos y para los enfermos, mejor ni hablar, porque a veces tiene uno la sensación de que somos un hospital itinerante, y envueltos en lamentos desgarradores los enfermos deliran de fiebre, amenazados por la negra guadaña.

Las casas resultaron insuficientes para acogernos a todos, de modo que la mayoría acampamos a las afueras de San Pablo y en una iglesia, y nos hemos fortificado como hemos podido, mal, junto a una tenería que llena estos arrabales de un aire hediondo. Esto fue la madrugada del 7, aunque no estoy seguro, pues los días ya hace mucho tiempo que han dejado de tener sentido para nosotros, y nadie sabe a ciencia cierta si estamos en lunes o viernes, 15 o 30, diciembre o febrero, en 1938 o en 1939.

Hace un par de días el coronel Peret en persona, que es el coronel en jefe del Ejército del Este, mandó llamar a nuestro capitán y le ordenó desplazarse con la 45 Compañía, o sea, nosotros, a Ripoll. Allí se nos haría entrega de unos prisioneros que estaban siendo una rémora para la 3.^a División del Decimotavo Cuerpo, con orden de estabilizar el frente precisamente en Berga. Eso significaba en parte desandar lo andado. Almada encontró absurda esta orden, pero no dijo ni mus, y en parte yo le entiendo, porque es preferible desgajarse de este amasijo de ejércitos en retirada, y reconquistar la movilidad que siempre nos ha favorecido. Ése fue el argumento que utilizó para convencernos, pues hemos llegado a un punto en el que cada cual puede hacer lo que quiera, y nadie respeta ya ni órdenes ni graduaciones, y como la confianza que tenemos en él es muy grande y todos somos ya hombres curtidos, aportamos en Ripoll para hacernos cargo de los prisioneros.

En Ripoll no queda ya ni el apuntador. La comisión municipal se ha puesto en fuga también, y el pueblo, que es grande y aparente, está vacío, lo mismo que las fábricas que hay a la orilla del río. En la plaza principal, mientras el pueblo estaba en la retaguardia, han fabricado un refugio antiaéreo por esa ilusión que sienten los de la retaguardia de creerse que son el frente. Luego, cuando se convierten de verdad en frente, o sea, en víctimas verdaderas, huyen todos sin acordarse de la retórica.

Nos encontramos con doscientos soldados capturados en la batalla del Ebro y en Teruel, y con ellos y con otros cuarenta, desertores en su mayor parte, regresamos a San Pablo. Ni siquiera nos dieron tiempo para quedarnos en el pueblo y descansar y tratar de aprovisionarnos, porque esto último o lo hace cada uno por su cuenta o no puede esperar que lo hagan por él.

Los prisioneros venían hambrientos y andrajosos. Las barbas sin afeitar y los pelos apelmazados y sucios les daban aspecto de gran ferocidad, pero en realidad son como nosotros, aunque en general vienen mejor pertrechados, con ropa de mejor calidad. A muchos les han despojado de sus botas, y caminan en alpargatas completamente empapadas de agua y barro, con los pies ensangrentados y envueltos en harapos, porque han tenido que cortarse los dedos de los pies para evitar gangrenas.

Es curioso lo que uno siente cuando tiene enfrente a un enemigo al que ha estado combatiendo durante tres años y no lo ha visto sino de lejos, en las trincheras, en el campo, siempre a distancia. Muchos de nosotros es la primera vez que nos hemos rozado con ellos, incluso habríamos podido hablar con ellos si hubiéramos querido. Pero nadie tiene ganas de locutorios, ni ellos ni nosotros. La mayoría mira de una manera humilde y no levanta la vista del suelo, pero en los ojos de otros brilla un odio fiero y una arrogancia ridícula y decorativa, porque aquí no tienen que hacerse los héroes ni hincharse, y se ve que si pudieran, de puro fascistas que son, caerían sobre nosotros y nos degollarían. A mí me produjo una impresión extraña tenerlos tan cerca, porque me parecía mentira que perdiéramos la guerra por unos hombres como aquéllos. Me sucedió como una vez que tuvieron que sacarme una muela, el verano pasado. Me había estado doliendo durante dos meses. Fue un tormento. No podía dormir y la cara se me hinchó de tal modo que la gente al verme no sabía si echarse las manos a la cabeza o romper a reír. Estábamos cerca de Sigüenza y me dijeron que en ese pueblo había un dentista. No podía soportar un minuto más de dolor. Creí que iba a enloquecer. Quien no haya padecido un dolor de muelas, no sabe lo que es malo. El hombre, que no era médico

ni nada, se comprometió a sacarme la muela, pero no garantizó que no fuese a hacerme daño, porque no podía anestesiármela con nada. Lo dijo para curarse en salud, pues en el pueblo de al lado, al comienzo de la guerra, habían matado a un colega suyo que había osado hacerle daño a un anarquista en un trance parecido. Lo único que quería yo era que acabase cuanto antes. Así lo hizo, pero con tan mala suerte que al querer sacarla la muela se partió en dos y una de las raíces tuvo que extraerla aparte. Me hizo una verdadera escabechina, pero el dolor no me importaba, porque no podía ser mayor que el que ya tenía. El caso es que cuando terminó me puso en la mano aquellos dos minúsculos huesos llenos de sangre. Eran insignificantes, dos guijarros. Me quedé observándolos unos segundos, no comprendía que aquello tan pequeño me hubiera podido hacer tanto daño. Mientras me dolía soñaba con el momento en que alguien pudiera arrancármela, e imaginaba que pondría aquella muela sobre una piedra para golpearla con otra hasta destruirla y convertirla en polvo. Aquel pensamiento me consolaba de mi tortura. Pero en cuanto tuve los dos pequeños huesos en la mano, no sentí ya gana ninguna de machacarlos, no sentía nada, así que los lancé lejos, por la ventana, y salí de allí y jamás he vuelto a acordarme de ellos, ni siquiera cuando noto en la encía el gran agujero que me dejó. Algo parecido puede decirse que me pasa con los fascistas. Muchas veces a lo largo de la guerra me preguntaba cómo serían, qué pensarían, hasta qué punto de maldad llegarían para habernos metido a todos en algo tan horrible, y pensaba que si los tuviera delante yo mismo los degollaría con mis propias manos, pensaba que les dispararía en la nuca o que les clavaría la bayoneta, pero cuando los tienes delante ni siquiera te atreves a mirarlos a los ojos. No es por miedo a ellos, sino por miedo a ti mismo, por si te encuentras parecido. Nosotros hicimos lo que teníamos que hacer, que era defendernos, ¿pero ellos? Y a ellos les pasa lo mismo, no se atreven a mirarnos a los ojos, de modo que todo por dentro es un odio y una sed de venganza que nos aniquila a los unos y a los otros, la cual no se puede llevar a efecto a poco bien nacido que se sea.

Vinimos juntos andando desde Ripoll, nosotros a su lado, sin decirnos nada. Si por mí fuera, los empujaría a un barranco, donde no pudiera verlos, no me gastarían ni una bala en ninguno. Ahora España para nosotros no va a ser más que un hueco siniestro, como el de la muela en mi encía, sólo que en el alma, algo de donde ya no nacerá nada. Y ese agujero es mucho más hondo y oscuro que el de las tumbas en las que merecían caer.

Cuando llegamos a San Pablo nos esperaba una luz sucia y triste. Todo el mundo había encendido fuegos para calentarse, incluso en las calles, ya que las casas no podían acoger a todos. Las hogueras, desparramadas por los alrededores, causaban una impresión misteriosa y sugestiva, y hacían que los montes de los alrededores, moles parduscas y pesadas, temblasen de modo tenebroso con aquellas fogatas. Los árboles sin hojas dan también una impresión penosa, pues parecen raspas de sardinas puestas de pie. Cuando llegamos no se oía nada, y nuestros hombres hablaban en voz baja. A los de ciudad creo que es lo que más nos impresiona, el silencio de las noches en el campo. Tres años de guerra, y no acaba uno de acostumbrarse. Es un silencio que no es humano, que tiene mucho de una cripta vacía, saqueada. A lo lejos, uno que debía de ser de Andalucía empezó a cantar una copla de su tierra. Al mismo tiempo se oía el quejumbroso lamento de un pájaro raro, quizá la mochuela de la que hablaban la otra tarde, una canción de una monotonía fúnebre, como si alguien estuviera clavando un ataúd, y yo, que sé que ya estoy muerto, me sugestioné pensando que ese cajón era para mí... Acabo de lavarme las manos en el regato, y he estado pidiendo por ahí si alguien tiene un pedazo de jabón, y ahora escribo, pero ese pájaro no sólo no se ha callado, sino que sigue cantando, y tengo que hacer como que no lo oigo.

Creo que es de los lugares más tristes donde hemos estado nunca.

Frente a la fábrica de curtidos, un poco apartada de ella, está el pequeño cementerio del pueblo. Todo me lleva a la misma idea de muerte y disolución. El dolor depende para dolerte, me digo, de otro dolor mayor, por lo mismo que un clavo saca otro clavo.

Metimos en el cementerio a los prisioneros. No tiene árboles, porque un ciprés que había estaba tronchado por la mitad, de un rayo o de una granada; al romperse había caído y roto algunas lápidas, que allí estaban volteadas, como si hubiese un gran trasiego de muertos en los últimos días. Aunque

el cementerio era pequeño, prisioneros y desertores se mantuvieron separados, unos al lado de una pared llena de nichos y los otros entre unas tumbas, sin mezclarse. Resulta repugnante y patético ver a algunos de los nuestros dar coba a los fascistas... Pero éstos les tratan con desprecio y con esa clase de frases vejatorias que se reservan para los lacayos. Hasta en el cementerio otra guerra civil. Otros, en cambio, yo diría que la mayoría, están convencidos de que han llegado al final, y lo terrible es que a muchos de ellos ya no les importa. Unos pocos fascistas parecía como si no temieran por sus vidas y nos miraban retadoramente, sabiendo que los suyos vienen pisándonos los talones. En cambio, los desertores, como conocen el paño, es que ni a levantar los ojos del suelo se atrevían. La impresión que causaban entre las tumbas unos y otros era deplorable y poco tranquilizadora.

En cuanto entramos en el pueblo se corrió la voz de que había llegado la columna de prisioneros, y acudieron a verlos. Ellos también están muertos, lo llevan escrito en la cara. Pero son prisioneros de un ejército victorioso, y a nosotros no nos sirve ya de nada ser libres, puesto que estamos huyendo. A unos la victoria no les va a librar de la muerte, y la vida para nosotros, si perdemos la guerra, ¿de qué nos va a valer? Como se ve, esto no tiene ningún sentido.

Es el paso del Rubicón, dijo el capitán. No sé a qué se ha referido. Luego, recordó también lo de las naves de Cortés, que las había quemado, y que gracias a eso conquistamos América.

Por la mañana habíamos discutido. Algunos creen que los prisioneros son valiosos, porque podremos canjearlos por prisioneros nuestros; en cambio, son muchos los que dicen que es una vergüenza que tengamos que repartir nuestra comida con ellos, siendo que ni siquiera tenemos víveres, y que habría que fusilarlos a todos. Los del grupo de Saturnino son de esta opinión. Al resto, que somos mayoría, nos preocupan ahora otros asuntos, y la suerte de esos desgraciados nos es indiferente, y puede decirse que nos da igual que los maten, que los liberen, que los canjeen o que les condecoren. ¿En qué cambiaría la suerte de ellos la nuestra propia? En nada. ¿Entonces? Hay que ser prácticos. Yo, desde luego, tenía claro que no iba a gastar una bala en ninguno, ni nadie me hubiera obligado.

Les habrán ejecutado ya, supongo. Nosotros no lo sabemos porque no nos quedamos allí para enterarnos y al marcharnos oímos a nuestras espaldas varias descargas de fusilería, y desde luego el frente no está allí.

Ayer por la noche dormimos en la fábrica de curtidos. Al principio el olor era insoportable, como de carne que se estuviera pudriendo. Pero al final uno se acostumbra a todo. Quisimos incluso hacer un fuego con las pieles que encontramos empacadas, pero no pudimos, pues el olor era todavía más pestilente, como a cuerno quemado, y no ardían bien.

Por la mañana vino Almada y nos reunió a todos. Nos explicó que él pensaba volverse a Ripoll con los hombres que quisieran seguirle. Nos dejó a todos helados. De modo que esa era la decisión que traía rumiada de la última semana.

Eso explica también lo de las cartas, que me las haya dado. Para mí que es como un suicidio.

Nos llevó a un lugar apartado, donde estábamos a salvo de la indiscreción de otros Regimientos. No es un hombre al que le gusten los gestos. Nos dijo que habíamos hecho la guerra juntos durante estos tres años y que para él éramos los mejores soldados que nadie podría mandar jamás, pero que esto se acaba y que ha Regado el momento de las despedidas y que, hagamos lo que hagamos, lo mismo si volvemos a España después de la guerra, o lo que sea, querría darnos las gracias en nombre de la República y en nombre de España y en el suyo propio, y que ojalá podamos volver pronto a reconquistar la patria. Terminó con un viva a España y otro a la República. Estaba emocionado y a muchos, como a mí, se nos hizo un nudo en la garganta, con todo lo hombres que somos. Los que salgan de ésta siempre podrán volver al oficio que tenían antes de la guerra, pero, ¿él? Él, que era militar, ¿qué va a hacer?

Después nos informó que todavía quedaban algunas unidades del Ejército Republicano más abajo de Ripoll a las que pensaba unirse, y que luego ya se vería, pero que en cualquier caso era mucho mejor resistir que darlo todo por perdido. Y fue cuando habló de Cortés y lo otro, que no entendí.

Más de la mitad de los compañeros ha permanecido en San Joan a la espera de que les abran la frontera; unos se han quedado porque tienen familia, otros porque están cansados, otros porque están enfermos. No creo que nadie se haya echado atrás por miedo. A la gente se le desgarran el alma como si la descuartizaran, primero un brazo, luego otro, así, hasta no dejar con vida más que el corazón.

El grupo de Saturnino ha venido al completo. Lo llamamos así porque son nueve o diez hombres que lo tienen a él por jefe. Todas y cada una de las órdenes que reciben, aunque sean del capitán, no las cumplen hasta que no miran a Saturnino y éste mueve la cabeza con el no o con el sí.

Como éramos pocos, Saturnino se personó esta mañana en el cementerio y escogió entre los desertores a unos cuantos. Al principio algunos manifestaron que no se moverían de allí si no se les decía adónde se les llevaba, y un patoso dijo que exigía ser considerado prisionero de guerra. La verdad es que en eso nos dio la risa a todos, por no decir que le entraron a uno ganas de acogerlos allí mismo por cobardes y por fascistas. ¡Prisioneros de guerra! Saturnino respondió que podían hacer dos cosas, venirse con nosotros o no, y en este caso él mismo les pegaría un tiro y no habría ni siquiera que darles el paseo, porque ya estaban en un cementerio.

A Saturnino no se le puede negar que tiene las dotes de mando. Muchas más que el capitán. El capitán no sabe mandar, pero en cambio de la guerra entiende mucho más que Saturnino, y sabe cómo hay que hacer las cosas, y es muy raro que se equivoque. Saturnino es lo contrario.

La noticia de que unos cuantos nos volvíamos a Ripoll se extendió rápido por el pueblo. Iniciamos la marcha en sentido contrario. La gente acudió a vernos marchar. En total no éramos más que treinta y ocho. No se lo podían creer. Nosotros tampoco nos lo creemos todavía. Decían, estáis locos, volved, y a algunos, viéndonos partir, se les saltaban las lágrimas y nos daban la mano para despedirnos, y dos o tres a los que quedaba algo de tabaco nos lo dieron, como si fuésemos condenados a muerte.

Seguramente es lo que somos, pues está claro que vamos a morir, pero para morir en Francia preferimos todos hacerlo en nuestra patria, y que nos entierren aquí.

Antes de salir de San Joan, me acordé de las cartas del capitán. Le pregunté qué quería que hiciese con ellas. Ahora que vamos a morir juntos es absurdo que yo las tenga. Si me hubiese pasado a Francia, todavía. Dijo que se las diese, Las saqué del macuto y se las tendí, pero cuando las tenía otra vez en la mano, se quedó pensativo, se golpeó la palma con ellas como la otra vez y volvió a entregármelas, porque aseguró que a mí no me iba a pasar nada. Lo dijo para darme ánimos.

Hemos encontrado el pueblo de Ripoll vacío. Arden algunas casas y otras parecen haberse venido abajo como consecuencia de los bombardeos de la aviación, esta misma mañana, lo mismo que las fábricas del río, también bombardeadas y en ruinas. No reconocimos el pueblo. Ha huido todo el mundo. Las calles vacías, las casas cerradas, los comercios saqueados y abandonados. Las autoridades políticas han huido también. En estos pueblos, mientras fueron la retaguardia, salieron todos muy patriotas. Ven asomar las orejas al lobo, y no queda uno en treinta kilómetros. Los pasquines y carteles pegados en la pared, llamando a la revolución, a la solidaridad, a la victoria final, vistos ahora, producen el efecto contrario, son recordatorio permanente de nuestra derrota y causa de nuestra desmoralización.

Esto daría lugar a algunas reflexiones que no tengo tiempo ni humor de hacer.

Es una espera muy tensa. Llevamos así once horas. Mano sobre mano. Tememos que aparezcan de un momento a otro. Ni siquiera somos capaces de descabezar un sueño, lo que repararía nuestras fuerzas diezmadas. Almada nos ha colocado cerca de la estación, a la entrada del pueblo, y mandó que nos parapetáramos lo mejor que pudiésemos.

Algunos insinuaron que como la vía férrea ha debido caer ya toda en manos de los fascistas, éstos serían muy capaces de sorprendernos llegando en tren.

Saturnino, al que no le convencieron las órdenes de Almada, se ha marchado un poco más abajo, donde cree que se defenderá mejor en cuanto asomen los fascistas, aunque todos deseamos que aparezcan antes las unidades desgajadas del Ejército del Este de las que habló el capitán.

Saturnino ha puesto delante a los desertores, en la primera fila, y les ha amenazado con matarles por la espalda al menor amago de retroceder. Saben que lo haría, y no le pierden de vista, ni a él ni al temible naranjero que enarbola de vez en cuando para recordarles su amenaza.

Para la defensa de la plaza hemos arrastrado dos carros y una vieja trilladora, que encontramos abandonados en unas eras, y antes del anochecer había levantadas tres barricadas, dos en la entrada propiamente, y otra un poco más atrás, en la calle Mosén Tocino, que ya es nombre para un cura. Todo está vacío, es la viva imagen de la desolación, lo mismo que una casa que hay frente a la estación de tres pisos, que debía de ser la vivienda de los ingenieros o del jefe de estación, produce un gran efecto, porque parece una mansión apropiada para los fantasmas. Los bombardeos de los últimos días han causado notorios destrozos en las vías y algunos vagones están panza arriba, fuera de los raíles.

Para conseguir comida hemos practicado dos o tres requisas por el pueblo, que está vacío. Las requisas han resultado infructuosas. Las pocas personas a las que hemos encontrado aseguran que llevan pasando hambre aquí más de seis meses, porque ha sido una plaza donde se ha concentrado mucho personal militar. Desconfiamos de ellos y de lo que nos dicen, pues pensamos que si se han quedado aquí es porque simpatizarán con los fascistas, pero no podemos hacer otra cosa. Aseguran que no hay comida, la buscamos por todos los rincones, y no la encontramos. Hay algunas buenas casas, pero nadie tiene qué comer. Pero de algo vivirán, digo yo. Sólo descubrimos mujeres, viejos y niños. Hombres ya no hay.

Es ya otro día. He dormido tres horas y hecho la guardia de las tres. La espera está siendo larga. No tenemos ni siquiera ganas de hablar, porque entre nosotros, de lo viejo, ya lo tenemos todo hablado, y de lo nuevo es inútil hacerlo, porque todo redundará en la quimera, y eso no es bueno. Si por la noche no han venido, a lo mejor buscamos unas casas y dormimos en blando, que falta nos hace, pero tampoco queremos, no vaya a ser que nos pillen en calzoncillos.

Gabriel, al que llamamos Corneta, ha preguntado al capitán si es posible que los fascistas puedan haber dejado de lado Ripoll. Es una manera indirecta de saber si corremos el peligro de quedar embolsados. Almada contestó de manera lacónica en una sola frase, a él le gusta eso, una frase como de la academia militar: «Posible, sí, pero no probable», dijo. Uno le contestó y le dijo que parecía un político. Pero nadie se rió esta vez.

Disponemos de armamento ligero y munición en abundancia, dos morteros y una cureña, porque recogimos lo que ya no necesitan los que tratan de pasar a Francia, incluso un camión al que han vestido con una extravagante carrocería de chapas de hierro soldadas, para blindarlo torpemente, lo cual le da un parecido asombroso con un camello al que se le hubiese querido camuflar bajo una manta. Todavía lleva pintadas, ya desvaídas y maltratadas por el tiempo, las siglas de la UHP, y en el otro lado una frase que a estas alturas da risa, «Hermanos, no tirar»; lo que quiere decir que lleva en esta guerra lo mismo que nosotros, tres años, cuando el entusiasmo estaba repartido por igual, y todos hablábamos de Unidad, de Hermandad y de Proletariado. De esas tres cosas, la única que sigue como al principio es la última, y para peor.

Lo que han cambiado las cosas, y lo que pueden cambiar en dos minutos. Yo eso lo he pensado muchas veces, ahora no, porque ahora estamos para eso, para morir. Pero incluso ahora, si me muriera, ¿cuántas cosas no dejaría a medio hacer?

A mediodía Almada me llamó a mí, a uno que se llama Lechner y a otros dos que llamamos los valencianos, dos que son primos, y nos ordenó que fuésemos a por comida. Yo protesté, y dije que ya hemos ido tres veces y que prefería que mandase a otro. Pero no se refería a que buscásemos en Ripoll, sino que saliéramos a algún pueblo cerca, pero Yo protesté igualmente porque sé qué significa eso: es desagradable, empieza en una compra, sigue por una requisita y acaba siendo un saqueo, y Yo desde lo de Tarancón me he dicho que no quiero saber nada más de saqueos.

El capitán me soltó que no tenía ganas de discutir. Saturnino debió de enterarse de que como ni venían los fascistas ni nos moríamos, íbamos a marcharnos (Pichón hubiese hecho un chiste, seguro, hubiese dicho: ni cenamos ni se muere padre), pues eso, como se enteró de la requisita, y

como es un hombre desconfiado, mandó que viniese con nosotros uno de su grupo, que es como su lugarteniente, un minero asturiano al que decimos Barreno, no sé si por mote o porque se apellida así, que salió de Gijón por barco cuando cayó Gijón, como lo ha contado él más de cien veces. El capitán dijo que le daba igual, y que no le importaba cómo consiguiéramos la comida, y dio algo de dinero a Lechner. Eso son formulismos absurdos, porque sabemos que es un dinero que ya no vale absolutamente nada y que nadie lo quiere cursar en ninguna parte.

Ahora sé que eligiéndonos a nosotros, Almada quería apartarnos del peligro, de eso no tengo la menor duda, al menos a mí, porque llevo sus cartas o por lo que sea. ¿De qué, si no?

Los primos son gente rara, siempre están solos, todo se lo parten entre ellos, parecen más que hermanos. Vinieron a nuestro regimiento hace un mes, después de lo del Ebro. De Lechner conocemos todos menos todavía. Llegó después. Ha sido aviador toda la guerra, pero perdió su avión. Es prácticamente todo lo que conocemos de él, y ni siquiera esto lo sabemos de su boca, porque es un hombre que no habla con nadie. Se llama Thomas Lecner o Lechner, que de las dos maneras he visto que se lo escriben. Es de Barcelona, aunque con ese apellido muchos creen que es un extranjero de las Brigadas Internacionales; si lo es, habla igual que nosotros.

En el momento en que íbamos a irnos se oyó el ronroneo de unos aviones, todavía lejanos, entre las nubes. Todos miramos a Lechner.

Saturnino, que es bastante bocazas, dijo, con esa arrogancia que le caracteriza y para decorarse, que se trataba de dos *stukas* alemanes y que venían en dirección nuestra.

Lechner le corrigió y dijo que no eran *stukas*, que se trataba de una escuadrilla de *savoias* italiana, que se dirigían hacia Barcelona, presumiblemente desde San Sebastián, pues volaban desde el oeste y no había ningún aeródromo cerca, y que tampoco creía que viniesen esta vez a soltar bombas, porque volaban muy alto para ese cometido. Saturnino porfió con él, porque no hay cosa que le enfurezca más que le contradigan delante de sus hombres, y siguió sosteniendo que se trataba de aviones alemanes, pero mientras lo decía asomaron, muy altos, entre las nubes, en perfecta formación, tres *savoias*. Entonces, le pareció suficiente que Lechner se hubiese equivocado en el número, y con una sonrisa inquietante y amarga dijo para humillarle, no son una escuadrilla, sino tres. Eso lo consideró un triunfo.

Lechner se desentendió y nos ordenó a los que teníamos que ir a por la comida, vamos, y cuando se estaba subiendo al camión salió de entre las nubes un cuarto *savoia*, que llegaba rezagado. Lechner ni se molestó en mirarlo, tampoco le dijo nada a Saturnino, pero los demás sí, sobre todo a los que Saturnino nos cae mal, menuda rechifla. Éste, desairado, se dio media vuelta sin pronunciar una palabra, y se fue, pero Barreno, que venía con nosotros y es la voz de su amo, lanzó una mirada asesina a Lechner, como si pensara cobrarse aquella humillación deliberada a su jefe y amigo. Eso tendría que haberme puesto sobre aviso para lo que iba a ocurrir dos horas después. Pero no creo que Lechner se apercibiese tampoco de esa mirada, porque estaba intentando poner en marcha aquel viejo cacharro.

Estuvimos en algunos lugares del mismo Ripoll, en un almacén de grano y en otro de aguardientes, en uno de coloniales y en una taberna. En ninguno había nada. Los dueños relataban consternados que se habían llevado lo último hacía meses. Así que decidimos acercarnos a un lugar llamado Ogassa, donde hay una gran fábrica de cemento, por si encontrábamos algo.

Para ir a Ogassa no hay sino que seguir el arroyo Malatosca. Nos dijeron que hasta hacía muy poco funcionaba un trenecito de vagonetas que traía el cemento desde la fábrica hasta Ripoll, pero ése ya no debe de funcionar. El camino es de tierra, y está lleno de barro a causa de tantas lluvias como están cayendo, y es poco menos que impracticable. La marcha, montados en esa camioneta expectorante y convulsa, fue penosísima, porque además las bombas lo han llenado de boquetes.

Conducía Lechner. Apenas llevábamos recorrido un kilómetro sufrimos el primer percance con el pinchazo de una rueda. Cuando pudimos repararlo y continuar la marcha eran más de las tres.

Sólo Lechner y yo mostramos tener prisa por estar de vuelta cuanto antes. Los demás parecían haberse desentendido de todo. Incluso Barreno. Cuando vi que durante el pinchazo ni siquiera nos asistía para poner la rueda, le insinué que podía ayudar a darnos prisa, porque no sería raro que los *savoias* que habíamos visto pasar de largo fuesen la avanzadilla de las tropas de tierra que vienen

detrás, pero respondió que me callara la boca, porque aquí yo era el último mono. Los valencianos le rieron la gracia, pero yo no les hice caso. En cambio, cuando Lechner le ordenó que calzara el camión, lo hizo sin chistar, porque con él no se atreve.

Antes de llegar al caserío de Ogassa, a unos quinientos metros, el camino se dobla bruscamente y avistamos, en la falda de un monte, no lejos de donde tuvimos la avería, dos masías, una al lado de la otra, una grande de piedra, en buen estado, y la otra ruinoso, más pequeña. Dejamos el camión en la carretera y subimos por la vereda, que estaba también llena de barro.

El aspecto del país ya digo que es tristísimo. No sabe uno cómo la gente puede vivir en estos parajes, solos todo el año. Por lo menos tienen luz, que enganchan de la línea que va a la fábrica, pero nada más. A lo mejor en verano esto es más bonito, con los árboles vestidos de hojas, pero lo que es ahora resulta deprimente y fúnebre.

La masía más vieja mostraba un aspecto desangelado y sombrío. Tenía delante un huerto abandonado que vigilaba un espantapájaros con los hombros caídos y sin cabeza. Un huerto de nada, del tamaño de un libro abierto por la mitad, cuatro porquerías plantadas, unos nabos, berzas, nada, miseria.

Buscamos también en una casa grande, al lado de la vía. La habían abandonado. Echamos abajo la puerta. Al principio supusimos que habría gente, pero no respondió nadie a nuestras voces.

Por dentro la casa también tenía aquel aspecto inhóspito, con pocos muebles y los muros desnudos y sucios. Dentro olía a heno seco y a leña verde y húmeda. No nos resultó extraño que estuviese vacía, porque la gente de estos pueblos huye a refugiarse en cuanto sabe que venimos nosotros, como si fuésemos bandidos, y no los soldados que vamos a defenderles del fascismo. Es probable que sus dueños hubieran corrido a esconderse en el campo, como a veces suelen hacer, se van a cabañas que tienen en el monte para guardar el ganado, por no tener que tratar con nosotros, aunque los suelos estaban sembrados de cagarrutas de ratones. O sea, que seguramente estaba abandonada. En muchos pueblos nos temen. Los mismos que al comienzo de la guerra nos saludaban como a libertadores, ahora huyen para esconderse, por temor a las tropelías y saqueos. Barreno dijo que si no hubieran sido fascistas, no tendrían por qué haber huido, y esa frase hizo que uno de los valencianos metiera la culata de su fusil en la fotografía de dos viejos, enmarcada con un marquito negro y colgada de la pared. ¿Se comprende por qué no me gusta entrar en las casas de la gente? ¿Qué daño le habían hecho aquellos dos viejos de la fotografía? Podían haber sido sus viejos, o los míos.

Al primo, que tiene una cabeza gorda y llena de bultos y unos dientes grandes y amarillos de burro, eso le hizo una gracia enorme y les metió el tacón de la bota a aquellas dos caras que le miraban desde el suelo. Es un poco menguado. Dijo, qué feos sois, condenados, y entonces se rieron los dos, y el ruido de los cristales rotos les excitó aún más, porque empezaron a tirarlo todo al suelo, vasos, jarras, sillas y cántaras, lo poco que había, y en aquellos ruidos de los cristales y la loza se me hizo que sonaba el eco de todas las revoluciones fracasadas.

Viendo que no íbamos a encontrar nada, Lechner propuso marcharse de allí directamente a la fábrica, pero nadie le hizo caso. Los otros tres se habían ido a curiosear por las habitaciones. El mayor de los primos encontró un reloj despertador, nos lo mostró eufórico, como un trofeo. Le dio cuerda y se lo acercó a la oreja. Comprobar que funcionaba le causó una gran alegría, y lo metió en el macuto. Ni siquiera sabía para qué le iba a ser útil a él un despertador cuando va a morir en las próximas horas, si acaso no ha muerto ya.

Cuando nos cansamos de estar allí, aportamos en la fábrica. No nos esperábamos que fuese tan, no sé cómo decirlo, tan catedralicia. El humero solo debe medir lo menos treinta metros. Es como un coloso que retara a las montañas que se le vienen encima. ¿A quién se le habrá ocurrido poner una fábrica en un lugar angosto como ése, encajada entre los montes?

La encontramos cerrada. Había un gran portalón, llamamos, pero no respondió nadie. Pasamos dentro, incluso con el camión. Aquello era más grande que El Escorial, naves, arcadas, depósitos, molinos, calderas, y todo cubierto de polvo blanco. Allí no encontramos ni cemento, estaba todo pelado, así que volvimos a la masía grande que vimos a la ida, también en la falda de un monte, con un huerto delante, como la otra. Llamamos, pero no acudió nadie, aunque salía humo de la

chimenea.

Entramos y hallamos a los dueños dentro. Él estaba en el rincón más oscuro de una cocina con las paredes tiznadas de hollín. La luz de un ventanuco le daba de lado, y llenaba su rostro de sombras que lo desfiguraban. Ella iba, nerviosa, de un lado para otro de la cocina. Colgado de una cadena y sobre la lumbre, en un puchero de hierro lleno de tizne, borboteaba un potaje que saturaba el aire de olores ingratos de coles. La campana de la chimenea es amplia y volada, en forma de tiara, y podría caber debajo de ella muy bien media docena de personas. Es donde estoy ahora escribiendo.

Se trata de dos viejos vestidos con ropas misérrimas, llenas de remiendos, dos seres paralizados por el miedo, sentados en una banca de madera. Él, corpulento y de tórax ancho, tiene la cabeza grande y amelonada y la sacude constantemente, como si tuviera el baile de San Vito. Un azacán de aspecto humilde. Tiene los ojos rojos, llenos de venillas de sangre y le lloran sin cesar. Más que ojos parecen vísceras, como criadillas de cordero. Ella, en cambio, es diminuta, fibrosa y avellanada, y tiene el rostro surcado de profundas arrugas entre las que brilla una mirada astuta, en constante acecho, ojos de acero. Es pequeña, afilada y dura, en nervioso movimiento, de un lado para otro, como un huso.

En cuanto llegamos, Lechner les puso al corriente de lo que queríamos.

El viejo se echó la boina hacia la nuca, una boina raída, llena de agujeros por los que cabría un dedo, y medio blanca de puro vieja que es. Al principio creímos que iba a decir algo, pero permaneció callado. Le temblaban las manos lo mismo que la cabeza. También se babeaba un poco, entonces la vieja le quitaba un pañuelo que tenía en la mano y se lo fregoteaba por la cara, para limpiarle.

Habló sólo la vieja. Dijo secamente, tenemos poco, lo justo para ir tirando nosotros dos.

Barreno hizo como que no había oído y preguntó dónde escondían el oro, las joyas y todo lo que tuvieran de valor.

Lechner se puso furioso y le recordó que no habíamos venido buscando oro, sino comida. Es lo que yo decía antes, las requisas terminan todas en saqueos. Barreno arguyó que las armas se compraban con oro y que la República estaba necesitada de oro tanto como de patatas, así que volvió a preguntarle a la vieja lo mismo. Ya ves tú para lo que le va a servir el oro ahora a la República, y sobre todo el oro que pudieran tener dos viejos. Como no fuese el de las muelas o el de los anillos...

La vieja negó con la cabeza. El viejo no dijo nada ni hizo otra cosa que menear la suya de un lado al otro continuamente como un lelo y también la mano izquierda, sobre el regazo, la que sostenía el pañuelo, la agitaba como si estuviera tocando la bandurria.

Lechner no quiso discutir con Barreno y le dio a entender que por él podría hacer lo que se le antojase, pero que trataría de encontrar comida, si no allí, en otra parte, y que en cuanto la encontrase, él se volvía a Ripoll.

Las aclaraciones que nos dio la vieja al principio fueron vagas, se expresaba mal en castellano, titubeaba y se contradecía. En el fondo la única preocupación de los viejos, como vimos a los pocos minutos, es que no descubriéramos una trampilla que desde la misma cocina donde estábamos daba acceso a la bodega.

Dijo Lechner entonces que no tenían nada que temer y que los víveres, en caso de que nos los proporcionaran, se le pagarían. Se metió la mano en el bolsillo y les mostró el dinero que Almada nos había dado.

La vieja siguió en sus trece. No tenían pan. El pan, malo y negro, lo compraban una vez por semana en Ripoll, si lo había, porque hacía más de tres meses que las dos tahonas del pueblo no amasaban por falta de harina ni los molinos molían por falta de trigo ni los campos se sembraban por falta de hombres. Al igual que con el aceite. Tampoco tenían leche. Sus vacas habían sido requisadas por el Ejército Popular hacía más de dos años. No tenían otra provisión que un poco de grano, que les había quedado de una siembra antigua, y algunas almendras, así como unas pocas patatas y las coles que habíamos visto en el huerto, antes de entrar en la casa. Y unas gallinas, detrás, en un corralillo, pastoreadas por un gallo viejo. Ese fue el inventario que nos hizo.

Nos habíamos quedado con los viejos Lechner, Barreno y yo, porque los valencianos, que disfrutaban con el pillaje, habían salido y estaban recorriendo la casa. Nosotros permanecemos de pie, sin saber qué hacer, porque sospechábamos que nos mentían. Todos mienten en una guerra.

En eso entró en la cocina uno de los valencianos. Había decidido empezar el saqueo por su cuenta. Entró con el fusil en bandolera y levantaba en cada mano, por las patas, dos gallinas coloradas, que agitaban las alas tratando de soltarse y cacareaban como unas condenadas. Las convulsiones de las aves le producían una especial felicidad parecía que en esos momentos el problema de la guerra fuese nada comparado con la proeza de haber capturado a aquellas dos gallinas, y pidió a su primo y a Barreno que le echaran una mano para atarlas.

Yo no quiero parecer ahora mejor que los demás, pero puedo asegurar que tanto a Lechner como a mí nos desagradaba estar en aquel lugar, interrogando a dos viejos estúpidos y haciendo de rateros de corral, así que Lechner dijo que él se volvía a Ripoll. Yo añadí que me iba con él. Entonces fue cuando intervino Barreno.

Sacó la pistola, se la puso en la cabeza al viejo y dijo que ahora quería todo, las joyas, el oro y la comida, y que quería que aparecieran antes de contar tres, porque si no, se le iba a escapar un tiro.

La vieja, que vio cómo atacaban a su marido, no sólo no se arredró, sino que se tiró al minero como una fiera alimaña, pero los valencianos lograron apartarla de él. Lo insultó e increpó, mientras le amenazaba con un dedo que parecía un gancho. A Barreno le hizo gracia que la vieja no le tuviera miedo, y como ocurre a menudo a los matones, aquel gesto de valentía hizo que la vieja le cayera simpática, pero no por ello dejó que la situación se le escapara de las manos, y soltó un tiro al suelo.

Nos asustó a todos. La vieja no se inmutó, se quitó la alianza de oro de la mano y dos zarcillos de las orejas. No nos tenía miedo. Luego despojó de la alianza al viejo, y puso todo sobre la mesa, como diciendo a Barreno, no eres más que un ladrón, cosa que leyó perfectamente el minero, porque éste se tiró contra el viejo, lo cogió de la camisa, lo acogotó contra la pared y volvió a ponerle la pistola en la cabeza y gritó, cuento hasta tres, y quiero las joyas, el oro y toda la comida.

El viejo le miraba como atontado y nosotros lo mismo porque sabíamos que lo mataría, pero de pronto sucedió algo imprevisto. Ante nuestros ojos, empezó a abrirse una trampilla del suelo, y salió de lo más hondo como una voz débil y quebradiza que dijo, no le hagan nada al abuelo, está enfermo.

Nos quedamos todos admirados.

Asomó primero la cabeza. Barreno soltó al viejo y apuntó a la trampilla y le ordenó a voces, muy nervioso, que pusiese los brazos en alto, pero fueron ganas de darse importancia porque el muchacho salía ya con las dos manos pegadas a la cabeza. Parecía un niño, era delgado, rubianco, y la luz le hizo daño en los ojos, lo que le hizo esconder la cabeza debajo del brazo. No era más que otro de los cientos de chicos que se camuflan estos últimos meses para no ir al frente.

A la bodega se descendía por una escalera de palo. Estaba a oscuras y no tenía ninguna ventilación. Pedimos un cabo de vela y Barreno dijo que bajara alguien. Como yo era el que estaba más cerca, fue a mí a quien me tocó inspeccionar aquello.

Me costó bajar, porque no quería hacerlo de espaldas, por si dentro había alguien y podía atacarme.

El descubrimiento que hicimos fue portentoso. Dentro olía a arcilla y a setas. Cosa rara: allí hacía más calor que arriba. La luz de la vela, insuficiente y temblorosa, proyectaba mi sombra sobre las paredes. Tuve que avanzar atentando las paredes. Luego, bajaron los valencianos. Había muchos víveres, algunos embutidos de diverso calibre, ahorcados en una larga vara sujeta al techo mediante ganchos de hierro, patatas, contra la pared del fondo, tarros de cristal y botellas de vidrio verde con conservas caseras, y un costal de garbanzos y un fardel de lentejas, además de trigo, cebada y avena sobrantes de la siembra, tres sacos de almendras y otro de algarrobas dulces, así como dos o tres botellas de aguardiente, y un caldero con jabón fundido y troceado.

Salimos de nuevo a la cocina. Lechner no había querido bajar, y de la requisita nos ocupamos los valencianos y yo.

Trasladamos entre todos los víveres al camión. Cuando ya no quedaba nada que cargar, Lechner

se acercó a la vieja y justo donde había dejado ella las dos alianzas de oro que se quedó Barreno, puso sin decir nada el dinero que el capitán nos había dado para pagar la comida.

Ya nos disponíamos a marchar cuando Barreno dijo que el chico se venía con nosotros, porque era un desertor. La abuela gritó que allí nadie se llevaba a su nieto, que ella ya había dado dos hijos a la República.

Nosotros sabíamos que Barreno decía eso para meterle el miedo en el cuerpo y hacerle pasar un mal rato, porque, ¿para qué nos iba a servir un mocoso de diecisiete años, cuando ya todo el mundo se pasa a Francia?

Habíamos salido de la casa y Barreno, después de empujar a la vieja a un lado, arrastraba de un brazo al chico.

Frente a la casa había un majuelo de almendros, y el chico, que debió de tomarse en serio que lo íbamos a llevar, se soltó de un tirón del brazo de Barreno, saltó por encima de unas bardas y huyó entre los surcos del huerto, en dirección a la fábrica y la cantera.

Corría como una liebre, a saltos, de un lado a otro, para evitar los árboles. Uno de los valencianos, que venía del camión, salió corriendo detrás de él, sin saber ni siquiera por qué corría el otro. Pero no hizo falta. Sonó un disparo, el chico se trabó las piernas y cayó de bruces. Ahí se terminó la fuga.

Se hizo un gran silencio, los pájaros, asustados, dejaron de cantar y yo habría dicho que hasta el viento que movía las briznas de hierba y las hojas secas que aún quedaban en los árboles se detuvo. Fue como si la naturaleza hubiese contenido la respiración durante unos segundos, paralizada por aquel acto de barbarie.

El grito desgarrador de la abuela fue la señal de que la vida continuaba, los pájaros volvieron tímidamente a entonar sus cánticos y el viento de nuevo movió las ramas desnudas de aquellos árboles viejos y gastados.

Lechner se lanzó contra Barreno, le golpeó en la cara y lo derribó. Luego se enzarzaron en una pelea. Yo no sabía qué hacer. Vinieron los valencianos y los separaron, en realidad sujetaron a Lechner y Barreno le dio dos fuertes golpes en la barriga y lo tumbó. Cuando yo quise intervenir, sacó la pistola y dijo que me pegaría un tiro si daba un paso más.

Luego, dijo para justificarse que quién le había mandado al chico salir huyendo y que si huía sería porque no era trigo limpio, y que los viejos no eran más que fascistas, como probaba el hecho de que lo escondieran allí y nos hubieran mentido con lo de la comida.

Lechner se quiso levantar, pero uno de los valencianos le dio una patada con toda la saña, y Lechner se dobló de nuevo, como una oruga a la que se pisa. Entonces Barreno les dijo a los valencianos, vamos. Antes de marcharse, uno de los valencianos dijo, venga, la canadiense. Se refería a la cazadora de Lechner, nueva, de piel, con el borrego blanco en el cuello y dos alas de plata en la solapa. Lechner no se movió. Lo pusieron de pie, uno lo sujetó y el otro le arrancó la cazadora, que, se ve, codiciaba desde hacía tiempo, porque la verdad, era preciosa. Luego le empujaron a un lado, y el que se la quitó la examinaba con verdadera atención. Luego se montaron en el camión, conducido por el mismo Barreno, nos dejaron a los dos allí y ellos se perdieron a lo lejos.

A Lechner le sangraba la nariz, que empezó a hinchársele. Hemos visto muchas cosas atroces en esta guerra, pero ninguna como aquélla. Lo del otro día de Pichón y el otro es una salvajada, de acuerdo, pero al fin y al cabo querían desertar y habían robado el botiquín de la Compañía. Pero, ¿qué necesidad tenía de disparar contra aquel chico? No era más que un niño.

Yo estaba en medio sin saber qué hacer. Lechner, lleno de barro y con las ropas empapadas y ensangrentadas, parecía todavía aturdido. No es un hombre de gestos ni de palabras tampoco, y cuando vio que el camión se alejaba, se quedó mirándolo, y guardó silencio, aunque podía leerse en sus ojos una oscura determinación.

Mientras tanto, la vieja trataba de arrastrar al chico hasta la casa, sin conseguirlo. Entre Lechner y yo lo llevamos dentro. No estaba muerto, pero tenía una herida en la espalda, a un lado, en la cadera. Lechner dijo que había que llevarlo a un hospital, porque de lo contrario podría morir. La abuela respondió que en Ripoll había habido de siempre dos médicos, uno joven y otro viejo, pero

que ya no quedaba ninguno de los dos, y a Olot, ¿quién iba a llevarlo a Olot y cómo?

El muchacho respiraba con dificultad, pero estaba consciente, y la bala lo mismo le ha dañado los riñones que el hígado, como no haberle tocado nada. Lo metimos en la cocina. La abuela ordenó al viejo que encandelara la lumbre, que se había venido abajo, y éste obedeció con la cabeza gacha. Pusimos al chico sobre la mesa. Allí la vieja le sacó el pantalón y le lavó. Se veía el orificio de entrada, negro. Ya no sangraba. Le curó con una pomada que llenó la cocina de olor a azufre, como si fuese para las mataduras de las caballerías. Le ayudamos a continuación a cambiarle las ropas y después nos indicó que le lleváramos a una de las habitaciones del piso de arriba. Hace en ese cuarto tanto o más frío que a la intemperie. La casa es una nevera. La vieja echó sobre la cama cuatro o cinco mantas. Yo le puse la mano sobre la frente y ardía por la fiebre, pero no parecía que le doliese. De allí a un rato, se durmió, y dormido sigue.

Se está haciendo de noche. En esta casa no hay luz eléctrica, hay tendido, pero desde hace más de tres meses, dice la vieja, llevan sin suministro, desde que cerró la fábrica por falta de obreros. Lechner se ha quitado la ropa y la ha puesto a secar cerca de las llamas. De vez en cuando la vieja desaparece y vuelve a entrar al cabo de unos minutos, sin decirnos nada. Es una mujer fea, que camina encorvada, pero enérgica y seca. Las manos suyas son como garras, deformadas por la artrosis, negras del hollín, y despliega una actividad y una determinación inauditas.

La lluvia ha arrecido, es desesperante oírla sin interrupción ahí fuera, y la noche lo ha llenado todo de sombras.

El resplandor de las llamas pone en nuestros rostros un poco de animación y de vida, pero es una vida triste y llena de calamidades.

A un lado del fuego ha quedado el puchero con el agujero en la panza, de la bala que le tiró Barreno. De la bala para arriba el perol se había vaciado y apagado la lumbre. De la bala para abajo aún quedaba algo de caldo. La vieja lo cambió de puchero, lo calentó y nos lo ha dado, con dos trozos de pan duro y negro. Estaba bueno.

Para nosotros ha sido muy difícil decir nada. Le pedimos perdón por lo que había ocurrido y le dijimos que Barreno era una mala persona y un loco. Ella no replicó ni hizo el menor gesto. Si pudiera, nos mataría.

Lechner es de la opinión de que, mañana, al llegar al cruce de la carretera, yo tire hacia Francia y me olvide del asunto, pero él va a volver a Ripoll.

Hemos discutido y me ha convencido, porque yo ya no tengo mi arma. En cambio él conserva su pistola. Cometí la tontería, mientras estábamos bajando los víveres al camión, de dejar mi fusil allí.

Acordamos eso. A Francia son casi cuarenta kilómetros. En un día pueden hacerse, si todo va bien, y no hay nieve ni hielo en los caminos. Si no, habrá que hacerlo en dos. Lo que el capitán buscaba. Pero tendremos que quedarnos en la masía hasta que se haga de día, aunque, ¿y si los fascistas llegan antes a Ripoll?

La vieja nos ha traído un montón de ropa limpia y seca. Es de su otro hijo. A lo primero nos dejó sin habla. Después del perjuicio causado, ese gesto. ¿Quién lo iba a decir de la vieja? Es verdad que ha tenido dos hijos luchando con la República, el mayor, el padre de ese chico, y el menor, soltero. La ropa es del soltero. Y lo de siempre, una historia. Todo son historias ahora, en la guerra. Al mayor lo mataron en el Ebro hace dos meses, y el hijo de éste es el que está arriba en la habitación, con una bala en los riñones. Su nuera, que vive en Olot, lo había mandado aquí, a Ogassa, hace dos meses, para que los abuelos lo escondiesen. El viejo, que ya estaba mal, cuando se enteró hace un par de meses de lo del hijo mayor perdió por completo la cabeza. Nos ha confesado la vieja que de haber sabido que veníamos por la comida y no buscando al chico, le habría guardado a éste en otra parte y habría dejado que nos llevásemos la comida, cosa que no tenemos por qué creerle, porque si nos la hubiera entregado con tantas facilidades, ¿para qué han construido esa cueva para esconderla? Es una mujer fuerte, no ha soltado una lágrima en todo este tiempo. No sabemos cómo disculparnos por todo lo que ha pasado.

Lechner es el que se ha puesto la ropa, más que yo. A mí sólo me han valido unos pantalones.

Mejor dejo los míos, tan remendados. Con el traje Lechner tiene un aspecto serio y triste, como uno de esos novios que van a retratarse al fotógrafo después de la boda. Se le ha hinchado del todo la nariz y tiene un ojo negro, se conoce que Barrero le acertó bien. Cuando el viejo le ha visto vestido con el traje de su hijo, se le ha quedado mirando sin comprender y se ha puesto a llorar, lo que quiere decir que de algunas cosas sí se da cuenta el pobre hombre. La escena fue un trago, nos hizo sentirnos salteadores de tumbas. La vieja vino y le calmó, le dijo, deja de llorar, y se lo llevó de allí. Se lo dijo de una manera desagradable, como un gruñido.

La verdad es que nunca sabes cómo es la gente. Éstos, ¿qué necesidad tenían de ampararnos? Al fin y al cabo, por nuestra culpa su nieto se puede morir. ¿Y cómo nos pagan? Teniéndonos en casa, nos han dado de comer, incluso nos han regalado la ropa de su hijo.

Ahora estamos junto al fuego. No tengo ganas ya de escribir nada. Llevo más de tres horas, para hacer un poco de tiempo. Lechner pidió si tenían una baraja, por hacer solitarios. No tienen. Creo que Lechner va a volver a Ripoll a pegarle un tiro a Barreno. Yo mismo lo haría si tuviera un arma.

El chico no ha mejorado nada, pero tampoco está peor. Duerme más o menos apaciblemente, siempre con fiebre alta. Lo de esta casa es deprimente. Uno no comprende cómo la gente puede vivir en los sitios en los que vive, cómo no querrán salir y tener más horizontes en la vida. La casa entera es como una sepultura, está igual de oscura y helada. Voy a dejarlo. Me ha entrado sueño y hemos dicho que nos iremos antes de que amanezca.

Un poco antes de que amaneciera Lechner me despertó. La vieja había preparado un poco de café, que era de recuelo y estaba amargo.

Cuando íbamos a marcharnos nos entregó una manta a cada uno y nosotros le dejamos las nuestras, mojadas todavía, que seguían echando vapor junto al fuego, donde se quedaron puestas a secar. Lo siento por la mía, salgo perdiendo, que era una manta navarra que le quité a un carlista en La Almunia. En una servilleta nos puso a los dos algo de merienda. En mi vida he visto a nadie tan generoso, porque no creo que les quedase mucho más para ellos. A lo mejor pensó asesinarlos en cuanto nos quedáramos dormidos.

El aire puro y frío del campo nos sentó bien. Estaba amaneciendo, pero las nubes eran negras, y todo aparecía manchado y ceniciento. Estos montes tienen la piel seca y pelada, y hasta los árboles parecen estropeados. Seguía lloviendo. Nunca desde que el mundo es mundo ha llovido tanto, sin parar, noche y día. Y cuando deja de llover, empieza a nevar.

Bajamos el monte para tomar el camino de Ripoll, siguiendo las vías del trenecito. Caminamos sobre las traviesas, y por lo menos nos ahorramos los charcos. Además ése es el camino más corto que nos llevaría a la estación. Cuando íbamos a ganar la vía, oímos que la vieja nos llamaba. En realidad ni siquiera nos llamaba por el nombre porque ni lo dijimos ni nos lo preguntó, lo mismo que nosotros a ellos. Nos gritaba desde la casa, vosotros, esperad. La vimos venir con un paraguas, un viejo paraguas negro, lleno de abolladuras y con el varillaje averiado. Nos lo entregó, dijo que no nos mojaríamos, y luego salió corriendo otra vez hacía la casa, envuelta en su mantilla de lana negra, como una sombra, toda encogida, como la vieja que vimos el día aquel, cuando Pichón todavía vivía. Ahora que lo pienso, yo creo que la vieja debía de estar también idiota, trastornada por lo del viento, porque no es normal tampoco no tener nada y darlo todo.

Al llegar al cruce, Lechner dio por hecho que yo tiraba hacia el norte y él hacia el sur, o sea, hacia Ripoll, pero le dije que no. Lo había estado pensando. ¿Y si me sorprendía alguien vestido de miliciano y sin mi arma? ¿No pensarían que yo era también un desertor? Quia. Me iba con él.

Lechner esbozó un gesto impreciso con las cejas y dijo que por mí hiciera lo que me diera la gana. Podía haberle confesado que iba a reunirme con mi destino, que es el de morir, pero me callé porque no tengo con él ninguna confianza.

Ayer y hoy hemos hablado algo, poco, lo preciso. Me ha contado algunas cosas de su vida. Es una vida curiosa. Yo no lo hubiera adivinado. Se conoce que representamos todos una cosa y luego somos otra bien diferente.

Va muy elegante con su traje. Está nuevo. Es de color marrón, a la moda americana, con las solapas muy levantas y picudas. Trató de quitarse un brazalete negro que tenía cosido a la manga,

pero no fue capaz. El brazalete seguramente era por el luto del hermano.

No teníamos, y seguimos sin tenerlo, un aspecto muy militar que digamos, él con su traje, la manta enrollada y cruzada sobre el pecho, y yo sin arma y con un paraguas abollado, caminando por una carretera llena de socavones.

Lo del ojo se le puso amarillo y morado, y la nariz se le desinfló algo.

Antes de llegar a Ripoll, Lechner sacó la pistola de su funda y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Al hacerlo su mano se tropezó con unos papeles. Se trataba de la célula personal y un permiso que se le concedía a un tal comisario Esteve, firmado a tal y tal por el teniente coronel, etcétera. Seguramente fue el último permiso de que disfrutó el hijo de los viejos.

Era tarde para desandar el camino y devolverle la documentación a sus padres, así que Lechner se los guardó de nuevo. Se le ocurrió ponérselos en el correo a sus padres, pero ¿desde dónde, cuándo y para qué? Lo más seguro es que ese chico necesite a estas alturas de esos papeles como yo de mi abuelo. Por si acaso, Lechner los ha guardado.

Al avistar las primeras casas de Ripoll empezaron a oírse algunas explosiones de morteros, bastante lejos todavía. Apresuramos el paso. Nuestra única preocupación era no quedar aislados, embolsados y copados, y era, además, una preocupación razonable.

Es evidente que hemos salido vivos de lo de Ripoll, pero estuvimos a punto de que nos mataran, ellos o los nuestros, cualquiera habría podido hacerlo. Hemos podido huir, pero nuestra situación no ha mejorado. Al contrario, va a peor. La muerte será mucho más cruel con nosotros. Hace cuatro días no podíamos imaginar que la vida un día después fuese diez veces más áspera, y ayer mismo no hubiéramos dado crédito a quien hubiese puesto delante de nuestros ojos la realidad que ahora, veinte horas después, tengo frente a mí.

¿Dónde están los demás? ¿Habrán muerto? ¿Por qué yo, aquí, solo? Yo pensaba que iba a morir, y a lo mejor soy el único que ha sobrevivido. Malos tiempos cuando los dos sentimientos, el de la muerte y el de la vida, se confunden y pueden parecer el mismo.

Encontramos el pueblo desierto, como lo dejamos, pero más si cabe, ocupado por la muerte y ese silencio que baja con los muertos a la tierra. La estación de Ripoll queda al final de una calle ancha en la que hay algunos comercios. La mayoría habían sido saqueados, en concreto dos sastrerías. Estaban una enfrente de la otra, una se llamaba La Elegancia, y la otra Leandro Confecciones, y tenían las puertas como si las hubieran abierto con un hacha, y dentro, en los estantes, no quedaba ni un carrete de hilo.

Es un terreno llano, difícil de defender. De haber tenido nosotros el armamento adecuado, nos habríamos subido al monte y desde allí se hubiera podido cubrir la estación, que tendríamos a los pies, pero desde abajo era una temeridad.

A lo primero no encontramos a nadie de los nuestros. Llegamos a temer que se hubieran marchado. Las barricadas levantadas por nosotros ayer habían sido abandonadas, y daban al entorno el aspecto de una batalla que se hubiera perdido sin haberse siquiera librado.

De pronto empezaron a oírse cerca unos tiros. Las balas nos pasaban por encima e iban a estrellarse en los muelles de embarque de la estación. Encontramos al capitán Almada con la mitad de los hombres allí, parapetándose entre los vagones muertos. No les veíamos porque estaban detrás. Disparaban contra un enemigo que nosotros, desde donde nos encontrábamos, no podíamos distinguir tampoco, pero que lo teníamos encima, fortificado en unos almacenes, de la parte de acá del río. En medio había unas casas muy ferroviarias y coquetas, seguramente fondas y cosas así.

Para llegar hasta los nuestros teníamos que recorrer unos cincuenta metros, pero eran precisamente los que estaban batidos por el fuego de una ametralladora. Yo no sabía qué hacer con el paraguas. Era todo lo que tenía para defenderme. Es como para echarse a llorar. Reír para no llorar, que decía el tonto de Canigó. Lechner corrió a guardarse en un silo y desde allí me hizo señas de que me reuniera con él. Era, desde luego, un lugar bastante seguro, si no nos descubrían. Subimos a un tejadillo que nos permitió observar sin ser vistos: los nuestros estaban en dos grupos, uno con el capitán Almada, a un lado, y a unos veinte metros, mandando el otro, Saturnino, con más de diez hombres.

En ninguno de los dos grupos vimos ni a Barreno ni a los valencianos, lo cual me escamó

mucho.

Arreciaron los disparos. El ataque, pese a estar esperándolo, les sorprendió a los nuestros por la inusitada violencia con la que empezó. Lechner dijo, ha empezado a tocar la banda. Se parecía bastante a eso, como esas marchas militares cuyo primer acorde no es superado en fuerza ni ímpetu por ningún otro de los que le siguen. Nosotros, allí quietos, no podíamos intervenir.

En menos de un cuarto de hora perdimos a varios hombres, e hirieron a algunos más.

Ahora no me quita nadie de la cabeza que aquello fue un suicidio planeado por el capitán. Se comportaba de una manera temeraria. Había elegido ese escenario para que lo mataran. Tenía una voz picuda y de flauta, no parecía un militar, pero era un hombre valiente, y como hombre valiente habrá muerto. También Lechner se dio cuenta. Dijo, los van a matar a todos como no salgan de ese agujero.

Transcurrió la mañana sin una tregua, era un trabajo que ambas partes desarrollábamos ordenada y concienzudamente. Estábamos convencidos todos de que era cuestión de saber esperar para que los fascistas cedieran al fin, y nos permitieran al menos la retirada. Nosotros permanecemos en el mismo lugar, a resguardo incluso de la lluvia, tapados por un voladizo, pero no podíamos hacer otra cosa que aguardar.

Hacia la una del mediodía dejamos de disparar unos y otros; es un decir, porque yo con el paraguas, a ver. Lechner salió descubierto de donde estábamos y dejándose ver un tanto, lanzó dos o tres piedras para advertirles dónde nos encontrábamos.

Una de las piedras le dio al capitán en la espalda. Se volvió y al vernos preguntó furioso qué había pasado, por qué habíamos tardado tanto, y si al menos habíamos traído los víveres.

Preguntamos por Barreno. Nos dijo que tenía que estar con nosotros. Comprendimos al momento lo que habría ocurrido. A continuación le expuse a Lechner que era absurdo permanecer en aquel lugar, porque terminarían copándonos también a nosotros o, lo que aún era más peligroso, metiéndonos en un fuego cruzado, y que ya sólo podíamos retirarnos de allí, y abandonarlo, como se abandonan en alta mar unos naufragos. O ellos o nosotros.

Lechner me dio la razón, y me dijo que yo tenía que marcharme porque sin fusil y sin armas poco podía estar haciendo allí, pero que él se quedaba.

Fue lo que hice, me di la media vuelta y me marché. Pensé que ya no podía hacer nada por nadie ni nadie podía hacerlo por mí. No me remuerde la conciencia. Todo menos caer prisionero. Ellos estarán muertos, y yo moriré dentro de poco, ¿qué diferencia habrá?

Cuando salí del pueblo, pasé por la plaza. Incluso me quedé allí un rato, por si venía alguien más. Todos los comercios estaban cerrados, menos una taberna, en la que no había nadie, ni el tabernero, enfrente del ayuntamiento y junto a la iglesia. Lo del refugio antiaéreo da risa. La iglesia es grande, alta, de piedra negra, como una fortaleza. Es fea como ella sola y al lado hay un reloj de sol con unas palabras en latín, escritas muy grandes en la pared, *Volat irreparabile tempus*, que se entienden bien; y sobre todo en mis circunstancias.

Cuando alcancé la carretera de San Joan, por la que habíamos venido, vi a dos moros, con el fez de color rojo y las chilabas unas encima de otras. Parecían dos percheros llenos de abrigos. Iban cargados de cananas, cartucheras y escopetas y cuchillos finos y curvos como guindillas colgados del cinto, entre las telas; parecían de una zarzuela. Nunca los había visto tan cerca. Son como los dibujos que ponían de ellos en las revistas. Al verme, se asustaron y desaparecieron en una calleja como fantasmas de un teatrillo.

Antes de dejar el pueblo aún me ocurrió algo absurdo. De pronto se abrió la puerta de una de aquellas casas que parecían cerradas a cal y canto, y saltó a la calle una mujer corpulenta. Tendría unos cincuenta años, con un vestido negro lleno de lunares blancos. Si no pesaba cien kilos, no pesaba ninguno, y lo menos era tan alta como yo. Se había puesto en el pecho un escapulario de tela blanca, grande como una hostia, me saludó brazo en alto y empezó a seguirme dando vivas a España, a Franco y al ejército nacional. Me volví para arrearle con el paraguas, se asustó y corrió a meterse de nuevo en su madriguera.

Tengo que caminar hacia el norte. Esa es toda mi preocupación. Dejé la carretera de San Joan,

porque esa es la carretera por donde vendrán los fascistas en cuanto desborden a los de Ripoll. Antes me pareció oír ruido de motores de vehículos pesados, camiones. Así que tomé de nuevo por la de Ogassa, menos transitada, y porque en Ogassa y en la fábrica muere.

Creo que fue una estupidez tomar el can-tino de la fábrica. Hubiera tomado el otro, y no habría pasado nada y ahora estaría a salvo. El exceso de precauciones es tan peligroso como la ausencia de ellas, y lo mismo te matan por valiente que por cobarde, por no tener miedo, que por tenerlo en demasía.

Para empezar, en cuanto subí a la cantera y tiré monte arriba, se metió mano a llover.

Cuando el camino de Ogassa finó, tomé otro de tierra estrecho que discurría entre pinos. Éste se fue angostando a medida que subía, y acabó por desaparecer incluso como sendero de cabras. No vi ni siquiera un chozo de pastores. Tengo hambre. Quizá me vaya a morir de hambre en estas soledades. Insisto, no tengo miedo a morir. Hablo de ello como hablaría del tiempo si estuviese en un balneario. Dicen que es una muerte dulce, como morir de congelación. Tengo frío también. Puede que muera de las dos cosas.

Ahora ya no sé dónde estoy. He venido a refugiarme dentro de un árbol viejo. No sé de qué clase es. No lo había visto antes. Hay aquí árboles de esa clase como para llenar de madera toda España. Me he metido en el tronco de uno que estaba hueco y en el que se podría hacer una casa, y he encendido un poco de fuego, con hojas secas y ramas que escamondé aquí y allá. Tampoco tengo muchos fósforos, me quedan cuatro, por suerte secos. Espero que no arda todo el árbol conmigo dentro. La muerte por fuego, en cambio, tiene que ser horrible. Creo que podré dormir. Por dentro está lleno de migas de madera, virutas secas y mullidas. Diría que es un lugar confortable si no fuese porque tengo que estar encogido, en posición fetal. No ha anochecido aún. Con los últimos y fríos rescoldos del día, tan lloviznoso, escribo estas páginas. De lápiz lo que me queda no es más largo que una cerilla, y me duelen las puntas de los dedos, que tengo enteleridos. No puedo dar un paso más. Me es indiferente que me capturen o que no. A lo mejor estaría bien que me cogieran. Nunca iba a estar peor de lo que estoy ahora. Creo que me he perdido. Francia no tiene que estar lejos, pero se ha metido a nevar y los caminos se han borrado todos. Lo mismo estoy ya en Francia y no me he dado cuenta. Una vez leí una novela de Salgari en la que los expedicionarios estaban dando vueltas y vueltas a un campamento, hasta que murieron sin encontrarlo. Lo tenían a menos de dos kilómetros, en el Polo Norte. Dicen también que si te mueres de congelación, se te estiran los músculos risorios de la cara y parece que te estás riendo, lo mismo que si te ahorcan, te empalmas. Estos pensamientos ni siquiera logran distraerme. Estoy tan cansado, que no consigo dormirme, y me gustaría que me durmiera, que el frío me fuera durmiendo, pero no, señal de que todavía estoy lejos de morir. Cuando no sienta nada, sabré que ha llegado la hora.

Me acaba de despertar un gallo. Deben de ser las siete de la mañana. No lo sé a ciencia fija, porque ayer se me olvidó darle cuerda al reloj, y la puse a bulto. No hay luz todavía. He encendido una hoguerilla. No sé qué hacer. Creo que escribo para no tener que pensar ni sentir el miedo. El canto de un gallo sólo quiere decir una cosa: estoy cerca de alguna casa o de algún pueblo. Si los gallos hablasen idiomas, podría saber si éste que ahora oigo cantar es un gallo francés o un gallo español. Éste me parece un gallo catalán, porque ha cantado sólo una vez. Me conozco: cuando empiezo con este humor sombrío, malo. Creo que lo mejor es escapar de aquí y averiguar de dónde sale ese cántico. Vamos allá, a lo que sea.

Sigo en pie, me muevo, escribo esto, pero, ¿acaso no son las palabras de un muerto? Las cosas que he visto son las mismas que se ven cuando se ha muerto y se ha bajado al infierno. Apenas tuve que andar diez minutos. El canto del gallo me llevó hasta una casa de pizarra, pequeña, en un recuesto, con el tejado negro y de escamas también de pizarra. Estaba al lado de un arroyo que metía mucho ruido, por lo que deduje que se trataría de algún molino, como así fue.

Estaba todo nevado, blanco; hacía daño a los ojos. Los montes se velan envueltos en un sudario. Daba dolor mirarlos, yertos, tendidos. Los árboles de los valles, sin hojas, pero con la nieve en las ramas desnudas, tenían el aspecto de esqueletos de fantasmas que se bañaran en el río. Y la nieve, las sábanas que se ponen por encima.

Me acerqué a la casucha con cautela, porque tenía que marchar descubierto. Todo lo que llevo para defenderme es el paraguas. Oí voces, y me escondí detrás de unos helechos, sobre la nieve, que me mojé todo. Tenía la casa a unos veinte metros. Entonces salieron unos hombres. Al principio creí que se trataba de moros, como los dos de Ripoll, pero no, sino que eran bien españoles, seguramente del tabor de Regulares, a los que acompañaban otros tres, vestidos de infantería. Cinco en total. Salieron apresuradamente. Se iban riendo. Hablaban en voz baja y uno soltó un tiro en el aire. Con la nieve, retumbó todo, de monte en monte. Los otros, para divertirse, también soltaron tiros al aire y al barranco, para ver el efecto que causaba. Les divertía el asunto. Eso quería decir también que las fuerzas de ellos estaban por allí cerca.

En la puerta había un perro atado a una estaca y tendido en medio de un charco de sangre, un perro pequeño, con los ojos medio abiertos, cristalizados y amarillos, y la boca cerrada. La sangre y la nieve causaban una impresión más lastimosa que si estuviese sobre la tierra sólo.

Supe desde el primer momento que era una casa llena de muertos. Otra de tantas. Todos los que hemos empezado esta guerra la terminamos habiendo aprendido a oler la muerte. La muerte huele de una manera especial, como a cerrado, aunque se esté al aire libre, y en aquella casa la muerte estaba por todas partes.

En uno de los cuartos de la parte de abajo, según se entraba a mano derecha, junto a una puerta de maderas negras, se encontraba una mujer joven tirada en el suelo, desnuda. La habían degollado y rebanado los senos, uno de los cuales lo habían estampado contra la pared encalada y el otro lo habían espetado a uno de los barrotes de la cama de hierro, dos trozos informes de grasa blancuzca aprisionados en una malla de venillas rojas. Creo que casi no me impresionó. Era como si no fuese yo el que lo estaba viendo, tan horrible era; tanto, que en esos casos uno llega a hacerse la ilusión de que va a despertarse en cualquier momento, pero al pronto comprende uno que no puede pasarle nada, porque quien es testigo de cosas como ésa ya está muerto, no quiere pertenecer al género humano, y eso me pasó a mí, estaba muerto, y dejé de sentir miedo y asco, dejé de sentir lástima por mí mismo, dejé de sentir odio por quienes habían cometido aquellos crímenes, no sentía ya otra cosa que impaciencia por conocer hasta cuándo me quedaría allí. Ahora lo pienso y no puedo saber cómo fui pasando de una a otra habitación. No me costaba moverme, en realidad era un fantasma ya.

En la habitación contigua se hallaba otra mujer, de bruces contra las rojas baldosas. Era evidente que también a ella la habían violado. Le habían subido las sayas y se veían unas nalgas descomunales, lechosas y abultadas, en las que alguien se había limpiado las manos de sangre, un zarpazo sangriento de la bestia humana.

En ese momento oí unos ruidos, y me asusté. No fue miedo lo que sentí, sino prevención, como cuando los leprosos, al divisar a un extraño, corren a esconderse en su cueva. O como los muertos que regresan del reino de los muertos con la sola condición de no dejarse ver. Pensé, son los regulares, que vuelven. Pero eso era absurdo, porque, ¿a qué iban a volver? Me dije, van a decir que lo he hecho yo. Todo al mismo tiempo. Cuando se tiene miedo las cosas que se piensan son transparentes, y se superponen unas a otras, no se excluyen, pues el miedo es la ausencia de la lógica, sino que se hacen simultáneas, y por eso lo que sigue al miedo es el pánico, cada uno de estos temores aporta, como un arroyo, su caudal de irracionalidad, que acaba desbordándose y arrasándolo todo. Sin embargo, como muerto, yo no sentía miedo. Sencillamente no quería hacerme visible. Me escondí debajo de la cama. Tenía la cara de la vieja pegada a la mía. En eso supe que estaba muerto, porque la imagen que tenía a menos de un metro era horrible, una mujer que sangraba por los ojos, que le salía la sangre por la oreja que yo veía, me miraba llena de espanto, pero no sentí nada, porque era mi semejante. Permanecí en mi escondrijo lo menos un cuarto de hora, por si los regulares habían entrado otra vez y registraban la habitación. Al final, como no escuché nada más, salí, y volvieron a oírse aquellos pequeños ruidos.

Provenían del cuartucho donde habían matado a la mujer joven, y allí, en un cubículo angosto, separado de la habitación por un percal de flores, me encontré una cuna, en la que había un niño de pecho.

Celebró el encuentro agitando los brazos con movimientos desconcertados. Era una criatura muy

peluda, fea, con las uñitas todas negras, y sonreía de una manera muy graciosa. Creo que de haberla descubierto los regulares, también la habrían matado.

No lo pensé, pero ahora creo que unas cosas traen a otras, y que de no haber encontrado a aquel niño yo no habría salido de aquellos montes.

No sé nada de recién nacidos, le fajé como pude, no sabía en realidad si era macho o hembra, le envolví en un capotillo y lo saqué de aquel cuarto.

El paraje era solitario, húmedo y sombrío, al pie de unas peñas que aplastaban la casa con una sombra perpetua. Yo creo que en aquel lugar no da nunca el sol.

Empezó a llover sobre la nieve, y ésta se fue derritiendo, pero el frío era igualmente intenso. En las colladas, donde la nieve se recostaba, la lluvia hacía agujeros y la horadaba, como un queso.

Tomé en dirección contraria por donde vi que se marchaban los regulares. En los Pirineos al sol le cuesta aparecer más que en otras partes, y hasta que asoma por encima de los montes han pasado tres o cuatro horas. Cuando salí de la casa, se veía bastante bien. Jamás hubiera adivinado que un paraguas iba a serme en una guerra mucho más útil que el fusil, porque al menos la criatura no se mojó. Quizá tendría que haberla abandonado, pero es seguro que se habría muerto allí, si nadie le daba de comer, y de frío. Caminé durante dos horas teniendo enfrente las montañas. Las montañas de esta parte no son como otras que hemos visto para la parte de Huesca. Aquí son montes viejos, negros, llenos de árboles sin hojas, lo que les da un aspecto mucho más triste todavía, lo mismo que los caminos llenos de barro y nieve helada.

Las nubes, encarbonadas también y bajas, se deshilachaban en las cumbres, completamente nevadas, y la niebla dejaba entre los árboles vedijas de lana sucia, como un rebaño.

Yo sólo buscaba un paso. Sabía que Francia estaba allí, al otro lado de estas montañas, pero tenía que descubrir una vereda. Me habría valido cualquiera. Pero no encontraba ninguna y tuve miedo de ascender, pues el tomo de nieve, cada vez más grande, nos habría atrapado como un cepo.

No se veía nada. Dejé a un lado un chozo sin trazas de vida y una gran masía a la que habían prendido fuego por todos los costados. Seguí durante tres horas un sendero que discurría junto a un torrente de caudal hipnótico. Luego, el torrente se perdió por trochas por las que yo no podía pasar y comencé la ascensión. A medida que subía, iba encontrando más y más nieve. Una de las botas empezó de nuevo a darme problemas, a punto de desencuadernarse por donde la habíamos cosido.

Lo del niño me ayudó a seguir; de no haber sido por él, me habría dejado morir en cualquier camino, entre dos peñas. Es curioso cómo un trocito de vida te arrastra a ti, es como un corcho que saca a flote a un ahogado. Pero pronto empezaron los remordimientos, porque me di cuenta de que no tenía nada que darle de comer. A media mañana busqué un lugar donde guarecerme de la lluvia, que no dejó de caer. Antes de abandonar la casa donde asesinaron a su madre y a su abuela, encontré en una olla un trozo de tocino, lo deshice entre los dedos, se hizo una pasta que traté de empujarle inútilmente dentro de la boca. La criatura la escupía y lloraba sin consuelo, pese a los esfuerzos por calmarla. Comprendí que se me iba a morir entre los brazos. En esos momentos, me entraron deseos de abandonarlo al pie de un árbol, y salir huyendo.

Cuando uno camina solo entre montañas desconocidas se pregunta si esa senda será buena o si será una vieja vereda de hace cien años, por la que no ha vuelto a pasar nadie. Anda uno una hora y piensa, seguiré unos kilómetros más, seguramente me llevará a alguna parte. Pero cuando quiere detenerse es ya tarde para dar la vuelta, así que se convence para seguir un poco más. Es como cuando se pierde en el juego. Uno espera que en la siguiente mano se resarcirá de las pérdidas, pero cada vez pierde más y más, y llega un momento en que uno se ve sin blanca, arruinado por completo. Mi temor era que fuese a parar a un punto en el que no pudiera dar ni un paso más, ni adelante ni atrás.

Hacia las dos o las tres, sin embargo, descubrí, entre unos árboles, una hebra de humo blanco. Tuve que meterme campo a través, lo que me llenó las botas de barro y me mojó los pantalones, pero valió la pena, porque al cabo, en una vaguada, divisé a un pastor que cuidaba un rebaño de ovejas. Lo milagroso de los milagros es que suceden, dicen. Fue milagroso que yo pudiera distinguir dos docenas de ovejas que pastaban en un prado medio cubierto por la nieve, allá en lo hondo, moviéndose con lentitud, mordisqueando hierbas secas y heladas.

Grité desde lo alto, pero el pastor no me oía. Desde donde estaba yo hasta donde estaba él tardé en llegar casi una hora, porque, con el niño en brazos, no siempre me resultaba fácil descender entre las peñas, era como hacerlo con las manos atadas a la espalda. Tuve que atravesar dos o tres regatos que bajaban con gran caudal, y en uno a punto estuve de perder pie.

Cuando llegué, sorprendí al pastor que estaba comiendo un trozo de chacina sobre una corteza de pan. Creo que todo eso era un pretexto para tener la navaja abierta, por si se presentaban mal dadas.

Era un hombre de unos cincuenta años, renegro como el mismo pan, enjuto, flaco y con los ojos hundidos, de loco. Tenía un tic que le hacía parpadear de continuo, lo que daba a su expresión un carácter montaraz y de viveza. Con su cabeza pequeña recordaba a un animal salvaje, tal vez al lince. Se cubría las piernas con pieles de oveja de grandes guedejas blancas, lo mismo que el pecho. Tenía todo el aspecto de un hombre primitivo, de las cavernas. Llevaba puestas unas abarcas de piel, sujetas a la pantorrilla por finas correas de cuero y del costado le colgaba un zurrón grande, como para meter en él un cordero.

Me vio llegar y me esperó con esa desconfianza natural en la gente del campo para con el forastero. No dio ni siquiera un paso, no cambió de postura, estaba apoyado sobre una pierna, y siguió así un buen rato, con la cabeza hacia atrás, listo para el salto, para el zarpazo, para la finta.

Mi intención era soltarle aquel niño y que me pasara a Francia, pero se negó con descaro, aduciendo que él no podía hacerse cargo de aquella criatura, y que tampoco iba a pasarme a Francia, porque no podía dejar el ganado sin que se lo cuidase nadie.

De acuerdo, le dije, te voy a pegar un tiro, y verás para lo que te sirven los borregos.

Se me quedó mirando, tratando de adivinar dónde llevaba la pistola.

El niño empezó a llorar, apenas tenía fuerzas, sólo gemía. Le pregunté, ¿tienes algo de leche? El pastor ordeñó una de las ovejas sobre un trapo sucio, una vez estuvo empapado trató de dársela así, haciendo que el niño chupara de él, pero escupió la leche entre muecas de repugnancia como había hecho con el tocino.

Según aseguró el pastor, nos encontrábamos a unos dieciocho o veinte kilómetros de Ripoll, a unos ocho del molino donde había encontrado al chico y a otros ocho de Molló y de la frontera. Bien, le dije, en marcha. El pobre idiota todavía se resistía. De haber sabido que no estaba armado, seguramente me habría sacado la navaja y me habría echado de aquellos prados, si acaso no me hubiese dado una cuchillada para robarme.

Tardamos más de tres horas en llegar a Molló. Él delante, con la criatura, que le entregué, y yo detrás, por veredas a menudo borradas por la nieve, entre breñas sombrías. Al caer la tarde, avistamos las primeras luces de un pueblo, pocas, siete u ocho, que empedraban el valle con destellos vacilantes y turbios. Dijo el pastor, hemos llegado. Fue todo lo que habló en el trayecto.

El pueblo era la viva imagen de la desolación. Quedaban en él los últimos flecos de nuestro ejército, unas docenas de militares, oficiales en su mayor parte, y algunos civiles, que habían llegado hasta allí en toda clase de vehículos, coches, *sidecars*, camiones, bicicletas, ciclomotores, camionetas blindadas, y que se aprestaban a buscar refugio bajo techado, porque se echaba la noche encima y empezaban a bajar las temperaturas. Los vehículos congestionaban las cuatro calles misérrimas. La mayoría se disponía a pasar la noche en ellos, envueltos en mantas, entre maletas y fardos. Nadie sabía nada, nadie sabía quién estaba al mando de aquello y ni siquiera si había alguien que lo estuviera. Alguien nos confirmó que había una especie de cuartel general en las escuelas.

Éstas se hallaban a las afueras: un edificio de ladrillo rojo, pequeño, con altos ventanales y un balcón en el que habían izado la bandera de la República.

Dentro trabajaban unos oficiales jóvenes, con aspecto de universitarios, y tres o cuatro muchachas vestidas de manera inadecuada, chicas que habían llegado de Barcelona, con zapatos finos y vestidos alegres. Habían traído de alguna parte sus máquinas de escribir, grandes y pesadas como tortugas, y archivadores de persiana, incluso sillas y mesas de oficina, con lo que en realidad aquello, por la irrealidad de todo lo demás, no parecía sino el decorado de una obra de teatro que se estuviese representando para nadie.

Yo he visto que lo más absurdo de las guerras son las cosas que se llevan los civiles de un lado para otro. Los soldados cargan con su fusil, y eso les basta. Pero los civiles empiezan a mover

mercancías, y se quedan solos.

Entramos. Salía en ese momento un hombre joven vestido de uniforme, con sus estrellas de capitán en la gorra y todos los correajes nuevos, relucientes, como si los acabara de lustrar, lo mismo que sus botas de caballería. No llevaba pistola. Era un hombre fino. El uniforme le sentaba bien, confirmaba la sospecha de que no era sino el personaje de una obra de teatro. Yo venía sucio, lleno de barro, la manta empapada, mojados los huesos, desfallecido, hambriento, con barba de dos semanas. Aquel otro, por el contrario, tenía las manos limpias, podía olerse el perfume que despidió al pasar junto al pastor y junto a mí. Ni siquiera se detuvo a contestarme cuando le pregunté cuál era la situación.

El pastor quería marcharse, pero le dije que no se iría hasta que no resolviera con quién dejar el niño. Pasamos más de una hora en un pasillo. Unos entraban, salían, volvían a entrar, habían instalado una centralita de teléfono que continuamente se averiaba, todo eran voces, órdenes, contraórdenes, más gentes que entraban y preguntaban desesperadas lo que había que hacer y cuándo nos marcharíamos a Francia... Nadie sabía nada, nadie obedecía a nadie, y lo más grave, nadie se tomaba ya ni siquiera la molestia de darle órdenes a nadie. Esta es la señal de que se ha perdido una guerra. Preguntábamos, y la gente se encogía de hombros, la situación era confusa, la evacuación de los pueblos del país era general, todos habían huido ya, no quedaba en pie ni autoridad civil ni militar, los fascistas habían entrado en Ripoll y se habían quedado allí, al día siguiente se temía llegaran hasta Molló y el Col d'Arés, para empujar hacia Francia a las últimas unidades. Eso era lo más probable. Aquello era una evacuación de urgencia, el sálvese quien pueda, proclamaron.

Dejé el niño en brazos del viejo y le ordené que se marchara. El viejo estúpido, que aseguraba que a esas horas ya habría perdido a todas sus ovejas, puso el grito en el cielo y le prendió una crisis de nervios, con protestas de que no le podía obligar nadie a quedarse con aquel niño, y que lo iba a dejar allí mismo y marcharse. A las voces del pastor, acudieron algunos oficiales y secretarías.

No le valieron de nada, y acabó desapareciendo con la criatura en brazos. Lo que haya hecho con ella es cosa que ni me incumbe ni me preocupa. Puede que lo haya tirado al río, pero me inclino a suponer que conocía perfectamente de quién era, y ya encontrará los parientes. Y si no, a la inclusa. Los que mataron a su madre, que lo críen.

Cuando se marchó, una de las muchachas se compadeció de mí y me dijo, anda, ven, calientate ahí.

Me pasó al aula propiamente. Estaba encendida la estufa y quemaban en ella un buen montón de papeles y documentos. Les habían dado órdenes de quemarlo todo. Luego, se pasarían; antes no.

Lo hacían, me confesó también, porque de otro modo los franceses lo requisarían, y se lo entregarían a los fascistas otra vez.

La muchacha hizo que me descalzara y pusiera a secar botas y calcetines. A mí me dio vergüenza de que me viera los pies, al ser tan guapa ella, con la cara redonda, de porcelana, y los ojos negros.

Lo más triste de todo con una mujer, en mi opinión, es tener los pies o los calzones sucios. Permanecí junto a la chubesqui más de una hora. Había puesto los calcetines sobre el tubo. De ellos salía una nubecilla de vapor, lo mismo que de mi manta. Terminaron por secarse, no así las botas, que parecían de cartón mojado.

A la hora volvió a asomarse la muchacha y me preguntó si quería irme con ella y unos amigos, pero antes me pasó por un lugar donde guardaban un gran número de botes de leche condensada y otros de carne en conserva, mandados por Rusia, y me dio dos, uno de cada, como algo excepcional, porque se pagaría su peso en oro.

Salimos a continuación de las escuelas y me condujo a lo que era el ayuntamiento, un caserón de piedra. En las calles del pueblo no quedaba nadie. Había dos o tres bombillas en las esquinas, que daban al pueblo un aspecto mucho más sombrío y espectral. Los camiones, los coches, los vehículos negros, parados contra las paredes de las casas, parecían en la sombra toros recostados sobre las tablas, de pie, esperando la muerte. Me dijo, dormiremos allí, y en cuanto salga el sol, subimos el puerto y nos pasamos. Era una chica todo dulzura, muy seria, nada de coqueteos, natural,

inteligente, sencilla.

En el ayuntamiento había mucha gente, familias enteras, niños, viejos, milicianos, todos tirados por el suelo, medio dormidos, parecían larvas moviéndose. Nadie hablaba. No había luz en todo el edificio y en la oscuridad se movían las brasas de algunos cigarros como quisquillas fosforescentes.

Pasamos entre ellos, con cuidado de no pisarles. La muchacha me condujo al piso de arriba, al salón consistorial.

Alguien había traído un gramófono y unos discos y había empujado las mesas y sillas contra la pared.

Vacía, aquella habitación parecía más grande de lo que era. No sé de dónde, pero también aparecieron dos o tres botellas de coñac, que era garrafón y resultó áspero, pero reconfortante. En la pizarra del encerado habían pintado, de una manera ingenua, con tizas de colores, una bandera de la República, tremolante y victoriosa, y debajo, cada letra en un color como el arco iris y en una letra escolástica y redonda: «Viva la República. No pasarán», y otras frases patrióticas: «Hasta la victoria final» y «Azaña presidente de todos los españoles leales a la República», bajo el torpe retrato de don Manuel, reconocible por las gafas y las mantecas del cuello.

Habría lo menos treinta personas, jóvenes en su mayoría, todos milicianos, los oficiales que había visto en la escuela y las muchachas de las oficinas. Sonaba la música, pero nadie se atrevía a bailar; fumaban en silencio, esperando algo. Allí dentro reinaba cualquier cosa menos la alegría.

Al rato, y de la parte de abajo, subieron dos o tres hombres a pedir un poco de respeto, diciendo que era una vergüenza que se montara aquella kermés, en las presentes circunstancias, habiendo muertos en el pueblo, y viudas y esposas de combatientes que esperaban para marchar al exilio, y que era una falta de seriedad política y humana poner aquella música.

Mientras nos amonestaban, alguien quitó el disco de la gramola, pero en cuanto la delegación de protesta se marchó, volvió a sonar la placa con dengues que recordaban mejores tiempos para todos.

La chica que me acompañó se llamaba Clara. Era muy popular, todo el mundo la saludó, conocía a todos.

La música rodaba cansina, con un carraspeo de afónica desgana. Del gramófono salía una canción sentimental que a mí me gusta mucho:

*Olvido,
dime que no es verdad
que me quieres contigo
toda la eternidad.*

Olvido es la mujer a la que está dedicada la canción, pero parece que se refiere al olvido, y eso, creo yo, la hace más sugerente.

Poco a poco se fue apagando la estufa. No quedaba leña. Cada vez hacía más frío. La luz de un candil vacilaba, con unas convulsiones de muerte.

En el gramófono irrumpieron aires del trópico.

*Mamá, yo quiero marcharme al Congo
porque en el Congo calienta mas...
Al Congo, al Congo, al Congo quiero ir...*

Los que captaron la ironía, se rieron sin que sus risas se llegaran a materializar. Ni siquiera tenían ganas de reírse. Reírse para no llorar. Uno dijo eso, en el Congo teníamos que estar todos. Me acordé del tonto de Canigó, aunque no llegué a ver qué cara tenía su reencarnación.

Fue patético vernos allí, muertos de frío, destrozados, con la guerra perdida y a punto de salir de España.

*Como en el Congo se suda tanto,
nada de ropa quiero llevar,*

*y los congosos después del baile
a todas horas toman coñá,
y como espero que los congosos
todos conmigo quieran bailar..
Mamá, yo quiero marcharme al Congo
porque en el Congo calienta mas.
Al Congo, al Congo, al Congo quiero ir...*

Dos o tres, con la mirada turbia y la lengua pastosa, corearon el estribillo. Se habían vuelto locos. En cualquier momento se hubieran echado a llorar desesperados como niños. Fue la forma en que la desesperación tomó cuerpo en ese instante. Podían haber salido también y haberse metido un tiro en la cabeza, o rebozarse desnudos sobre la nieve. Cantaban para acallar el miedo que sentían, un miedo superior que les hacía cometer aquella estupidez de cantar, como podían haber cometido otras, saltar de la trinchera, pasarse al enemigo, amputarse un dedo para escapar del frente, volar un polvorín enemigo con ellos dentro...

Los más sensatos lograron apagar aquel brote de histrionismo y amargura. No fue necesaria la autoridad ni la fuerza. Los borrachos, incluso en su embriaguez, en ningún momento habían perdido el sentido de la realidad. Las guerras son absurdas sobre todo en los detalles. Nunca son las cosas como parecen, ni llegan por el camino más corto. Otra vez sentí frío. Cuando el frío se te ha metido en el cuerpo como se me ha metido a mí, es difícil sacarlo de él. Se parece mucho a una mancha de humedad que le ha salido a una pared. Eso nace de dentro.

La canción sonaba sin fuerza. La cabaretera se divertía en la baquelita negra, como en la cueva del vicio, agasajada por un coro de *boys* que flanqueaban su voz gangosita. *Al Congo, al Congo, al Congo quiero ir...* Yo también. Sol, calor, un poco de calor, sólo eso, un poco de calor en los pies...

Muchos tratan de dormirse, envueltos como fantasmas en las mantas, tirados sobre el suelo. Otros, también sentados en el suelo, fuman. Se ha ido la luz de la única bombilla que quedaba. Nadie ha protestado. Se ve bailar en la oscuridad las rojas luciérnagas de las brasas. Por la ventana junto a la que estoy entra un poco de luz de otra bombilla. Puedo escribir. Sólo importa esto. A veces tengo la íntima impresión de que mientras pueda seguir escribiendo no me han vencido del todo.

No hay que juzgarles mal porque ninguno de ellos haya hecho la guerra como la hemos hecho tantos. Tampoco ellos han tenido la culpa, y las consecuencias, en cualquier caso, las van a pagar lo mismo. Además, ¿por qué no iba a sonar la música? Es la última que vamos a oír en mucho tiempo, me temo. Yo creo que la música ha sido como tomar un poco de morfina, para no sentir tan agudo el dolor, por lo menos esta noche. Iba a tener razón el tonto de Canigó, más vale reír que llorar.

Me acabo de despertar. Le he preguntado la hora a uno que está a mi lado, al que no conozco. Me ha dicho, duerme, compañero, todavía es pronto. ¡Dormir! ¡Quién pudiera dormir! En la sala consistorial todo son bultos sin forma, cuerpos derrotados, como muertos. Están muertos, pero no dormidos. Esperamos que se haga de día. La chica que se hizo cargo de mí me ha regalado dos lápices casi nuevos. Me dijo que si quería me podía llevar uno de los sellos de caucho del Estado Mayor. Me dijo, así podrás firmarte los permisos que quieras. Y nos reímos los dos. Por no llorar, aunque no he visto llorar a nadie. No nos quedan ni lágrimas.

II

Hace tres meses que no escribía en este cuaderno. ¿Cuándo habría encontrado tiempo, dónde la fuerza para hacerlo? No creo que nadie hubiera podido. Las estaciones de radio han dicho algo y se han publicado noticias en los periódicos franceses y del mundo (de los periódicos españoles ya nadie se ocupa, pues sabemos que no han hecho otra cosa que mentir desde que acabó la guerra, y de qué forma tan ignominiosa y vil), pero nadie, y subrayo este nadie, ha podido contar la verdad de lo que nos está sucediendo a un millón de españoles. Si Dante hubiese vivido hoy, habría venido para describir el Infierno a los campos de concentración y de refugiados adonde nos han traído, y no creo que haya en ninguna parte un Infierno como éste, pues no le ha sido dado a la imaginación humana concebir nada más atroz y vejatorio. Y ya me explayaré en esto, para explicarlo más tarde u otro día.

Somos miles los que sentimos algo parecido. Si estás muerto, apenas sufres ya, y nadie quiere sufrir más. Hemos llegado al límite, y, sin embargo, aún damos unos pasos más en esa senda. Esto no me alegra ni me entristece. Es sólo una constatación, pero en muchas ocasiones desearía estar muerto de verdad, pues nunca imaginé que la tristeza pudiese hacerle a uno tanto daño. Es como un cuchillo clavado permanentemente en el pecho, algo que al mismo tiempo te abrasa y te prolonga la vida, una agonía que cuanto más daño te hace más parece alejarte de la muerte. Lo mismo que a los toros bravos, que se resisten a morir hasta que un alma caritativa no les saca el estoque.

De casa he tenido noticias, buenas y malas. Las buenas son que viven todos, lo que en estos tiempos es ya mucho. Gracias a ellos yo mismo conservo todavía una pequeña esperanza. ¿De qué? No sé. Las malas, aunque en la carta no lo dicen, es que atraviesan tiempos mucho peores que los de la guerra, lo tienen todo racionado y aunque las cartas que salen de Madrid al extranjero, y más las que vienen a Francia, pasan la censura militar, sabemos que los fascistas se están ahora vengando con el pueblo de Madrid por su heroica resistencia, y así están fusilando diariamente a más de mil personas, pero lo peor no es eso, sino que a mi pobre padre lo han llevado a Porlier. Esa es la mala noticia. Nadie sabe de qué lo acusan, pero piden para él dos penas de muerte. ¡A mi padre, que se ha pasado esta guerra metido en los hospitales! ¿De qué lo acusan? ¿Por qué, entonces? ¿Porque fue amigo de Pablo Iglesias? ¿Porque fue secretario del Sindicato de Artes Gráficas en la República? Ni siquiera pudo ejercer ese cargo en la guerra, por la enfermedad. Han presentado dos certificados médicos para probar que no participó en la guerra, pero les han dicho que no vale ninguno de los dos, porque se trataba de certificados extendidos durante la guerra, y por tanto, de médicos rojos, y éstos no han podido certificar tampoco después, porque también ellos están en la cárcel. Así que no saben cómo hacer, pues al médico militar al que acudieron llevando los certificados antiguos ha dicho que él sólo puede certificar que en la actualidad está enfermo, pero que eso no quiere decir que lo estuviera antes, y por tanto, que no pudiera estar implicado en los delitos que le imputan y que le han llevado a la cárcel. Ahora le están buscando dos avales. En la carta dicen también que está mejor de lo suyo y con ánimo, pero, ¿qué me van a decir, sabiendo cómo estoy? Por lo menos se encuentra en Madrid, pero, como cuenta mi hermana, ¿qué harán si le trasladan como están trasladando a todo el mundo de un lado para otro? Así pueden fusilarlos impunemente y a escondidas, para sujetar a la población y engañar a las naciones y a los gobiernos, los cuales, salvo el de México, no han tenido la vergüenza de mantenerse firmes y han corrido a ponerse a los pies de Franco y de la Falange.

No hace dos meses, todavía en Saint Cyprien, alguien pasó un *Paris Match* en el que sacaban un reportaje sobre Madrid. Salían fotografías de la Universitaria, de Argüelles, de Vallecas, principalmente de los lugares del frente, declaradas zonas devastadas, cómo quedaron, con la miseria, niños entre los escombros, solos, buscando comida en la basura, junto a los perros, con una frase de Yagüe, destacada, que dice estar orgulloso de lo que ha hecho, y que volvería a hacerlo otras mil veces, mil perros más, mil niños en la basura, y otras fotos también de Recoletos, con señoritos paseando, galanes de la pantalla que llevan del brazo a señoritas bien vestidas, con tacones, respirando la primavera incipiente de Madrid, el perfume de sus acacias. A Madrid han vuelto la miseria, el hambre y los sombreros de pelo de camello al mismo tiempo. Pues allí estábamos pasando las hojas de esa revista. Era de ver a más de siete hombres alrededor mirando aquellas fotos recientes sin decir nada, serios, sin lágrimas ni siquiera para poder llorar. Nos parece mentira que haya sucedido lo que ha sucedido. Como el dolor es tan grande, a todos nos ocurre una cosa curiosa, que ya he dicho otra vez, y es que creemos nos vamos a despertar de un sueño, y que vamos a aparecer nosotros también paseando por Recoletos. Pero despertamos, y lo hacemos siempre en este dolor, que es ya como un padre para nosotros, pues cuida de que no le falte nada para ser dolor.

Hace un rato se ha ido el médico. El doctor Galin, un buen hombre, viejo, atento, siempre de buen humor. En cuanto entra por la puerta ya me siento mejor, pero se va, y empiezo de nuevo a encontrarme como siempre. A ver, Madame Barbizon, le ha dicho, ¿se ha tomado la medicina este mozo?

Cuando el doctor está delante, Madame Barbizon es todo zalemas, *oui, monsieur*, por aquí, *oui monsieur*, por allá, lo que usted diga, cómo no, *monsieur le docteur, au revoir, monsieur*, y puedo ver su sonrisa de hiena hipócrita despidiéndole en la puerta. Pero en cuanto ésta se cierra, todo son gritos y protestas.

Cuando llegó la carta de España amenazó con no entregármela si antes no veía el dinero que le debía. Entró en la habitación. Ni siquiera se molestó en llamar. Se quedó en la puerta, me dijo, ha llegado esta carta de España, pero no se la daré hasta que no me pague las dos semanas que me deben, y se puso a abanicarse la muy asquerosa con ella como diciendo, ya sabes lo que tienes que hacer.

A lo primero creí que lo estaba soñando, que era como un delirio. Llevo en esta casa cuatro semanas y dos días. Los primeros no me bajaba, treinta y nueve de fiebre, cuarenta, así todos los días. Por eso pensé, estoy delirando. Noto las sábanas sudadas, pegajosas y sucias. Madame Barbizon no las ha cambiado una sola vez en todo este tiempo. Por las mañanas disfruta entrando y abriendo de par en par la ventana, de modo que la *chambre*, de por sí heladora, un glaciarse, se queda fría para todo el día. Dice: aquí huele a lobo, abre y se- marcha. No lo hace por higiene, porque luego la casa está llena de mierda, y ella misma es una bruja guarra y pestilente. Tengo que taparme bien y no enfriarme. El cuarto es pequeño, estrecho, con los techos altos, pero sucios y ahumados. Creo que el papel de las paredes me volverá loco si esta pleuresía no me mata. El otro día le dije que había visto una cucaracha meterse debajo del papel y *madame* Barbizon me formó como se dice un expolio, chillando como una corneja, si a ver qué me creía yo, que en su casa jamás había habido cucarachas, que eso debía de ser que deliraba por la fiebre, que si en España vivíamos en palacios, y que si no me gustaba el hospedaje ya sabía dónde tenía la puerta.

Madame Barbizon no sabe que he tenido tifus también, todavía no vencido. Si lo supiera, no nos habría alojado. Le dijimos que tenía una bronquitis, del frío de los campos. Lo arregló Thomas con el doctor para que no se lo dijera a ella. Así que cuando *madame* abre cada mañana las ventanas, dice con sorna que procure no vaya a resfriarme por si «me pasa algo».

En cuanto me encuentre mejor he convenido con Lechner que buscaremos otro sitio donde ir. Ya no es lo mismo que hace un mes. Ahora conocemos el país y mal que bien entiende uno algo de lo que le dicen.

No me acuerdo ni siquiera de las pensiones a las que llamamos el primer día, después de dejar Sairit Cyprien. Se asustaban al vernos, y aunque mostrábamos el dinero en la mano, se ponían nerviosos y cerraban las puertas, como si fuésemos apestados.

Lechner también consiguió, ignoro de qué modo, que se hicieran cargo de nosotros los mormones. Ellos nos sacaron del campo. Han resultado ser gente seria, encantadora, muy tristes, pero atentos y respetuosos con nuestro problema. A ellos no les preocupa la política. Nos entregaron a cada uno cincuenta francos, seis papeles de cartas, seis sobres y seis sellos, siempre y cuando pudiéramos certificar que teníamos un lugar de residencia en Francia. Para eso nos daban las cartas, para que escribiéramos a quien pudiera hacerse cargo de nosotros o si podíamos probar que teníamos un trabajo en Francia. Pero, ¿cómo conseguir el certificado de residencia o el trabajo si no nos dejaban salir del campo, y aunque nos hubieran dejado salir, adónde íbamos a ir con cincuenta francos, dónde querrían asistimos? Los que tuvieron la suerte de que se ocuparan de ellos las damas aristócratas británicas han tenido mejor suerte, les han repartido doscientos francos por cabeza y ropa nueva, zapatos y artículos de aseo, y les han buscado domicilios particulares donde los acogerán gratis. En cambio, los mormones, bien porque son más pobres, bien porque querían abarcar más, apenas pudieron socorrernos. No me quejo, en absoluto, y jamás olvidaré esto que han hecho por nosotros. No sé qué religión es la suya ni por qué lo han hecho, pero han venido de Norteamérica y del Canadá a resolver algo de lo que estos franceses no han sido capaces, siendo su obligación, como demócratas que dicen que son, que no son, y como vecinos que no les queda más remedio que ser. Por eso no podría tener una sola queja de ellos. Al contrario. Y tampoco los que todavía siguen en los campos, que es la inmensa mayoría.

Cuando salimos, tomamos un tren para Toulouse. Fue el día 25 de marzo. Otra fecha más para la memoria. Esta guerra está hecha de ellas. Todos nos acordamos al menos de cincuenta, cuando empezó la guerra, el día que empuñamos el primer mosquetón, el día que salimos de casa, el día que nos hirieron, el día que evacuamos tal o tal pueblo, el día que tomamos tal o cual loma, el día que entramos en tal pueblo, el día en que mataron a nuestro mejor amigo, el día que pasamos a Francia, el día que nos llevaron al campo, el día que pudimos salir, el día... 18 de julio del 36, 19 de julio del 36, 26 de agosto del 36, 14 de noviembre del 36, 11 de febrero del 37, 13 de febrero del 37..., del 38, del 39... Y siempre la muerte detrás de cada una de esas fechas.

Abandonamos Saint Cyprien el día 25 de marzo último. Creo que ya lo he dicho antes. Los gendarmes nos pararon más de diez veces. En todas partes, Nos pedían los papeles, los leían, pero no podían creer que no fuéramos vagos o maleantes. En realidad resultaba una decepción para ellos, siendo como éramos españoles, y les habría gustado detenernos y deportarnos o repatriarnos a la fuerza, que es lo que hacen con todos los que viven escondidos y en situación irregular. Ahora a los franceses les ha entrado la manía de que lo nuestro no es un destierro, sino una invasión. La gente se volvía para mirarnos. Yo no podía decir que estaba enfermo, porque no me habrían dejado salir y me habrían devuelto a Saint Cyprien. Aseguraban que los campos tenían ya suficiente atención sanitaria, y que no podíamos dejarlos, porque propagaríamos las epidemias por todo el sudeste francés. Así que iba con tiritonas, Lechner conmigo y dos compañeros de la UGT, todos juntos, sin saber a dónde dirigirnos, evitando las calles concurridas, como bandidos, con nuestras maletillas. Se iba echando la noche y no encontrábamos ningún lugar donde pasarla. Entramos a tomar un café en una cantina, y resultó que era un burdel.

No habíamos probado bocado en todo el día; en realidad, en los últimos tres meses no se podía decir que hubiésemos comido. Se llamaba *La Marseillaise*. Había en ese momento tres o cuatro de la vida, ni viejas ni jóvenes, todas bastante feas, una gorda y las otras flacas, unas estaban como derrotadas sobre los veladores y otra de pie, acodada en el mostrador y hablando con el patrón.

Al entrar se nos quedaron mirando. Olía a cebollas podridas y a maderas lavadas con lejía, olor que se mezclaba con el del perfume de las mujeres, una mezcla extraña, jazmines al ajillo. El local estaba por debajo del nivel de la calle, de modo que cuando se estaba dentro se veían, a través de dos ventanucos, las piernas de los transeúntes que pasaban por fuera. El patrón era un coloso, con una calvicie tartárica, un tórax inabarcable y bigotes grandes, como los que usan los forzudos en los circos. Al vernos inició un movimiento de desconfianza y prevención. Pensaría que íbamos a armar gresca.

Lechner se acercó a una de las chicas, que entendía el español, y le dijo la verdad, quiénes éramos, de dónde veníamos y en qué condiciones llegábamos, y si nos podían alquilar una

habitación para pasar la noche.

La mujer aquella se lo tradujo a todo el mundo. El patrón puso mala cara y movió el mostacho de una manera nerviosa, pero una de las presentes ordenó, venid con nosotras, y las demás se le sumaron. Se lo tomaron como una cosa de honor, no podían comprender que su país nos tratase de aquella manera. Qué vergüenza, exclamaban, que vergüenza para la Francia. A continuación nos sacaron de aquel cafetucho y nos llevaron a la casa donde vivían.

Nos abrió la puerta una mujer fea, más flaca que las otras y más vieja. Parecía como la alcahueta de las demás, tenía la cara llena de lunares negros, de todos los tamaños. Vestía una bata de color rojo, que le llegaba a los pies, y llevaba puesto un turbante, pero todo en la casa estaba sucio y revuelto, con un olor picante, lo mismo que la cantina. La casa era tenebrosa, las ventanas no tenían visillos ni cortinas, daban en su mayoría a patios angostos de muros negros cosidos por canalones y bajantes en y griega. La vieja de los lunares y la bata roja, al vernos tan sucios y barbados, se asustó; pensaría que nos habían sacado de un penal.

Dejamos en una habitación lo poco que llevábamos y nos preguntaron si teníamos dinero, porque, sugirieron, habría que comprar algo de ropa. Le dimos todo lo que llevábamos encima y salimos a la calle de nuevo. Era una calle ancha, pero sin luz, porque todas las casas eran oscuras y tristes, hechas de ladrillos ahumados con el tizne de las locomotoras, y por eso parecía que aquella tristeza era ferroviaria. Se oían trenes cerca, pero no se les veía. La estación no debía de encontrarse lejos. Nos llevaron a una casa de baños y nos dejaron allí, mientras se marcharon ellas a comprarnos la ropa.

Ese fue el primer baño para nosotros desde hacía más de seis meses. Yo al principio no quería bañarme, pues me sentía mal, tenía fiebre, y hacía como que estaba sano, me decía, debe de ser el cansancio, los nervios, las emociones de verme en libertad, y no quería reconocer que estaba enfermo, y menos aún decirlo, ya que temía que me denunciaran a las autoridades.

Cuando me desnudé y me vi, casi me echo a llorar; podía contarme las costillas, mis pies habían perdido su dibujo y eran un amasijo sucio de huesos descoyuntados en medio de la porquería, mis brazos, más blancos que la leche, eran los de un hombre enfermo y no podían contener el esqueleto que desde dentro pujaba por romper los cueros. Estuve metido en la tina lo menos media hora, el agua quedó como de lavar carbón, pero tuvimos que volver a vestarnos con nuestras viejas ropas, y eso fue horrible, como si no pudiésemos librarnos de una pesadilla.

En cuanto terminamos, el dueño de los baños no nos dejó esperar allí dentro la vuelta de las mujeres, y nos obligó a que lo hiciésemos fuera. Cuando reconocimos que tardaban, temimos lo peor. Nos dijimos, se han quedado con el dinero y se han ido. No era mucho, pero era todo lo que teníamos. A medida que pasaba el tiempo, el desánimo se fue apoderando de nosotros, y a la media hora nos marchamos de allí, sin saber adónde, no queríamos volver a la estación, por si nos pedían los papeles y nos devolvían a Saint Cyprien.

Llevábamos andados unos doscientos metros, cuando nos tropezamos de bruces con dos de las mujeres. Cargaban con un abultado paquete cada una, envueltos en papeles viejos y arrugados. Luego, pensamos todos que podríamos muy bien no habernos encontrado, ¿y entonces? Se extrañaron de vernos en la calle y no en los baños, como habíamos convenido. ¡Anda, dijo la que sabía español, que si os perdéis, menuda!

Las que se habían quedado en la casa, con la alcahueta, preparaban la cena. Nos esperaban también algunos amigos suyos, gentes de edad indefinida, medio chulos, que nos observaron curiosos y compasivos, aunque un poco recelosos de ver más gallos en el corral.

En la sala principal, y entre angosturas, habían puesto dos mesas unidas por un mantel y habían encendido unas velas, metidas en unas botellas vacías. Las sillas resultaron insuficientes y tuvo que ir una de las mujeres a pedir algunas más en el vecindario.

Antes de ponernos a cenar nos afeitamos, y a continuación nos repartimos las ropas que habían comprado. Venían de la tienda de un judío que las vendía a las afueras de Toulouse. Las mudas y calzoncillos estaban como nuevos, pero no así los trajes, con ese olor característico que no se les ha vuelto a quitar, por más que ya se hayan oreado, un olor de bodega y de bencina, que es mareante. A mí me correspondió un pantalón de color gris con unas rayas finas, y aunque la chaqueta ni es del

mismo paño ni del mismo gris, puede pasar por la suya, con lo que, sin serlo, parece que tengo un traje. Estoy tan delgado que tuve que hacer otro agujero en la correa, para poder sujetarme los pantalones, que me vienen bastante grandes. Me tocó en suerte también un jersey blanco de pico, de lana gruesa, que es lo que sustituye al abrigo, ya que es impensable comprar uno. Si no fuese por las botas, que no he podido cambiar todavía, y que volví a recomponer en el campo, creo que podría pasar por un civil francés, o eso creo yo.

A pesar de que se esforzaban para que nada de aquello pareciese un acto de caridad, yo creo que nosotros cuatro nos sentíamos como esos pobres con los que se hace una obra de misericordia, y al final Angelito, el compañero de la UGT, un buen muchacho, por el vino, por ver lo bien que se estaban portando con nosotros, porque se acordara de España o por lo que fuera, se echó a llorar. Fue verle llorar una de las mujeres, y ella y después todas las demás le siguieron. Los demás guardábamos silencio. Lo que empezó bien, acabó como un entierro. Por suerte la vieja de los lunares y el turbante cortó por lo sano, dijo, venga, alegría, y trajo otras dos botellas de vino y una de anís. Las mujeres pasaron del lloro a la juerga con facilidad, y se pusieron contentas.

Al día siguiente nos separamos: los otros dos, Angelito y Alfonso, se marcharon por su lado; éste, que era profesor de latín, decía que conocía a alguien en el departamento de Bajos Pirineos y que ése le podría buscar una colocación o algunas clases particulares. Nosotros nos quedamos en Toulouse, sobre todo después de que yo le dijera a Lechner que me sentía mal. Buscamos una pensión. Vestidos y limpios, ya no nos costó mucho encontrarla. Fue así como llegamos a Madame Barbizon.

Cuando ésta se enteró de que yo estaba enfermo, trató de echarnos. Pero Lechner la convenció, llamó a un médico y vino el doctor Galin. Lo primero que le pregunta todo el mundo a Lechner es si es francés. Él, que lo es, dice, sin embargo, que no. Lo que más odia ser es, precisamente, francés, y en estos momentos más que nunca, pues la vergüenza de todos los agravios que están haciendo al pueblo español es como si recayera sólo sobre él.

Todo esto que acabo de contar más arriba sucedió hace un mes; cuatro semanas y dos días, para ser exactos.

He estado muy mal, pero el médico dice que he logrado salir adelante gracias a mi constitución, aunque yo creo que habría que decir que ha sido gracias a Lechner, que es quien ha pagado sus minutas, si bien las últimas ya no ha querido cobrarlas, por eso no se pueden decir las mismas cosas de todos los franceses, porque no todos se están portando con nosotros de la misma manera.

Lechner ha seguido viendo a nuestras amigas de *La Marseillaise*. No cuenta mucho. A veces pasa la noche fuera de casa. Cuando llega no da ninguna explicación. Alguna noche ha traído algo de comida extra. Madame Barbizon me contó que los tres primeros días los pasé delirando, y Lechner estuvo al pie de la cama sin separarse un instante de mí. La bruja quería que me llevaran al hospital, pero Lechner se negó, y en cuanto me encontré mejor, tuvo que salir a buscar trabajo.

Creo que nadie se ha portado conmigo como lo está haciendo él. Aquí lo normal es que cada cual se preocupe sólo de sí mismo; cada uno tiene bastante con lo suyo. Cuando tarda en venir, temo que le ha pasado algo, si le han detenido y le han deportado o le han enviado a un batallón de trabajo, como hacen con tantos, ya que ninguno de nosotros tiene permiso de libre circulación. Lleva cinco días sin aparecer, esa es la razón por la que Madame Barbizon está rabiosa y exige el pago de lo que le debemos.

Yo le digo que debajo de la cama está su maleta con sus cosas, y que no las habría dejado si no pensara volver a recogerlas. A esta bruja este razonamiento le hizo reírse de una manera sarcástica, y replicó que todo junto, lo de Lechner y lo mío, no valía ni dos céntimos de mierda, así me lo dijo, que si pensaba yo que ella se chupaba el dedo.

Fue entonces cuando salió de mi habitación y volvió con la carta. Se quedó apoyada en el quicio, también como una golfa, y empezó a abanicarse con ella y a amenazarme que como no le diera algo de dinero, no me la entregaba.

Me entró como una congestión, empecé a toser, la mujer se asustó de veras, la arrojó encima de la cama y salió dando un portazo, pensando que la tos me iba a ahogar.

Dejaremos esta casa en cuanto Lechner regrese.

La semana pasada estuvo en París. Tardó en ir y volver tres días. Me lo dijo cuando ya había vuelto. Se dice que están fletando barcos para sacarnos de aquí y llevarnos a América. Hay que echar las solicitudes.

Desde hace tres días sólo tengo unas décimas a la caída del sol. Estoy curado, supongo, pero el doctor Galin recela y no permite que me levante. Los días se hacen largos. Los duermo casi enteros. Esta enfermedad me está ayudando a reponerme, pero al mismo tiempo noto como si me debilitara, y cuando me incorporo y tengo que caminar hasta el retrete he de apoyarme en las paredes para no venirme al suelo.

Madame Barbizon sólo tiene esta habitación para alquilar. Es viuda. Su marido murió hace tres años. Durante dos se comió los pocos ahorros que tenían. Me repite a cada paso que para ella no es una diversión aceptar huéspedes, y asegura que está de españoles hasta el pelo, y entonces hace siempre el mismo gesto, se lleva el pulgar y el índice a la cabeza, como si quisiera atrapar un piojo, y a continuación exhala un suspiro hondísimo, que le estremece las ubres.

Es una mujer avinagrada y odiosa. Debe de andar por los cuarenta años, es alta, fuerte, mantecosa pero de carnes recias, de tez muy blanca, la cara como una torta, sonrosada y redonda, con su papada y todo. Se peina siempre de la misma manera, hacia arriba, un peinado que recuerda mucho los bollos de monja. Tiene los ojos pequeños, claros y fríos. Va siempre remangada hasta el codo, con las manos enrojecidas. Son brazos fuertes, de una mujer del campo; se empeña en que tiene la espalda rota de tanto trabajar, pero lo cierto es que siempre se la puede encontrar sentada en la cocina, o fuera de casa, corriendo las calles.

En un mes no he oído de ella una sola palabra amable, siempre gritando, gruñendo, desgañitándose con todo el mundo, con sus vecinas, conmigo, con sus hijos. Tiene dos. Un chico y una niña. La mayor es la niña, y tiene más de diez años. El niño es completamente idiota, ha salido a la madre. Ésta lo lleva peinadito y engominado, y cuando mira da miedo, porque adivina uno en él a un monstruo. Tan pequeño. Se llama Marcel. Marcel para arriba, Marcel para abajo, se sabe el rey de la casa, el que va a heredar el trono de su padre mucho antes de la mayoría de edad, en cuanto la regente le pase los trastos de gobernar, que será en breve. A cada paso está quejándose a la madre de lo que su hermana le hace, le quita, le estorba. La madre es feliz con esa clase de delaciones, porque le permite un nuevo estallido de cólera, la oigo correr por el pasillo en busca de la hija, que, sabedora de lo que le espera, ha huido a esconderse para ponerse a salvo. La madre acaba encontrándola siempre, y entonces la trastea en medio de gritos apoteósicos. Mientras le propina estas tundas, *madame* la bruja siempre le dice lo mismo, la mitad por lo que le has hecho a tu hermano, y la otra mitad por haberte escondido y haberme hecho perder el tiempo; se refiere a que ha perdido el tiempo buscándola para endosarle la otra mitad, si acaso no dobla la ración por haberse hecho daño en la mano con que le pega, cosa que la enfurece aún más. Esto se repite a lo largo del día no menos de tres o cuatro veces.

Madame les tiene prohibido hablar conmigo. No obstante, la niña, Hélène, viene a hacerme compañía cuando su madre está fuera. No le entiendo gran cosa, habla que parece una ametralladora, pero soy la única persona de esta casa que no le pega. Todo lo que el chico tiene de relamido lo tiene ella de desastrada. Casi siempre va sucia, con las rodillas costrosas o despellejadas, pero sólo por verle los ojos valdría la pena recorrer mil kilómetros. Es menuda, morena de tez, con un pelo rubianco que su madre le recoge en una odiosa coleta que le nace de lo más alto de su pequeña cabeza, a modo de surtidor capiloso. Tiene una lengua graciosísima, no para de hablar, siempre muy seria, cosas de su colegio, de sus amigas, de los vecinos. Nunca se queja de su hermano. Creo que para ella ni existe. Al contrario que su madre, nunca habla de ella misma. A veces Marcel se asoma a la habitación y amenaza con delatarla a su madre. Por esa razón no suele permanecer mucho rato conmigo; en cuanto oye que su madre está subiendo la escalera, sale corriendo.

No tengo nada que hacer. Había una radio en la casa, pero se le han fundido unas lámparas y está reparándose, lo que le permite a *madame* recordarme una vez más que, de haberle pagado el alquiler, ya habría pasado a recoger la radio, pero no es verdad, porque cuando nosotros llegamos tampoco funcionaba. Entiendo algo el francés, pero de corrido muy poco, es una lengua endiablada,

y no sé leerlo y, por tanto, no puedo distraerme ni con periódicos ni con libros, que tampoco he visto que haya en la casa. Así que sólo dispongo de este cuaderno. Aprovecho las horas del día, porque a partir de las diez, *madame* controla el gasto de luz, y si ve iluminado el montante, entra directamente en la habitación y, sin mediar una palabra, me apaga la lámpara. Es lo último que veo cada día, la cara de Madame Barbizon que entra en la habitación con una sonrisa hipócrita, y me ordena, hay que dormir, *monsieur*, buenas noches. Y luego el portazo. Ni siquiera tiene la educación de cerrar la puerta con delicadeza.

Como duermo mucho por el día, tardo en conciliar el sueño y me desvelo. De la calle entra ahora una luz, turbia y mortecina, del farol de la esquina. Por esta calle no circula nadie en toda la noche. A veces, al amanecer, se oye venir un carro y el ruido metálico de las llantas de hierro sobre los adoquines pasa a mi lado con una lentitud de minuterio; luego, lo oigo alejarse, el ruido de las llantas desaparece y queda en el aire únicamente el eco de los cascos del caballo llamando en la puerta del sueño, y de nuevo el silencio gravita como un cuerpo sólido. Si tengo los ojos cerrados, todos esos ruidos me golpean el hueso de la cabeza por dentro. Es agradable, y entonces noto cómo se apoderan de mí más alucinaciones extrañas, porque no acabo de estar dormido del todo. De una iglesia o de un convento que no debe de estar muy lejos se oyen también las campanadas, las cuales no me sirven demasiado para saber la hora, porque suenan siempre caprichosamente. A partir de las seis y media de la mañana es cuando se oyen los primeros pasos de gente que va a trabajar. La taberna que hay enfrente abre a las seis y media. La panadería también. Puedo oír desde la cama que entran unos y salen otros, pero nadie se dirige la palabra. A lo más que llegan es a decirse *bonjour*, que significa buenos días en francés. A esa hora más o menos se apaga el alumbrado, que no da para leer, pero sí para escribir. Si fuera a lápiz no lo vería, pero en el campo cambié cigarrillos de mi ración por una estilográfica en muy buen estado, que es ésta, como las que a mí me gustan, de plumín de platino y trazo fino. La tinta la fabrico a mi gusto, que no puede decirse que es negra, pero tampoco que sea azul, y cuando se seca, si le da la luz de lado, se descubren en ella destellos verdes de escarabajo. Este es el secreto de que sea tan bonita. Es muy fácil de hacer, pero lo explico otro día. No veo lo que escribo, pero sí lo suficiente para no hacer la letra demasiado mala ni torcer las líneas. El reflejo pasa a través de la ventana y los visillos, y se triangula, como si atravesara un prisma, en el techo. Podría ver la hora que es si tuviera reloj, pero me quedé sin él el mismo día que cruzamos la frontera.

Eso fue gracioso, yo me entiendo. No me pesa haberme quedado sin él. Me duele haberme quedado sin él de qué manera y en qué circunstancias. Aunque creo que eso es mejor contarlo mañana, porque es largo.

Lo único que nos quedará de esta guerra son los recuerdos y las heridas, que, con suerte, unos y otras, acabarán cicatrizando. Porque lo demás lo hemos perdido todo, No hace falta que nadie nos refresque la memoria. Para eso está la realidad, para recordarnos que no tenemos argent, que no tenemos *papiers* ni dónde caernos muertos.

La última noche en España la pasamos como pudimos en el ayuntamiento.

Estuve parte de esa noche en compañía de aquella muchacha, Clara, que tampoco durmió gran cosa. Dormía y se despertaba, dormía y se despertaba, como la mayoría.

Era una chica preciosa. ¿Qué habrá sido de ella? Quedamos en que nos escribiríamos. Qué ingenuidad. Tenía veintidós años. Era alta, delgada, morena, con la piel aceitunada. Con un cuello muy largo, de garza. Movía las manos con mucho salero, parecía que hablaba más con ellas que con la boca. Justo a un lado, un poco más arriba del labio, tenía un lunar que le hacía muy bien. Era simpática. Lo que no entiendo es por qué me dijo que tenía novio. Cuando una chica te dice que tiene novio no sabes nunca si lo que te está diciendo es, no lo intentes, o, al contrario, inténtalo, porque las cosas con el otro no marchan bien. Si hubiese tenido tiempo, quién sabe, dos o tres horas más, en otro lugar, me habría declarado a ella. Al tenerla a mi lado me di cuenta de lo solo que estaba, y me miré con lástima, que es lo último que un hombre debe darse a sí mismo.

De no haber estado solo, no me habría quedado, hubiera seguido mi camino. Fue ella quien me

dijo con aquella voz tan dulce y seria, quédate. Y lo hice, porque tampoco tenía donde ir, aunque yo no congeniara en aquel ambiente. Todos eran hombres con estudios, lo mismo que ellas, casi todos catalanes, hablando en catalán todo el tiempo. Fue una atención llevarme hasta donde guardaban las conservas, que serían digo yo para los del Estado Mayor, y dejarme que cogiera dos latas. Cuando desperté, se había ido, aunque la volví a encontrar al poco, metiendo sus cosas en una maleta.

A la mañana siguiente, hacia las nueve, tiramos ya a pie hacia la frontera. Fuimos los últimos en pasarla. Detrás de nosotros no quedó nadie, y si quedaron, no cabe otra cosa que compadecerles.

Era una carreterucha llena de vueltas y revueltas, que subía penosamente, todos los árboles por allí pelados, sin hojas, daba frío sólo mirarlos, y nieve en las cunetas, y mucho hielo, había que pisar con cuidado para no caerse al suelo, eso nos retrasó mucho, y nevaba un poco y se paraba, y cuanto más subíamos, los copos de nieve más grandes se hacían, como mariposas que revolotearan alrededor nuestro.

Al coronar el col d'Arés era ya media mañana. El espectáculo desde la cumbre sobrecogía. Por el lado español se veían muchas montañas, encrespadas, como olas negras. Por el lado francés, todo se adivinaba dulce y tendido con praderas ensabanadas por la nieve y las lindes negras.

Nos encontramos a más gente de la que pensábamos, parados todos como en una explanada que hay allí. No sabíamos de dónde podían haber salido. Permanecían en silencio, envueltos en las mantas, todos de pie, no había dónde sentarse, algunos lo hacían sobre las maletas, los hombres, incluso los que estaban con traje y con abrigos, que eran de ciudad, llevaban sin afeitarse días. Apenas había mujeres, y niños vimos muy pocos. Casi todos éramos unidades rotas del Ejército.

El estado de las tropas era deplorable y la desmoralización completa. El grado de deterioro físico, lo mismo. Parecíamos desahuciados de todas las muertes, de todas las derrotas.

No sentía los pies, se me estaban congelando, y la manta era insuficiente. Clara me regaló un gorro. Supongo que sería el de un muerto. Se lo dejé a uno cuando salimos de Saint Cyprien.

Lo peor no fue el frío, ni siquiera la nieve, sino que se levantó una ventisca asesina. Fue como si de pronto a todos aquellos copos les hubiera entrado la rabia, se lanzaban contra nosotros, notábamos los picotazos que nos mordían en las manos, en la cara, en los párpados, picotazos tan fríos que parecían de fuego. Teníamos los ojos enrojecidos, lloraban sin cesar, lo mismo que las narices moquiteaban, pero la temperatura era tan extrema que se quedaba helada esa agüilla sobre el bigote. Hasta los malditos gendarmes daban pataditas para no congelarse, mientras esperábamos que abrieran la frontera.

Clara llevaba una petaca con coñac, pero se nos acabó pronto, y la última de las latas de leche condensada la encontramos helada al abrirla, llena de agujas de hielo, que hacía daño en los dientes al comerla.

Muchos venían heridos, estábamos al límite de nuestras fuerzas, pero nadie se quejaba. A muchos los piojos les abrasaban literalmente, y era una pena verles rascarse sin parar. Nos congregamos delante de la barrera. A lo primero no éramos más que unas trescientas o cuatrocientas personas, pero llegamos a juntarnos dos o tres mil. Del otro lado aguardaban los gendarmes, parados, fumando, con sus buenos capotes y sus guantes forrados de piel de borrego, daban pataditas al suelo, impacientes, haciéndonos ver que todo aquello que suponía para nosotros el destierro, para ellos no era en realidad más que un fastidio que esperaban resolver en cuanto finalizase su turno de trabajo. Nadie comprendía cómo aquel paso había estado abierto, sin guardias, durante una semana, y lo habían cerrado de repente. Cuando los gendarmes se quedaban fríos, entraban por turno en un barracón que habían improvisado, con una estufa de cuyo tubo no dejó de salir humo nunca.

Nos aconsejaron que lo tomáramos con tranquilidad, porque iban a tardar en abrirla. Como si las guerras tuvieran un horario de oficina. Fue creciendo el nerviosismo, y hubo quienes amenazaron con abrirse paso a tiros. Se formó una comisión de políticos y militares que, al tiempo que trataron de calmar a la gente, hablaron con los gendarmes, pero la obstinación de éstos estaba en proporción inversa a la cada vez más creciente indignación nuestra. Decían que dependían de la prefectura, y la prefectura, de París, pero como en el alto del col d'Arés no había teléfono, tenía que montarse un gendarme en un sidecar y bajar a Prats de Molló, donde había línea, y luego regresar.

Dieron las once y la barrera seguía tumbada.

Se acabó; los campos están completos, nos han desbordado, *c'est fini*, decían los muy cabrones, y movían en el aire las manos de adentro afuera, como dos cuchillas. Y algunos soltaban por lo bajo sus risitas de conejos, mientras fumaban con una indiferencia repulsiva.

Insistimos para que dejaran pasar a las mujeres y a los niños, porque veíamos que podían pillar una pulmonía o morir congelados. *Ce n'est pas possible, messieurs*, repetían una y otra vez, y nos daban la espalda por la vergüenza de no poder sostener nuestras miradas. Tres años de guerra revolucionaria para que al final un gendarme hecho de hígado de pato, sonrosadito y perfumado, nos dijera, *c'est pas notre problème*.

Hacia las doce vimos venir por la carretera de Camprodón una columna de hombres. Se habían echado encima unas nubes negras que lo ensombrecieron todo, más que mediodía parecía que fuese a anochecer en cualquier momento. ¡Qué sobresalto! A lo primero creímos que se trataba de los fascistas. La gente corrió a pasar la frontera, si fuese preciso por la fuerza, los gendarmes y una compañía de soldados franceses montaron el arma, todos gritaban, unos pedían calma, las mujeres estaban con el rostro desencajado por el miedo... Aquello tenía todo el aspecto de que iba a terminar mal, nosotros entre dos fuegos. Pero no. No eran más que quince o veinte milicianos que traían cuarenta o cincuenta prisioneros en una columna. Algunos de éstos venían vestidos con uniformes alemanes, dos más con uniformes italianos, y el resto eran civiles, de entre ellos uno que dijeron luego que era obispo, y los demás curas y frailes.

Llegaron a donde estábamos, y volvieron a desaparecer por donde habían venido. Al rato oímos, no lejos de allí, una descarga cerrada y sostenida de una ametralladora, y volvimos a verlos sin prisioneros, que dijeron habían dejado en libertad.

Hacia la una aparecieron los últimos milicianos. Caminaban despacio. En cuanto les reconocí, corrí a ayudarles. La mayoría venían heridos. Estaba Agustín con una herida en la cabeza, pero vivo, Julito sano, Portales sano, dentro de lo que cabe, Lechner sano también, los dos hermanos Escudero, uno con una herida en el cuello, de metralla, que le sangraba y le impedía hablar... Es chistoso, sí, habría dicho Pichón: todos los que yo dije que se salvarían. Sólo yo debería haber muerto. El capitán y los demás, con el grupo de Saturnino, todos muertos también, según contaron, ni siquiera pudieron replegarse y les embolsaron junto a la estación.

¿Por qué sigo vivo yo?

A las dos levantaron la barrera. Nos convocaron con un megáfono y uno de los gendarmes, que sabía español, fue enumerando: primero, había que depositar todas las armas, incluso las blancas, y que aquel al que se le sorprendiera con un arma sería conducido a prisión y deportado, después, a un regimiento disciplinario en las colonias; segundo, que a las mujeres se les conduciría a un lugar y a los hombres a otro.

Las débiles protestas que levantó entre las mujeres este punto quedaron apagadas cuando anunció que en Prats de Molló nos esperaban camiones con comida caliente y ropa para todos.

La gente sólo quería pasar de una vez y dejar atrás la pesadilla de la guerra. Empezamos a cruzar, pero todo eso resultó desesperadamente lento. Uno, que me acuerde ahora, llevaba en un carrillo de albañil una cómoda de sacristía, tan grande como un catafalco. ¡Y tuvo que subirla todo el puerto! ¿A quién se le puede ocurrir marcharse al destierro con una cómoda, sacarla de casa, bajarla, ponerla en un carrillo y arrastrarla durante kilómetros? A su lado iba un tipejo de corta estatura pero musculoso que llevaba al hombro, como si fuese el cuarto de un buey, un reloj de pared tan grande como él. Tenía una patena dorada, que durante unos instantes reflejó toda aquella escena, como un espejo. ¿Adónde iría con aquel reloj? La gente tiene algo con los relojes, si se piensa. Yo me llevé uno en Tarancón. Pichón, aquel despertador, antes de que lo mataran; luego el del col d'Arés... Es todo muy misterioso. En mi caso por lo menos el reloj era de pulsera, pero los otros dos, un despertador, uno de pared...

Y a eso venía todo esto que acabo de contar ahora, porque fue ahí donde perdí el mío.

Ayer lo dejé aquí, porque iba a ser largo, y me entró el sueño. Ya es otro día. Sigo.

Fuimos pasando de uno en uno. Los que llevaban armas tenían que dejarlas en unos montones

que se habían ido haciendo a mano izquierda, al pie mismo de la barrera.

La mayor parte eran fusiles, pero también pistolas, y el armamento semipesado, ametralladoras y morteros, se puso al otro lado. No se oía una mosca, sólo el ruido de las botas en el suelo helado, y la gente pasando en fila, sin detenerse, sin echar la vista atrás para no ver España por última vez. Estábamos con el corazón encogido, fue un momento en el que a todos nos embargó la emoción, pero los gendarmes decían, *allez, allez*, igual que si fuésemos ocas, y no respondíamos nada, pero allí se quedaba como quien dice, en aquel montón de armas viejas, muchas orinecidas ya, todo lo más sagrado por lo que habíamos luchado.

A algunos de los gendarmes se les escapaba una risita, parecían decirnos, ¿qué pensabais, estúpidos, que las revoluciones se ganan así como así?

Entonces ocurrió una cosa imprevista. Cuando aún quedábamos más de la mitad por cruzar la frontera, vimos asomar en el último repecho los camiones fascistas.

Fueron minutos de angustia e incertidumbre. Los que faltaban por pasar, corrieron a pasarse, los gendarmes trataron de contenerlos, porque no querían que nadie se pasara con las armas. Los fascistas se pararon a unos cien metros. Apagaron los motores. El silencio de las montañas cayó sobre nosotros como una losa de piedra. Comprendimos que todo iba a acabar ahí. De los camiones descendió una compañía de hombres que formó allí mismo. Algunos de los nuestros, que habían pasado ya, volvieron sobre sus pasos, cogieron de nuevo el arma y se pusieron a proteger a los últimos. Yo mismo tomé una pistola y dos granadas, y me uní a ellos.

¿Por qué no dispararon? Se limitaron a vernos pasar. Lo hicimos reculando, despacio.

Uno de los guardias, viendo que yo no me desprendía de la pistola, me chucheo como a un perro, y me dijo, eh, tú, tigo el agma.

Le pedí disculpas, y allí quedaron la pistola y las granadas, pero no satisfecho con esto, me cacheó y se puso furioso cuando su mano palpó en el bolsillo una de las latas de carne. ¿Qué pensó que era? ¿Otra granada? Lo mismo hizo con Lechner, que iba detrás de mí. Le cacheó, y a él sí le encontró la pistola. Yo creo que se le olvidó también, con el nerviosismo de tener a los fascistas detrás. El gendarme puso mala cara y habló con un sargento, un tipo mal encarado que nos vio a los dos y ordenó que nos llevaran a la caseta.

El sargento era un hombre corpulento de unos cincuenta años, de semblante sonrosado y una boca pequeña y colorada, como si se la pintara con carmín. Nos trató como a criminales. ¿Para qué queríamos pasar una pistola a Francia?, preguntó. Para asaltar bancos, le respondió Lechner muy serio.

No hizo el menor gesto, se sentó tras un improvisado escritorio, en el que metió un emparedado de cuartillas y calcos de papel carbón. Pero luego se quedó extrañado, porque Lechner le había hablado en un francés impecable.

A nuestro lado esperaba también un periodista. Le habían incautado unos prismáticos porque eso se consideraba material de guerra, y la máquina de escribir, porque era instrumento para la propaganda política. No hacía falta ser un lince para descubrir en los ojos de los gendarmes el brillo de la codicia, los destellos de la rapiña y el botín.

Cuando acabó con el periodista, nos quedamos a solas con el sargento.

Volvieron a registrar a Lechner. Luego me cachearon a mí. Lo único que llevaba de valor era la lata de carne, este cuaderno, los dos lápices que me había regalado la muchacha del Cuartel General, las cartas que me había entregado Almada... Y, claro, el reloj.

Hizo que me lo quitara. Lo examinó concienzudamente, como un perista. Lo sopesó, se lo acercó a la oreja para comprobar si funcionaba, se lo metió en el ojo, como los joyeros, y lo inspeccionó por todas partes. Cuando dio con los contrastes, me reclamó la factura de compra.

Eso era absurdo, porque a ver qué francés lleva encima las facturas de su reloj, pero aseguraron que se estaba produciendo un gran número de robos y que iban a tener que quedárselo en depósito, hasta que se le presentase una factura o documento que probase que aquel reloj era mío... o, en su defecto, una fianza, en metálico, allí mismo. Desde luego, nada de dinero republicano.

Sinvergüenzas, ladrones, salimos del docker con la seguridad de que acababan de robarnos y con un resguardo en el que sólo figura un número, el 128765 y el membrete y el sello de la prefectura,

que ahora me sirve para señalar la página de este libro y donde no dice nada de un reloj; además, hace quince días lo presentó Lechner en la prefectura de Toulouse, para recuperarlo y venderlo, pero le dijeron que tendría que ir con esa papeleta a Le Boulou, y que ellos no tienen nada que ver en ello. Cuánto cinismo.

A mí lo del reloj no me preocupa, se ha ido como había venido; la suerte me lo dio y la suerte me lo quitó. Pero fue sobre todo la manera en que me lo quitaron lo que me encocora todavía.

Cuando salimos del barracón vimos que se habían acercado los fascistas y confraternizaban con los gendarmes, y brindaban con ellos mientras izaban la bandera monárquica. Fue una cosa repugnante. En ese momento llegó de la parte española un coche del que descendió un tío tieso, un figurín, se movía sin doblar la cintura, como si fuera un general con tortícolis, y no era más que un teniente coronel. Cesaron los cánticos, se depusieron las botellas de coñac, y todo el mundo se le cuadró y se quedó tieso como una vela. Aquello era disciplina. Venía a reclamar las armas y demás material militar a los franceses, cosa que me parece bien. Se lo he dicho alguna vez a Lechner, después de ver cómo nos tratan los franceses, prefiero que se queden con ellas los fascistas antes que los franceses, por lo menos son españoles, y los franceses son igual de fascistas.

Mientras nos alejábamos de la frontera, oímos que cantaban, y nos preguntaban a voces que de qué teníamos miedo y de qué salíamos huyendo y si no había huevos para quedarse...

He oído ruido en la puerta. Podría ser Lechner. No. Era madame Blanche, la vecina, se ha marchado hace un rato. Cuando se enteró de que estábamos aquí dos milicianos españoles se puso a nuestra disposición para lo que necesitásemos. Madame Barbizon no la puede soportar, y menos que me ofrezca de vez en cuando alguna golosina, como ahora, que me traía en un plato un poco de flan que ha hecho esta mañana. Si por mi patrona fuese, me dejaría morir de hambre. Me lo ha dejado encima de la mesilla, para que me lo coma cuando me entren ganas. Como madame Blanche hay mucha gente del pueblo que está con nosotros, pero las autoridades están con los fascistas. Han llegado a acuerdos secretos, y acabarán deportándonos a todos, de eso no hay la menor duda.

El marido de madame Blanche es también socialista, empleado de los ferrocarriles, pero él raramente puede venir a verme; tiene el turno de noche. Es una mujer de aspecto frágil, por lo flaca que está, pero es animosa, emprendedora, todo lo contrario que la bruja; siempre amable, me pregunta cómo estoy, qué necesito, incluso se disculpó por no podernos recoger en su casa, demasiado pequeña; en fin, cuando está uno necesitado como lo estamos nosotros, se trata a gente bonísima que de otra manera no habríamos conocido. Tiene ese lado bueno esta desgracia nuestra, y esa es la parte que yo quiero ver ahora.

Madame Blanche me ha contado que ha oído por la radio que el gobierno de Franco está haciendo ofrecimientos para que nos volvamos a España. Ella, por un lado, pensaba que si se puede volver, lo mejor sería que nos volviésemos, pero en cuanto le he hecho ver que Franco miente, y miente el gobierno francés, ha cambiado de opinión. En cambio, Madame Barbizon fue enterarse de eso y empezó a gritar y decir que era una vergüenza lo que estaba pasando en Francia, y que nos íbamos a quedar con todos los puestos de trabajo y con todo, y que lo mejor era que nos expulsasen de aquí de una vez, porque habíamos llenado la Francia de malhechores, asesinos y mangantes.

Mis planes son reponerme en primer lugar y luego marcharme a América. Cuba me gustaría, quién sabe, las cosas que uno ha oído decir, las mulatas, el clima, no hacer nada, bueno, me da la risa a mí mismo. Es como meterme en la boca un trozo de nada y figurarme que estoy chupando un caramelo. Se me ha llenado el alma de saliva. Pero no sé cómo voy a salir de Francia; tendría que trabajar lo menos diez años, y tal vez a fuerza de economías espartanas llegara a poder pagarme un pasaje.

Esta noche vino a verme Faustino, el Fausto. Va a hacer un año que le mataron.

La primera vez que vino a visitarme fue en Prats de Molló, junto al río, con aquella nevada horrible, creyendo que nos moriríamos, nada más pasarnos. Al principio no sabía si era el Fausto o yo mismo, ya muerto. Pero en Saint Cyprien empezó a hacerse una cosa habitual; apenas me dormía, allí estaba el Fausto, y a veces no necesitaba dormirme, me quedaba mirando las olas y él salía del mar para estar un rato conmigo. Lo primero que pensé es que me estaba volviendo loco. Ha enloquecido tanta gente... Cuando Fausto viene a encontrarse conmigo, no le veo como un muerto,

no aparecen cementerios ni iglesias, ni escenas sombrías y tristes. No salen ciudades vacías ni siniestras, por la noche, ni sombras en las paredes, ni faroles con la llama culebreando sobre el mechero. Viene siempre a plena luz del día. La gente le trata lo mismo que me trata a mí. No hay distinguos para él, que está muerto, y para mí que estoy vivo. Es todo de lo más habitual. Un día estamos en Las Vistillas, en un baile. Otro nos sentamos los dos a comer un poco de longaniza con un vaso de vino en una taberna de Curtidores. Ayer estábamos juntos en Cuba, llegábamos en un barco y cuando íbamos a enfilar el Morro vinieron a recibirnos los indígenas, montados en canoas y con collares de flores en el pescuezo. En la aduana del puerto nos esperaba un misionero y el gobernador, que era don Juan Negrín, que nos llevaba a unas plantaciones de cocos, que nos entregaba para que las explotáramos, así como un montón de mulatas para que nos casásemos con ellas; venían cantando aquel cuplé, «como en el Congo se suda tanto... Al Congo, al Congo quiero ir»; Negrín vestía un traje blanco, de hilo, impoluto, con un sombrero panamá. Nosotros en cambio llegábamos como náufragos, con las ropas del frente, sucios, yo con mis botas descosidas, Fausto con las alpargatas azules, las mismas que llevaba el día que le mataron cuando fue a por vino.

Por eso digo que me gustaría ir a Cuba. Cuando alguien como Fausto viene a verte y te insinúa que Cuba mejor que Puerto Rico o que México, pongo por caso, es por algo.

También juego con Faustino todos los días, después del almuerzo, con una baraja que me ha dejado madame Blanche. Jugamos a las siete y media. Me gana casi siempre. Madame Barbizon, que me ha visto que le doy cartas a un muerto, cree también que me he vuelto loco. Pero yo doy las cartas por los dos, y vueltas las tuyas, pido por él y por él me planto, y así, mientras dura ese rato, Fausto está conmigo y no enterrado en Tejar del Duque.

Hoy Hélène ha venido a hablarme a cada rato. Su madre se había ido al mercado y tardaba más de la cuenta. Me pregunta si voy a quedarme mucho tiempo. Desde luego que no, pero no se lo he dicho, porque sé que eso le apenaría, sin contar con que si su madre se entera de nuestros planes, lo mismo cree que quiero marcharme sin pagar lo que le debemos. Como Lechner no venga pronto, no sé cómo voy a arreglármelas. En Toulouse funcionan varios centros de acogida al refugiado, donde dicen que se reparte dinero, ropa y comida, pero no pueden hacer mucho, dado el número infinito que somos.

Nadie que no haya pasado por esto puede figurárselo. Nos prometen cosas, ayudas, pasajes, ropas, y nadie lo cumple.

Después de lo que nos pasó en la frontera, que nos robaron vilmente, nos dejaron allí tirados. Nos habían asegurado que vendrían camiones por nosotros para llevarnos a unos campos con barracones, y que nos iban a dar una comida caliente. ¿Llegaron los camiones? ¿Nos dieron comida caliente? La primera comida caliente que tomé en Francia fue a los cuatro días, en Saint Cyprien, un plato de tapioca sin sal y un pedazo de pan, negro y podrido. Yo no había visto que el pan se pudiera pudrir, pero aquél lo estaba, con unos gusanos negros y duros que había que quitar con el dedo, para no comértelos, aunque había quienes decían que no estaban mal, que eran crujientes, como si te comieras garbanzos tostados. Eso lo decían para ver si se te despertaba el asco y se lo dabas a ellos.

¿Y los camiones? Nadie sabía nada, no había camiones para llevarnos a ninguna parte, no había alojamientos ni barracones' como nos habían prometido. Pero el día que nos pasamos no pudimos ir a ninguna parte, porque no sabíamos dónde estaba eso. Los gendarmes acabaron por marcharse, vinieron a buscarles en camiones, a ellos sí, y se los llevaron. Les dijimos, qué hacemos nosotros aquí, llévennos. Dejarnos allí era como decidir que nos muriéramos. En cuanto empezó a hacerse de noche, las temperaturas bajaron a quince bajo cero, a veinte bajo cero, a mil bajo cero. Nunca había hecho tanto frío. Estábamos arrecidos, no podíamos ni sujetarnos el barboquejo, porque los dedos se quedaban helados, como carámbanos, y te dolían las uñas, como si nos las arrancaran.

Nos juntamos con unos que estaban igual que nosotros. Uno de ellos iba enfermo, le dolían los brazos y las piernas, y decía que tenía un dolor agudo que se le clavaba en la espalda. Se llamaba Lorenzo. Nos turnamos entre todos para bajarle a Prats de Molló, confiados en que allí habría comida, barracones, médicos, como nos habían asegurado los franceses.

Pero en ese pueblo la confusión era total. Cuando llegamos, hacia las tres, nos encontramos a

diez o quince mil refugiados como nosotros que erraban como locos por las estrechas calles sin decidirse a nada, esperando un milagro. Los paisanos franceses no se atrevían a salir de sus casas, y cerraban puertas y ventanas, y no las abrían por nada del mundo, atemorizados de que pudiésemos saquearlas.

Algunos nos preguntábamos, qué hacemos aquí, vámonos a otro pueblo, en alguna parte habrá un lugar donde quieran dejarnos pasar la noche, pero era ya demasiado tarde para asomarse, porque a las cuatro empezó a anochecer. Se estaba consumando en nosotros un crimen, el más antiguo de todos: el de la traición. Los franceses nos traicionaron.

En nuestro grupo éramos ocho. No se sabe cómo se forman los grupos, pero se forman. Te metes en uno y le sigues. Los demás hacen lo mismo, y si alguien se pierde, los del grupo le buscan, y si quiere entrar uno nuevo los del grupo lo deciden. Pero cuando el grupo se forma, se forma porque sí, sin que nadie diga nada. Eres un desconocido los primeros cinco minutos; a los diez, ya eres un camarada por el que seguramente se dejarían matar los otros, lo mismo que tú por ellos, si fuese preciso.

No teníamos nada. El reloj nos hubiera sacado de un apuro, porque los mismos vecinos que se cerraban a cal y a canto, y no abrían sus puertas, aparecían por ensalmo en cuanto vislumbraban el destello del oro. Fueron momentos para algunos cambios ventajosos, una pulsera de oro por cuatro huevos y un paquete de sémola, un reloj también de oro por media libra de chocolate, un pan y un salchichón, un solitario con un brillante por medio pollo, y una pitillera por treinta francos, lo que costaba un billete de tren para Toulouse...

Al lado del pueblo había unos prados, junto al río. Así que decidimos, pasamos aquí la noche y mañana vendrán a por nosotros.

Nevaba mucho. Hacía tanto frío que la nieve se posaba en los párpados, en los labios, sobre las manos, y no se derretía. Llevábamos nieve en los hombros, encima de la cabeza, sobre las botas, como si fuésemos espantapájaros.

Se nos amorataron los labios, los párpados se pusieron de color azul, las mejillas se quedaron lívidas, la nieve hizo que pareciésemos los muertos de un campo de batalla.

Lorenzo, el chico enfermo, se sentía cada vez peor. Fuimos a ver al cura de Prats.

Resultó como todos los curas, parecía vivir aquellos momentos tan dolorosos para nosotros como una apoteosis, jubiloso de que el Señor hubiese querido ponerle a prueba con aquel extraordinario cataclismo de dimensiones bíblicas, el éxodo de Moisés al lado del nuestro era nada, el maná no sólo no nos daba vida, sino que en forma de nieve nos la quitaba, fue para él como una distinción señaladísima del Altísimo reunir en su iglesia un rebaño tan grande de almas descarriadas. La iglesia era de mediano tamaño, había mandado retirar los bancos y estrados, y en batería, sobre el suelo, había metido lo menos a doscientas personas, ayudado por un pequeño ejército de mujeres del mismo Prats que le obedecían solícitas. En cambio, no consintió que se hiciese fuego dentro, lo cual era casi peor, porque la iglesia, con las paredes de piedra negra y desnuda, era como una sepultura fría y húmeda. Era un cura bajito, casi enano, llevaba un jersey de lana encima de la sotana, para abrigarse. Nos explicó que no podía hacerse cargo de ningún herido más, porque ya veíamos cómo se encontraba la iglesia. Se daba mucha importancia, yo diría incluso que se sentía feliz con aquella cruz que Dios había tenido el buen acuerdo de mandarle, una cruz sobre todo tan liviana, porque los que nos moríamos éramos nosotros, nosotros éramos los que estábamos heridos y hambrientos. Él en cambio iba repartiendo bendiciones a uno y otro lado, conforme los heridos se nos iban muriendo. De modo que nos dijo que no le molestáramos más, que no podía hacer nada ni por Lorenzo ni por nadie y que... ¡qué gran desgracia, hermanos!, y que los caminos de Dios son inescrutables.

Cuando comprendimos que el cura no nos ayudarla, nos dirigimos a un lugar que llaman Vallespir, junto a la carretera, en un campo extenso que había junto al río Tech, que bajaba más crecido que nunca, con aguas verdes que daba miedo mirarlas, rompiéndose entre pedruscos gigantescos.

La noche se echaba encima con sus ansias, así que cortamos unas ramas de árboles, las clavamos en el suelo como se pudo, las sujetamos con unas piedras, y con eso y unas mantas que pusimos por

encima fabricamos dos tiendas para pasar la noche, cuatro en cada una.

Tratamos de hacer una hoguera, añascando de aquí y de allí leña, pero la que había y en abundancia, era verde, estaba mojada, y no ardía. Todo estaba tan negro, que no nos veíamos ni siquiera nuestras propias manos. Lechner, que sabía que tenía este cuaderno, me pidió que arrancara unas hojas, para hacer la lumbre. Yo me acordé de las cartas de Almada. Así que fuimos quemándolas una a una. ¿De la novia?, me preguntó uno. Y yo dije que sí, pero no de quién. Gracias a las cartas pudimos hacer un fuego mediano. Quemamos todas menos dos, que siguen en mi poder. No creo que Almada viva todavía, de vivir no creo que volviera a encontrar a su novia y no creo tampoco que yo mismo vaya a quedarme en esta vida para hacer de cartero, así que, Almada, siento lo de tus cartas. No será lo único que perderá esa mujer. Por lo menos sirvieron para transmitir algo del calor que llevaban dentro. Esa noche pusimos en común lo que teníamos para comer, yo la lata de carne y lo que me quedaba de la de leche, y ellos unas cortezas de pan, la golosina de unas aceitunas, que aunque sin aliño estaban buenas, y, en fin, lo que pudimos juntar. Mezclamos la leche con agua, la calentamos en unos botes y esa fue la cena de Lorenzo, y lo que sobró de ella, la de los otros siete.

Al enfermo lo acomodamos en la tienda y le arropamos lo mejor que pudimos con nuestras mantas y capotes, pero el suelo estaba empapado y, pese a tejer una alfombra de ramas, la humedad subía de todos modos y se nos clavaba en los pies, en las piernas, en la espalda. Tampoco podíamos movernos, porque el espacio era tan reducido y la estructura tan endeble, que temíamos dar con todo en el suelo al menor movimiento brusco.

Como gallinas que duermen a la intemperie un día de invierno, apiñadas para darse calor, nos pegamos unos con otros, y a Lorenzo, cada vez peor, lo dejamos en el centro. Le castañeteaban los dientes. Le decíamos, tranquilo, mañana te llevan al hospital. El hombre no respondía, ni siquiera se quejaba. De cuando en cuando gemía un poco, como un gatito, ay, ay, ay, pero con una voz tan apagada que parecía una hoja seca.

A eso de las dos de la madrugada se levantó un aire fuerte. No sé cómo, se encajonaba en el río y nos traía bayonetas de acero frío, que se clavaban en el pecho y nos hacían toser de dolor. Eran dos fríos, apoyados uno en otro, el que hacía y el que se redoblaba cuando soplabla el viento. Éste es peor que la nieve, que el hielo, que la lluvia. Entraba por todas las rendijas, las mantas que habíamos puesto encima de los palos a veces se volteaban y dejaban al descubierto una vía de aire, entonces el que estaba más cerca tenía que levantarse y recomponer el desperfecto, como náufragos condenados toda la vida a achicar agua. Así y todo, logramos dormir algo. Poco, a trozos, diez minutos, otros cinco, un minuto. Cada minuto de descanso era como una bendición. Yo pensaba, sólo un minuto. Pero en ese mismo momento, cuando acababa de pensar eso, me preguntaba, ¿cuánto he dormido?, y preguntaba alguien, compañero, ¿falta mucho? Y no sabíamos si preguntaba si faltaba mucho para morir o para que amaneciera.

El viento dejó de soplar al amanecer. Fue ese momento. Yo creo que fue gracias a Lorenzo y que él tenía fiebre y nos daba algo de su calor, por lo que no morimos esa noche. Pero cuando nos dimos cuenta, el que se nos murió fue Lorenzo. A las dos, cuando se levantó el airón, Yo le puse la mano en la frente y la tenía caliente. Hay gentes que se mueren ayudando hasta el final. Otro y yo le teníamos abrazado, y no sé cómo, de repente, el otro me dijo, tú, creo que éste se ha muerto. Y estaba muerto.

Di la noticia a los demás. No había amanecido todavía. Junto a la nuestra, había unas docenas de tiendas a lo largo del río. Algunos encendían las primeras fogatas. Había caído una gran nevada durante la noche, y aún revolotea han en el aire sombrío unos cuantos copos, errantes y sin sosiego, como nosotros. Los mismos troncos que se quemaban en las hogueras tenían posada la nieve encima; parecían halcones. La sombra de las montañas se espesaba en un silencio mortal que no conseguía destruir el estruendo del río, rompiéndose entre las rocas.

Sacamos el cuerpo del pobre Lorenzo fuera, lo dejamos así y nosotros esperamos a que se hiciese de día. Pedimos unas brasas, y encendimos una lumbre propia.

En cuanto se rompió el cielo con las primeras luces, llevamos el cuerpo de Lorenzo a la iglesia, que distaba de donde estábamos lo menos un kilómetro. Encontramos al cura enano diciendo misa.

Eran las siete y media de la mañana. Nos ordenó que dejáramos a nuestro camarada en el cementerio, y a nosotros nos dio un poco de dinero, para que comprásemos algo de comer. Después de todo, no era lo que parecía.

El cementerio de Prats es pequeño. Habían llevado unos cuantos muertos más, así, los habían dejado a un lado, vestidos como habían venido, estaban tiesos, parecían las traviesas del tren, rígidos, arrumbados unos contra otros, con los brazos sobre el pecho doblados, como cuando se ponen de pie las liebres. Dos, que yo recuerde, eran niños de no más de siete años. A los dos los habían cubierto con la misma manta, pero llegó una mujer con una criatura en brazos y pidió a los padres de uno de los chicos muertos si podía llevársela, y se la dieron.

El amanecer nos sorprendió a la salida de Prats de Molló, una claridad sucia y cenicienta que fue bajando de las montañas hasta manchar por completo los caminos y las masías que íbamos encontrando.

Seguimos juntos los del grupo. En el grupo basta con que uno diga vamos, para que le sigan todos. En el dolor ocurre lo mismo: sufre uno, y al momento tiene junto a sí a otro que sufre.

No teníamos ganas de nada. Lo de la muerte de Lorenzo nos impresionó a todos. Mira que hemos visto muertos. Piensa uno, me acostumbraré. Pues no. No se acostumbra uno jamás. Cada vez que se muere uno, eres tú el que te mueres también, y empiezan a venirte pensamientos malsanos, piensas en casa, en los tuyos, en cosas de antes, de cuando eras chico, y los pensamientos tristes, porque son tristes, y los que son alegres, porque te recuerdan tiempos pasados mejores...

Empezamos a caminar, sólo para sobrevivir, sin que supiéramos adónde dirigirnos. Detrás de nosotros fueron sumándose todos, a cientos, se nos pegaban en los pueblos por los que pasábamos, y nos mezclábamos con otros que venían ya por el carril de su órbita oscura. Muchos eran reclutas emboscados, procedentes de los infinitos destinos de retaguardia, desertores amnistiados, ex prisioneros y movilizados de quintas antiguas y sin ninguna moral de combate, todos desconocidos entre sí, sin coherencia ni confianza mutua. No sabíamos adónde llevaba aquella carretera, pero sabíamos que no podía ser peor que lo que dejábamos atrás. Llevábamos lo puesto, lo mismo el miliciano que el que había sido ministro, la muchacha de servir que la señora. Nadie nos dijo nada, no había gendarmes y las autoridades francesas no aparecieron por ninguna parte.

Los primeros gendarmes hicieron acto de presencia en un cruce de carreteras, para impedir que tomáramos ninguna otra que no condujese a los campos.

Igualmente nos tropezamos con coches o camionetas de paisanos franceses, que se detenían con curiosidad para vernos marchar. Algunos de éstos, compadecidos, nos dieron dinero; otros, conociendo nuestras penalidades, trajeron víveres, huevos duros, pan, aunque aquellos socorros se diluyeron en la inmensa penuria como una gota de agua en el océano. Cuento esto porque sé que ocurrió, pero ni a mí ni a ninguno de los que íbamos juntos ese día nos amparó ni nos socorrió nadie. Así que estuvimos todo el día sin probar bocado.

En Amelie-les-Bains estaba previsto que nos montaran en un tren, pero nos obligaron a recorrer a pie los veinticinco kilómetros que aún nos faltaban hasta un pueblecito que se llama Argelés, donde nos aseguraron habían sido levantados barracones de madera.

Gracias a tales promesas se nos hicieron menos penosos los últimos kilómetros. A medida que llegábamos a nuestro destino fuimos añadiéndonos a una corriente general. No hay palabras para explicarlo. Como no se haya vivido, no se puede uno hacer una idea de lo que nos encontramos. Éramos miles, decenas de miles, centenares de miles. Milicianos, civiles, mujeres, niños, ancianos, gente del pueblo, pero muchos también hombres de cultura, intelectuales, sabios, médicos, ingenieros... Todos mezclados, no nos atrevíamos ni siquiera a mirarnos a la cara, por no descubrir en los demás nuestro propio desastre. Íbamos a la deriva, era como si flotáramos después del naufragio en un mar helado y negro. Las mujeres atendían a los viejos y a los niños, los hombres cargaban con los bultos de la familia. A veces un hombre llevaba en brazos a una vieja, o un viejo conducía de la mano a un niño, o era el niño quien conducía al abuelo. Las criaturas con los pantaloncitos cortos y las falditas cortas enseñaban las carnes desnutridas y amoratadas, en las que sobresalían los huesos de las rodillas con sus curvas picudas. Nos preguntábamos, ¿por qué hemos dejado las armas? Creo que lo que más nos hundió fue el reconocimiento del error: no deberíamos

haber pasado a Francia. Fue una humillación, de la que no hemos salido. Claro que después, sobre todo a raíz de que cayera Madrid, se han levantado voces que aseguran que hemos luchado al límite de nuestras posibilidades. Sí, pero lo que me pasa a mí le pasa también a otros muchos: no teníamos que haber tirado las armas, no teníamos que haber salido. Esto es lo que ha volteado el entendimiento a tantos y les ha destruido para siempre. No fue lo peor el cansancio, el frío y el hambre. Lo más inhumano fue y es, en mi modesta opinión, nuestra propia desmoralización, pues a nadie le cabe en la cabeza que, siendo nosotros los mejores y los más numerosos, hayamos perdido la guerra. Ellos tuvieron a Italia y Alemania. Ciertamente. Pero nosotros teníamos la razón y detrás a todo el pueblo, y nos han destruido. Nos desayunamos con el amargo aguardiente de la verdad, y eso es lo que nos espera de cena. No nos atrevíamos a mirarnos unos a otros a los ojos, para no encontrar en los demás los reproches que nacían sólo de nosotros mismos. Las enfermedades del otro eran las tuyas, su angustia, la tuya, sus desgracias eran tuyas, a todos nos habían matado a alguien, todos dejábamos atrás todo, fue horrible, pero más que nada la culpa. Nos vemos aquí, y ninguno se siente merecedor de lo que nos está pasando. Son dos cosas extrañas al mismo tiempo: uno siente sobre sí la quemadura de la culpa por algo de lo que no es culpable. Es como el viento de aquellos días primeros en el campo. El frío era una cosa, y el viento, otra, que venía a redoblar el frío. Nosotros tenemos dos culpas, la nuestra, y la de sentir esa culpa como una cruz, pues ninguno de nosotros es culpable de nada, ya que no hicimos otra cosa que defendernos del fascismo. Le he dado a eso vueltas y más vueltas en la cabeza, y no acabo de entenderlo. Nos han combatido con las peores armas, la traición, los mercenarios, la iglesia, y las potencias, unas por fascistas y otras por cobardes, nos dieron la espalda, y por tanto estamos aquí por todas esas causas. Nos obligaron a hacer una guerra que no queríamos y que ellos empezaron. Eso es así. Pero al mismo tiempo se siente uno culpable por no haberlo dado todo. Y no lo hemos dado todo, puesto que seguimos vivos. Eso se lo oímos al Campesino. Y tenía razón. Es el mayor dolor que nos queda. Bueno, pero me he ido por las ramas. Ya habrá tiempo de hablar de esto.

Madame Barbizon acaba de llevarse los platos de la comida. Otra vez me ha recordado que ella no es una enfermera. Siempre comemos lo mismo. Yo no había dicho nada, pero cuando he visto que eran otra vez lentejas, me ha preguntado algo que no he entendido, pero que sonaba a: ¿El señorito querría seguramente pato a la naranja? Lo mejor es no responderle nada, que es lo que hago yo. Le sonrío de una manera imprecisa, que no me compromete.

Dentro de dos horas vuelven los chicos de la escuela, y en la casa se acaba la paz.

Estaba en el momento en que íbamos ya hacia Argelés y Saint Cyprien.

El tiempo en absoluto mejoraba, si acaso, empeoró, la nieve se convirtió en aguanieve a medida que nos acercábamos al mar, y las bajas temperaturas, movidas por un viento constante que se impregnaba de humedad, descendieron más todavía.

No pudo ser. Me cogió el sueño, y me acabo de despertar. Deben de faltar unos minutos para que los chicos regresen de la escuela.

He preguntado si había venido Lechner, pero no hay nadie en casa. Estoy con la puerta cerrada. Se hace duro guardar cama, sin poder moverte. Piensas mucho, te acuerdas de cosas, no haces más que darles vueltas y vueltas.

Ya es otro día y Lechner tampoco vino por la noche. Voy a poner en orden mis recuerdos, y de paso me ocupo en algo.

Mis botas, con aquella marcha, acabaron por desarmarse, lo que no parecía importarles, porque las suelas le sacaban la lengua a todo. Me refiero a cuando nos dirigíamos de Amelie-les-Bains a Saint Cyprien. En una guerra lo más importante, tanto o más que el arma, son las botas. Yo intenté quedarme con las de Lorenzo, pero no eran de mi número, y éstas se las llevó otro, y los muertos que estaban en el cementerio de Molló estaban descalzos, porque otros se las habían llevado antes.

Con el frío los piojos se amotinaron y tomaron por asalto el palacio de invierno. De eso hacíamos incluso chistes. Yo notaba en las ingles sus incesantes paradas militares, que festejaban la

conquista, y en las axilas, sobre todo, donde estaban de guarnición, vivaqueaban y rancheaban a placer, parecían haber levantado una carpa donde se banqueteaban a todas horas en un festín ininterrumpido. Mientras marchaba, lo cierto es que apenas los sentía, pero en el momento en que parábamos un rato al borde de la carretera para descansar, se ponían de acuerdo y era como si me vertiesen un ácido sobre la piel desnuda que me abrasaba, sin que pudiera exterminarlos del todo, porque por más que el escrutinio era severo, cada noche me dejaban el cuerpo sembrado de liendres y ronchas exageradas, y hasta que no herví todas las ropas en Saint Cyprien, y eso fue ya tres semanas después, padecí los piojos como un suplicio.

Al principio nos habían dicho que nos recogerían en Argelés, pero de Argelés nos mandaron a otro lugar que llaman Saint Cyprien. Diez kilómetros más. Hubo gente que, desesperada, quería quedarse a dormir en la carretera, quienes decían, ya no podemos más, nos paramos aquí, seguid vosotros, que os alcanzaremos. Habían decidido morir allí mismo. Había que quedarse con ellos y preguntarles, compañero, ¿qué tal todo?, ¿todo bien? Y hablabas un rato con ellos. Les animábamos, les levantábamos del suelo y tratábamos de distraerles con un poco de conversación. Nosotros hicimos sesenta y cinco kilómetros en dieciséis horas, sin detenernos. ¿Cómo? No se me pregunte, pero los hicimos.

La gente de los pueblos y aldeas se asomaba a las ventanas para vernos pasar. Si hablaban, lo hacían en un susurro, por respeto, como si fuésemos de una procesión de cristos sangrantes. Las mujeres daban algo de comida a sus hijos pequeños, para que éstos nos la entregaran. Lo hacían, yo creo, para no humillarnos, pues parece que lo que te da un niño es menos limosna que lo que te da un hombre como tú o una mujer. Repito que esos pequeños socorros no sirvieron de mucho, porque no creo que alcanzaran ni a un uno por ciento del elemento refugiado, y lo cuento no porque lo viera, sino porque me lo contaron.

Llegamos a Saint Cyprien de noche. La impresión que nos causó el campo fue grande, temimos habernos equivocado, porque no creo que el infierno pueda tener un aspecto diferente. A las mujeres antes de llegar a Saint Cyprien las desviaron a otro lugar. Pasamos las primeras alambradas. A la puerta habían levantado dos barracones provisionales, uno a cada lado, para los gendarmes, no más grandes que unas letrinas, en los que había espacio únicamente para una estufa, una silla y una pequeña mesa sobre la que brillaba pobremente un candil de petróleo, como el de los ferroviarios. Nadie nos preguntó nada. Allí se podía entrar, pero no salir. Al pasar entre los primeros grupos, a todos se nos encogió el corazón, porque creíamos que ya estábamos muertos, aunque no lo supiéramos. La alegría primera de encontrarnos con tantos compatriotas y hacernos la flusión de que España estaba allí más presente y viva que en lugar alguno, dio paso a un sordo sentimiento de acabamiento y final. Era como un gigantesco depósito de cadáveres, sólo que los cadáveres estaban en pie, parados en el aire helado, mirándonos a los que llegábamos. Algunos preguntaban de dónde salíamos, si traíamos noticias nuevas, si por un milagro las cosas detrás de nosotros habían cambiado y podríamos volver ya. Pero nadie respondía. Se nos quedaban mirando, nosotros les mirábamos a ellos, no se movían ni siquiera para dejarnos paso, les costaba desplazar un brazo, arrastrar el pie unos centímetros sobre la arena era un esfuerzo ímprobo para todos.

Eran muchos los que creían que íbamos a volver en una o dos semanas. ¿Cómo podrían figurarse una cosa tan absurda? Pues lo creían. Para sobrevivir y no tener que morir en una tierra extraña.

Habían alambrado una gran extensión de la playa, no sé, uno o dos kilómetros, con doble fila de alambres, los muy perros, y allá nos metieron. Pero antes nos vacunaron en una de aquellas letrinas, salió un médico con una bata blanca sucia, nos ordenó que nos levantáramos la manga, llevaba una jeringuilla como yo no había visto jamás, grande como la de los churreros, lo menos para un litro de vacuna. La gente se dejaba clavar la aguja sin soltar la maleta, y cuando preguntamos dónde repartían la comida, nos respondieron que se distribuiría por la mañana. Les informamos, no hemos probado bocado desde ayer y llevamos todo el día caminando. No sabían nada. Decían, mañana, mañana todo solucionado, y nos empujaban para que fuésemos metiéndonos en el campo.

Avanzamos entre la gente, que permanecía de pie o sentada sobre maletas y atillos, porque el suelo estaba tan húmedo que no se podía uno sentar. No eran más que manchas sombrías, agazapadas contra la inmensidad negra del cielo. El hecho de que estuviesen todos de pie

impresionaba más todavía. Al avanzar entre ellos, te tropezabas con sus ojos. Cómo brillaban. Era lo único que tenía brillo en aquella masa de restos humanos. Bolas de acero, destellos de ascuas negras, duros carbones, encendidos de fiebre, cuevas donde esperaba el monstruo insomne del miedo.

Al rato la oscuridad fue completa, hasta los ojos se apagaron. Únicamente brillaban los candiles vacilantes y remotos, como astros muertos. Éramos miles, todos varones, si te tropezabas con alguien, nadie se molestaba, pedías perdón, decías, perdón compañero, y la gente se agitaba con lentitud, como animales de un matadero que presagiaran la proximidad de su muerte, nadie daba crédito que nos hubieran encerrado en una pocilga como aquélla, peor que cerdos, a quienes no falta nunca su rancho diario. El aspecto de la gente era penoso, muchos, más de la mitad de los que estaban allí, qué se yo, veinte o treinta mil, estaban enfermos, con fiebre, con diarreas, con infecciones, con pulmonías. El que estaba como yo, sólo con piojos, podía darse por contento. ¿Tenéis algo de comer?, preguntamos a los que estaban cerca de nosotros. Y la gente negaba con la cabeza. Algunos nos preguntaron de dónde veníamos, por si tenían ellos a alguien conocido en nuestras unidades. Otros se echaban a un lado en silencio para que pudiéramos pasar, pero la mayoría estaban como en lo más hondo de un pozo, y no decían nada porque habían muerto ya, y lo sabían. Allí estábamos cien mil personas o más, qué sé yo, todos en silencio. Creo que no se habrá conseguido nunca algo así, poner a tanta gente junta y que nadie quiera hablar. Se oían las olas, chas, chas, llegando sobre la arena. Y la gente quieta o moviéndose de un lado a otro muy despacio, como larvas de un pudridero. Era el cuerpo muerto de España, y nosotros no éramos más que pobres gusanos.

Los primeros habían llegado hacía cuatro y cinco días, la mayoría procedentes de Barcelona. Nosotros fuimos los últimos que llegábamos del frente de Aragón. Nos costó escoger un lugar donde pasar la noche y aún tuvimos que recorrer un trecho hasta encontrar un sitio donde quedarnos.

La gente se embozaba en las mantas, se apretaban unos contra otros, en grupo se echaban una manta por la cabeza y entre todos trataban de calentar con su aliento el aire que respiraban. Preguntamos, ¿por qué no se encienden fuegos? Pero no había nada que quemar.

Por detrás teníamos los alambres de espino, y por delante el mar.

Yo llegué tan cansado que sólo tenía ganas de dejar de andar, y, sin embargo, podía haber seguido caminando horas y horas, las piernas ya no obedecían mis órdenes, sino que parecían marchar solas, como apéndices de un muñeco mecánico. Creo que hubiera podido reventar, como un caballo, caminando hasta el último segundo de vida.

Conseguimos al fin, en lo cimero del campo, encontrar un sitio donde caernos muertos. Enfrente estaba el mar inmenso. La noche no dejaba ver nada más que el sombrío encaje de las olas, en el momento en que rompían sobre la arena, como una inmensa plancha de bronce que se oscurecía aún más con el reflejo de unos nubarrones que como hoscos bueyes bajaran a abrevar al horizonte.

El mar, el mar... Esa fue la primera vez que lo vi. Mejor dicho, no lo vi, pues que nada se veía, pero lo sentí, y lo sentí desde dentro, desde mí hacia afuera, no al revés. En Barcelona me habían llevado a ver los barcos del puerto, pero aquel mar y el de Saint Cyprien no se parecían en nada. Lo que yo había visto era un puerto, nada más, no conocía las olas, no había pisado las arenas de la playa, no había oído el olor puro de las algas y del yodo...

Me gustaría ser poeta para contar lo que sentí. Estaba como extasiado. Hacía mucho viento y las olas negras venían a romperse a mis pies, con un luto de espuma. Quizá la poesía es esto. El mar es lo más grande, porque le hace poeta a todo el mundo, buenos, malos, grandes, chicos, amigos, enemigos. Era el mar hasta el infinito, fundiéndose con la oscuridad del cielo. En mi casa sólo conoce el mar mi padre, que sirvió en África. Ni mi madre ni mis hermanas lo han visto. Mi padre siempre decía, el año que viene os llevaré al mar, pero, un año por una cosa y otros por otra, nunca pudimos ir.

En ese momento pensé en ellas y en mi padre. Es muy difícil expresar lo que se siente cuando se ve una cosa así la primera vez, lo mismo que cuando se fue uno por primera vez con una mujer...

Qué inmensidad, recuerdo que dije, qué hermoso...

No sé qué tiene de bonito, me replicó uno que estaba a mi lado, un chaval de los que venía con nosotros desde Prats. Le dije que quizá a él, que era de Cartagena, le impresionaba poco, porque estaba acostumbrado, pero que yo llevaba desde que tenía uso de razón tratando de imaginar cómo sería el mar. A lo primero mi padre me llevaba al estanque del Retiro y me decía: el mar es como un millón de veces el estanque. Yo trataba de imaginar cómo sería un millón de veces e iba añadiendo estanques al que tenía delante, y lo que resultaba de la suma siempre era un mar rodeado de árboles, con el monumento de Alfonso XII al fondo, y aunque había visto fotografías de barcos y todo eso, no lograba hacer que desapareciera de «mi» mar ni el paseo de coches ni los barquilleros ni las barcas pastueñas...

Aquel mar no tenía nada que ver con el que me explicaba mi padre. Era otra cosa. Era el de verdad. Fue lo primero que les dije a los demás, me voy allí. Estaba atraído, imantado por las olas. A pesar de que estaba lloviendo, era grandioso. Incluso el hecho de que lloviera lo hacía más misterioso, porque se oía la lluvia sobre las olas, y era como una canción sobre otra, que no se estorbaban. ¿Cómo diría mi pobre viejo que es como un millón de veces el estanque del Retiro? Si alguna vez tuviera un hijo, sería lo último que le diría, si no conociera el mar. Es como decirle a un chico que todavía no se ha ido con una mujer que eso es como un millón de pirulís de azúcar quemado.

Fui hasta la orilla y me quité las botas. El de Cartagena, que venía detrás de mí, me dijo, tú estás loco, se te van a helar. Era verdad. La lluvia era medio aguanieve, y el viento que salía del mar no dejaba tranquilos a los copos que subían y bajaban como en una noria cuadrada, y los fundía antes de que tocaran el agua.

Venía una ola suave a lo largo de la playa que fue a morir justo donde tenía yo los pies. Era como si quisiese ponerles unos calcetines de algodón, porque me los bañó de espuma. Estaba muy fría, en efecto, y la sal hizo que me escocieran las heridas. Pero fue providencial, pues gracias a que me los bañé nada más llegar creo que no se me infectaron, como les ocurrió a otros.

Esa primera noche descendieron las temperaturas por debajo del cero, y lo que al principio era una lluvia fina, se convirtió en copos de agujas heladas. A la mañana siguiente la playa apareció moteada y oscura, talmente la piel de un lince. La gente te miraba con ojos desorbitados. Todos parecíamos preguntarnos: ¿Qué es esto? ¿Qué hacemos aquí? ¿Hemos muerto al fin?

En cuanto me puse en pie me acerqué al mar, y verlo a mis anchas, grande, todo hondura, todo altura, infinito, me conmovió. Recordé los versos de la escuela, *nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir*. Y así lo vi yo, que aquello era muy justo, parecía escrito pensando en nosotros, pues no sabíamos cómo, pero allí estábamos, frente a la inmensidad y el misterio de nuestro futuro, que también es el morir...

Sentí que el mar era un abrazo, más hospitalario que el cielo, un camino hecho de mil caminos, sin montañas ni fronteras, sin amo, patria ni destierros. A aquella playa llegaba el agua que bañó también los pies de César, de Alejandro, de Napoleón, todos ellos invictos, como, pese a todo, nos sentimos muchos de los que allí estuvimos, como nos seguimos sintiendo.

A mediodía sirvieron una comida caliente, la trajeron de dos camiones, ollas en las que se podría haber cocido a un misionero, pero no hubo para todos y apenas se podía comer; no era más que agua caliente, un caldo sucio con tres lentejas y seis alubias, nada más, desaborida e insustanciosa, y no valieron protestas. De los pueblos de los alrededores venían con comida, que vendían a través de las alambradas al que tenía dinero francés, o cambiaban por objetos personales. Se consumaban pequeños cambalaches, medio a escondidas, como en un verdadero mercado negro en el que se trocara rapiña por miseria. Lo que a uno le era superfluo, por lo que creía que iba a serle imprescindible para sobrevivir, y a la semana ya había allí un Rastro, igual, la gente se olvidaba del dolor que les obligaba a aquel trapicheo y descubría en cambio el placer de regatear, y en menos de tres días ya había profesionales allí del trato y del comercio, como si estuvieran en la Ribera de Curtidores, enzarzados en el regateo, felices en la ganancia miserable, maestros del engaño con gracia.

Durante el día no hacíamos otra cosa que esperar, y eso era en sí mismo desesperante. Noticias, ayuda, papeles. A las primeras sólo se les podía llamar, en la mayor parte de los casos, rumores; a la

segunda, caridad, si acaso; y a los últimos, nada, una ilusión. Ese atardecer y todos los que le siguieron fueron los peores momentos. Mientras había luz, los hombres se animaban en conversaciones, planes y discusiones (¡todavía!, ¡y cuánta pasión para una política que no nos había salvado del desastre! ¡Divididos como siempre, más que nunca! ¡Arrojándonos unos a otros a la cabeza esa palabra vacía: unidad, unidad, unidad!), cada uno convencido de tener la razón y la verdad, pero sin poder levantar la voz, por la prohibición expresa de hablar de política dentro del campo, que cursaron las autoridades francesas, con amenaza de deportación. Imbéciles. ¡Prohibirle a un español hablar de política! ¡Prohibirle a un hombre hablar de su derrota!

Esos primeros días, más que el hambre, que el cansancio, que la derrota, fue el viento. A nadie que los haya vivido podrán olvidársele nunca. Se nos metía en el cuerpo como el torno de un dentista en el nervio, haciéndonos enloquecer. Era bronco, ululante, rasero, demasiado frío y demasiado constante. Nos envolvíamos la cara en trapos, en las mantas, con los pasamontañas, pero acababa colándose por todos los resquicios como una fría culebra. Durante el día nos movíamos de un sitio para otro, pero en cuanto te detenías, te clavaba su cuchillo de acero. No había nada para levantar unas tiendas, pero, aunque hubiésemos podido levantarlas, el viento se lo llevaba todo, y quienes se empeñaron en fabricarse unos toldos con unas cañas tuvieron que desistir. Se hinchaban como las velas de una caravela y apenas podían mantenerse en pie unos pocos minutos.

¡La infamia que han cometido con nosotros las naciones, y concretamente el gobierno cómplice de Daladier! ¡Dejarnos en aquellas playas fue lo mismo que llevarnos al matadero!

Ha vuelto Lechner. Le acompaña una de las chicas de *La Marseillaise*. Por la voz parece Marie. Seguiré mañana.

Volvió con una gran noticia y con dinero, pagó a madame Barbizon, pagó al médico las medicinas y a mí me ha traído víveres ricos que ha comprado en la tienda de ultramarinos, chicharrones, pan de almendras, café, dos botellas de vino, incluso ha descubierto un dulce de castañas exquisito. Pero eso no ha bastado a *madame*. En cuanto Lechner volvió a marcharse aprovechó para armarme una gran tremolina, pues le parecía indecente que Lechner hubiese venido a verme con «una de éstas», y que «ésta» u otra «cualquiera», gritó, era la última vez que ponía los pies en una casa tan decente como la suya. Etcétera.

Estuvieron muy simpáticos conmigo. La amiga de Lechner, que en efecto era Marie, me puso la mano en la frente para ver si tenía fiebre, y ella misma buscó su propio perfume y dejó caer unas gotas sobre la cama.

Delante de Marie no me atreví a preguntarle a Lechner dónde y cómo había conseguido el dinero. Me ha hablado de un trabajo que le ha salido como mecánico, llevando piedra en una cantera cercana. Su patrón le deja un lugar donde pasar la noche, cosa que le conviene más que regresar a la ciudad.

El trabajo lo ha conseguido de casualidad después de haberlo buscado infructuosamente en las fábricas de Bréguet, que son, al parecer, las más célebres de aquí; al pasar delante de una panadería vio un papel pegado en el cristal donde se pedía un mecánico.

Tampoco me he atrevido a preguntarle qué hacía con Marie.

La noticia es ésta: se ha formado en París un organismo español para facilitar la salida de Francia de todos los exiliados, sobre todo desde que se habla de que el traidor Daladier anda en conversaciones con Franco y la Falange para entregarles a «los rojos» por las buenas o por las malas, persuadiéndoles de que nada les va a pasar si regresan o, si no transigen, amenazándoles con deportaciones a las colonias o a pelotones disciplinarios.

Lo primero que tenemos que hacer es enviar una solicitud a París, y allí nos asignarán el barco que nos sacará de aquí; hay que hacerlo con celeridad, pues se habla de que habrá miles de aspirantes.

Me he pasado el día redactando ese informe, no se habrá visto nada más difícil que formular una instancia. Luego, he dado un poco de dinero a Hélène para que me subiera de la tienda papel de barba y más polvos para hacer tinta, pues con la manía de escribir llevo gastado lo menos un litro.

He industriado la tinta delante de ella, en la cocina, en una jarra de cristal, y le han gustado las irisaciones que quedaban flotando, como lagunas de mercurio dentro del agua.

Incluyo aquí el informe, que me ha llevado casi dos días escribirlo, y una mañana ponerlo a limpio.

«1936. Procedente del Sindicato U.G.T, sección Artes Gráficas, causa alta como voluntario en las milicias del mismo nombre en la revista de comisario del mes de septiembre del año marginal [lo digo porque he puesto en el margen el año, como un pinito de tipógrafo; eso, la limpieza y el orden, causan siempre buena impresión] permaneciendo en período de instrucción hasta el 15 del citado mes, que es destinado a la 3.ª Compañía, destacada en el frente de Extremadura, sector de Navalcarnero, donde en calidad de soldado queda prestando sus servicios. Interviene en las operaciones de dicho pueblo hasta que fue evacuado del mismo por las tropas republicanas. En el mes de octubre pasa a prestar sus servicios en calidad de enlace en la Comandancia Militar del Sector, tomando parte en las operaciones que los días 20 se desarrollan en Móstoles y el 27 en Alcorcón, evacuando estos pueblos en unión del resto de las fuerzas de la República. Días más tarde actúa en Cuatro Vientos, Campamento y Carretera de Extremadura, desde donde se incorpora a su Unidad en el frente de Madrid, sector de la Ciudad Universitaria, donde interviene en operaciones de conjunto con una columna internacional. El día 5 de noviembre, después de sufrir intenso bombardeo de aviación y artillería, es evacuado el edificio de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, pasando al pabellón Vitivinícola, donde permanece en unión de su compañía hasta el día 11 por la mañana, que es relevada por las milicias socialistas. Por la tarde del citado día es trasladado a la Casa de Campo, subiendo a las posiciones del Embarcadero la noche siguiente. Toma parte en varias descubiertas y contraataques. El día 12 es relevada la compañía de la mencionada posición, relevando a su vez al B^{on}. Balas Rojas, posición de la Exposición, donde permanece hasta el día 20, que vuelven al Embarcadero, de donde son relevados el día 23 por pasar a formar parte de las brigadas de carabineros. Desde el citado día y en espera de la orden para la incorporación a dichas fuerzas en el cuartel de Madrid, en cuya situación finó el año.

»1937. En igual situación que finó el año anterior. El día 13 de enero, en unión de su Cía. se incorpora en Valencia al 20 Batallón Móvil de Carabineros, siendo destinado a la 1.ª C^{ia}. del mismo, de donde parte al frente de Teruel, con sede en Alcañiz, hasta el 30 de octubre, en que de nuevo su B^{on}. es destinado a Valencia para ser trasladado a Barcelona el 3 de noviembre, donde queda prestando los servicios propios del Cuerpo, en cuya situación y destino finó el año.

»1938. En igual situación y destino que finó el año anterior. En la revista de comisario del mes de julio es promovido al empleo de cabo con antigüedad de febrero del año anterior por méritos de guerra (D. O. n.º X) pasando a prestar sus servicios en la P. M. del B^{on}. donde continúa hasta el mes de septiembre del año marginal, que causa baja en el citado 20 Batallón de Carabineros por alta en el 52 Bon., donde causa alta en la revista de octubre en la Plana Mayor del mismo. En servicios de su clase los presta en la Oficina de Ayudantía. El día 18 de noviembre es trasladado al frente del Este (Pirineos). En espera de órdenes queda acantonado el B^{on}. en las inmediaciones de La Seo de Urgell (Lérida), donde permanece hasta el día 23 en que se les ordena la marcha por sus propios medios a Ripoll, donde se instala la P. M. y el 45 B^{on}.; adonde se le destina, quedando con ésta cubriendo 40 kilómetros y dedicados al transporte de víveres desde esa plaza, al objeto de formar un almacén de intendencia con destino a las diferentes fuerzas de aquel sector, siendo incorporados al Décimo Cuerpo de Ejército, Base 8. , en cuya situación y destino finó el año.

»1939. En igual situación y destino que finó el año anterior, el día 1.º de enero marginal es trasladado con el 45 B^{on}. de Carabineros al pueblo de San Joan de les Abadesses, donde toma residencia igualmente la P. M. del mismo. Por méritos en la campaña es propuesto para el empleo de sargento, desempeñando desde aquel día los cometidos del subayudante del batallón. El día 7 del citado mes es trasladado el B-. al frente del Este, sector Pirenaico, posición de Piedras de Soto, donde se efectúa el relevo de la 72 Brigada, ocupando el Monte Tres, Sector G, H, F, y cota 526. Esta última posición en unión de una C^{ia}. de Asalto. El día 26 del precitado enero, y en virtud de órdenes recibidas del jefe del sector, se inicia la retirada hacia Francia, donde, después de veinte

días y efectuar un recorrido entre hielos, nieves y demás dificultades del tiempo y naturaleza, de 250 kilómetros bordeando la línea fronteriza de Andorra primero y después de Francia llegamos al pueblo de Ripoll el

4 de febrero, quedando acantonados en las afueras del mismo, hasta la madrugada del siguiente, que tomamos contacto con las fuerzas enemigas aéreas y terrestres para facilitar la salida de la 7 y de la 38 Brigadas y la 45.^a Compañía del B011.; consiguiendo el objetivo, alcanzando el pueblo de Camprodón y entrando en el pueblo de Prats de Molló (Francia) en unión de lo que quedaba de su batallón el día 11 de febrero del año marginal. Una vez efectuados los repetidos escrutinios es trasladado con su unidad a un campo de concentración de las afueras del citado pueblo, donde, a la intemperie y entre nieves permaneció hasta marchar, al día siguiente de dicho mes, hacia el campo de Saint Cyprien Plage, donde se dedica a tareas de construcción de una conducción de agua, estallada por las temperaturas y el mal estado, y subsiguientes barracones, hasta que el 25 de marzo del año marginal abandona el precitado campo y obtiene permiso de trabajo, como conductor de camiones, en la cantera de piedra de Roc Paradet, localidad próxima a Toulouse, ciudad en la que para todos los efectos vive, 12, *rue Émile Zola (madame Dorothée Barbizon).*»

Salvo el principio, Lechner me ha pedido que avie también su informe, que he copiado del mío letra por letra. Presentado, creo, ha quedado mejor el suyo. Y otro más, cambiando la letra, a nombre del hijo de los viejos aquellos de Ogassa, Joaquín Esteve, cuya documentación le apareció a Lechner en la chaqueta del traje. No creo que perjudiquemos a nadie. Hemos procedido de ese modo por si acaso a alguno de nosotros no nos dieran el visado, y a él sí. Como jugar a la lotería, cuantos más números mejor. Y no es aprovecharse de un muerto, porque en este punto allá nos vamos todos.

Lechner y yo hemos convenido en eso, que ponga que trabajo en esa cantera. Sabemos que para México buscan obreros cualificados, no quieren albañiles ni braceros, sino mecánicos, médicos, ingenieros, maquinistas... En Venezuela, en Cuba, en Argentina, a donde quiera que nos lleven, para qué van a necesitar un tipógrafo. Primero, porque allí habrá, digo yo, mucho más salvajismo, y en segundo lugar, necesitarán más un mecánico o un maquinista, porque donde esté la industria o el transporte, como fuente de riqueza y progreso, que se quiten las artes gráficas... Si mi padre oyera esto, pobre, le darían los siete males. Pero así lo pienso. De modo que he puesto donde dice profesión: mecánico. En realidad no miento a nadie, pues de máquinas me ocupaba, ¿o es que una Heildelberg no es una máquina?, y quien hace funcionar una Heildelberg malo tendría que darse para no saber de todas las otras máquinas. Es lo mismo que ser relojero. Si se sabe componer relojes, no hay máquina que se resista, todas se reducen a ruedas, ejes, volantes.

Desde hace un par de días no tengo fiebre. Una semana más en esta situación y el doctor Galin me ha asegurado que podría salir a la calle. Todavía me encuentro débil. Madame Barbizon está más aplacada, porque Lechner le ha pagado una semana por adelantado. Es una mujer odiosa. Como ahora tengo que hacer las comidas con ellos a la mesa, no la puedo sufrir, no hace otra cosa que repetir que si su marido viviera de qué iba a tener ella que trabajar como lo hace, y para qué iba ella a tener metidos en su casa unos huéspedes. Cómo será de impertinente que yo, que entiendo poco de esta lengua, me entero de todo lo que ella quiere que me entere, porque entonces la condenada chapurrea un español que no sé de dónde lo ha sacado. La comida es muy mala y no me acostumbro a los sabores, todo me sabe a apios y a pimienta. Carne no la catamos nunca. Almuerzo con ellos y me vuelvo a mi cuarto y me meto en la cama porque no hay otro sitio donde poder estar, y me pongo a escribir. A casa he circulado ya tres cartas, pero después de la primera no han vuelto a contestarme, y saldría a pasear si no fuese porque aún me encuentro flojo. Tantas horas en el cuarto se me hacen eternas.

Hay en él una sola cama de matrimonio, de barrotes de hierro; me siento a veces en una cárcel cuando estoy tumbado; una palangana, un perchero y una cómoda vieja con los cajones derrengados, que ni entran ni salen si no es dándoles una patada, y aun así jamás cierran del todo, completan el mobiliario. Parece que este moblaje y el resto del ajuar lo hubieran encontrado en una

almoneda; la cama, con la pintura saltada por un trasteo indiscriminado, a poco que te muevas cruje de tal manera que es un escándalo. La palangana está tan desportillada que los bordes parecen el repulgo de una empanadilla. Del papel con el que están forradas las paredes creo que ya hablé en otra ocasión. Es de un color rojo amarillento, mezclado con tonos cálidos de hojas secas, y representa una jungla de plantas inverosímiles, que bien podrían ser tropicales y carnívoras, de hojas tan grandes que por la noche, cuando entra la claridad de la calle, puedes sugestionarte y creer que estás en un manglar. Por si fuese poco, la tropa de cucarachas que anda por la habitación da a la figuración botánica un temblor que lleva la verosimilitud a extremos insospechados. Encima de la cómoda está la palangana y el trapo al que llamamos toalla, y colgada en la pared hay una estampa de colores con una vista de los Alpes nevados en su marquito de cinco francos, y detrás de la puerta un espejo pequeño, roto de arriba abajo, lo que hace que cada vez que se mira uno se lleve un pequeño susto, pues no te reconoces y cuando te reconoces parece que te han hecho un chirlo. El retrete está fuera de la casa, siempre sucio, lo limpia una portera, que no lo limpia, y lo utilizamos cinco o seis vecinos. A veces hay que esperar y hacer cola, pues coincidimos varios, aunque yo procuro ir por la noche, para no tener que ver a nadie, y sobre todo para que nadie me vea. No obstante, he conocido a varios, sobre todo a una tal Chantal, una chica de una fealdad insuperable que dibuja unos contoneos lúbricos indescriptibles con las caderas, mueve las pestañas a toda velocidad, sonríe siempre y se perfuma mucho, tanto que resulta mareante el aire que desaloja su paso; ésta no hace nada, se pasa el día en casa. También he conocido a una mujer enferma y con las piernas hinchadas que anda con dificultad, madame Salabero; un viejo consumido como un pajarito, que no es más que cuatro huesos forrados de un pellejo blanco, fino y deslucido... En fin, y algunas más. No he intimado con ninguno de ellos, pero conmigo, en general, se muestran reservados, no sé si por respeto o porque consideran que los republicanos somos forajidos que hemos pasado a cuchillo a poblaciones enteras. Eso fue lo que me dijo una vez, al principio, monsieur Bartolet, cuando supo que era soldado de la República. Me dijo, en esta guerra se han cometido crímenes en los dos bandos, todos habéis asesinado, todos habéis cometido tropelías, las guerras son así. Le mandé a la mierda. Le dije que tropelías las había cometido el fascismo y que crímenes los había cometido Francia, negándose no ya a ayudarnos, sino impidiendo que otros nos ayudaran. Menudas ideas. Y que el salvajismo había sido levantarse en armas contra un gobierno del pueblo legalmente constituido, eso sí que era una degollina, eso sí que clamaba al cielo. ¿Qué crímenes he cometido yo en esta guerra? ¿A quién le he metido el cuchillo? ¿Cuántos Guernicas hemos bombardeado? Crímenes los de Madrid, bombardeando cada tarde la población civil, y crímenes los de Valencia, por lo mismo y... No te fastidia. Es un viejo terco, pero no es mala persona, porque desde que se enteró de mi enfermedad deja en la puerta el periódico del día anterior, para que lo lea. Aunque no puedo leerlo, se lo agradezco igual, y a él le debo esta estilográfica con la que estoy escribiendo, que me prestó (la otra se la he dado a Hélène para que la llevase a componer, se había despuntado el plumín).

Tengo ya ganas de salir de aquí. Creo que me ha venido bien no haber visto a nadie durante todo este tiempo. Lo peor fue aquello, en Saint Cyprien. Allí era imposible no hundirte, porque tú podías ir librando, pero al lado te tocaba una u otra tragedia, al lado mismo, una, dos, sesenta mil tragedias. Mil historias. Ya contaré, si tengo ocasión, algunas, como la de aquellos dos anarquistas de los que se decía que habían robado con otro en Barcelona la caja del Sindicato, casi todo en oro y en joyas, y que al otro lo habían ahogado para quedarse con el botín, pero que cuando fueron a por las joyas no las encontraron, porque el otro las había depositado en un banco de Marsella a su nombre, así que habían matado a alguien por unas joyas que tenía un banco. Eso se contaba en el campo. Yo los vi. Estaban siempre solos. Nadie se quería juntar con ellos. Nos miraban al resto de una manera torva.

Sin embargo, aquí, en ese aspecto, he estado en la gloria. Me está mal decirlo, pero ojos que no ven, corazón que no siente. Es una gran verdad. Durante veinte días la fiebre me habrá atontado, pero abro los ojos y no me encuentro en el campo.

Lo peor era el viento. Soplab a todas horas, era horrible, se te metía en los huesos, te zumbaba en los oídos y te devoraba los sesos, no parecía acabarse nunca, te daba vueltas por dentro del

cráneo hasta volverte loco. Cuando llegamos, ya he dicho que no pudimos hacer una jaima, como la que habíamos levantado en los Pirineos; entonces cavamos un hoyo en la arena, pero tuvimos que desistir cuando vimos que a los pocos centímetros manaba el agua. Nos enterraremos como los cangrejos, sugirieron unos, así resisten ellos las mareas. Pero no podía ser. Apenas metíamos las manos en la arena, empezaba a filtrarse el agua del mar. Pensamos, más atrás, más lejos de la playa... Era inútil, a donde quiera que fuésemos, el viento nos perseguía. A alguien se le ocurrió levantar en paralelo con el mar a modo de taludes de arena. Nos tiramos detrás, agazapados, en batería. Esos taludes detenían malamente el viento, que silbaba por encima de nuestras cabezas y nos arrojaba la arena a la cara. Notabas como alfilerazos helados, se te metía en la boca, crujía entre los dientes. Los que disponían de una maleta tenían más suerte, la clavaban en la arena y se escudaban detrás. Parecíamos muertos, tras de aquellos montones de arena, soldados que hubiesen caído en sus trincheras ante un enemigo fantasmal. Ese era el viento. No había modo de vencerle nunca. Alguien sentenció, hasta el viento es fascista, y tenía razón.

Esa y todas las demás noches dormimos abrazados unos con otros, apiñados, debajo de las mantas y los capotes, a veces no eran más que andrajos malolientes llenos de barro, arracimados como los piojos que, enloquecidos también por el frío, se entregaban a frenéticas galopadas. Yo los sentía entre los pelos del pecho. Algunas veces tuve piojos en la guerra, pero aquéllas eran hordas, notaba cómo mordían con sus mandíbulas de acero las terminaciones nerviosas de la piel, y eso también nos hacía enloquecer.

El viento duró días, semanas. En realidad no dejó de soplar nunca, día y noche. Por la noche pensabas, pensaba, amanecerá y amainará, alguna vez remitirá. Era música de una sola nota perforándote el tímpano y luego el cerebro.

La primera noche de todas creí que cambiaba de dirección y se envolvía en las olas, tenía la apariencia de alaridos humanos, de naufragos. Me decía, son voces que llegan de alta mar. Y, sin embargo, estaban a mi lado, porque lo que yo creía que era la despedida de los naufragos, no era en realidad más que los lamentos de los heridos tendidos junto a nosotros. Eran hombres a quienes se les gangrenaban las piernas, los brazos, envueltos en vendas sucias, sanguinolentas, llenas de pegajosa arena. Otros habían perdido un ojo, y gritaban espantados por las visiones que les torturaban desde esa cueva negra. ¡A cuántos les supuraban pus los oídos! Se sujetaban la cabeza con las manos y buscaban una roca donde partírsela, pero no encontraban más que informe arena por todas partes. Y las voces del dolor se sumaban a la carcajada siniestra del viento, y éste gemía por todos. Cada noche, cuando ya los cuerpos de aquellos cien mil hombres habían caído inermes y no eran más que una sombra, se oía de pronto un grito aún más desgarrador. Y al rato, otro. Y una hora después, otro, como un quebranto. Sabíamos que era el viento que había venido a cobrarse otra presa. El que estaba más cerca de la víctima sabía lo que tenía que hacer, iba a buscarlo, lo calmaba y volvía a tenderlo en el suelo, le tranquilizaba y le hablaba cariñosamente, como a los niños, pero todos sabíamos lo que ese grito en medio de la noche significaba, conocíamos su alcance. Al amanecer esa persona ya no volvía a ser la misma. Todos sabíamos que el viento había llegado por la noche y lo había elegido a él. Y ellos lo percibían claramente, sabían cuándo les estaba siendo arrancada el alma de la cordura, como si les vaciasen por dentro con tenazas de hierro... Al día siguiente esos pobres hombres estaban locos por completo, miraban como locos, andaban como los locos, arrastrando los pies y, sobre todo, guardaban silencio como los locos...

Quienes sabían rezar, rezaban para que el viento no les visitase, y los que no, trataban de pasar inadvertidos. Los primeros días fueron tan inhumanos que nadie se atrevía a hablar de ello. Había entre nosotros un acuerdo, pensar que la conformidad y la resignación eran el principio de la supervivencia, pero lo cierto es que muchos empezaron a no querer vivir.

Los locos, amparados en la noche, convencidos de que el viento aventaba sus palabras, gemían sordamente, me quiero morir, me quiero morir. Eso lo escuchábamos todos, cien, doscientas veces cada noche a cien, a doscientos bravos soldados, hombres hechos y derechos, intelectuales, sabios, grandes políticos... Les decíamos, no le des más vueltas, compañero, y duerme, tenemos que dormir, para seguir vivos hay que dormir, para vivir hay que morir un poco, y olvida, no pienses. Mañana será otro día.

El enemigo de todo, según se mire, es siempre el pensamiento, el darle vueltas a la cabeza. Pero, ¿quién podía dormir con aquel viento galopando sobre nuestros cadáveres? Nos despertábamos a medianoche, y al ver aquellos miles de cuerpos tirados sobre la arena, pensábamos que ya habríamos muerto. A algunos su grito desesperado les era escuchado, y por la mañana aparecían muertos. Entonces les sacábamos del campo, y entregábamos el cadáver a los gendarmes y ellos los ponían todos juntos detrás de la barraca, y se los llevaban con celeridad, en el mismo camión que traía los pocos víveres que repartían. Dejaban los cascotes de pan duro y se llevaban los fardos humanos. A diario. No preguntábamos, los íbamos sacando, si alguien conocía a la familia se quedaba con los objetos personales para hacérselos llegar; si no, nos repartíamos las cosas.

Uno puede morir por una bala, por un trozo de metralla, eso es lógico, pero, ¿quién puede permanecer con el ánimo entero delante de un hombre que va a morir y te mira sin comprender la razón? Un hombre que desprende un olor pestilente porque lleva vistiendo las mismas ropas desde hace tres meses, cuatro meses, sin haberse lavado una sola vez, en las que se ha orinado incluso una noche, una noche que temió morir helado de frío y pensó que podía soltar un poco de orina sobre sus piernas para sentir algo humano sobre sí, aunque sólo fuese orina, algo caliente, y comprendió a tiempo que se estaba volviendo loco, aunque lo comprendió dos segundos después, cuando ya se había meado los pantalones. Un hombre que, no obstante, aún recurre a una frase para soportar todo el dolor y dice, esto es un sueño, despertaré y será un sueño, estaré limpio, sin piojos, habré comido, me habré lavado, un hombre que no será éste que está aquí, que se quiere morir, pero que suena que va a despertarse de esa muerte. Mirad bien a ese hombre. Allí, en aquella playa, frente al mar helado, había no uno, sino miles como él, todos iguales a él, envueltos en mantas, tiritando de frío, dando patadas contra el suelo para evitar la congelación de los pies, todos con el mismo rostro, todos mirábamos nada desde los mismos ojos, todos pedíamos al cielo la muerte, aunque no lo dijéramos, unos lloraban y otros no, pero pensábamos que esto se acabaría de una vez, antes de que el frío y el viento acabaran con nosotros, antes de que volviera a nevar...

Han muerto muchos, cierto, pero muchos menos de los que lo pedían a gritos.

Nos organizamos bien, tampoco hubo gran cosa que organizar: cincuenta gramos de pan por hombre y día. A mediodía nos servían dos cucharadas de un arroz cocido, un engrudo repulsivo. Lo más chistoso, que diría el Pichón, es que estaba soso... ¡con toda el agua salada al lado!

Otros días había más suerte: veinte lentejas, diez garbanzos, farinetas, guijas y un cubito de caldolla.

A los pocos días empezaron las enfermedades intestinales.

Había en el campo dos fuentes, pero como se cavaron las letrinas cerca, que en un día rebosaron de heces y se convirtieron en un lodazal de orines retestinados, aquellas aguas acabaron contaminándose, así que era un agua podrida, olía mal y sabía peor. Primero fueron colitis. Las autoridades sanitarias lo sabían, pero miraban a otra parte. Una enfermera a la que fui a pedir algo para la colitis, me respondió, no beban ustedes agua o hiérvanla. Eran siempre sus contestaciones. ¿En qué fuego? Nos hicieron unas hornillas, cuatro hornillas para cien mil personas. Estos franceses no sabe uno si son idiotas o es que se lo hacen. Por favor, se quejaban algunos, pasamos frío. Entonces un guardia decía, abríguense. O tengo fiebre, se quejaba otro, y le decían, pues hará bien no enfriándose. El aire del campo era hediondo. Veíamos a muchos que salían corriendo para cumplir con sus necesidades, y no llegar al lugar donde podíamos hacerlas, junto a la alambrada, la mezquita llamábamos a ese lugar, y emporcarse todos los pantalones, los pobres, y luego quitárselos y lavarlos en la playa, tapadas malamente sus piernas flacas y blancas con la manta, y luego permanecer horas y horas de pie, junto al pantalón lavado con agua de mar y tendido en los alambres de espino, esperando a que se secase con aquel viento frío y húmedo, en permanente guarda, porque de no ser así, era seguro que alguien se los llevaría... ¿No me robaron a mí mis calzoncillos? Los había lavado, y los colgué para que secaran. Al volver, no estaban. Eran los únicos que tenía. No le conté nada a nadie, y cuando vi que otro dejaba los suyos en el alambre, se los robé. Unos calzoncillos que no eran más que una piltrafa de tela, no valían nada, no eran más que un harapo. Es como para echarse a llorar. Ha sido lo peor, sorprenderte cometiendo esa clase de acciones viles... Robando unos calzoncillos... Si mi padre, amigo de Pablo Iglesias, supiera que a

eso hemos llegado... Los gendarmes experimentaban una alegría inmoral al vejarnos de aquella manera en que lo hacían, con sistema, y nosotros nos vejábamos de continuo. Era como la carrera de la degradación. Cada día bajábamos un peldaño más. Sabía que estaba mal robarle a nadie unos calzoncillos. Naturalmente que lo sabía, pero sin calzoncillos mis ingles, en carne viva por los piojos y las liendres, se escocían de tal modo que no podía dar un solo paso. No pensé en los piojos del dueño de aquellos calzoncillos, como no pensó en los míos propios quien me los robara a mí primero. Lo mismo que cuando pasaron algunos españoles a recoger las sobras que tiraba el destacamento de soldados franceses detrás de sus barracones. Salieron algunos predicando, el orgullo español, ¿dónde está?, clamaban. Y decíamos, ya nos lo hemos comido, y seguimos con hambre.

Eso es lo peor de las guerras, terminas haciendo cosas innobles, degradándote, perdiéndote el respeto, porque cuando robas unos calzoncillos viejos de un alambre es porque crees que ya no vales nada y que estás muerto, y que a los muertos les está permitido todo.

Ayer volvió madame Blanche. Es muy buena. Me preguntó si tenía alguna ropa para lavar, porque ella me la lavaría. Se porta como una madre. Es hija de catalán y francesa. Tiene dos hijas, ya casadas. Habla de ellas a menudo. También lo hace de sus nietos, que no ve, porque las hijas viven fuera, una cerca de París y otra en Lille, y eso la apena. Para ella la familia lo es todo. Se acuerda de cuando vivían juntos. Después se mudaron a esta casa, donde tienen alquilados dos cuartos. Por eso no ha podido tenernos a nosotros, no hay sitio. Me lo ha repetido una docena de veces, en cuanto ve cómo nos tiene Madame Barbizon. Se pasa por la mañana, por la tarde, a última hora, aunque sólo sea un momento, pasa, pregunta cómo estoy y se marcha. Otros días aprovecha y se queda un rato haciéndome compañía, ahí sentada sobre la cama, a falta de otro sitio donde hacerlo. Cuando me trae una golosina, como el flan del otro día, espera a que me lo tome, y se lleva el plato, pues no le gusta que Madame Barbizon lo lave y se lo entregue limpio, pues en ese caso adopta una actitud de superioridad insufrible, como si acabara de hacerle un gran favor. No creo que Madame Barbizon sepa que son socialistas, pues en ese caso ésta, que sí es fascista, le cerraría las puertas.

Hemos hablado otra vez de volver a España. Madame Blanche se pone en el lugar de mi madre, me ha dicho. Se están repatriando muchos. Hay opiniones para todos los gustos. Algunos compañeros de la UGT dicen de volver, porque alguien tendrá que continuar la lucha allí. Y en eso tienen razón. Pero no voy a ser yo quien lo haga. Para mí, con la guerra se ha acabado todo.

A los dos o tres días de estar en Saint Cyprien sucedió algo curioso, vino el jefe de campo, un coronel francés; ordenó, llamen a todo el mundo. Le acompañaban emisarios de Franco. Nos congregó a los cien mil. Nos habló por la megafonía. Fue una alocución soez y mostró, pese a todas las habilidades, el doble carácter de su gobierno, como lo demostraron durante la guerra. A lo primero nos informó con muy buenas palabras de que en España nos esperaban con los brazos abiertos, uno el de la justicia, otro el de la clemencia, para añadir a continuación que el pan que estábamos comiendo era producto del sudor del trabajo de los franceses, él, que seguramente no ha trabajado en su vida, como todos los militares, parásitos, y aseguró también que tendríamos que permanecer durante tres años en batallones de trabajo, y que era lo mejor volver a la patria, porque allí iban a necesitar brazos fuertes para reconstruirla.

«No debéis olvidar jamás que el pan que coméis es un pan ganado honradamente por el pueblo francés, fruto de su sudor, de sus penalidades y de su trabajo, lejos de cualquier aventura, desoyendo cualquier cántico de sirenas políticas o de utopías ingenuas e infantiles. No debéis olvidar esto jamás, para no despilfarrar, maldecir o ultrajar un pan que no es vuestro, una tierra que os ha querido acoger y una bandera que a partir de ahora defiende vuestros derechos, pero que al tiempo exige vuestros deberes para con ella, que son muchos.» El muy cerdo. Y todo porque las autoridades francesas han prometido a Franco y a la Falange devolverles los bienes depositados por la República en la Banca de Mont-de-Marsan, si repatrian al elemento refugiado. Bastardos.

Fue una arenga de una bajeza indescriptible, y aquel tipo, delgado, fino, con un bigote recortadito de apache, sin dejar de fumar en una boquilla negra y enfundado en un abrigo con el

cuello de piel, aún tuvo la desvergüenza de ir, grupo por grupo, haciendo personalmente una propaganda asquerosa a favor de Franco, y animándonos a que regresáramos.

La gente al principio se contuvo, pero alguien le lanzó al coronel una porquería. ¿Para eso hemos hecho la guerra?, protestaba la gente. Se organizó un motín. Querían darles una lección. Los oficiales franceses mandaron cargar a los guardias, que eran *spahis* senegaleses. Éstos nos metieron en la cara las culatas de los fusiles a todo el mundo, y nos empujaron contra las alambradas de espinos.

Lo de los negros es un capítulo aparte. Se veía felices a los asquerosos bambulás. Era la primera vez que se les permitió pegar a unos blancos. En aquellos ojos amarillos se podía leer todo el odio que sentían por los franceses, pero se vengaron con el elemento refugiado.

Hubo protestas por parte española, pero no nos hicieron caso; es una vergüenza que un *spahis* nos dé órdenes, y no oficiales franceses, como pedimos. Valiente basura. En cambio, con los gendarmes franceses eran unos perros lacayos, les lustraban las botas, les besaban el culo, y se echaban a temblar cuando un gendarme les dirigía la palabra.

Muchos de los nuestros se han vuelto ya. ¿Por qué? Todo son silencios. Unos se vuelven porque se acuerdan de su novia, o de su mujer y de sus hijos, otros porque han dejado allá a padres enfermos, sin sostén, en la estrechez; lo natural, pero, ¿qué se encuentran? Campos de concentración, cárceles, penas de muerte. Lo sabemos, y, sin embargo, hay quienes se arriesgan.

Si volviese, les rompería el corazón de verme cómo me meten en la cárcel a mí también. Padre está en Porlier desde hace un mes, y de nada va a ayudarlo el que yo regrese. Para salir adelante están mis hermanas. Conchita estudió para mecanógrafa y a Consuelo se le ha dado siempre de maravilla coser. Lo pasarán mal, pero no lo pasarían mejor si estuviese en Madrid, aunque me gustaría que vieran mis conchas.

Me gustaba buscarlas en la playa. No tenía otra cosa que hacer durante el día. La gente se reía de mí, me decía, como un chiquillo, No era cierto. También las buscaban otros. Luego, nos juntábamos y hacíamos intercambios. Me he quedado con una por cada día que pasé en el campo. Tengo cuarenta y seis. El resto se las di al salir a un muchacho de Rute que era también la primera vez que veía el mar. Las mías son bonitas y singulares. Me he quedado con una grande y cuarenta y cinco pequeñas. En la grande se oye el mar y no me canso de escucharlo en esta habitación. Cuando me aburro la saco de debajo de la almohada. Es una cosa prodigiosa, se pueden oír incluso las olas, cómo llegan una detrás de otra, chas, chas, y me han asegurado que, aunque me aleje de la costa, se oirán lo mismo, siempre esas olas de allí, esas concretamente, las de Saint Cyprien.

Tuve tiempo de sobra para buscarlas. Luego, el campo se organizó algo más, Hubo que construir tres barracones para los enfermos y los heridos. Todo fue haciéndose con cierto orden. A esos barracones siguieron otros. Se levantaban conforme a unas normas. A la calle principal, más ancha que las demás, se la llamó Avenida La Libertad. Qué escarnio. Yo no sé cómo la gente conserva el humor para jugar con esas cosas. No quieres caldo, pues dos tazas, calle Lenin, calle Durruti, calle Guadalajara, calle Ciudad Universitaria... Se conoce que la guerra nos ha vuelto idiotas, porque llamar a nada allí dentro libertad, a quién se le ocurre.

Anoche daban las dos y no me había dormido. Desde el jueves que llegó con Marie, no ha vuelto Lechner.

Queda un día para que expire el crédito, y Madame Barbizon, de pasada, deja caer las indirectas. Sólo le importa el dinero. No sabe hablar de otra cosa, lo que gasta, lo que le cuestan las cosas, el capital que le cuestan sus hijos, el que le cuesta mi manutención... Yo estoy mejor. Lo he decidido; en el momento en que el doctor Galin me diga ya, aprovecho una hora en que los chicos estén en la escuela y Madame Barbizon en el mercado, me despido de madame Blanche y tomo las del humo, dejándole a deber lo que se le deba, por asquerosa y fascista.

Ayer, mientras estaba tendido en la cama, empezó a llover. Percutían las gotas en el cristal. Me he jurado a mí mismo no volver a acordarme de nada de la guerra ni de lo pasado en el campo. Pero no siempre lo consigo. Cuando es en sueños, puede decirse que yo no tengo la culpa, pues nadie gobierna en esas baterías. Pero cuando es despierto como ayer, no hago sino que a manotazos me

espanto los murciélagos de la pesadilla, sombras de mí amargura y mi pena, porque no puede ser que también yo me volviera loco.

Decía que ayer empezó a llover. Me despertó la lluvia aporreando los cristales de la ventana. Oí el reloj que daba dos campanadas. Y la lluvia me llevó a acordarme de los que aún estarán en los campos. Una cosa es que uno se regodee en su desgracia y otra muy diferente pensar en la de los demás. Y yo ayer me acordé de los que siguen en el campo, y me entró una pena inmensa, y estuve llorando más de una hora, yo solo con un ahogo traidor, por ellos y por mí, porque no tenemos a nadie que vaya a llorar nuestra suerte.

No les habían construido todavía barracones suficientes, más de la mitad seguían durmiendo al aire libre. Se mueren cada día una docena, los que siguen vivos están enfermos, y los que están sanos se han vuelto locos y han empezado a quitarse la vida, de eso nadie quiere contar nada, pero lo sabemos todos, en cuanto los perros *spahis* se descuidan, salen de la alambrada, corren hacia las vías y se arrojan al tren.

Por esa razón han tirado una nueva alambrada, a dos metros de la anterior, zurcida y rezurcida, con el fin de que no pueda salir nadie. A las visitas hay que atenderlas a través de los alambres. Las mujeres no pueden ni siquiera acariciar las manos de sus maridos, ni éstos a sus hijos. Se hablan de alambrada a alambrada, todos gritan, lloran, se vuelven más locos aún. Cuando yo estaba, los gendarmes y los balubas presenciaban muy complacidos cómo nos pasaban por debajo de los alambres ropas viejas y lo que buenamente podían darnos nuestras mujeres y la poca población francesa que se compadecía de nosotros, y teníamos que acercárnoslo con palos o desgarrándonos el brazo, y los guardias, con el cigarro en la comisura de los labios, y las manos en los bolsillos, sosteniéndose la barriga.

Me acuerdo de los amigos del campo. Los he hecho allí muy buenos, más incluso que los de la guerra, porque mientras estás luchando tiene uno puesta la cabeza en otra cosa. Allí tuvimos, por el contrario, todo el tiempo para conocernos y ayudarnos. He aquí sus nombres: Luisito Cervantes, de Cabra; Albano, andaluz; don Antonio Torrelles y su hermano don Sito, de Valencia; Helios Hermosilla; Florentino; Agustín Calvó; don Minervino, un maestro de Barcelona...; de todos ellos soy y seré amigo para toda la vida. Algunos estaban mal cuando salimos de allí. Don Sito estaba enfermo de los pulmones, todo el día tosiendo, cambió lo que tenía por conseguir un poco de tabaco, el reloj, una cadena con unas medallas de otro, un par de zapatos... Pobre hombre.

Yo quedé en que cuando pudiera le escribiría, pero no le he escrito. Cuando se está dentro se prometen cosas que uno luego no cumple. Les habría escrito, pero no tengo ánimos, ni siquiera sé si no les desmoralizaría más aún, viéndome a mí fuera... Son ya viejos los dos, si no con setenta años, muy cerca le andan, son como dos tías solteras, relimpios, amañados, cuidadosos para con su ropa, no sé cómo lo lograban, pero cuando todos estábamos con unos harapos, ellos seguían sin perder la raya de los pantalones, siempre con su corbata puesta. Los dos ponen al hablar las manos de la misma manera, como si bordaran y tirasen del hilo hacia arriba. También los dos votaban a Izquierda Republicana. Una vez estábamos en la chabola. Habíamos organizado un campeonato de ajedrez. Jugaba don Antonio con Lechner, y don Sito y otros mirábamos. Fuera llovía. El ambiente era muy bueno entre nosotros. Alguien les preguntó, ¿ustedes por qué han salido? Lo que preguntaba es que era raro verles entre nosotros, porque se les veía ricos, de posición... Don Antonio no dijo nada. Era más serio. Casi siempre el que hablaba era don Sito, dijo, huy hijo, ésos a los que primero buscan es a los que son como nosotros. Lo dijo medio en broma, pero se veía que llevaba una carga de amargura por dentro.

En todo el tiempo que yo permanecí en el campo, don Sito no se quitó una bufanda blanca ni unos guantes de color vino. Don Antonio es más sobrio, con otro empaque, su bufanda era negra. Pobres, lo que sufrían para lavarse la ropa y adecentarse. En el campo les empezaron a llamar los marqueses. No les importaba, al contrario, se reían. Lo poco que tenían lo fueron repartiendo entre unos y otros. Hablaron alguna vez de una hermana, casada, pero fascista perdida, de la que no esperaban la menor ayuda. Les escribiré, porque me caían bien.

Todo esto venía a que a veces me acuerdo de las seis semanas de Saint Cyprien. Si puedo

evitarlo, me avento de la frente tales pensamientos, pero a veces como ayer por la noche, no puedo, y les doy vueltas y vueltas. O me despierto en medio de una pesadilla, y es que he vuelto allí, sigo haciendo cola delante de las hornillas, o junto con los dedos las migas de sebo helado que nos dan para que la mezclemos con la sopa, y me las llevo a la boca, o veo cómo se va uno, las espaldas hundidas, con la maletilla en la mano, con el capote o la manta echada sobre la cabeza, en silencio...

No quiero pensar más en ello. Fuera, murciélagos, atrás, vampiros, lejos, moscas de sepultura.

Estoy sano. Muy débil, pero sano. Fue el primer día en salir. Se me doblan las piernas. Tuve que ir despacio. El aire de la calle como que me mareaba, lo notaba tan limpio, tan puro, que se me subía a la cabeza; iba un poco borracho.

Al pasar frente a un almacén de semillas vi una báscula, entré y pregunté si me podían pesar en ella. Sesenta y tres kilos. Hasta ochenta y dos que pesaba hace seis meses, diecinueve son los que he adelgazado. El doctor me ha dicho que es muy importante que coma bien, carne todos los días. Yo estoy de acuerdo, y un jamón y naranjas de la China. De momento no tengo más dinero que el que trae Lechner. A Madame Barbizon le debemos una semana y media, siempre vamos por detrás, y está la mujer que bufa por el pasillo. Ahora va a ser mi venganza, porque con no aparecer por casa está todo solucionado.

Fuimos a un café del mismo Toulouse, donde suelen reunirse los refugiados, Chez Manolo, que no sé si se llamaba antes así o es que lo ha puesto alguien con aguda visión comercial. Es un café como los de Madrid, grande, con columnas de hierro, espejos amplios, paredes grasientas y suelos sucios, atufado por el humo de los cigarros y ruidoso.

A todo el mundo le llegan noticias de todas partes, porque es el centro de reunión del elemento refugiado, con preponderancia del sindicato anarquista, aunque va mucha gente de la nuestra. Los comunistas suelen aportar, creo, en otro local, Uldéal. Las novedades circulan a gran velocidad. Hay planes de evacuación general. A mí me da igual adónde nos lleven, pero se impone dejar Francia, la Indeseable.

Para celebrar mi alta, me llevaron Lechner, Marle y una amiga de ésta a merendar, pues ambas, después de recoger su certificado de sanidad, se tomaron la tarde libre. Resultó completa. Son muy buenas chicas, lástima que tengan que ser lo que son. Nos han tomado mucho cariño, como si nos hubiesen amadrinado. Yo me recogí temprano, porque al final me fallaban las fuerzas.

14 de abril. Día de la República. Las autoridades nos han prohibido al elemento refugiado toda celebración. Nada de banderas ni mítines, nada de manifestaciones. ¿Qué vamos a celebrar entonces, el fascismo?

Por la mañana cayeron dos o tres chubascos y estaba el tiempo revuelto y frío. Por la tarde salió el sol, nos juntamos unos mil con las banderas y marchamos al centro de Toulouse, a la plaza del Capitolio, junto a los partidos y sindicatos hermanos. Había lo menos doscientos gendarmes, que no intervinieron. Se repartieron pasquines y periódicos, pero no hubo mítines, y a las nueve o así volvimos a casa, yo me he quedado y Lechner se fue a acompañar a las chicas, y hace un rato que también él ha vuelto.

Hoy ha sido un poco de susto, pues volví a tener fiebre, y decidí quedarme en casa. También porque no me siento seguro. Nadie lo está. Los gendarmes piden los papeles a cada paso a todo aquel al que vean con aspecto de refugiado o hablando español, y al que le encuentran una irregularidad o lo devuelven a un campo de la costa o va directamente a un batallón de trabajo, a las colonias francesas, de tres a cinco años, medio franco de salario al día. A los franceses que esconden a españoles, grandes multas. En cierto modo están encantados. Nunca han tenido tanta mano de obra y tan barata ni han hecho tantos negocios con la desgracia.

Por suerte no tenía fiebre, pero sí los síntomas. Fui a tomarme la temperatura a casa de madame Blanche, porque no quería que Madame Barbizon se enterara de que estaba otra vez metido en esas danzas. Luego, noté que me dolía un poco la garganta. Quizá me enfrié cuando salí ayer con Lechner y las chicas. Eso tiene que ser. Sería una muy mala noticia que me pusiera enfermo de

nuevo, porque los planes de evacuación se vendrían abajo, sin contar con que no sabría qué hacer. ¿Cómo seguiría pagando a Madame Barbizon? Lechner se irá.

Me han contado que hay dos o tres organizaciones, como las que nos sacaron del campo, que se ocupan del refugiado y le pasan dinero. Está también la ayuda del gobierno español, pero es insuficiente, pues no llega a un franco diario. Dos francos y medio diarios es lo que cobra Madame Barbizon por la habitación a cada uno, o sea, cinco francos al día, sin contar la comida y el lavado de la ropa, que son otros dos. En total, cuatro y medio, lo que hacen ciento treinta y cinco al mes, una cantidad a todas luces desorbitada para nosotros.

A través de madame Blanche le he pedido si podía ella enterarse de algún trabajo para mí, me da igual, cualquier cosa. Es una temeridad, lo sé, y ni siquiera lo he consultado con el doctor Galin, que se pasó esta mañana por casa para ver cómo seguía. Él me ha ordenado reposo absoluto durante al menos un mes. Pero, ¿de qué voy a vivir este tiempo?

Lechner siempre me aconseja que no me preocupe. Nos vemos poco. Es quien paga a *madame* Barbizon, lo cual ha sido una razón más para que ésta haya acabado por ignorarme del todo. Incluso he visto cómo ha ido cobrando interés por mi amigo. Las primeras sonrisas que le he sorprendido se las ha destinado a él. Se lo comenté, y se echó a reír. Desde entonces, Lechner la trata a la baqueta, lo que no ha hecho sino almibararla más y soltar todo el suero agrio que tenía con él, como la mantequilla a la que se azota con la pala. Se ve a la legua que es una cosa sexual y repugnante. También le he pedido a Lechner que me busque algo, que podría ayudarlo en la cantera, pero a todo me replica que no me preocupe.

Es algo mayor que yo, tiene seis años más, yo, veintidós, él veintinueve recién cumplidos; yo los cumplo en mayo.

Llegué a pensar que Marie le tenía recogido, pero no era eso. Va de cuando en cuando a *La Marseillaise*, está un rato con ellas y vuelve a casa.

Me habla bien de su patrón. Asegura que es una buena persona. Será de las pocas, porque al refugiado, si pueden, le roban. A él le paga 20 francos al día, lo que da una buena suma, yo creo que no hay nadie de los nuestros que gane tanto, y la mujer del patrón le da también algo de comida, porque sabe que Lechner me tiene a mí a su cargo, mantequilla, carne, que sabe que tengo que comer, y verduras, y también alguna camisa de su marido.

Ayer, que fue domingo, resultó un día completo, el mejor de todos después de muchos meses. Qué digo meses, desde antes de la guerra no había conocido un domingo igual, lo que declaro en voz baja, pues tengo comprobado que basta con que las cosas empiecen a marchar mejor para que se tuerzan. Lechner me llevó a conocer a su patrón. Cuando éste se enteró de que yo ya estaba repuesto, lo primero que hizo fue invitarnos a pasar el día con su familia.

Nos levantamos a las siete de la mañana, y eso que la Gare Matabiau está a dos minutos de la casa. El tren iba lleno. Luego, por la tarde, de regreso, nos los encontramos a casi todos, volvían con cestas de comida y víveres para el resto de la semana, metidos en tarros de cristal o envueltos en grandes pañuelos de hierbas. La gente venía satisfecha. Unos excursionistas, jóvenes, se metieron a cantar y, como lo hacían bien, les escuchamos con gusto...

Su patrón se llama *monsieur* Bouchon, y su mujer, Ma deleine. A él se le llama *monsieur* Bouchon, pero en cambio a su mujer no se le llama *madame* Bouchon, sino Madeleine.

Nos estaban esperando en la estación para llevarnos a la iglesia a oír la misa. No nos lo esperábamos, y yo pasé una gran vergüenza, pues no sabía cuándo había que ponerse de pie o sentarse, y Lechner allá se andaba conmigo. Los bouchoncitos se desternillaban de la risa con nosotros, viéndonos tan patosos, pero luego de misa nadie nos dijo nada.

Viven en una casa con el tejado de pizarra, a las afueras del pueblo, vieja y de piedra, de dos pisos y con ventanas altas, pintadas de blanco.

Antes de nada: ha venido con gran sigilo madame Blanche. Trae un recado de su marido. Dice que debemos estar advertidos, pues ha sabido que se disponen a dispersar al elemento refugiado, con el objeto de debilitarlo y poder repatriarlo sin escándalo. Es mejor salir cuanto antes de aquí. Cada día los rumores, promovidos por el gobierno, resultan más inquietantes. Buscan provocar una

estampida, quieren que nosotros mismos nos precipitemos al vacío. No sé. Lo hablaré con Lechner. De momento, sigo con lo que estaba contando.

El matrimonio, me refiero a los Bouchon, es un contraste, él con las espaldas anchas, ella en cambio es una ardilla, la nariz pequeña y fina y la barbilla retraída; él parece que tendrá cincuenta años, y a ella no se le echarían ni veinte. Él conserva en la cabezota todo su pelo, que es de color negro, y es velludo en brazos y pecho; ella en cambio tiene como una cabellera de rata, escasa y floja, de color colorado. Tienen ya siete hijos, todos pequeños. *Madame* Bouchon está muy orgullosa de haberlos criado a todos ellos.

Lechner habla el francés como un francés. A *monsieur* Bouchon le interesa la política. Apenas sabía lo que había sucedido en España, creía que había sido un asunto como una pelea de familia, en la que no debía intervenir nadie, porque las dos partes llevaban algo de razón. Lechner aún protestó. Yo, ¿para qué? Que se desengañen solos.

La comida fue abundante y con ese sabor que tienen aquí las cosas, que está bien, pero no es el nuestro, un plato de coliflor, como estofada, y un conejo en una salsa de tomate, con muchas hierbas, y todo el vino que quisimos beber, y un postre de queso fresco y confitura de grosellas, recogidas en un bosque cercano a la factoría Bouchon.

A las cuatro menos diez el propio *monsieur* Bouchon nos acompañó a la gare para tomar de vuelta el tren de Toulouse.

Creo que Lechner se podría quedar a vivir aquí. Tiene un trabajo y un buen patrón, gana tanto como un obrero francés, no puede pedir más, aunque con su sueldo tendría que esperar más de ocho años para poder pagarse un pasaje a América.

He decidido buscar a partir de mañana un trabajo. Si lo encuentro, nos mudaremos de esta casa y buscaremos otro lugar donde podamos al menos tener una cama para cada uno.

Todo lo bueno que fue el domingo, ha sido malo hoy el lunes.

En Toulouse hay doce imprentas y tres periódicos. Hoy visité seis de las imprentas y dos de los periódicos, *El Independiente* y *El Popular*, pero no necesitan tipógrafos ni en las unas ni en los otros. Todos saben de nuestro problema, y muchos son socialistas como nosotros, pero hay el trabajo que hay, y eso tenemos que comprenderlo.

A mediodía estaba citado con Lechner para comer en el Refugio Español, un centro que han habilitado las damas inglesas, donde se da de comer a los refugiados españoles, ciento cincuenta comidas por día. Los vagabundos y pobres franceses, que se han enterado de que se da comida allí, se presentaron también. Parece que lo hacen todos los días, y reclaman que a ellos se les dé de comer, y si es que van a comer antes en su país los extranjeros que ellos. Aunque se les dice que esa comida no la paga el gobierno francés, sino la organización de las damas inglesas, no lo entienden. Lo que les dije yo., a buena hora iba el gobierno francés a gastarse un solo franco en nosotros. Se organizó una buena. Por poco se llega a las manos. Y eso es todos los días. Había dos gendarmes presentes, pero no intervinieron. Al contrario, están esperando el altercado, para poder proceder con la repatriación o mejor aún para ellos, con la deportación, que tan buena mano de obra les reporta gratis.

Después de almorzar dejé a Lechner, con el día libre, en Chez Manolo, más concurrido que nunca, pues son muchos los que van consiguiendo salir de los campos, bien con papeles buenos, bien con papeles falsos, bien sin papeles, sobornando a los gendarmes.

Nada que consignar. He pasado el día solo. Lechner está en la cantera y dormirá allí. Procuero llegar a casa pasadas las doce de la noche para no tener que cruzarme con la patrona, y salgo de casa aprovechando que ella se va al mercado. He buscado trabajo en todas partes. Hoy fui a una droguería en la que *madame* Blanche me dijo que precisaban un mancebo. Se encontraba en ella un par de mujeres. Esperaba a que se marcharan para quedarme a solas con el patrón, pero entró una señora empingorotada. Se me quedó mirando de una manera oblicua. Llevamos en la cara el estigma de haber hecho una guerra y haberla perdido. Procuró quedarse lo más lejos de mí, como si fuese un bandolero. En los periódicos siempre que se produce un altercado con un español lo sacan

en primera página, con grandes titulares. Ha habido algunos robos, cierto, pero hay que tener en cuenta esto: la gente se está muriendo de hambre con raciones de diez gramos de café por persona y día, cincuenta de pan por persona y día, y cincuenta de sebo nauseabundo por semana, nada de carne, media libra de arroz por semana, y otro tanto de sueño de carne, sueño de leche y sueño de pescado, porque de estas tres cosas sólo las garantizaban en sueños. ¿Que ha habido algunos robos? Lo extraño es que no haya habido asesinatos.

Así que cuando entramos los españoles en las tiendas, nos miran con recelo, suponen que vamos a robarles y miran nerviosos hacia la puerta, para saber si los cómplices esperan fuera, y las mujeres temen que las violemos, como si fuésemos de las cabilas.

El droguero me abordó, monsieur, y puso cara de impaciencia. Así que tuve que decirle en mi mal francés que venía por el trabajo.

Sin inmutarse me replicó que él buscaba un francés y no un español. Me hirió, pero ¿qué podemos hacer? Así que el droguero miserable, en cuanto vio que me iba a marchar, se creció y empezó a echarme un sermón, para lucirse ante la mujer de los collares, que si la Francia se había llenado de forajidos, que si en realidad no éramos más que unos vagos (¡a mí, que le estaba pidiendo un trabajo que no quiso darme!) y que si haríamos mejor volviendo a España para arreglar todo lo que hemos estropeado allí; en fin, todo lo que repite una y otra vez el gobierno fascista de Daladier.

Por la tarde me di una vuelta por los salones que la CGT, en su sede del Arsenal, ha puesto al servicio de los españoles. Es más barato que el café y podemos pasar la tarde entera, y aunque tienen que cerrar a las doce de la noche, hacen de cuando en cuando la vista gorda para que se queden a dormir los que no tienen dónde.

Se habla de inminentes levas y emigraciones, los rumores que trajo la otra tarde madame Blanche se confirman. Ya han salido de Francia, con dinero del gobierno español, muchos refugiados, en su mayor parte peces gordos. Encuentro eso injusto. Hasta que perdimos la guerra era natural que existieran las jerarquías y los grados. No todos podíamos ser iguales. No es lo mismo un sargento que un coronel. Pero hemos perdido la guerra. El general y el miliciano, el ministro y el obrero, el secretario general y el último de los afiliados son ya lo mismo; entonces, ¿por qué nuestro gobierno en el exilio favorece a unos más que a otros? Los comunistas son los que mejor parados están saliendo, no se sabe cómo lo consiguen siempre. A muchos de ellos se los llevan a Rusia. Se dice que allí les dan una casa y trabajo, y que viven como los rusos, con los mismos derechos a hospitales, educación y todo lo demás. Cuando se corrió la voz de que en Rusia nos acogían a los españoles así, muchos han querido ir allí, pero los rusos no son tontos y, primero, no se han llevado más que a los que eran comunistas, y segundo, únicamente a unos POCOS, peces gordos también y algún obrero para hacerse la foto...

Una vez más se constata que el que tiene posición e influencias sobrevive, y el que no, perece. Contra esto luchamos en España, pero hemos retrocedido. Ojalá estuviéramos en el punto de partida. Antes, al menos, vivíamos en España. Si queríamos cambiarla, estábamos allí. Pero ahora, ¿desde dónde vamos a cambiarla?

Cuando salí del centro eran ya las once de la noche. La mayor parte de las noches no ceno nada. Madame Barbizon nos ha apretado las tuercas, y ha soltado que el precio que le pagábamos era insuficiente, así que ahora abonamos por cama y desayuno lo que antes nos costaba la habitación y tres comidas, y que si no nos gusta la reforma, ya sabemos dónde está la puerta.

Siempre decimos que nos vamos a cambiar, pero luego nos conformamos, pues todo el mundo está poco más o menos.

Toulouse es una ciudad con mucho empaque. Se parece mucho a Barcelona y Valencia, aunque con avenidas más pomposas, como lo hacen todo los franceses. Las casas son en su mayoría de un ladrillo especial, color café con leche, lo cual le da al conjunto un aire apastelado. Pero a mí me parece una ciudad triste, no sé por qué. Hay luz eléctrica, y esto, saliendo de tres años en que los pueblos y las ciudades españolas estaban a oscuras, se nos hace raro, pero, pese al suministro, la ciudad resulta oscura y muerta. Esto no es como España, no hay cafés por la noche ni casinos, no hay teatros. La última sesión del cine es a las ocho, y a las diez la ciudad se vacía. Yo procuro no

volver a casa hasta pasadas las once y media o las doce.

Lechner es una persona reservada. Tiene algo de alimaña del monte, con ese pelo cortado a cepillo, de punta. Se parece en eso al lince. Está en permanente estudio de las personas, las mira, se ve que las está sopesando por dentro, pero con un desapego paradójico. Casi nunca habla como no sea para decir algo que tiene ya pensado.

Hoy le dije que si no encontraba trabajo quizá me volviera a España. Lo dije por decirlo, por engañarme a mí mismo creyendo que tengo una solución, sin tener nada. Marcharía a Biarritz y entraría por San Sebastián, donde los controles son menos estrictos que en Port Bou.

Hablábamos a oscuras. Ni siquiera me había desnudado para meterme en la cama. No nos veíamos la cara...

No sé por qué dije aquello, en el fondo sé que nunca regresaré a España mientras los fascistas estén en el gobierno... Fue entonces cuando me atajó y me dijo que yo no me iba a volver a ninguna parte, porque nos iríamos a París.

La sorpresa mía fue grande, puede suponerse, y le pregunté si sabía cuándo nos íbamos a París, y me respondió que había pensado que nos marchásemos mañana, por hoy, pero que esperaríamos hasta pasado mañana; antes tenía que resolver algunas cosas aquí.

Dentro de un rato he quedado citado con Lechner en *La Marseillaise*, para despedirnos de Marie y las demás chicas, en la casa que tienen en la *rue Gazan*, la misma donde nos agasajaron la primera vez. La verdad es que se portaron con nosotros como no se ha portado nadie. Luego, nos volveremos a casa, dormiremos, y cuando Madame Barbizon se vaya al mercado, tomaremos como se dice las del humo y un tren para París. Ni Lechner ni yo tenemos papeles para la libre circulación. ¡Qué más da! ¡A París!

¡A París! En qué tono tan diferente estaban escritas estas palabras ayer. Ayer eran todo esperanza y alegría... ¡A París! Sí, pero de qué manera tan diferente.

Tengo miedo. Todo el miedo que no he tenido en la guerra lo tengo ahora. No es lo mismo cuando las cosas suceden en una guerra y en tu país que cuando suceden en un país que no es el tuyo, en tiempos de paz.

Estamos en el tren. Mañana llegaremos a París, después de dieciséis horas. ¡París!

No hace ni media hora que pasaron dos inspectores que venían pidiendo la documentación. Miraron los papeles sin demasiada atención, mientras Lechner habló con ellos. Le preguntaron si era francés, porque lo habla como si fuese el español. Les respondió que sí, que su madre era francesa. Yo me quedé tonto, porque hasta hace media hora no me había dicho nada de eso. Y, ¿por qué, si puede saberse? Ni lo sospecho. Así que les mostró también otro papel, como una carta. Nos han dejado en paz.

Delante tengo a Lechner, que se ha dormido. ¿Qué sé de él en realidad? Nada. A su lado, aunque dejando un asiento vacío entre los dos, hay una mujer con su aspecto triste, que lleva puesto un traje negro y en la solapa una joya que es una lagartija de oro con rubíes, con el rabo haciendo una ese. Lleva el bolso, de charol negro, sobre las rodillas, que mantiene firmes, como si se las hubieran pegado con un clavo. Esta mujer no ha cambiado de posición desde que salimos de Toulouse, y por el aspecto se diría que va a llegar así a París, mañana. Yo estoy junto a la ventana, pero hace más de tres horas que se ha hecho de noche y no se ve nada. Dentro del vagón hay una luz turbia e insuficiente.

No tengo sueño. Son las once y treinta y cinco minutos de la noche, según el reloj de la Gare Matabiau. No lo he dicho aún. Vuelvo a tener el mío de pulsera, el de Tarancón. El mío de siempre. Y yo me explico.

III

3 de mayo

Llevamos cuatro días en París y, aunque nadie quiere aventurar cuándo partiremos hacia México, se cree que será dentro de una o dos semanas. Se desconoce incluso el puerto. Hablan de Le Havre. Estamos en un compás de espera.

¿Qué papel les enseñó Lechner a los inspectores del tren? Cuando se lo pregunto, me responde, tú déjame a mí, y se ríe de una manera enigmática.

En cuanto llegamos a París nos hemos alojado en un hotel modesto de la *rue* des Capucines, que es donde nos encontramos ahora. Tiene seis habitaciones, una por piso, a las que se sube por una escalera de caracol tan pina y mareante como dar vueltas sobre los talones. La dueña es una mujer de un parecido asombroso con Madame Barbizon. Es chistoso lo mucho que se parecen las dos en lo físico, pero ésta, al contrario que aquélla, es alegre. Tiene siempre en la entrada de la casa un vaso con dos o tres margaritas pequeñas, que arranca del parque. Ocupa una habitación que se comunica con la recepción a través de una puerta medio camuflada. Vive con un hombre diez años más joven que ella por lo menos. Él suele exhibirse en camiseta, con los hombros cubiertos de un vello ensortijado y selvático, muy activo, con llaves y herramientas en los bolsillos, haciendo de cristallero, de plomero, de fumista; a ella la oímos cantar todo el día, y se acicala, perfuma y adorna como si tuviese veinte años, litoral éste que ella ha dejado de avistar hace por lo menos otros treinta.

Ahora hacemos dos comidas al día, la de mediodía en un bistró de la calle Racine y la cena en un café de la calle Saint Jacques. El dinero nos da para hacer incluso dispendios. Hemos contactado con la gente del SERE, que son los que gestionan los papeles con la inmigración mexicana. Mañana nos entrevistaremos con los funcionarios mexicanos.

Fuera de estos momentos, tenemos todo el día para nosotros. Yo me lo paso callejeando, con Lechner casi siempre, pero también solo, cuando éste desaparece. No me harto de ver calles y calles, y comercios y escaparates. Las mujeres son las más elegantes del mundo.

Me gusta mucho esto y disfruto, tanto, que a veces yo mismo me extraño y me reprocho haberme olvidado de la razón por la cual hemos venido a parar aquí, como si me culpara por distraerme; me digo: ¿Qué pasa? ¿No te acuerdas ya de aquello, de casa, de tu padre? Voy por una calle o me siento en una terraza a ver pasar las muchachas o me llega el aroma de un café recién hecho y que perfuma el aire fresco de la mañana; en ese momento me golpea con fuerza el pecho, como un puñetazo de la conciencia, y me viene a la cabeza lo que hemos dejado atrás, y no sé si me despierto de un sueño o si, por el contrario, acabo de dormirme de nuevo para entrar en la pesadilla.

Nuestro aspecto ha mejorado mucho. No estamos a salvo, pero me da gusto pasearme al lado de los gendarmes, sin que éstos reparen en mí como refugiado, aunque también se pasan fundados momentos de zozobra.

Lo peor, si se quiere, es la soledad. En los cafés del Barrio Latino hay una gran cantidad de artistas, hombres y mujeres de todo el mundo. Se pasan el día hablando. Entre las mujeres las hay que parecen niñas, son como musas. Ayer me pasé la tarde entera en uno. Había un grupo de jóvenes. Hablaron de todo, discutieron, se rieron y no dejaron de beber. Había con ellos también tres o cuatro mujeres jóvenes y bonitas. Me hubiera gustado mezclarme con ellos, por el trato, para no estar solo, pero soy tímido. Esto tampoco es como España. Nadie se te acerca y te pregunta.

Se nota día a día que empieza a hacer bueno y que la primavera, que aquí llega mucho más tarde, está en camino. Allí ahora están casi en San Isidro...

No quiero pensar en España. Incluso se diría que no quiero pensar en mi madre ni en mis hermanas. Ni siquiera quiero pensar en mi padre. Pienso en ellos, desde luego, pero como si no fuesen nada mío, de la misma manera que no querría que ellos pensaran en mí, para que no sufriesen.

Algún día vendrá en que podamos reunirnos, y volverán las cosas a ser como antes, pero ahora, ¿para qué? Cuando tengo pensamientos de España o de la familia, como que se deshacen, pero no como se deshace el terrón de azúcar en el café recién hecho, sino como si me quedaran en la lengua unos posos amargos y serrinosos, que he de escupir.

De todo París lo que más me distrae es el río. Después de verlo da vergüenza seguir llamando río al Manzanares..., y lo más chusco es que yo no lo cambiaría por el Sena ni por ningún otro río.

Bajo a los muelles y me quedo junto a los pescadores y a los mendigos horas enteras. Llevo cuatro días aquí y parece que lleve cuatro años, de tanto como he corrido de un lado para otro. El tiempo tarda en pasar, es el doble de largo que en cualquier otro lugar, más que lo que yo he conocido hasta el presente.

Apenas he visto a Lechner estos días. Me ha prometido que en cuanto resuelva unos cuantos compromisos se ocupará de mí. Ha vivido aquí, me ha dicho, pero responde cosas muy vagas cuando se le pregunta más de la cuenta. Si quiere contármelo, me lo contará, y si no, por mucho que le pregunte, no va a hacerlo.

Esta mañana Lechner me ha llevado a la *rue Saint Lazare*, donde está el SERE. Hemos de volver mañana, pero nos han atendido de una forma exquisita. Trabajan durante dieciocho horas, sin descanso, expidiendo cédulas de identificación, preparando expedientes, atendiendo la masiva correspondencia... Se reciben al día más de dos mil cartas y en todas les piden algo. Resulta imposible atenderles a todos, y mucho menos socorrerles en algo.

El piso donde funciona el SERE está lleno de habitaciones de las que entran y salen hombres y mujeres laboriosos como las abejas de una colmena. La gente espera pacientemente durante horas, y se marcha, a veces sin que hayan podido resolver ni una sola de sus demandas, de modo que vuelven al día siguiente, y al otro, y al otro.

A Lechner le veo por la noche sobre todo. Lleva aquí una vida misteriosa. Le digo, ¿no serás espía ruso? He llegado a pensarlo, pero a él le hace una gracia loca la suposición. Vale que el dinero lo haya conseguido como lo ha conseguido, pero, ¿y todas esas entradas y salidas?

En su favor tengo que decir que en Toulouse llegué a pensar que aquello de monsieur Bouchon y que le daba víveres era mentira, creí que lo sacaba de las chicas de *La Marseillaise*, y luego resultó que era verdad lo suyo y falsas mis suposiciones. La soledad tiene esto, o acaba contigo o te lleva a la vida de los demás de la peor manera, el chisme.

Hoy es un gran día.

Hasta los franceses dicen que el tiempo que está haciendo no es normal. Es ya completa la primavera. Ha venido en dos días. Los árboles que crecen junto al Sena se han llenado de botones y hojas. Los del parque del Luxemburgo lo mismo. Las mujeres han dejado en casa los gabanes y los abrigos, y se diría que debajo de sus vestidos sobresalen también los botones de sus pechos. En el ambiente se respira un clima de sensualidad pegajosa. Por todas partes huele como a vainilla, y ése no sé por qué razón se me antoja un aroma comprometedor y peligroso.

Para mí, como he dicho, es uno de los días más felices de mi vida, primavera completa. Iré a México, dejaré Francia.

Cuando me levanté, Lechner se había ido, y me había dejado la misma nota que todos estos días. Comeré algo por mi cuenta, donde me pille. Hemos quedado citados para después. En las oficinas del SERE, adonde he acudido solo también, había esta mañana una gran afluencia de refugiados. La guerra parece un asunto ya muy lejano. Todos miramos hacia adelante, hacia el futuro. Las colas son de tres y cuatro horas, y por eso a veces no se consigue que avancen.

Lechner gestionará su visado la semana que viene. Parece como si no le preocupara salir de Francia o como si lo diera por seguro.

He hablado con los del Comité. No me han preguntado nada, se han limitado a leer la instancia-memorial que les envié desde Toulouse y lo han apuñalado con dos o tres golpes de estampilla, volvieron a meterlo en una carpeta de color amarillo, después de anunciarme que estaba admitido. Cuando participan una orden de éstas, los hombres también se alegran, son en eso como los médicos, después de tener que dar tan pésimas noticias a todo el mundo a lo largo del día. La semana que viene nos comunican la fecha de partida y el lugar de concentración.

A continuación, y como un trámite, me pasaron al despacho del delegado mexicano, un tal Ulloa, que estaba junto a su mujer. Tenía cara de indio, de tez morena y con un bigote de los que están sobre el labio como un tejadillo. Hablaba él, pero se veía que quien mandaba era ella. Tendrá unos treinta años, es elegante, con ropa llamativa, bajo el vestido sobresalían los pechos de manera ofensiva, como pequeños obuses, separados y en punta. Cada vez que se movía, la habitación se saturaba de un perfume denso, tropical, a magnolias. Se ve que a estas alturas uno tiene la sangre alterada por el buen tiempo y las expectativas.

Los mexicanos, al contrario que los del SERE, me hicieron mil preguntas, políticas, personales y profesionales. A las primeras contesté de una manera vaga, a las segundas de una manera concreta, y a las terceras de una manera enfática, pues les aseguré que no sólo era mecánico, sino perito en impresoras planas de dos tintas. A la salida me hicieron pasar por caja, para entregarme mil francos. A las mujeres y a los que no han servido en la guerra les dan quinientos. Con este dinero y con el que Lechner me ha proporcionado, vivo como un rajá, aunque mil francos no dan para mucho. Las chaquetas que nos compramos el otro día costaban trescientos cada una, y el bistró nos cuesta cuatro francos con veinticinco céntimos, con postre, pan y vino.

Me encuentro en el café donde el otro día estaba el grupo de artistas. Hoy son los mismos. No aparto los ojos de una de las muchachas, una morena, pero es curioso comprobar hasta qué punto somos insignificantes, porque ella, que no aparta los ojos de uno de los que lleva la voz cantante, un chico alto, espigado, con el cuello largo y una nuez picuda y móvil, ni siquiera se ha dado cuenta de que dos mesas más allá la está mirando un pobre español, refugiado, que la encuentra preciosa y que le gustaría intercambiar con ella un par de palabras o pasearse un rato a la orilla del Sena, porque está ya cansado de vagar solo por la ciudad, sin hablar con nadie.

Me digo que es absurdo soñar nada. Me iré dentro de unos días de París, de Francia, de Europa, quizá para toda la vida. ¿Qué sentido tiene que me acercara a la chica de los cabellos negros y le dijese, mira, soy un refugiado español, acabamos de perder una guerra de una manera muy romántica y gloriosa en defensa de la libertad, soy pobre, vivo en un hotel, estaré en París unos días, no puedo hacerte ningún regalo, salvo un reloj, quieres venir conmigo a pasear poéticamente junto al Sena y luego a hacer el amor al hotel, si acaso mi compañero de habitación quiere dejarnos el cuarto para nosotros un rato? El camino de las ilusiones es largo, cierto, porque no se detiene en el Sena, sino que sigue, callejeando, y llega al hotel de la rue des Capucines... Al día siguiente nos despertamos a media mañana, emperezados y optimistas, y nos reímos de lo que hemos hecho, y empezamos a prometernos las cosas imposibles que se prometen cuando uno está enamorado. El camino de las ilusiones empieza en este café, pero da la vuelta al mundo vertiginosamente. Pienso, ahora girará la cabeza y me verá, le pareceré interesante, un poeta, un hombre de genio que está escribiendo en este café una obra inmortal. ¿Por qué no? A París se viene a eso, a escribir obras inmortales. Para vivir historias de amor, uno se queda en su pueblo. Pero lo cierto es que escribo en este cuaderno impresiones sin brillo, sin aristas, como las viejas casas de adobe de mi país, que las primeras lluvias echan abajo...

Los del SERE, que lo llevan mayormente Negrín y los comunistas, nos han dicho que no nos ocupemos de nada, que el barco está equipado por una organización humanitaria inglesa, al frente de la cual está, cómo no, una punta de aristócratas británicas, en fin, Dios se lo pague, dicho de todo corazón.

Hoy, como está a la vista, estreno nuevo cuaderno, no es de contabilidad, sino de hule negro, y

bastante más pequeño, que me cabe en el bolsillo de la chaqueta. Me parece mentira que haya terminado el otro. Pero así es. Las cosas tienen todas un final, más pronto de lo que creemos.

He escrito a casa desde aquí, para darles la nueva dirección. Si han mandado alguna carta a casa de Madame Barbizon, como para reclamarla, porque hicimos lo que habíamos pensado, marcharnos debiéndole una semana y media de pupilaje. Que se joda por bruja.

El día en que nos fuimos de Toulouse me citó Lechner a las siete en *La Marseillaise*. De las chicas faltaba sólo Amélie, que se había marchado con uno. Se alegraron de verme.

No habíamos vuelto a juntarnos desde el día en que nos atendieron por primera vez, cuando nos llevaron a los baños y después a su casa, donde nos dieron de cenar.

Yo, por encargo de Lechner, había comprado una especie de empanada, que aquí llaman de otro modo, unos pasteles de liebre, dulces y media docena de botellas de vino y dos botellas de licor, porque pensábamos hacer una despedida en toda regla.

A las ocho de la tarde apareció Lechner. Venía de buen humor. Él traía otras dos botellas de coñac. El dueño de *La Marseillaise*, el forzudo con aspecto circense, quiso sumarse a la fiesta, convidó a todos los que estaban en el cafetúcho en ese momento a la copa que bebían, y prometió cerrarlo a las once de la noche para nosotros y los de confianza.

Se bebió, se cantó y se bailó. Las chicas estuvieron divertidas, bailaron, se rieron, nos invitaban a bailar a nosotros y se portaron en todo momento como unas buenas amigas. Yo estaba muy contento. El de ver París no puede decirse que fuese un deseo tan violento como el de conocer el mar, pero sí quitó fastidio a las últimas horas en Toulouse. Al final las chicas derramaron sus lagrimitas, sobre todo una, que no hacía más que llorar. Su novio incluso tuvo que decirle que le iba a dar una guantada como no dejase de jorobarle con tanto lloro, y se volvió al buen ambiente.

Lechner en cambio estuvo toda la noche serio, con la frente abrumada, pensando en otras cosas. Marie, Amélie y las otras lo querían mucho... Con las mujeres es único.

Hacia las once, Lechner me dijo que tenía que despedirse de dos amigos nuestros, y salió, pero a la media hora estaba de vuelta, y la cosa duró en *La Marseillaise* hasta las tres o las cuatro de la mañana.

Al día siguiente, en cuanto sentimos que Madame Barbizon dejaba la casa, salimos nosotros. Lo que siento es no habernos despedido de Madame Blanche y de su marido. Desde hace tres años nuestra vida es una perpetua despedida. No hacemos otra cosa que decir adiós, a menudo definitivamente, a gentes a las que apenas conocemos y a las que la vida nos ha unido con lazos indestructibles de gratitud y afecto.

Tomamos un tren nocturno. Fue cuando los policías nos pidieron los papeles. Llegamos a París a las diez de la mañana. Cerca de la estación de Midi había una tienda de confecciones. Entramos. Lechner se probó chaquetas, pantalones, camisas, y reservó lo que le convino. Me quedé atónito viéndole disponer de tanto dinero. Bromeamos sobre su aspecto. Iba hecho un pincel. Era como otro Lechner, pues hasta ese momento llevaba aquel viejo traje que le dieron en Ogassa, cuando el Barreno le pegó un tiro al nieto de la pobre vieja. Pero lo más chistoso vino después. Hizo que me probara yo también chaquetas, pantalones, camisas. Pagó y salimos de allí llevando cada uno en un paquete su ropa vieja, parte de la cual la dejamos sobre un banco de un parque por si la encuentra alguien y le sirve.

Era la hora del almuerzo. Me llevó a un restaurante de lujo. Apenas nos acomodó el mozo, Lechner se me quedó mirando a los ojos. Le brillaban de una manera diabólica. Sacó del bolsillo algo envuelto en papel de periódico y me lo ofreció. La sorpresa mía, cuando reconocí el reloj de oro, fue mayúscula. No hizo falta ni siquiera que lo mirase, porque lo conozco de lejos. Me confesó que lo había encontrado en el escaparate de una casa de empeño y de compraventa de oro, una que había en el boulevard de Strasbourg, en Toulouse, lo que es prueba inequívoca de que los gendarmes se han quedado con todo para su beneficio personal.

Le pregunté cuánto le había costado. Titubeó un poco y me respondió que cien francos. No puede ser, pensé. Creí que me mentía, para que yo no pensara que se había gastado una fortuna. Entonces, como la cosa más normal del mundo, me confesó que su madre, que vive en París, le había mandado dinero suficiente como para venir a París, comprar el reloj y equiparse.

No sé por qué yo creía que su madre vivía en Barcelona, con su padre. Pues no.

Lechner y yo somos muy distintos. Yo le he contado cosas de mi vida y de mi familia; sin embargo, cuando hemos entrado en las confidencias, él las ataja, dice, algún día te contaré, y se ríe, pero luego no suelta prenda.

Lo que sé es esto: al estallar la guerra, se vino de Francia y se fue al frente. Luego lo llevaron a Rusia, allí aprendió a manejar aviones. Después le destinaron a Valencia, en la aviación, hasta que a su avión, averiado y viejo, no se le pudo reparar por falta de suministro en las piezas de recambio. Fue cuando pidió que le destinasen al frente.

No tiene más hermanos. Su padre es médico en Barcelona, y su madre no es francesa, sino rusa.

Faustino era mi amigo, nos contábamos las cosas, teníamos la misma edad. Con Lechner no, es mayor, él no me cuenta nada, y a mí contarle yo, tampoco me gusta. En Toulouse le pregunté por qué se ocupaba de mí. Era cuando no teníamos dinero ni él ni yo. Me respondió que todo el mundo adquiere unas obligaciones con lo que tiene delante, pero que si yo me moría, se olvidaría al día siguiente de mí. Sé que lo dijo en broma, pero hay algo de verdad en eso. Lechner es como un astro, va en su propia órbita, gira sobre sí mismo, no molesta a nadie, no le pide a nadie que sea su satélite. Al contrario, le molesta.

Uno en la guerra ha visto a muchos solitarios de muchas clases. Se podría hacer con ellos tres grandes categorías. Está el que siempre se encuentra solo porque los de más no lo quieren tener al lado. Éstos dan un poco de lástima, pero la mayoría de éstos se lo tiene merecido por cenizos. Luego, están los tímidos, que les cuesta arrimarse a los demás; a muchos de éstos si se les busca, se dejan atraer, pero otros prefieren quedarse solos, son los que llamamos raros, sin juntarse con nadie, mirándonos a los demás como esos perrillos de los gitanos, asustadizos y nerviosos, sin atreverse a salir de debajo del carro, por si alguien les va a saltar un ojo de una pedrada. Y, por último, están los que son como Lechner, que andan solos porque no necesitan de nadie. No son tímidos, tampoco son raros. Son simpáticos incluso si se lo proponen, pero arrastran una historia dramática que no le confiesan a nadie. En el caso de Lechner esa historia existe, de eso no hay duda. ¿Cuál será? No lo sé.

Al pasar junto a mí la muchacha del pelo negro me ha rozado sin querer con la manga y me ha pedido disculpas. Cuando he levantado de este cuaderno los ojos ni siquiera la he visto, porque seguía su camino hacia la puerta. Así que ya no tengo mucho que hacer en este café. Tampoco tengo más ganas de escribir. Me iré al hotel. Antes me asomaré al río. Eso me gusta. A veces me pongo al lado de los pescadores de caña, que nunca pescan nada. Me gusta verles. Pasan las gabarras con su cargamento de piedras, de arena, de carbón. Cuando se ha hecho de noche, me vuelvo al hotel. Si está Lechner, salimos a darnos un paseo. Si no, escribo un poco, y me duermo.

Desde el punto de vista del refugiado, París está mucho mejor que Toulouse, qué duda cabe. Allí veíamos a exiliados constantemente. Aquí los ves si quieres. Si no, no. Y el hecho de no pasar todo el día con españoles te libera de la opresión que sentíamos allí. Aquí, en París, el aire es más limpio. Ojos que no ven... Es triste, pero es así.

Al contrario que pasó con los franceses del Sur, los parisienses, si por casualidad llegan a saber que eres un exiliado español, se encogen de hombros. En realidad se encogen de hombros por cualquier cosa. Te puedes estar muriendo, que eso les da lo mismo. Llevan doscientos años viendo que aquí les llegan los desesperados de toda Europa, unos salen adelante, pero la mayoría se tira al Sena; entonces los parisienses lo más que llegan a decir, cuando los sacan del río los buzos, es, *oui, c'est la vie, mon ami!* Son perfectamente idiotas. Algún día se escribirá la verdadera historia de los franceses, y cómo se han portado con el elemento refugiado, cómo nos han mentido, engañado, injuriado, vilipendiado y maltratado, antes, durante y después de la guerra.

Tres días sin escribir en este cuaderno. ¿En qué se ha pasado este tiempo? He ido dos veces al SERE, para estar al tanto de nuestro embarque, he paseado, he visto a algunos compañeros, en fin, en la sala de espera.

Lechner me ha pedido que le acompañe esta noche a cenar a casa de su madre.

Me parece bien, porque quiero darle personalmente las gracias por las atenciones que ha tenido con nosotros, ya que sin su dinero no hubiésemos podido salir de Toulouse ni vivir ahora en París, y quién sabe si hubiésemos conseguido el pasaje para México...

No doy crédito a lo que he visto.

La madre de Lechner es bellísima, más que una madre parece una madrastra.

Mientras íbamos a su casa me contó que ella se había separado de su padre para irse a vivir con el dueño de la casa donde estuvimos, un tal Rémy, del que se habló mucho, pero que no apareció, no sé si porque no estaba en París o porque sencillamente hizo un discreto mutis.

La casa es, que diría mi hermana, de no te menees. Había salones uno detrás de otro y alfombras tan grandes como los salones. Con los cuadros, espejos y tapices se podrían llenar diez museos y de los techos colgaban lámparas como las que hay en los teatros; en cuanto a los muebles, había tantos por todas partes y tan suntuosos que daba miedo incluso acercarte a ellos, por si podías arañarlos.

Cuando llegamos, un mayordomo vestido como un académico nos pasó a un saloncito, con unos sillones grandes en los que te hundías tanto que sólo te veías las rodillas. Al cabo de un rato apareció ella. Es una mujer alta, casi tanto como su hijo. Llevaba un vestido hasta los pies, negro, a juego también con el piano y con el mayordomo. Era escotado por todas partes, por detrás moría en la misma rabadilla y por delante le formaba como un arco gótico sobre los pechos. A mí, francamente, siendo la madre de Lechner, me puso en un compromiso, pues no sabía dónde mirarle. Conmigo fue más bien fría, me tendió la mano amorfa, y apenas se rozó con la mía la retiró. Trató con más cortesía a su mayordomo que a mí.

Me preguntó si me gustaba París, si me divertía, en fin, ni de la guerra ni de la desgracia que nos ha pasado, algo, qué sé yo, sólo por educación...

Ella habla perfectamente español, como yo. Nos sentamos a cenar, y la conversación, que giró sobre el hecho de que Lechner se hubiese ido a la guerra, se fue caldeando, así que antes de que ninguno se diera cuenta, madre e hijo estaban hablando en francés, quizá porque les daba vergüenza de que yo me enterara de las cosas que se decían, que no debían de ser, sin embargo, tan graves como cuando se las empezaron a gritar en... ¡ruso!

Después de eso la cena se convirtió en un funeral. La despedida resultó de una asombrosa simetría con la llegada. Ladeó su mejilla para que su hijo se la besase, me tendió la mano, más para que no me aproximase a su persona que para despedirme, y pidió a su mayordomo que nos acompañara hasta la puerta. Ni siquiera cuando le di las gracias, de una manera nerviosa, por todo cuanto había hecho por nosotros descompuso el semblante regio que adoptó durante toda la velada, al contrario, frunció los labios, para que abreviara el trámite.

Bajamos por los Campos Elíseos en silencio. No teníamos ganas de volver al hotel. Cruzamos el río. Estaba lleno de luces que se extinguían como lamparillas tenebrosas, ojos de peces sombríos que hubieran subido a la superficie asfixiados por las tinieblas. Entramos en un café del Barrio Latino, vacío y angosto, con una docena de veladores de mármol atendidos por un camarero viejo que esperaba sentado en uno de ellos.

Lechner me contó que también salimos de Saint Cyprien gracias a su madre. Para mí eso fue una sorpresa, porque hasta ayer yo creía que lo habíamos hecho gracias a las damas inglesas. Pero no. Entonces le pregunté cómo es que sabiendo que su madre podía haberle sacado mucho antes, aguantó tanto. Me respondió que no se llevaba bien con ella y que no le quería dar ese gusto, de verle tan derrotado, tan necesitado de ayuda, como consecuencia de algo que había llevado a cabo contra su parecer.

Éste ha sido el día. A mi lado Lechner lee en la cama. No quiere hablar. El encuentro con su madre le ha puesto de mal humor. A mí sólo me ha dado sueño.

Hoy, al levantarnos y recordar la cena de ayer, Lechner me ha contado algunas cosas más.

Su padre, alemán, médico, dobla en edad a su madre. Ésta no había cumplido todavía los dieciséis años cuando se casó con él. De joven parece que era una belleza legendaria, y lo creo, a juzgar por lo que he visto ayer. El médico la conoció y se enamoró de ella perdidamente. A las

cuatro semanas estaba hablando con el padre de la muchacha, conde Alexandre Krupoy, para pedirle su mano, pero éste, que ya era viejo, estaba enfermo de cuidado, y tuvo que tratar con la madre, Paulina.

La familia vivía en París, desde que la publicación de unos libelos en los que se sumaba a la corriente reformista de la propiedad rural, le habían ocasionado trastornos y discusiones con otros propietarios y parte de la nobleza.

Cuando la familia llegó a París, en 1901, la madre de Lechner tenía doce años, y a los dos o tres el viejo conde se muere, y se queda la Krupovna con sus cinco hijas, la menor de las cuales es Marie, la madre de Lechner.

Paulina Krupoy, que todavía vive en París, es, según Lechner, todo lo contrario que su abuelo, el viejo conde. Es ignorante, terca, preocupada únicamente por las cosas materiales. Un detalle: al morir su marido, rompió todas las cartas que le dirigió a éste Tolstoi, del que era amigo y correligionario, y moteja al escritor en público de mujeriego, iluso y egoísta, y disfruta divulgando mil chismes que conoce del gran escritor, como si le culpaba de haber corrompido a su marido con unas ideas que echaron al traste una carrera prometedoras junto al zar. Cuando llegó la revolución rusa, en cambio, y supo cómo pasaban a degüello a tantos nobles y vio a tantos que llegaban arruinados a París, ni siquiera se acordó de bendecir el nombre de su marido, gracias al cual habían sacado de Rusia la mayor parte de sus bienes.

En fin. El doctor Lechner pidió la mano a Paulina Krupoy, y ésta accedió, a pesar de que el pretendiente doblara en edad a la novia y no fuese más que un medicucho judío, como le llamó y le sigue llamando todavía. ¿Por qué? Porque ella y su hija no podían soportarse un minuto más bajo el mismo techo.

Sin embargo, el doctor Lechner era todo menos un medicucho. Mucho antes de conocer a su madre había desarrollado ya una técnica de neumotórax más eficaz que la que se conocía, no siempre satisfactoria, y así se lo había reconocido la ciudad de París, que le hizo famoso y rico.

En cuanto se casaron, los Lechner buscaron una ciudad donde asentarse lo más lejos de París, lo más lejos de Paulina Krupov. Vivieron un año en Grenoble, donde nació Lechner, tres en Ginebra y otro más en Mónaco, antes de instalarse definitivamente en Barcelona. El doctor Lechner compró una casa a las afueras de la ciudad, donde los aires parecían salutíferos, la adaptó como clínica, y en unos pocos años se labró una reputación como especialista en enfermedades de pulmón. A Lechner le pusieron el nombre de Thomas por su padre, que se llama de la misma manera. El matrimonio, sin embargo, no fue feliz. Cuando él tenía trece años, un verano, en París, adonde iban de cuando en cuando a visitar a la abuela Paulina, su madre conoció al tal Rémy, un aristócrata viudo, inmensamente rico, más viejo incluso que su marido, quien la sedujo, o se dejó seducir. Jamás volvió a España, que detesta. Ni siquiera se tomó la molestia de mandar recoger sus vestidos. Lechner volvió con su padre, y a su tiempo empezó la carrera de medicina, que abandonó a los seis meses, al comprender que no tenía el menor interés ni por las bacterias ni por los pacientes. Eso fue origen de un grave conflicto con el padre, y Lechner se volvió a París, donde acabó la carrera de químico. Al terminarla Rémy le consiguió un buen trabajo en una compañía minera. La guerra de España le sorprendió en París, y decidió volverse, lo que ocasionó una violenta ruptura con su madre.

No me lo ha dicho, pero creo que después de salir de Saint Cyprien habría podido venirse a París; si se quedó fue en parte por mí, porque yo estaba enfermo, pero también por no tener que volver a verla. De su padre no ha vuelto a saber nada desde 1936, en que aquél salió de Barcelona para Ginebra, donde tenía amigos médicos. Cree que sigue allí.

Lechner me ha llevado a ver a unos amigos suyos, de ambientes intelectuales. Me dieron dos o tres lecciones de política, y me han explicado lo que pasó en la guerra de España. No quisieron ayudarnos contra el fascismo, y hablan de que se van a merendar a Hitler en cuanto estalle la guerra.

He quedado citado aquí, en una tabernita de la plaza de los Vosgos con Lechner, que, si llega, lo hará ya con veinte minutos de retraso.

Ahora le comprendo mejor. En el frente de Aragón, cuando se incorporó a nuestro regimiento, se veía que no era como nosotros, y, aunque haya luchado por las mismas cosas, lo ha hecho por razones diferentes.

Mírale, viene por allí, alto, delgado, con los ojos claros y hundidos, fumando, trae la chaqueta abierta, con una mano en el bolsillo del pantalón, el sombrero un poco ladeado, nadie adivinaría que es un hombre que sufre. Camina despacio y seguro y mira las cosas con zumbona curiosidad. Es grande, pero saberse insignificante le hace sonreír, porque la misma piedad que siente hacia todo y hacia todos, la siente hacia sí mismo. Lo han derrotado, pero no vencido. Es lo mejor de este tiempo y en otra época menos podrida alguien habría encontrado un pedazo de mármol para su idea de la vida.

He recibido carta de casa. Padre ha muerto en la enfermería de Porlier. Ha sido como una puñalada en el corazón. Noto aún la hoja de torvo acero clavada aquí. Padre mío...

Allí, como un perro, en la enfermería de una cárcel, tú, que jamás hiciste daño a nadie, al contrario, que dedicaste tu vida a los demás. No me queda una sola lágrima. Recuerdo cuando me llevaba al Retiro, la primera vez que me metió en el museo del Prado, porque decía que la cultura era lo más importante, cuando nos íbamos en verano a los merenderos de San Antonio, a la orilla del río, cuando me acompañó a los talleres de Ribadeneyra, donde me metió de aprendiz, cuando le acompañé a un mitin de la UGT en Tetuán de las Victorias, cuando... Todo el día yo solo, recordando. Murió el 3, el día que llegamos a París, pero la suerte quiere que me haya enterado precisamente hoy, el de mi cumpleaños. Es significativo, como si me hubiese estado esperando todos estos días. Del 3 a hoy, 13, para mí estaba vivo todavía, y ahora, cuando yo nazco a un nuevo año, ha querido morírseme él. La vida, a poco que se estudie y observe, está llena de estas coincidencias significativas. Lechner lleva dos días fuera de París. Lo prefiero así, esta soledad. Así, padre, he podido darte todos mis pensamientos. Cierro los ojos y te veo, me sonríes, recién afeitado, como en aquellas mañanas de domingo, con el aliento limpio y la camisa blanca que te ponía madre recién planchada, y tú leyendo el periódico, sentado en la salita, junto a la ventana, comentándonos a todos en voz alta las noticias, leyéndonos los discursos de las Cortes... Al levantar la mano, hacías que germinara el aire, y las semillas del amor se nos reventaban a los de casa hechas ya fruto, por la mañana era semilla y por la noche las cosechábamos, así durante todos y cada uno de los días de estos mis veintidós años plenos, sin faltarle ninguno... Cierro los ojos y te vislumbro el último en que nos vimos, en Madrid, cuando ya estaba en Alcañiz. El 23 de septiembre del 38. Que me dijiste, al despedirnos, a por ellos, justo, que no quede ni uno, y que quisiste sonreír, pero que no lo conseguiste del todo, y que yo, cuando vi que se te desbordaba una lágrima, me volví como si no me hubiera dado cuenta y salí como si tal cosa, pero sabiendo que no te volvería a ver, que aquella iba a ser la última vez, y cuando madre me abrazó en el pasillo se echó a llorar, lloraba a mares, lo mismo que Conchita y Consuelo, pero madre hablaba en voz alta, tragándose las lágrimas, se forzaba en hablar en voz alta para hacerte creer que a unos pasos de donde estabas enfermo no pasaba nada, cuando en realidad teníamos el corazón roto.

París, que ayer me gustaba tanto, hoy me ha parecido una ciudad inhóspita. No he sabido dónde ir. No he comido en todo el día. No tengo hambre. He tomado dos cafés. ¿Y cuando te regalé, con mi primer sueldo, una edición encuadernada de los Episodios Nacionales, que tanto te gustaban, y tú, emocionado, me confesaste que eso le llenaba más de orgullo que de gratitud, y mandaste a Consuelo que trajera de la tienda aceitunas, unas lonchas de mojama, que sólo comíamos por Navidad, y pastas, y Conchita bajó a por una botella de vino a la bodega, y un cuartillo de mistela para madre y las chicas, y fue un pequeño banquete?

Lo pienso, y creo que todos mis recuerdos de ti son buenos. Es una suerte. Hemos discutido, porque a esta vida se viene a discutir, pero ni una sola discusión empañó nunca el respeto que te tuve. Hasta hoy creía que lo que yo sentía por ti era respeto, pero, ya empecé a sentirlo con la guerra y lo confirmo ahora, era un amor más grande de lo que pude suponer jamás, valías más de lo que yo valgo y de lo que pueda llegar a valer, y más que la mayoría de los hombres a los que he tratado, y he tratado estos últimos años a gentes extraordinarias.

Siento como una mano de hierro que me quisiera arrancar las entrañas. Pienso en madre, en Consuelo, en Conchita. Es Conchita la que me ha escrito. Pego aquí la carta, para que nunca se me olvide este día.

«Año de la Victoria. Muy malas noticias, justo. Padre se nos ha muerto y a nosotras es como si nos faltara el aire para respirar. Han sido días tristísimos, en que nos acordamos de ti a todas horas, los más penosos desde que empezó todo, y aunque nosotros nos temíamos que pasara lo que ha pasado, no es lo mismo, y el golpe ha sido mortal en casa. Se murió el 3 del corriente, a las 10 de la mañana, pero no nos dejaron sacar su cuerpo hasta el día siguiente, y nos obligaron a sacarlo de madrugada, porque de no ser así no nos lo hubieran entregado tampoco, pues no quieren que se vea que sacan cada mañana los muertos de la cárcel. La gente allí se está muriendo de hambre y de enfermedades, sin contar los que sacan cada día para fusilarlos en el patio y luego los cargan en un camión y nadie los reclama, que no sabemos dónde los echan. No sé las cosas que nos deja poner la censura militar y las que no. Lo que cuento es la pura verdad. A mí me da igual que lo quiten. Qué escarnio. Si padre viviera. Dentro de lo malo, para que te consuelen algo, padre estaba enfermo, y ha sido mejor que se muriese él a que lo fusilaran. Eso habría sido una infamia muy grandísima. Nos ayudó Albano, que se portó en todo como de la familia. Lo enterramos en el cementerio del Este, donde padre y madre llevaban pagando una sepultura desde que se casaron. ¿Tú sabías esto? La peor ahora es madre, a quien no dejamos ni a sol ni a sombra. La mujer se ha resignado, y es muy fuerte, pero temernos se nos derrumbe en cualquier momento o enferme de los nervios, se pasa el día llorando, dice que se acuerda de ti, para que no la riñamos por llorar por padre y darle vueltas a lo que ya no tiene remedio. Tú no te preocupes por ella, que está bien atendida por nosotras. Cuídate mucho, justo, y llévanos en el pensamiento, como te llevamos nosotras siempre. Tenemos lo preciso para ir tirando, pero si te falta algo, dilo, malo sería que no te pudiésemos ayudar en nada. Yo he encontrado trabajo. Necesitaban una mecanógrafa en una empresa de carbones, nos presentamos sesenta y dos, la necesidad y la penuria en Madrid son ahora mucho mayores que cuando la guerra, pero por suerte me cogieron a mí. El primer mes fue de prueba y no me pagaron, y ahora el sueldo es pequeño de momento, pero me han asegurado que me lo subirán dentro de un año, y Consuelo cose en casa. Con eso vamos tirando las tres, dentro de que no hay mucho, todo el mundo lo está pasando mal. Escribe pronto. Muchos besos de tu madre y tus hermanas Conchita y Consuelo, que no te olvidan.

El día que padre murió yo estaba en París. Estaba feliz, deslumbrado por los bulevares, por el Sena, por las casas. ¡Quién me iba a decir que a la misma hora se había muerto él!

Yo digo lo mismo que Conchita. Por lo menos ha muerto en la enfermería. Peor hubiera sido que lo hubieran juzgado.

He estado paseando por ahí, sin rumbo fijo, he subido hasta el Arco del Triunfo, he bajado, he ido a la Torre Eiffel, me he metido por calles y pasajes en los que no había estado, crucé el río tres, cuatro veces, sólo para aturdirme, pero con cualquier cosa que viese me acordaba de mi padre, de madre, de Consuelo, de Conchita, de España, de Madrid.

¿Dónde está el límite del sufrimiento, quién o qué podría ponerle coto? Puñales por dentro, desgarrándome, puñales por fuera, deteniéndome.

Al volver, encontré a Lechner en el hotel. Se lo he contado. Si se muriese su padre o su madre no sentiría él lo que siento yo, pero es que los suyos no se pueden comparar con los míos.

Correría sin detenerme, hasta caer muerto, si supiera en qué dirección.

Ahora que no lo voy a tener, es cuando más me duele. Una vez una granada le arrancó a uno de Ciudad Real la pierna, hasta la rodilla. Logramos que se salvara, pero los primeros días le dio por decir que le dolía el pie, y de ahí no salía, que le dolía el pie. Pues eso es lo que me pasa a mí, ahora que no se lo puedo decir, me duele mi padre a todas horas.

Han salido las listas del embarque. Vamos a irnos en un barco que se llama *Sinaia*, que ha fletado el SERE, con la colaboración del gobierno mexicano. Es definitivo, pero el disgusto está en que en las listas no aparece Lechner. No se lo he podido decir, porque ha vuelto a escaparse de París dos días.

Al enterarse, se ha puesto furioso. De todos modos, si él quiere ir a México no tiene ningún problema, porque podría pagarse el pasaje que quisiera.

Mañana le acompañaré al SERE. Por la tarde quería llevarme al cine, para distraerme, pero quiero hacer el luto. Lo ha entendido. Le he pedido a *madame* Guillot, la del hotel, que me cosiera un pastrón negro en las dos chaquetas. Al enterarse de lo de mi padre ha estado conmigo de lo más atenta, me ha hecho pasar a su casa y me ha ofrecido una taza de café, y creo que era sincera en sus sentimientos, pues, aunque no conociera de nada a mi padre y a mí me conozca de hace una semana y media, es de esas personas a quienes las desgracias les afectan de una manera singular, por remotas que parezcan. Basta que lleguen a su conocimiento de una u otra forma como para considerarlas propias, y *madame* Guillot se ha portado en todo como una madre comprensiva y cariñosa.

Por la noche nos esperaban en la casa de una prima suya, otra Krupoy, que estuvieron muy solícitos con nosotros, su marido y ella, y nos ofrecieron su ayuda, si podía servirnos, si bien no entendí la mitad de lo que hablaban.

Al volver del SERE, hace un rato, nos hemos cambiado de hotel. Nos hemos mudado al hotel Odeon, en la plaza del Odeon.

No está claro que lo de Lechner se pueda resolver, sobre todo después de lo que me ha contado.

Por el momento, dejémoslo aquí. Ya será tiempo de volver a ello.

No parece preocupado, sólo furioso.

Lechner ha venido, pero se ha vuelto a marchar, ha tenido que irse de nuevo al SERE.

También se ha pasado por la casa de su madre. Todo tranquilo.

Está pensando qué hacer. Está entre la espada y la pared. Le han dado un ultimátum. A lo primero sólo lo sabían los españoles. Ahora quién sabe quién más lo sabe.

Hemos tenido, claro, apoyos, pero son insuficientes, teniendo en cuenta que no le han cursado todavía el visado. La idea ha partido de un hombre llamado Timoteo Traba, que parece que le han puesto el apellido que ni a propósito...

Creo que uno de los errores de Lechner ha sido ir de buena fe y dar todos los detalles.

Ahora está ahí, en la cama de al lado, con las manos debajo de la nuca, con los ojos cerrados. Los ha abierto, me ha visto escribiendo en esta libreta y me ha preguntado si se me había ocurrido contarle aquí. Le he dicho que no.

Todo arreglado.

Estamos camino de Marsella. Dejamos París hace dos horas. Estaremos metidos en el tren toda la noche.

Hace un rato pasó la policía del tren pidiendo la documentación. Entregamos la nuestra y consultaron los nombres con una lista. Cuando se enteraron de que íbamos a tomar el barco que nos sacaría de Francia, nos la entregaron con toda clase de plácemes, *bon suar mesiés*, y dos cabezadas solemnes, como si fuésemos héroes de guerra.

Lechner está leyendo un periódico. A mi lado pasa deprisa el campo francés, tan verde, tan ordenado y próspero, con casas cercadas por rosales rojos. Lo cierto es que es un país hermoso, demasiado para que los hombres que viven en él no se vuelvan soberbios.

El embarque será dentro de tres días.

Marsella es como Barcelona, parecen ciudades gemelas. El tiempo es ya de verano. Lechner y yo

paseamos por el día. Hemos discutido muy seriamente por el dinero. Lechner parece tener un agujero en cada mano, y en tres días se ha gastado todo lo que le quedaba. Estamos tirando del mío. ¿En qué lo ha gastado? Nos alojamos en el hotel d'Angleterre, que no es precisamente modesto, hemos comido y cenado en buenos restaurantes, y, como los días son largos, los pasamos sentados en uno u otro café, en la consumición perpetua. Para el verano se ha comprado también ropa, y quiso comprármela a mí también. Si hubiera sabido que eran sus últimos francos, me habría negado en redondo a tales dispendios. Todo el mundo habla de que será inevitable la guerra. Ojalá, porque podremos volver a España a combatir. En cambio, Lechner no quiere oír hablar de política. Dice que con una guerra que ha perdido es suficiente.

El barco no sale desde Toulon, como se dijo al principio, ni desde Port Vendres, sino desde un pueblecito vecino a los campos de refugiados. Nos hemos enterado de casualidad, al pasarnos por el consulado que aún mantiene la República en Marsella. Lo han hecho así las autoridades francesas porque no quieren que se organicen despedidas ni actos de solidaridad con el elemento refugiado, de modo que buscan echarnos del país como apestados y ladrones.

Otra vez en el tren. Gracias a que quedaba algo de mi dinero hemos podido comprar los billetes. Se lo he recalcado bien a Lechner, que ha vuelto a reírse. Una de sus frases preferidas es: «el dinero es sólo dinero». A mí esto me saca de quicio, porque me hace parecer como si fuese un avaro, y no lo soy.

Antes de zarpar, iremos a visitar a los amigos de Saint Cyprien, que pilla cerca. Lechner me ha confesado que él prefería quedarse fuera, esperando en el pueblo.

De cuando en cuando tengo que pararme a hacer recuento de todas las cosas que me han sucedido desde aquella mañana de Prats de Molló, de hace tres meses y doce días. Tres meses y doce días.

Me cuesta moverme, ir por las calles, porque el hombre nuevo que soy ha de arrastrar al hombre viejo que ya no dejaré de ser.

IV

25 de mayo

ESTAMOS EN EL SINAIA. Lo escribo con letras mayúsculas, pues aún no acabo de creérmelo. O sea, territorio mexicano. Nos han dicho que esto es como estar en una embajada, nada nos pueden hacer. Yo no lo creo, pero más seguros que en París estamos... Además, los franceses también dirán aquello de que a enemigo que huye...

Esta última semana hemos vivido en un hilo, y de milagro seguimos libres y no acusados de robo e intento de asesinato, con todos los agravantes que hubiesen querido cargarle al caso.

En Toulouse, Lechner, una tarde, al regresar a casa de Madame Barbizon, se cruzó con el gendarme que nos interrogó en Prats de Molló, el que se quedó con mi reloj de oro, que tenía cara de besugo, colorado y con los ojos saltones. Le siguió sin pensar la razón por la que lo hacía. Le vio meterse en la prefectura de la rue Alsace-Lorraine.

Volvió a encontrárselo dos o tres veces más, entrando o saliendo de aquel edificio de ladrillo. Le siguió de nuevo y averiguó dónde vivía, que resultó ser una pensión de la Avenida del Cementerio, a quince minutos de donde parábamos nosotros.

Lechner no quería darle más que un susto. Uno de los amigos de las chicas de *La Marseillaise*, un tal Pierre, le prestó la pistola, y la noche antes de dejar Toulouse fue a buscarle.

Le esperó, le dio el alto y le desarmó. Después le ordenó que le llevase a su pensión.

El gendarme no sabía de qué se trataba; han hecho tantas cochinas, que al pronto no comprenden por cuál de todas ellas van a tener que pagar, los muy cerdos. Desde luego, no pensaba que se tratase de un refugiado, por el francés tan bueno que habla Lechner, así que éste tuvo que refrescarle la memoria. Le dijo, tal día, en tal sitio, le quitaste el reloj a un amigo. El gendarme estaba como tonto, que no se lo creía. Cuando cruzamos nosotros la frontera era bien gallito, fue de los que nos sermonó y nos llamó aventureros y que qué nos creíamos, que ahora sí que íbamos a saber lo que era disciplina.

Se ofreció el gendarme a entregarle el dinero, que se lo llevara todo, le puso la cartera en las manos, pero que no le hiciese nada. Lechner rechazó la cartera, sólo quería el reloj. Y el otro, que el reloj estaba decomisado, y que él no lo tenía. Y Lechner le apuntó a la cabeza. El muy cobarde se le meó en los pantalones. Menudos hombres. Disciplina... ¿Qué guerra habrían hecho ellos?

Se le arrodilló y le advirtió gimoteando que si le mataba, lo oirían en la pensión. Lechner se sonrió como él suele hacerlo, no de medio lado, sino de una manera franca. Me lo estoy imaginando, como si aquello le hubiese hecho una gracia loca, y respondió que le daba lo mismo, que mataría al que se le pusiera por delante. Entonces el gendarme, que debía de pensar que lo iba a matar sin remisión, buscó en su armario una maleta y la abrió de par en par encima de la cama. Lo que apareció era el alijo de Alí Babá. Había dentro de todo, relojes, joyas, gemelos de nácar, prendedores, broches, una pistola cromada, pitilleras de brillantes, billeteras de cocodrilo... Todo cosas robadas a los exiliados.

Lechner vio pronto mi reloj, porque la verdad es que como él no hay uno igual, que llama la atención de lejos, y se lo echó al bolsillo, lo mismo que el dinero. Las joyas las dejó. Hubiera sido como para haberle pegado dos tiros o haberlo tirado por la ventana. Le golpeó en la cabeza, le ató, le amordazó y se marchó de allí, pero antes hizo otra cosa más, que fue sembrar la habitación con

las joyas, la cama, el suelo, todo, para que cuando entrasen y lo descubriesen comprendiesen la clase de pájaro que era.

Al día siguiente, antes de marcharnos y desde la estación, el propio Lechner telefoneó a *L'Indépendant des Pyrénées-Orientales*, y le contó a un periodista lo que había pasado, sin declarar el nombre.

La policía de Toulouse vio las alhajas, pero en vez de admitir que se trataba de un gendarme ladrón, sostuvo que aquellas joyas las había traído el interfecto de la gendarmería de no sé dónde para la gendarmería de Toulouse, porque eran todas cosas incautadas, no robadas, y que de todas había recibos, expedientes y todo lo demás. Eso no me extraña lo más mínimo, porque todos los gendarmes son unos bandidos embusteros, como vimos también en Saint Cyprien, y han querido hacer su agosto a costa del elemento refugiado, robando a manos llenas...

Del dinero no dijeron nada; en cambio, publicaron que el autor del robo (tardaron en conocer el nombre de Lechner unos días) se había llevado muchas más joyas. Esto es absurdo. ¿Por qué se iba a llevar unas joyas y dejar otras? A lo mejor pensaban que era alérgico a los topacios, pongo por caso, y a los rubíes. Es de idiotas, pero la policía se pasa de lista siempre con eso de que piensa que los demás somos tontos porque no somos policías.

No sabemos cómo llegaron al que le prestó la pistola a Lechner, el amigo de Claudine, si era un confidente o qué, pero éste fue el que dio el soplo, no pudo ser otro. A continuación fueron a casa de Madame Barbizon, que les confirmó que éramos dos sinvergüenzas, como probaba el hecho de que nos habíamos marchado de allí sin pagarle una semana y media.

Y así fue como llegó la policía al SERE de París con la descripción y el nombre de Lechner.

Los del SERE al principio no dijeron ni que sí ni que no, pero como siempre ocurre, algunos, muy patriotas, de momento se pusieron de parte de la policía francesa en cuanto vieron aparecer a Lechner por la rue Saint Lazare, y querían entregárselo. Ese día no iba yo con él.

Lechner les contó la verdad, que no se había quedado con una sola joya, sí se exceptúa mi reloj. Del dinero no dijo nada. Le tranquilizaron, no dirían nada a la policía, y le citaron para darle el visado al día siguiente.

Al salir, alguien del Comité, cuyo nombre me callo, le llamó a su despacho. Era una encerrona. Le esperaban otras dos personas. Lechner no conocía más que al que le llamó. A los otros dos era la primera vez que los veía. Le advirtieron que no se creían la versión que había dado de los hechos, que contradecía su traje flamante y los zapatos nuevos. Lechner declaró que ese dinero venía de su madre, que vivía en París. Tampoco le creyeron. Le exigieron que devolviera los ¡cien mil francos! que había declarado la policía que se había llevado, y el resto de las joyas, y que lo hiciera al SERE y no a la policía, pues al fin y al cabo el SERE es el organismo que gestiona la ayuda al refugiado, y esos bienes son del refugiado, aunque seguramente no se podrían devolver ya en su mayoría a sus antiguos propietarios. Etcétera.

Es posible que eso fuese así, pero hemos visto en los últimos meses a gentes que se han llevado las cajas de su sindicato, de su partido, de su trabajo, como para fiarse de nadie.

Ese fue el día en que nos mudamos de hotel, del de la rue des Capucines al de la place de FOdeon, porque Lechner temía que en el SERE, que tenían esa dirección nuestra, le delatara alguien.

Según me contó después, Lechner volvió al día siguiente al SERE y repitió lo sucedido esa noche en Toulouse con el gendarme, que únicamente se había llevado el reloj de un amigo suyo, y que iban a entregarle ese visado para México o se liaba a tiros con todo el mundo.

No estaba ninguno del comité mexicano, todo se quedaba entre españoles. Por último, y después de las respuestas de Lechner y de su historial en la guerra (tiene la Medalla al Valor, que le impuso Azaña en Valencia, las alas de plata, por acciones de combate, y la Estrella Roja de plata al mérito militar, soviética; otra novedad) no se sabe si le han creído, pero exigieron que devolviera dinero y joyas, y le prorrogaron el plazo... La gente siente por el dinero robado una ansiedad que no experimenta por ningún otro, todos se creen con los mismos derechos si lo que tienen delante ha sido robado, aunque lo haya sido por otros. A cambio, prometieron embarcarlo y ponerle a salvo de la policía francesa, que le pisa los talones.

Yo era partidario de devolver el dinero que nos quedaba, contentarles con eso, que vieran nuestra buena voluntad, y guardar algo para el viaje y para nuestros gastos. A Lechner no le quedaban más que cuatro mil trescientos francos, que con los ochocientos que tenía yo, hacían cinco mil cien.

Otro motivo de inquietud fue la pistola. ¿La del chulo de Claudine? No, Lechner es un tío grande: la del gendarme, Por más que discutimos al respecto, no consintió en deshacerse de ella hasta no dejar Francia.

A la mañana siguiente, Lechner salió temprano del hotel y regresó a las dos horas con una caja llena de comida, quesos, latas de conserva, botes de mermelada y confitura, tarros de cristal con toda clase de manjares dentro. Entonces me dijo, vamos a envolverlo. Cuando quedó hecho el paquete, me invitó a poner en él la dirección de mi casa, en Madrid. Dijo, un recuerdo, porque nos vamos de París hoy mismo. ¿Y el visado para México?

Llevamos la maleta a la consigna de la estación y desde allí fuimos a la *rue Saint Lazare*.

Nos recibieron en otro despacho distinto del que yo conocía. Tuvimos que esperar hasta que llegaron todos. Lechner empezó confesando que le quedaban dos mil quinientos francos, pero que no pensaba dárselos a nadie y que se iba a ir de allí con el visado en regla. Se quedaron de una pieza. Se intercambiaron miradas de inteligencia, y T. determinó que sin dinero no había visado. Entonces vino lo bueno, Lechner sacó la pistola y sin levantar la voz dijo que iba a salir de aquella habitación con el visado o les pegaba cuatro tiros.

Dieron todos un bote en las sillas en cuanto vieron la pistola. A lo primero se defendieron excusados en que las listas estaban cerradas y aprobadas por el gobierno mexicano, y que ya no dependía de ellos. Lechner, harto de la martingala, arguyó que si cinco minutos antes se podían abrir con cien mil francos, se podrían abrir cinco minutos después con una bala. Uno de ellos le pidió fotografías recientes, sin las cuales no se podría extender el visado, y sonrió de una manera aviesa. Lechner sacó su cartera, me la dio a mí y me pidió que buscara en ella las fotografías, por no dejar de apuntarles. Cuando todo quedó listo, rubricaron y estampillaron el visado.

—Si me detienen, aquí o en Toulon, tengo amigos que vendrán a buscaros, y yo declararé a la policía que joyas y dinero los he entregado al SERE.

Dicho lo cual se metió el visado en el bolsillo y salimos de allí, y allí les dejamos a ellos desairados.

A continuación tomamos el tren para Marsella. Todo ha pasado al fin. Desde luego, he de darle la razón a Lechner, quien asegura que de no haber sido por la pistola jamás le habrían cursado su visado, y una vez expedido éste y en su poder, ¿cómo anularlo sin poner al tanto a los Sres. Ulloa de la misión mexicana?

Estamos en el *Sinaia*. Son las cuatro palabras más dulces de nuestra lengua.

En el barco hay una gran animación y trasiego. Todos tratan de acomodarse y conocer el buque, esto parece un mercado persa.

Nadie sabe lo que significa *Sinaia*. Es un barco de dos chimeneas, viejo y grande, pero parece sólido, a pesar de que le haría falta una mano de pintura, puesto que asoman por todas partes las manchas insidiosas de óxido. Debió de ser blanco alguna vez, pero el trato, los golpes y el aire salitroso lo tienen comido de lepra y han dejado al aire churretones e innumerables archipiélagos orinecinos. De niño soñaba con subirme a uno. Padre me tomaba el pelo en el Retiro, mientras remábamos imitaba con su voz de bajo la sirena de un carguero, huuuu, huuuu, y yo le respondía con mi voz de niño, hu.uuu, huuuu, como dos barcos que se cruzaran. Mi pobre padre. También se ha muerto sin llevarnos a conocer el mar. La mayoría de nosotros es la primera vez que subimos a un barco. Espero que no naufraguemos, porque nos ahogáramos todos, pues casi ninguno de nosotros sabe nadar. Yo creía que se iba a menear más, pero apenas se mueve, aunque los que conocen esto aseguran que nos podemos ir preparando a echar la papilla. De momento apenas se nota nada, sólo como si tuvieras los pies un poco mareados, porque al pisar parece que el barco se mueve, y crees que es por el peso de tus pisadas, lo cual es absurdo, porque mira tú con los dos mil que estamos aquí si no se iba a mover más. Le dije a uno que está en la litera conmigo que notaba los tobillos un poco flojos, pero me dijo que ya se me iría subiendo el mareo a la cabeza. Fue el que

dijo también que nos preparáramos a echar la papilla. Es de San Fernando y dice que ha trabajado siempre en la pesca, aunque también confesó que por él a la mar, como la llama, le podían ir dando, porque no piensa volver a trabajar en ella. Me han puesto en una de las bodegas, que han habilitado para el transporte de pasajeros. En la mía somos unos seiscientos, apretados como sardinas en lata. Es la bodega de los solteros. Los casados van arriba, con sus familias, los pasajeros importantes, así como los responsables y los mexicanos, también. El caos y la desorganización han sido la nota dominante. No hay nada de nada en el barco. Nos habían asegurado que cada pasajero se encontraría con un juego de sábanas limpias y mantas, así como una toalla, una pastilla de jabón, vasos, platos y cubiertos que nos serían entregados, un pequeño cupo de medicinas, hilo y aguja, material escolar para los niños, libros y revistas para los adultos, pero cuando hemos preguntado por todo eso nos han dado las más contradictorias respuestas, y, aunque entre todos tratan de paliar estas carencias, la desorganización se apodera del barco.

Estoy en cubierta, sentado de espaldas a tierra. Frente a mí tengo el panorama infinito del mar. Es un atardecer sereno. El aire se ha saturado con el olor a yodo. Entran y salen los pasajeros, el barco es un hormiguero, todos quieren reconocer hasta el último rincón de sus galerías y recovecos. Oigo las olas que se rompen en el casco de hierro. No conozco a nadie de los que llevo vistos.

Las autoridades se han encargado de repetirnos mil veces que nos han elegido a nosotros de entre más de cincuenta mil solicitudes. Quieren insinuar que somos unos privilegiados, pero encuentro de pésima educación que nos lo recuerden a todas horas. No queremos tener que pedir perdón a nadie por haber perdido la guerra, y por lo mismo tampoco vamos a agradecer más de lo que lo hemos agradecido ganarnos este trozo de paz. Lo hemos perdido todo, absolutamente todo. Yo sólo quiero que a mí por lo menos me dejen en paz. Anteayer, en Marsella, un rato en que me fui a dar una vuelta yo solo, acabé en el barrio chino. En realidad fue al revés, quise darme una vuelta solo porque deseaba ir al barrio chino. Desde España no había estado con ninguna mujer, casi once meses.

Era una chica guapa, sana, medio mora. Me dijo, tanto, y nos fuimos. Yo quería ir para demostrarme que todo era como antes, que había sangre en mis venas, que no había muerto. Quizá fuera también el tiempo tan bueno que hacía. Respirábamos el aire templado y decíamos, ah, la primavera que vuelve, y parecía perfumado todo como de flores silvestres. Subimos a una pensión que estaba al lado, pero antes de que ni siquiera la hubiese abrazado, me eché a llorar, sentado sobre la cama. No le había dado tiempo ni siquiera a quitar la colcha. Le di el dinero y salí de allí. Me fui porque había pagado por una cosa y buscaba otra.

Estuve también en Saint Cyprien. Lechner no quiso ir, se quedó en un café de Séte con las maletas, y quizá hubiera sido mejor no haber ido yo tampoco.

Antes, les compré unas galletas, jabón, cuchillas de afeitar, leche condensada y caramelos.

Saint Cyprien ha cambiado mucho desde que nosotros nos marchamos de allí. Las calles y sectores están ahora perfectamente delimitados, y algunas barracas han perdido su carácter de chabolas y tienen otra apariencia.

De los amigos que teníamos quedan casi todos, pero en el momento en que llegué estaba sólo en la barraca Daniel Mugido, que tosía y que dijo que no le convenía enfriarse. Casi no podía hablar, y con la voz como un cascajo envió al muchacho que me había llevado a buscar a los demás, que andaban por ahí.

Han adornado la barraca por dentro para darle un viso de normalidad con un calendario en el que llevaban la cuenta al día, tachando los que ya han pasado, y uno había clavado en la pared una fotografía de una señorita que anunciaba pastillas para la tos, arrancada de una revista. En el suelo había unos jergones y a la cabecera de ellos las maletas de cada uno, preparadas para cuando les digan que pueden irse.

Se alegraron de verme. Agustín, Helios, Luisito el andaluz, don Minervino... Todos querían saber, no se perdían una palabra de lo que yo decía, como si fuese el papa. Me sorprendió lo animosos que estaban todos, incluso don Sito, que no dejó de toser, como siempre, pero con un

cigarro en los dedos. Uno contó que con tal de poder fumar vendió la dentadura postiza, para comprar tabaco. Él se rió un poco, sin ganas, con resignación... y sin dientes. Me preguntaron por Lechner, pero no les dije que no había querido acompañarme. Cuando pregunté por don Antonio, el hermano de don Sito, la alegría que había se apagó. Había muerto hacía tres días. Don Sito se puso a llorar, y hubo que consolarle, en fin, las cosas que se dicen en esos casos. Se lo encontraron muerto por la mañana. La noche anterior había estado bromeando con unos y con otros... Don Sito lloraba como hacen los viejos, que es que se les llenan los ojos de agua, porque no son ni lágrimas.

En Saint Cyprien los muertos están por todas partes, y la muerte. Se han hecho una idea de la realidad y del mundo que ya no se corresponde con nada. Es como un manicomio. No se dan cuenta, pero se han vuelto locos.

No tendría que haber ido. Luisito, cuando me despedí, se echó a llorar también. No se pudo aguantar. Querría haberse venido conmigo a coger el barco. Les di ánimos, les aseguré que en París los del SERE trabajan a marchas forzadas para sacarles del campo lo antes posible y que ya hay fletados lo menos veinte buques. El nuestro es el primero, pero en dos meses estaba previsto que no quedara ya nadie en Saint Cyprien, ni en Argelés ni en ninguno de los otros campos. Me lo inventaba todo a medida que iba hablando. No sé si he hecho bien, pero me daba cuenta de que mis palabras eran como inyecciones de esperanza, que quizá les mantengan con vida el tiempo necesario hasta que de veras puedan salir de aquí...

En Sète, que es el pueblo a donde nos mandaron embarcar, me esperaba Lechner en el café donde le dejé.

Cuando llegamos al muelle había una gran confusión. La gente gritaba, nerviosa, pensaban que el barco iba a zarpar sin ellos, y eso que todavía no había subido nadie. Qué sé yo, hasta que la gente no se ha visto a bordo, no se ha creído que saldríamos de Francia.

A la mayoría les han traído en trenes especiales, unos para hombres y otros para mujeres, desde los mismos campos. Hubo muchos encuentros de esposas y maridos que no se habían visto desde que salieron de España, así que otra vez hubo escenas, lloros, abrazos, desmayos de alegría, aunque en el fondo es alegría dolorosa, porque cuando alguien llora de alegría por un encuentro como éstos, llora al mismo tiempo toda la ausencia y lo que está roto; quien más quien menos somos como dos mitades de un árbol al que le ha partido un rayo, que ninguna de las dos sirve para nada. Había familias enteras que no se habían vuelto a reunir desde Barcelona, hijos que no reconocían a su padre, porque llevaban sin verle dos años, al juntarse de nuevo temblaban de miedo, las mujeres y los hombres se acariciaban, era como si temieran que fueran a separarles otra vez...

En un primer momento se corrió que nos embarcarían a las siete de la tarde. Allí que estábamos todos, casi dos mil hombres, mujeres, niños, cada uno con su maleta, sus fardos, sus hatillos.

Pasaban las horas y nadie se movía de allí, pero crecía el volumen de las protestas. Veíamos a los del Comité de París, muy atareados subir y bajar del barco, hablaban con unos, con otros, con los gendarmes, con los del Comité británico para los refugiados, que son los que al final han pagado el barco, en fin, controlándolo todo. Entre ellos dos de los que quisieron chantajearnos.

Lechner estaba convencido de que éstos le habrían denunciado, o le denunciarían si intentaba subir.

A las dos de la noche sacaron una mesa pequeña, que pusieron al lado de la escala, con toda la documentación, listas, sellos... Se sentaron a ella un representante español, el representante de México y el francés. Las damas británicas estaban detrás, de pie. Por la parte española figuró Quiterio Sánchez, por la mexicana Ulloa y por los ingleses una señora elegantísima, decían que duquesa, con un vestido blanco de grandes flores azules, como orquídeas, y un sombrero azul marino, con un lazo blanco; la verdad, no pegaba nada en aquello, pero al final fue una de las personas que más energía desplegó en el embarque, enfrentándose con unos y con otros, a los que puso bien firmes.

Empezaron a embarcar los primeros refugiados. Aparte se encontraba el capitán del barco y dos gendarmes franceses de graduación, un poco retirados, de pie, fumando.

Los trámites resultaron lentísimos. El resplandor de las lámparas de petróleo, las luces del barco

y las del muelle lo llenaban todo de sombras colosales, magnificadas por la profundidad de la noche. Recordaba aquello el embarque de esclavos. Los de la mesa comprobaban cada papel, los acercaban a la luz de los faroles, examinaban firmas y sellos, no dejaban de escrutar los menores detalles, pues es cosa sabida por todos que algunos han vendido bajo cuerda sus visados, comerciando con ellos.

Cuando no faltaban ni diez metros para llegar a la mesa, se nos acercó una mujer con dos niños. Nos llevó a un aparte y nos rogó que uno de nosotros se hiciese pasar por su marido y el padre de aquellos hijos, pues había oído decir que otras dos mujeres que carecían de papeles, habían logrado subir a bordo. Se lo había pedido antes, nos dijo, a otros hombres, pero ninguno había querido ampararla por temor a ser descubierto y que lo dejaran en tierra.

Lechner, que ni siquiera sabía si iba a poder embarcarse o no, se ofreció sin el menor titubeo, le dijo, no te preocupes, yo te subiré al barco.

Nos dijo que se llamaba Valentina Hurtado. Los chicos se llaman Joaquín y, el pequeño, Honorio.

El mayor, de unos seis años, tiene un aspecto enfermizo. Lechner le preguntó si tenía miedo, porque temblaba. Es un chico vergonzoso, dijo su madre. El pequeño, que debe de tener cuatro o cinco años, es lo contrario, un demonio. Lleva la cabeza rapada como una bombilla.

A mí me pareció descabellado que quisiera hacerse cargo de aquella pobre mujer, y el tropiezo iba a ser una cosa seria.

Al fin me llegó el turno. Buscaron mi nombre en sus listas y me ordenaron subir, ni siquiera me miraron la cara. No se puede expresar con palabras lo que experimenté en cuanto puse el pie en la escalera que me conducía a la libertad. Me sentí un hombre superior, que era libre al fin, estaba por encima de mí, me movía sin esfuerzo, el cansancio de la espera se disolvió en el aire, ni siquiera precisaba respirar, era una criatura perfecta.

Detrás me seguía Lechner con la mujer y los chicos. Nada. Enseñó su visado, dijo que aquella era su mujer y sus hijos, de los que no sabía nada hasta hacía dos días y que se iban a embarcar con él. Uno de los que le firmaron el visado era el que miraba las listas de embarque. Se le quedó mirando a Lechner, pero no dijo nada. Apuntaron el nombre de la mujer, el de los niños, y los dejaron subir. Así de fácil.

A él, a la mujer y a los chicos les han puesto en la cubierta superior, y les han asignado un camarote con cuatro literas. A él mismo le produce una gran hilaridad la situación, teniendo en cuenta que su «esposa» es una mujeruca envejecida, fea y flaca, con un bigote negro que tira para atrás.

Me desperté hace unos minutos, cuando el barco se puso en movimiento. Al fin soltaron amarras. Es la una y media del mediodía del 25 de mayo. Con la novedad todos corrimos para ver la maniobra a estribor, que es la banda de derecha..., o a babor. En fin, no sé. Al parecer zarpamos en la pleamar. Estas palabras antes sólo me las encontraba en las novelas, y ahora forman parte ya de mi vida. Pleamar, bajar. Como nosotros.

Algunas personas lloraban, pero en general la gente estaba contenta. Otros sacaban sus pañuelos y los agitaban. Los que quedaban en el muelle respondían moviendo la mano. Aquello duró unos diez o quince minutos, hasta que la gente se cansó, y se fue yendo. El capitán hizo sonar la sirena, las gaviotas que se habían posado en la antena huyeron despavoridas chillando. El sonido de la sirena es gordo y negro, en contraste con el chorro del silbato, agudo y preciso.

Los que mejor lo están pasando son los chicos, todo el tiempo corriendo de un lado para otro, subiendo y bajando, jugando al escondite entre los botes de salvamento y los cordajes. Alguno se va a caer y se ahogará.

La gente del SERE hace lo indecible por acomodarnos a gusto de todos y trabajan como jabatos, contentando a los des contentadizos que siempre salen en todas partes, que querrían que todo se les regalara, como a los reyes, pues son de los que creen que cuando se les da algo es porque tenían derecho a ello.

En cuanto a los que están en el secreto de lo nuestro, ni la menor dificultad ni insinuaciones comprometidas, y por mi parte, al menos, ni el menor rencor. Lo pasado, pasado. No sé qué piensan de nosotros ni tengo la menor curiosidad en saberlo. Tampoco les voy a decir nunca la opinión que me he formado de ellos. Tengo la vista puesta en otra parte, a muchos kilómetros de aquí.

Con nosotros viaja, al mando de todo, la señora Ulloa, mujer del delegado mexicano, quien se ha quedado en Francia preparando más expediciones.

Dejamos de ver tierra a las dos horas de navegación. Ya estamos en mar abierto. Hace sol y el tiempo es bueno, aunque en el horizonte se forma una gasa blanquecina, tras de la cual parece esconderse la tierra firme. Vimos de pasada las Baleares, pero la mayor parte de la gente no se enteró, porque estaba ocupada en acomodarse. De lejos las islas eran como bueyes arrodillados, que rumiasen espuma, tranquilos, pacíficos.

Me he hecho amigo del de San Fernando, el marino, que se llama Blas. Es un buen muchacho, de mi edad. Me ha cogido por banda y ha decidido instruirme en todo lo de los barcos. Es como yo, socialista, aunque al final se pasó a los comunistas, porque piensa que éstos estaban mejor organizados. Le he explicado que no me gustaría discutir de política, y lo ha entendido.

Es pequeño, tiene una cabeza cuadrada, la mitad de la cual es frente, ya está medio calvo, aunque no tiene todavía los veintitrés. Es simpático y parlero.

En el barco reina el buen humor. La mayoría viene de los campos de refugiados; el hecho de no tener alambradas les hace sentirse libres, pero si no caminan con precaución acabarán igualmente en el mar.

Escribo en cubierta. El barco está ya casi vacío, quiero decir, la parte visible de él, porque la gente se ha retirado y duerme casi todo el mundo, como si los hubiese engullido esta ballena y descansaran ahora en su vientre, como jonases.

Se oyen más nítidamente los motores y el ruido de las olas partidas en la proa. Aunque las órdenes son que nos recojamos antes de las once, se puede salir a cubierta a echar un cigarro o a tomar el fresco.

A media tarde nos anunciaron por los altavoces que íbamos a pasar por el estrecho de Gibraltar y que nos iba a dirigir unas palabras un eminente escritor, y que subiéramos a la cubierta de popa, que es la más amplia.

Yo me encontraba con Blas, y subimos. Es la primera vez que se reunía en cubierta todo el pasaje. No cabía un alma más, parecía que el barco se iba a desbordar, y que empezaría la gente a caer por las bordas. Poco a poco la gente se fue callando. Sabíamos que ésa ha sido la última vez que vemos España en mucho tiempo. Subieron al escritor a una tarima. Es un hombre viejo, con el pelo y la barba blancos, aunque los bigotes los tiene amarillos, teñidos de nicotina. Fumaba de una boquilla larga, que le estilizaba los dedos, delgados y artísticos, con las uñas teñidas también por la nicotina. Se apoyaba en un bastón cuya empuñadura es una bola de marfil, también amarillento. Resulta un hombre del siglo pasado, la corbata de lazo, las guedejas de la cabeza, el porte caballeresco, la chaqueta entallada como una levita... No tenía fuerzas ni para hablar, le salía un hilillo de voz, pero hizo llorar a más de la mitad del pasaje, y muchos no lloraron por vergüenza y hombría, sobre todo cuando empezó a preguntar quiénes de nosotros retornaríamos a la patria y quiénes morirán lejos de ella. Lo decía por él mismo, que tiene ochenta años. Se le puso un nudo en la garganta. Cuando llegó al final y dijo aquello de «¡Adiós, patria que te alejas, adiós!», el hombre rompió a llorar. Uno que estaba al lado del intelectual, entonó *La Internacional*. Le acompañamos todos, los viejos, las mujeres, los hombres, los niños. Que, por cierto, hubo un momento cómico, y fue que la mayoría estaba cantando con el puño en alto, pero en esto el barco se hundió de golpe en el brinco de una ola, nada, un segundo, y todo el mundo se asustó y bajó el puño para agarrarse a algo. Terminamos como en un entierro y cada cual se fue marchando de allí en silencio. Pero el muerto no era, como pudiera creerse, aquella franja de tierra amortajada de bruma, sino unos cientos de sueños, dando tumbos por el océano.

27 de mayo

Bien porque llevara cuarenta y ocho horas en vilo, bien por la culminación nerviosa, he dormido desde las doce a las seis de un tirón. Cuando me desperté no sabía dónde estaba y me costó acordarme de que iba en un barco.

El resto del día, adormilado, de aquí para allá, de cubierta a la bodega, de la bodega a la cubierta, y las comidas a sus horas. El agua de que disponemos para nuestro aseo nos da malamente para afeitarnos. Nada más.

28 de mayo

Sólo con el mar tendría para embelesarme toda la vida. Me gusta de todas las maneras, por la mañana, por la tarde, con bruma, con sol, de noche, mirando las estrellas, más frío, más caliente.

Blas no se separa de mí y me va diciendo uno por uno los elementos del barco. Se lo ha tomado muy en serio, y está encantado de instruirme. Simpático, pero demasiado obsequioso para mi gusto. No me deja escribir. Todo el rato me interrumpe. Fui a buscar a Lechner. Me contó las cosas que la mujer con la que comparte el camarote le obliga a hacer para que no la vea en paños menores, antes de acostarse y antes de levantarse. Lo lleva con humor. Le he dicho que no se queje, primero, porque él se lo ha buscado, y, segundo, que eso siempre será mejor que compartir una bodega con otros seiscientos; él al menos se asoma a la ventana y ve el mar. Por cierto, no se dice ventana, sino portillo. Y con abrir la puerta él ya está en cubierta, y en cambio nosotros nos pasamos el día bajando y subiendo escaleras, que tampoco se dicen escaleras, sino escalas.

Pero lo verdaderamente relevante de ayer, lo significativo como quien dice, no fue esto, sino lo que me sucedió por la tarde.

Habían anunciado que la banda de la Agrupación Musical Madrileña iba a dar un concierto. Han organizado innúmeras actividades para que la gente no se aburra, clases para los chicos, un concurso de mus, conferencias sobre México y Rusia, conciertos, uno podría pasarse el día entero de actividad en actividad. Yo acudí a lo de la orquesta. No tocan mal, pasodobles, zarzuelas, regionales... Fui temprano para coger sitio, pues no hay sillas para todo el mundo.

A mi lado se puso uno con gafas que se me quedó mirando y me preguntó, ¿tú eres *El Brisca*? Es como me llamaban a veces en la compañía, porque nadie me ha ganado nunca a ese juego. No lo digo con chulería. Le dije que sí, pero, por más que le miraba, me costaba encajarle, y no caía en quién pudiese ser. Uno de los cristales de las gafas lo tenía roto. Estaba en compañía de una mujer. En cambio a ésta la reconocí en cuanto la vi. Estaba aún más guapa que la noche de Camprodón. Fue cómico. Yo no le reconocí a él, y ella no me reconocía a mí. El de las gafas no decía nada, dándome tiempo, por si lo adivinaba, y yo se lo daba a ella, para lo mismo. Por fin me dijo, soy Almada. Di un bote en la silla. Una cosa es no conocer a alguien con el que apenas has tenido trato y otra no reconocer al capitán de tu compañía.

Es otro. Si no ha perdido cuarenta kilos no ha perdido ninguno. Durante la guerra se conservó siempre gordo, pero el bajón que ha pegado ha sido grande, aseguraría que está enfermo. Se le ha caído el pelo, le quedan unos mechones desiguales y sucios en las sienes, de color ceniza. Con el pelo se le han caído casi todos los dientes, y la boca la tiene como los viejos, hundida. Antes era un hombre fuerte, el uniforme le prestaba empaque. Ahora, vestido de paisano, da lástima y le han dado un traje que le queda grande por todos lados. Me presentó a la mujer como su esposa. A continuación tuve que recordarle a ésta dónde nos habíamos visto. Le conté todo, tal noche, en las escuelas, por la noche. Inútil, no recordaba. Le mencioné lo de la lata de carne y la de leche condensada. Tampoco. Sólo cuando le recordé que le había subido la maleta todo el col d'Arés, cayó en la cuenta. Me pidió disculpas por no haberme conocido antes. Me dolió porque de ella me acordaba perfectamente, y hasta he pensado en ella alguna vez, adónde habría ido a parar, en fin, esas cosas. Se conducía con Almada con delicadeza, más que como una esposa, como una enfermera.

Al rato Clara nos dejó solos hablando de nuestras cosas, le conté cómo se habían sucedido los últimos días de la guerra y la jugarreta que nos habían gastado Barreno y los valencianos, y todo lo que sucedió en la masía de Ripoll, y cómo desde entonces habíamos estado Lechner y yo juntos en todo.

También contó él cómo consiguieron salir de Ripoll y cómo le habían herido y cómo y cuándo había logrado pasar la frontera...

Oíamos a lo lejos las notas de la banda. Se confundía la música con el ruido del mar y la sordina de los motores. La música flotaba en el aire como unas banderitas de papel, unas veces venía nítida, y otras, en cambio, se perdía.

Me acordé de que tengo aún dos de las cartas que me entregó para que las hiciese llegar a Clara. Le conté lo que pasó con el resto, cómo las quemamos. Nunca hubiese relacionado las cartas con la muchacha que acababa de conocer. Visto desde aquí es asombroso, pero la verdad, como la guerra lo ha llenado todo de cosas extrañas, ya nadie se asombra de nada, de lo que recuerdas, de lo que olvidas, de lo que el azar reúne y de lo que separa... Se ha casado con ella en Francia, pues de ese modo podían venir juntos. ¿Qué habrá hecho con su otra mujer, la de Salamanca, y con sus hijos? Pero todos hemos aprendido que para sobrevivir, no se pueden hacer preguntas.

Al acabar el concierto, corrí a buscar a Lechner. Cuando se lo conté, no se lo creía. Hemos estado conversando más de tres horas, hasta la cena. Clara volvió y se quedó con nosotros.

Hablando de otra cosa. Es cosa sabida que el capitán del barco es un sinvergüenza y que él, con algunos cómplices más, el armador y algunos de la tripulación, fueron quienes robaron el equipamiento del barco. Se sabe por uno de los del comité español. Ésa fue la razón por la que se tardó tanto en embarcar, pues cuando llegó el Comité británico, que presidía la duquesa elegante, ésta subió al barco; se quedaron atónitos y confusos, pues ni sábanas, ni mantas, ni cubiertos, ni platos, ni pasta de dientes ni cepillos de dientes, la comida reducida a una cuarta parte, las medicinas también. El capitán sostiene que aquellos víveres y provisiones jamás entraron en su barco, y que sólo es responsable de lo que sucede en él, lo que pasara en el muelle no le concierne en absoluto. En todo momento tuvo de su lado a la señora Ulloa, la mexicana. La duquesa, que se llama de Ator o de Astor, debe de ser una mujer brava, no se paró en barras y dijo que ya vería si le concernía o no, y dio un ultimátum, o aparecía lo que faltaba o denunciaba el robo a las autoridades. Estamos hablando de miles de libras esterlinas. Dio tres horas. Al cabo de ese tiempo, naturalmente nada de lo que faltaba había aparecido. La duquesa dejó el barco, se presentó en la gendarmería de Séte y lo denunció, lo cual se debe corresponder al momento en que vimos que subían al barco los gendarmes, hacia las diez de la noche. Pero no le sirvió de nada, porque las autoridades francesas sólo querían que el barco zarpase cuanto antes, y le aconsejaron que presentase una denuncia en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en París. Como era viernes, habría que esperar hasta el lunes, y el SERE tampoco quería demorar más la salida...

28 de mayo, domingo

Lo que ayer no eran más que rumores, hoy se ha extendido como una mancha de aceite por el pasaje. La gente se ha puesto furiosa, pues las condiciones en las que viajamos son tan penosas que mejoran en poco las de los campos. Los camastros sólo tienen una manta vieja cada uno, y están tan llenas de piojos que es como acostarse sobre un hormiguero, y el que tiene una lata o un bote vacío es afortunado, porque quiere decir que tiene un vaso. Aunque nadie ha visto todavía al capitán, que no sale del castillo ni confraterniza con nadie, pues se hace servir la comida en su camarote, las voces cada vez salen más claras y fuertes, y le piden explicaciones, ya que se ha empezado a sorprender a algunos marineros vendiendo de todo, tabaco, coñac, jabón, agujas para coser, toallas, galletas, píldoras contra el mareo, y lo que se les pida, con tal de que se les pague en dinero francés o en joyas.

Todo eso, no obstante, lo ha negado el Comité, y hoy, de una manera velada, con un lenguaje

oscurísimo, lleno de alusiones, se han repartido unas octavillas, impresas en el mismo barco, en las que le dedican unos bombos desmedidos a la Sra. Ulloa y al capitán, la una por su dedicación y sacrificio, y al otro porque gracias a él el barco pudo hacerse a la mar.

Cada minuto que pasa, las condiciones a bordo se hacen más duras, las letrinas están permanentemente atascadas, se forman delante largas colas (más de la mitad del pasaje ha llegado de los campos con las consabidas colitis) que ni siquiera en la noche llegan a clarearse, y hay que esperar entre una y dos horas. Hay quienes lo toman a broma, pero tarde o temprano empezarán los problemas. Hubo problemas en la guerra, los hubo en los campos, ¿cómo no los habrá en un barco con casi dos mil personas, tropezándose a todas horas en todas partes, sin poder salir ni escaparse de aquí?

Duermo mal. Me despierto por la noche. En cuanto me desvelo, me visto y salgo a cubierta, a popa, para ver amanecer, porque el aire enrarecido de la bodega es sofocante, y me ahogo. Cuando llego, ya hay allí dos o tres, fumando, insomnes como yo. Somos siempre los mismos, ya nos conocemos. Es un espectáculo ver levantarse el sol sobre el mar. Y nosotros navegando, como si huyéramos de él. En el fondo huimos siempre, de la miseria, de la guerra, de nuestra vida. Nadie quiere recordar. Nos pasamos el día hablando de cosas de allí, pero no las recordamos, sino que las repetimos, como un ejercicio mecánico que tiene más que ver con la locura que con la memoria, e incluso cuando son cosas nuevas, que nos cuentan por primera vez, parece que ya las supiéramos, o ni siquiera las oímos, pues nunca logran borrar la impresión de las propias...

Hoy desde las ocho empezaron a verse las islas Porto Santo y Cima, por la banda de estribor, y un poco después otra que se llama isla Deserta Grande, como un pedrusco gigantesco que se le hubiera soltado a un águila de las garras. La vegetación, esquilmada por los vientos salobres, crece sobre la roca negra. Estas islas, en cuanto nos vieron aparecer, nos enviaron unas gaviotas, que nos saludaron con júbilo. Son los momentos mejores del día, entre dos luces. La gente todavía duerme y sólo estamos los tres o cuatro insomnes en popa, sentados, fumando, aunque los que fuman también se racionan el tabaco, como el agua, y nadie pide de fumar al otro. El que tiene fuma de lo suyo, y no fuma de lo ajeno hasta que no se lo ofrecen.

Cuando el sol se levanta, el espectáculo cambia y no es tan bonito. Es bonito por la noche, con todas las estrellas del cielo. Y es bonito en los extremos, cuando sale el sol y cuando se acuesta, o como esta mañana, cuando empezamos a ver el archipiélago de Madeira.

La aparición de Funchal fue milagrosa. Estaba como colgada del cielo, sobre el mar, en una costa escarpada llena de vegetación, palmeras y buganvillas moradas, que hacían preciosas en medio del follaje tropical. No había una sola nube en el cielo. Mientras nos acercábamos al puerto todo el mundo subió a los puentes y se volcaba sobre las barandas para no perderse nada. Tuvieron que advertimos por la altavocía que no nos pusiésemos todos en esa borda, porque el barco se escoraba, pero nadie se marchó, pues el espectáculo era bellissimo. Salieron a recibimos, como las gaviotas, media docena de barcas, venían a vendernos plátanos y frutas de todas las clases. No querían pesetas republicanas. Las noticias del dinero son las que más rápidamente llegan a todas partes. Les daba lo mismo si éramos o no refugiados. La vida es dura para todo el mundo, dijo uno de los isleños que se sostenía en pie sobre su esquife y que remaba con un solo remo que le servía al mismo tiempo de timón y de pala. Una mujer quiso comprar unos plátanos para su hijo pequeño, lanzó al de la barquita un billete de cinco francos, pero un golpe de viento lo desvió y lo lanzó al mar. Estábamos todos pendientes de aquello, más de mil personas viéndolo. La gente se reía, allí, allí, señalaban al de la barca, porque seguía flotando. El marido recriminaba a la mujer, a quién se le ocurría tirar así un billete. Cuando llegó a cogerlo, salió del mar un pez y se lo llevó con los dientes al fondo. Todos reían, menos la mujer, que estaba compungida, porque para ella cinco francos es una fortuna. El de la barca metió el remo, se acostó contra el barco, lanzó una cuerda a la borda e hizo que subiesen una cesta de fruta para la mujer. Esto arrancó de todos un aplauso. Que el hombre es sensible al halago lo demostró que el pescador, en cuanto le devolvieron la cesta vacía, volvió a llenarla, y hasta no quedarse sin mercancía, no paró, y cada cesta, un nuevo aplauso... Ese arranque de filantropía no fue, sin embargo, seguido por ninguno de sus colegas; en cuanto vieron que éramos unos muertos de hambre, se dieron media vuelta y se largaron, a la espera de los otros

barcos que camino del Atlántico pasan por aquí para llenar los tanques de agua.

En cuanto a las autoridades portuguesas, enemigas de siempre de la República, hay que decir que no dejaron desembarcar a nadie. Me habría gustado visitar Funchal. Se veía bonito, lleno de casas blancas con galerías acristaladas, y jardines llenos de palmeras, y luego, como empujándoles al mar, aquellos picachos escarpados y verdes. Al rato se corrió la voz por el pueblo de que éramos refugiados, y venían a curiosear. Así que nos pasamos la tarde en el barco, purgando nuestra cuarentena republicana.

En el barco se han organizado partidas de todas clases. Yo he jugado estos tres días a la brisca, pero para mí las cartas se han acabado y me fastidian. ¿Cómo puede ser eso, cuando me gustaban tanto?

A medida que pasa el tiempo, es como si nos acordáramos de dónde venimos y hacia dónde van nuestras vidas. Lo digo también por mí mismo, a lo primero era como si estuvieses aturdido, subir a un barco, ver dónde te acomodabas, inspeccionar las cubiertas, salir de Francia, la alegría de dejar atrás un país tan odioso, la ilusión de llegar a otro país donde dicen que todos van a acogernos con los brazos abiertos... Pero las horas en un barco son muchas, los días largos, y uno tiene mucho tiempo para pensar.

Hoy, al pasar junto a los botes de salvamento, detrás de uno de ellos, como ocultándose para la confidencia, oía hablar a dos mujeres. No sé qué se contaban, pero lloraban. Eso está a la orden del día. La gente necesita contar cosas. Vas por cubierta, en un rincón, en el comedor, en un salón, te encuentras a la gente hablando, de dos, de tres en tres. Éste es un barco que parece grande, pero subes y es pequeño, todo el mundo te estorba y en las bandas no puedes quedarte hablando, porque si viene alguien tienes que hacerte a un lado como en el pasillo de los trenes. Todos se cuentan sus desgracias, en voz baja, por respeto hacia las historias de los demás. Aquí nadie ha sufrido más que nadie. Todos están al límite de sus fuerzas. Algunos se pasan el día acostados, en la cama, sin hablar con nadie, como en un manicomio. Es el caso de mi vecino el de San Fernando, que era tan obsequioso, y que no paraba de hablar. Fue ver

Cádiz, Cádiz, como él le dice, y ha caído en una postración completa.

29 de mayo

En comparación con la mayoría, Lechner y yo vamos vestidos como príncipes. La gente no tiene nada, como nos pasaba a nosotros. Han venido aquí con lo mejor que tenían, que es pobreza y vergüenza. No tienen repuesto. Lo vemos por las mujeres, van vestidas todos los días igual. La mayoría de ellas se sientan en compañía y se ponen a repasar, a zurcir, a hacer arreglos en las escasas ropillas que tienen. Se entienden mejor que los hombres. Éstos tienen cada cual sus ideas, unos somos de un partido o de otro, discutimos, hemos discutido siempre. Las mujeres primero son mujeres, y eso es una gran ventaja, porque nunca olvidan lo que son. Están con ellas los niños. Las mujeres se pasan el día juntas, y los hombres, por su lado, también juntos. Sólo se mezclan a algunas horas, los que son jóvenes desaparecen a veces en algunos camarotes, y están más tranquilos. La mayor parte de estas parejas llevaban separadas cuatro, cinco, seis meses, y algunas hasta un año...

Se habla el día entero de la guerra, todos quieren contar la suya particular, cómo la hicieron, con quién, en qué gestas participaron, dónde les dieron bien para el pelo a los fascistas... En fin. Escuchando estas conversaciones, cuesta creer que se haya perdido, o si se ha perdido, parece que nunca ha sido por esos que la cuentan, sino por todos los demás. Hoy hubo una discusión sobre Prieto y Largo Caballero en la que intervinieron algunos compañeros y algunos comunistas. Se lanzaron acusaciones muy fuertes. Me pasa con la política lo que me ha pasado con la baraja. Mientras viva seré socialista, pero no quiero volver a oír hablar de algunos asuntos en mucho tiempo.

Las mujeres en cambio no consienten perder el tiempo oyendo hazañas bélicas. Las atajan sin misericordia. Piensan en el futuro.

En el barco me he encontrado con algunos conocidos más, pero lo que no esperaba era encontrarme con uno de los valencianos que iban con Barreno. El que le robó la canadiense. Cabrón. ¿Cómo habrá conseguido meterse en el barco? En cuanto me vio, me reconoció, se dio la vuelta y salió huyendo. El muy canalla. No pienso decirle nada a Lechner, porque es capaz de tirarle al mar. Yo he decidido olvidar, olvidarlo todo. ¿Qué podía hacerle? ¿Matarle? ¿Conseguiría algo? ¿Le devolvería la cazadora? Pues eso.

Al mediodía, antes del primer turno, nos avisaron por los altavoces que el capitán quería hablarnos. A lo primero nos asustamos, pues nos pareció extraño que quisiera hacerlo, de no haberlo hecho ya el día del embarque, como era lógico. Después del latrocinio de las sábanas y los víveres, no es una persona respetada entre nosotros.

Estas quejas han llegado a la señora Ulloa y a nuestro Comité, pero una vez oídas no han querido escucharlas. Al principio a la gente no le importó que nos hubieran robado todas estas cosas. Dormimos sobre un jergón maloliente y nos tapamos con una manta. La mayoría dijo para consolarse: ¿no dormimos peor durante la guerra, no dormíamos peor en los campos? Y la gente asentía. Lo mismo dijo de la comida: ¿no lo teníamos todo racionado en la guerra? Esto no será peor.

Pero el barco ha empezado a navegar, los víveres escasean y el agua potable la han racionado. Los casos de disentería van en aumento, y algunos niños empiezan a caer con fiebre. Son los únicos que se atreven a admitirlo. Si alguien cae enfermo, lo niega por temor a que no le dejen desembarcar. Hay no pocos enfermos. ¿Por qué, si no, mi vecino de San Fernando no sale nunca de su litera? Está con fiebre y diarrea, pero lo negaría. La gente se traga sus propias toses antes que levantar sospechas. ¿No me negué yo mismo a declararme enfermo cuando salí de Saint Cyprien? Tampoco hay medicinas. Lo de la ropa, lo de los equipos que nos habían comprado las damas inglesas, a todo el mundo le da igual, pero haberse quedado con las medicinas es un acto criminal. Voy a contar un solo caso.

Ayer me confesó Lechner que uno de los dos niños de «SU» mujer está enfermo, el mayor, Joaquín, al que le castañeteaban los dientes, de la calentura, no de miedo. La mujer debió de temer decirlo, por si no la dejaban subir. Y ahora también lo negaría. Me ha contado Lechner que se pasa el día a su lado, creyendo que de ese modo le bajará la fiebre. No quiere que nadie lo vea, para que nadie se entere de ello. El pequeño, que llaman Nito, de Honorito, se ha hecho célebre, es saladísimo, vivo como una lagartija, todo el día corriendo de un lado para otro, tiene unas pestañas que las mueve y parece que te abanican. Las mujeres del barco se lo rifan, porque todas quieren tomarle en brazos, o que se quede con ellas para hacerles reír con su media lengua de trapo. Si a eso se une que tiene la cabeza pelada como una nuez, consecuencia de las represalias contra los piojos, su aspecto es inconfundible. Pues a lo que iba, desde que su hermano cayó enfermo tiene prohibido salir del camarote, ya que su madre teme lo vaya contando.

Por esa razón el aviso del capitán por los altavoces llenó de angustia a mucha gente, y se temió pudiese haber algo anómalo, a causa de los enfermos, de las leyes sanitarias, de las autoridades, qué sé yo.

Estaban a su lado la Sra. Ulloa y los del Comité, Traba y Quiterio, y el viejo que el otro día nos echó el discurso cuando pasábamos frente a Gibraltar, y otros que no conozco, las fuerzas vivas, como quien dice. Todos sonrientes. Parece que hubiera dos mundos diferentes. Uno, el que ellos creen que es, y otro opuesto, el nuestro. Traba y Quiterio, por ejemplo, se pasaron toda la guerra en París. No han oído un solo tiro, no saben de la guerra más que por los periódicos y el telégrafo.

Al final lo del capitán resultó una arenga inaceptable, por lo insultante. Nos daba la bienvenida, ¡después de cuatro días!

Es un hombre de pequeña estatura, de espaldas anchas y manos peludas, recio, seco, de unos cincuenta años, con cara de pocos amigos. Tiene un bigote mal cortado, en tipo mostacho, parece siempre que está sin afeitar, pues su barba es cerrada, de color azul. Tiene una mirada oblicua y una mancha blanca en uno de los ojos, como si le hubiese saltado una esquirla de algo. El vozarrón que tiene impone, es de bajo, con gran volumen. Se mueve con arrogancia, defendido por dos marineros

que lo escoltan permanentemente y cuando alguien le habla, siempre mira a otra parte.

En la revistilla que hacen cada día nos han contado la historia de este barco. Era un buque mixto, de mercancías y viajeros, que se especializó en viajeros cuando su armador se convenció de que en según qué viajeros había un negocio más rentable que en según qué mercancías, y más cuando podía convertir a los viajeros, porque eran según qué viajeros, en algo más seguro que las mercancías, sin necesidad de tratarles mejor que a mercancías, como es nuestro caso. Ha transportado miles de peregrinos musulmanes a La Meca y sacado rusos blancos de la URSS. Eso explica el deterioro en el que se encuentra, las puertas no cierran bien y se mete el aire por todas partes, las cañerías son un concierto de regurgitaciones y borborismos, las maderas están acribilladas a punta de navaja y el óxido ha devorado la mayor parte de tornillos y remaches...

En cuanto a los marineros semejan una partida de asesinos. La mitad son franceses, y la otra mitad, negros de las colonias. No se mezclan nunca. Los blancos van por su lado, y los negros por el suyo. A los negros es imposible acercarse, y mucho menos hablar con ellos, pues son esquivos y desconfían del blanco por instinto.

Cada día que pasa las raciones son menores, y ha empezado a racionarse el agua.

La alocución del capitán fue de antología. Habló en francés y le traducía la Sra. Ulloa. Dijo, por ejemplo: «Imparcialmente esta es la tercera expedición más limpia que hemos tenido». Pero lo bueno fue cuando confesó que en Marsella, antes de salir, le habían dicho que éramos unos asesinos, unos bandidos, unos forajidos... y unos ladrones, pero que había comprobado que éramos perfectamente «normales».

El resumen del discurso lo han copiado en la revista, y todo son alabanzas repulsivas para el capitán, hechas seguramente por la Sra. Ulloa, demasiado débil para llevar la responsabilidad de todo esto. ¿Dónde se ha visto que un hombre pueda decir a otro que es la tercera persona más limpia que ha conocido, o la tercera más decente, y no romperle la cara? ¿O cómo se le puede tolerar a alguien que nos diga: «Vaya alegría, no es usted un sinvergüenza, como sospechaba»?

Cuando se vaciaron las cubiertas, después del mitin del capitán, me encontré a Almada sentado en la popa. Se tapaba las piernas con una chaqueta, pese a que hace más de veinte grados. Viene muy enfermo, y los médicos no saben a ciencia cierta lo que tiene. Le he devuelto las cartas.

30 de mayo

Llevamos más de veinticuatro horas con el mar movido. Hasta hoy no se había notado lo del mareo, pero ahora resulta desagradable, pues es como llevar encima a todas horas unas náuseas ubicuas, incluso cuando te adormilas.

Cada hora que pasa se me hacen más y más insoportables las actividades con las que tratan de animarnos y a las que nos arrastran. Lo hacen con la mejor voluntad, pero son de todo punto inoportunas. Que nos dejen en paz, la mayoría no quiere verbenas ni concursos de chotis, no queremos hacer juegos florales para recitar versos en catalán ni en murciano ni en andaluz, no queremos campeonatos de brisca ni de ajedrez.

Es como si trataran de disolver la pez de los recuerdos. Pero, ¿tenemos algo más valioso que nuestros recuerdos? Nunca como ahora se ha demostrado aquella verdad: cualquier tiempo pasado fue mejor. Cuántos desearíamos no haber salido de España. La guerra fue una agonía, pero mientras duró, había esperanza. Íbamos a alguna parte, hacia adelante, hacia atrás. Ahora sólo caemos, nos hundimos en la tierra, como las piedras, como los muertos...

Y el que no ha muerto se ha vuelto loco. En Saint Cyprien se volvieron locos cientos, miles. Los hay por todas partes, se nos quedan mirando, son pozos mudos. Por la noche, cuando salgo a cubierta, me tropiezo a muchos. Uno ha tomado la manía de inclinarse sobre la barandilla. Se balancea todo el tiempo, como un bausán de feria, uno de aquellos tentetiosos oscilantes. Se diría que está jugando. Hasta ahora ha quedado de la parte del barco, pero en algún momento se dejará caer. Cuando le veamos arrojar por la borda no acudiremos en su ayuda, no le socorreremos, porque sabemos que eso es lo que quería. Le vemos bascularse peligrosamente sobre el pasamanos

y pensamos, es como nosotros mismos, sólo piensa en el momento menos doloroso para hacerlo.

Otros son menos lesivos. Se pasan el día contando los pasos que dan por cubierta, arriba y abajo, sin distraerse, con una seriedad increíble. Llevan la cuenta al centímetro. Dicen, de estribor a babor tantos pasos, la toldilla, tantos otros, el comedor de la cubierta A, tantos, tantos escalones, tantos portillos, tantas puertas... Llevan de todo un estadillo riguroso. Los hay que roban la comida, las mudas, los zapatos, roban cualquier cosa, merodean por las cocinas, acechan cuando no corren peligro de ser sorprendidos, y entonces roban lo que se presente, un bote para comer, una cuchara, un tenedor. No hay que culparles de nada, ¿cómo culpar al que roba un bote viejo y sucio de hojalata? Y están los que son el reverso de éstos, los que no piensan en todo el día sino en esconder de la mirada y avidez de las urracas todo lo que pueda atraer a éstas, de modo que se pasan como los avaros abriendo y cerrando su maleta, por ver si echan en falta algo; estás hablando con ellos tranquilamente, y te dejan con la palabra en la boca porque les ha acometido la sospecha de que en ese momento estén desvalijándoles las piltrafas, y salen corriendo, asustados, como si fuesen a perderlo todo, ellos, a quienes ya no les queda nada, absolutamente nada. Bajas a las bodegas y te encuentras siempre al menos a quince o veinte hombres que han abierto su maleta y hacen pormenorizado recuento de sus pertenencias, que no son sino catálogo de mermas o de pérdidas.

A mí me han robado una camisa y unos calcetines. Sé más o menos quién puede ser, y cuándo opera. Podría montar guardia y pillarle con las manos en la masa, pero es mejor que no, porque si lo descubriera tendría que hacer algo, y qué podría hacer, ¿pegarle?, ¿tirarlo al mar también?, ¿llevárselo al capitán? Seguro que éste lo contrataría. De modo que he metido mi maleta debajo de la litera donde se está todo el día echado el de San Fernando. ¿Qué podrían robarme? Como dice Lechner, no es más que ropa.

Mientras escribía, hace una hora, vino a verme Almada. No encontramos un solo sitio libre donde pudiera hablarse tranquilamente, porque era el turno primero y el segundo de las comidas, y toda la gente deja los camarotes y anda desesperada por el barco, con hambre. Hemos quedado para esta noche.

Son las ocho de la tarde. A las once y media he quedado en la cubierta de popa, detrás del puente. Ahora no se puede estar allí, por la verbena. Me he venido a proa, delante del castillo. Nos dejan circular por cualquier parte, menos por los camarotes que ocupan los oficiales y el capitán. Deben de ser buenos camarotes, es donde están también los del SERE y el de la Sra. Ulloa.

Me he vuelto a encontrar tres veces al valenciano. No está con su primo. Yo diría que me sigue por todo el barco, para tenerme vigilado y estar al tanto por si se me ocurre ajustarle las cuentas, como debiera. Cuánto odio en su mirada. Si pudiera, sería él quien me quitara de enmedio. De esto no tengo la menor duda. También le veo con la Sra. Ulloa. Es uno de los que mangonea. Se ha metido en el comité. Lechner o no lo ha visto o no se ha dado cuenta o no lo ha reconocido, porque ahora se ha decorado con un traje nuevo que también habrá robado a alguien.

Han empezado a circular algunas infamias referidas a la Sra. Ulloa. El barco es como un inmenso zoco, abigarrado y caótico. Desde que le han visto hacer tan buenas migas con el capitán, tampoco goza de buena prensa entre muchos de los refugiados. Al día de hoy soy de la opinión de que el elemento refugiado de esta expedición no simpatiza con la Sra. Ulloa. Es una mujer joven. Resulta vistosa, morena, con una gran mata de pelo negro y los ojos negros. Le asoman los genes indígenas en los ojos, troneros y chinosos, defendidos por pestañas fuertes y largas, quizá postizas. Le es menos simpática a las mujeres que a los hombres. Cuando habla con un grupo donde se encuentran mujeres y hombres, sólo mira a los hombres. Es, en mi opinión, una de esas mujeres a las que les habría gustado nacer hombres, razón por la cual evitan en lo posible a las mujeres.

A estas alturas algunos sospechan que el robo de todo lo entregado por las damas inglesas sólo ha podido ser llevado a cabo con su consentimiento. Quién sabe. Yo creo que está demasiado ocupada en flirtear como para ocuparse de hacer una fechoría de ese calibre.

Cada día da una charla en uno de los comedores. Se llena lo menos con doscientas o trescientas personas. Habla muy bien y tiene una voz de terciopelo, que le nace de lo profundo de la garganta, una voz más de hombre que de mujer. Yo estuve en una de esas conferencias. Son charlas sobre

México y sobre Cárdenas. Es una propagandista. Sus charlas se llenan de bote en bote, en cambio las que dan otras personas, con oratoria tan buena como la suya, de gente preparada que viene con nosotros, catedráticos de Universidad, médicos, intelectuales, ésas están vacías.

Aquí todos aseguran que México es un país maravilloso, pero lo cierto es que nadie lo conoce, y, sin embargo, yo no querría haber salido de España. Pienso a todas horas en Madrid. A alguien chistoso se le ha ocurrido dividir el barco en barrios, debe de ser el mismo que se le ocurrió poner en Saint Cyprien a la avenida principal Avenida de la Libertad. No sabe uno si lo hacen con sarcasmo o con candor. Aquí no va uno a la cubierta B, de la banda de babor, en realidad está en la Gran Vía; si estás en la cubierta de estribor, te encuentras en la calle de Alcalá. Al puente A, donde toca la banda, le llaman el paseo de Rosales. Yo ahora estoy en el puente de proa, que se le llama avenida de los Suspiros, aunque yo ese nombre se lo hubiera puesto al de popa. La gente que viene a proa no va nunca a popa, lo tengo comprobado, son dos maneras de mirar la vida, el que mira hacia adelante, y el que echa la vista atrás. El que se pone en la proa, hincha el pecho, levanta la cabeza, respira por la nariz y la boca al mismo tiempo, todo el oxígeno le parece poco; el partidario de la popa, por el contrario, se queda sentado, con las piernas cruzadas y el pecho hundido. A proa van los enamorados y los jóvenes; a la popa, los viejos y los enfermos.

Yo soy, irremediablemente, de los que echa la vista atrás, y aunque evito el lamentarme, pienso de veras que mejor antes, mil veces. Se es triste o alegre, sin poder evitarlo, como se tiene pelo o se es calvo. Eso no se puede elegir. Como tampoco pudo uno elegir la bala que lo mataría. Las balas te eligen a ti, y también la vida, hagas lo que hagas. Ha sido un error ponerle esos nombres al barco. Son mucho más bonitos los suyos. Si lo que querían era que la gente pensara en México, han conseguido que sigan pensando en España, aunque seguramente a los que no son de Madrid una palabra como Lavapiés no les diga nada, pero a los que somos gatos... Dios mío, noto por dentro cómo se ensancha todo y se me encoge, al mismo tiempo...

Hace un momento anunciaron por los altavoces que había nacido un niño a bordo. Es una noticia bonita. A ese niño no se le olvidará de dónde viene mientras viva. Es, como todos nosotros, un niño de ninguna parte. Pero nadie habla en cambio de los niños que están enfermos, sin ir más lejos, «el hijo» de Lechner está hoy mucho peor que ayer. Lo han visto los médicos. Aquí lo que sobran son galenos. Le han diagnosticado, según me ha confesado Lechner en el mayor de los secretos (incluso me ha obligado a jurarle que no diría nada de esto a nadie), una meningitis aguda, lo cual les ha llenado de zozobra, porque una epidemia de meningitis podría ser funesta para la misión del *Sinaia*. A la madre ni le han dado esperanzas ni se las han quitado. Sólo le dicen que es cosa grave.

La Sra. Ulloa le ha prohibido también a la pobre mujer que diga a nadie lo del chico. Lo han aislado, de modo que lo primero fue alejar al pequeño del foco infeccioso. Pensaron llevarlo al sollado de las mujeres, pero lo desecharon porque allí hay otros niños a los que podría contagiar, en el caso de que él haya incubado el mal, así que está al cuidado de la mujer de Traba, quien, a falta de hijos propios, está feliz de hacerse cargo de una preciosidad como Honorito.

La madre, separada del menor y con el mayor tan enfermo, está desesperada. Lechner ayuda en cuanto puede. Hace un rato, por distraer a Honorito, lo he llevado por ahí y le he subido a los botes de salvamento. Es muy gracioso contando cosas. Vienen de Talavera. De Talavera a Madrid, de Madrid a Valencia, de Valencia a Barcelona, de Barcelona a los campos, siempre siguiendo a su padre, que murió en Argelés. Van a México, porque la mujer tiene allí un hermano de su padre, que emigró antes de la guerra. Confía en que los recoja. El muchacho cuenta y no para.

Por la noche estaba leyendo en la cubierta de popa. Es el momento más tranquilo del día. Dejan allí una pequeña bombillita encendida. Vino Lechner a avisarme. El chico está peor, entre otras razones, porque en el barco no quedan medicinas. También las han robado.

Nos habían dicho que uno de los marineros vendía algunas de estraperlo. Fuimos Lechner y yo a buscarle.

Cuando éste le preguntó si era el que vendía las medicinas, se nos quedó mirando con desconfianza. Nos dijo que él no era exactamente el responsable, nos dejó allí, y vino al rato con

otros dos, uno alto y pelirrojo, y otro viejo, sucio y gordo. Fuimos los cinco al comedor de marineros, que estaba vacío. Le explicó Lechner al primero lo que necesitábamos. Dijo él, de acuerdo, son mil quinientos francos. Lechner pidió ver la medicina, y el viejo, que parecía el jefe, soltó una carcajada teatral. Luego, razonó que una cosa era vender fruta o leche condensada, y otra muy diferente sulfamidas, que escaseaban.

Salimos de allí con el acuerdo de traerle por la mañana el dinero. Se podrían obtener mil quinientos francos haciendo una colecta, pero no se puede hacer una colecta, ya que oficialmente no existe tifus en el barco ni meningitis ni nada, vamos todos sanos, y aunque se pudiera promover, no se podrían comprar las sulfamidas, pues cuando hemos ido a contarle a la Sra. Ulloa la escena con los marineros, nos ha replicado que ella no se puede meter en esos asuntos, y que sí esos marineros tienen sulfa midas y las quieren vender, no es de su incumbencia, lo mismo que no se metería si alguno de nosotros quisiéramos vender nuestros zapatos, todo lo cual lo ha dicho furiosa con nosotros, por haberla importunado. Lo mismo que cuando soltó, «bastante tengo ya con los refugiados como para ocuparme de la marinería».

Hemos pasado la tarde con el chico. La madre no se separa de su lado, le llena de besos las manecitas, le limpia la frente de sudor con un trapo blanco, le abanica la cara para que no sienta sofoco, le arregla la cama cada cinco minutos... De vez en cuando la fiebre le hace decir cosas muy graciosas, como cuando empezó a contarnos que había descubierto en la calle Gaztambide, en la zona desocupada por los bombardeos, un alijo de alimentos que estaban todos para chuparse los dedos, y que vendidos en el mercado negro, le permitirían comprarle a su padre un par de botas nuevas que llevarse al frente. Todo lo que contaba tenía una gran lógica de hombre de negocios.

Yo he tenido que salir a respirar un poco de aire fresco, porque el de aquel camarote huele a orín exudado y oxidante. Lechner me ha asegurado que conseguirá el dinero. Ni siquiera he tenido ganas de bromear. Podría haberle sugerido que lo robara, pues que se ha convertido en un ladrón de categoría. Me ha pedido que me quede aquí. Viene a recogerme dentro de una hora. Me ha confesado también que intentará algunas gestiones.

Por cierto, se me había olvidado contar que ayer, a la cita que tenía con Almada no acudió él, sino Clara. Me dijo que su marido se encontraba muy cansado, y que ya nos veríamos hoy.

Estuvimos ella y yo hablando un rato, mientras oíamos la música de la verbena. Es una muchacha agradable. Quiere hacerse la seria, pero no lo consigue, como si todo esto, o sea, estar con un hombre casado, la guerra, los campos y ahora lo de marchar al exilio, la hubiesen puesto un poco de mal humor, contra el que trata de luchar. ¿Cómo?

Mostrándose serena.

Connmigo lo estuvo. Nos sentamos en una de las tumbonas de la banda de babor, cerca de donde está el camarote de «los» Lechner.

Es preciosa. Me gusta mucho, pero me pongo nervioso cuando la veo. Se ve a la legua que no está en su ambiente. Es una mujer fina, estilizada, tiene algo de egipcio, quizá el cuello tan largo y las facciones muy dulces y pulidas. Su padre fue un pez gordo en la guerra, y ahora tiene un cargo en el gobierno. Es reservada también. En eso son almas gemelas Almada y ella, aunque recuerdo que la noche de Camprodón estuvo más comunicativa. Cuando se terminó la verbena, apagaron las pocas luces que permanecían encendidas, pero nos quedamos un rato más. Sólo se veía la brasa de mi cigarrillo, como otra estrella, vagando en la inmensidad de la noche.

Yo me enamoraría de ella si no fuese porque se ve que no es una mujer para mí. O mejor dicho, uno no es para ella, por muchas razones evidentes. No se me ocurre con quién compararla, se parece a muchas actrices del cine, quizá a Lilian Galway, tiene el pelo de la Bertini, y lo mueve igual, pero a quien más se parece es a la Garbo, con ese cuello y la espalda que no se sabe si la lleva derecha o torcida, como el tallo de una flor. Trae el pelo corto, en una melenita que hace que el cuello le destaque, porque es muy largo, blanco y fino. El pelo es negro, tirando a castaño, y el pequeño lunar encima del labio la elegantiza de misterio, como si fuese una luna negra para ella sola, con su leyenda oriental. El aire del mar le echa de continuo el pelo sobre la cara, y tiene que apartárselo de los ojos. Lleva faldas de una tela que le pasa lo mismo que a la melena, que el aire del mar se la mueve de un lado para otro como si fuese una campanilla, y se la enreda entre las piernas. Anteayer,

al pasar por el puente, donde se forman siempre corrientes de aire, la falda se le subió y le dejó al descubierto los muslos, el vello se le doró de golpe, parecían como piernas de una diosa de oro. Por las mañanas da clases a los niños. No es maestra, pero le gustan los niños. Iba para concertista de piano. Yo le dije que podía tocar para nosotros alguna vez. Me confesó que no tocaba desde hacía un año, y que no creía que volviese a hacerlo nunca jamás. Le ha debido pasar a ella con el piano lo que a mí con la baraja.

Estábamos hablando de todo esto cuando salió Lechner de su camarote. Eran ya cerca de las dos de la madrugada. Se fue a buscar otra tumbona. La puso al lado de la de Clara, que se quedó en medio de nosotros dos.

Al rato pasaron por delante dos o tres parejas de novios o matrimonios. Van a donde los botes de salvamento. Como están en dormitorios separados, hacen el amor allí, se oyen chirriar los pescantes, como los somieres de las pensiones tristes, y luego se vuelve cada uno a dormir a sus sollados respectivos, los hombres con los hombres, y las mujeres con las mujeres.

Lechner, al pasar una de las parejas, les dijo, tortolicos, lo dijo de una manera simpática, sin indiscreción, resultó algo limpio, poético incluso. Ellos, que venían abrazados, se juntaron un poco más, y él respondió riéndose, también limpiamente, con simpatía, dijo, envidia, y la que era su novia o su mujer, un poco avergonzada, escondió la cabeza en su pecho, dejó escapar una risa nerviosa, y apretó el paso para que no la viésemos.

Después de eso me fui a dormir, aunque no tenía sueño, y les dejé solos.

1 de junio

Vino a buscarme Lechner temprano, a las siete de la mañana.

El estado del chico se ha agravado. A la madre hay que subirle la comida, que apenas prueba, pues no consiente en separarse de él ni un solo minuto. Los médicos, que le hacen la visita, aseguran que acaso se salvaría si hubiera medicinas.

El contraмаestre, el viejo con el que estuvimos ayer, tampoco admite joyas. Estuvimos hablando con él otra vez hace un rato. Le llevábamos mi reloj, por si ahora podía sacarnos de un apuro, y nos respondió que él no es un prestamista que se queda alhajas en prenda, y que la medicina es de su propiedad, que lleva siempre consigo, por si tiene la desgracia de caer enfermo. Exige francos, libras o marcos. Pero nadie puede reunir una cantidad tan abultada como ésa, y si alguien la tiene, nosotros no lo conocemos.

Después de eso subimos a cubierta. Como hacía bueno, nos anunciaron que los que prefiriesen desayunar arriba podían hacerlo, pero se levantó viento. Empezaron a servir el café, por llamarlo con un nombre conocido, pero sin aviso venía una ráfaga y se lo llevaba, manchando a unos cuantos. Eso produjo un efecto cómico indiscutible. La gente tan pronto se ríe como que cae abatida en depresiones que le duren días. La persona que ha estado sumida en un pozo negro de angustia, lo mismo rompe a reír, porque ve los gestos que hace alguien para vomitar sobre la borda, o se pone él mismo a vomitar a continuación. Lo del café no era más que una charlotada, pero el sol, la alegría de ver el agua de las mangueras que baldeaban la cubierta, no sé, estaba todo el mundo de muy buen humor. Me acordé de los últimos días de la guerra, cuando nos daba por reírnos de cualquier cosa, las mayores bobadas eran las que nos causaban más risas.

De lo del chiquillo hemos hablado. La cosa se lleva en el mayor secreto. El capitán conoce a la perfección esta falta de medicinas, pero en la enfermería no quedan más que aspirinas, y ha tenido el cuajo de decirnos que cuando empezó este viaje no sabía que esto se convertiría en un barco hospital, echándonos la culpa de que estemos enfermos. Las robaríamos si supiéramos dónde las guarda el contraмаestre. Lo más probable es que el niño se muera.

Ayer me encontré a la madre, es una mujer que da miedo. No había vuelto a verla desde que nos embarcamos, tan poco sale de su camarote. Está toda ella amarilla, un amarillo sucio, un amarillo negro, delgada, los ojos se le han hundido lo indecible y alrededor le han florecido unas ojeras acusadísimas. Lleva a la cabeza un pañuelo negro, y eso le da un aspecto de vieja prematura.

Por la mañana una de las zonas más tranquilas es la banda de babor, junto a los sollados de la marinería, ya que hace frío todavía y no da el sol hasta pasadas las doce.

Estaba allí cuando vi venir a Lechner. Empezó a hablar de Clara. No sabía dónde quería ir a parar, hasta que me lo contó todo.

Las cosas que me contó me han dolido. ¿No es absurdo? ¿Celos? Qué más da. También para mí resulta difícil explicarme lo que ha sucedido. ¿No es ahora la compañera de un camarada? Si el hombre no ve un resquicio por el que colarse, ni siquiera lo intenta. El instinto me dijo desde el primer momento que las cosas entre Almada y ella no van bien. Es bellísima, su manera de ser, la mirada de inteligencia que tienen sus ojos, el modo de estar tan natural... ¿De qué color son tus Ojos? ¿Del color de la espera? ¿Del color del adiós? ¿Del color del nunca? Mi amor de un día, mi espuma de mar, mi ola partida en dos por la espada de hierro, sirena de este buque, ¿en qué rincón del alma cobraste más forma que una sombra? ¿Cómo fuiste metiéndote en mis venas y agitando mi pulso sin que yo te notase? ¿O acaso fue mi amor quien franqueó la puerta a esta sorda locura? Ni siquiera sabía lo que ahora no querría saber. De un golpe todo lo que en mi mente iba de un lado a otro, sin forma, sin música, sin palabras, ha cobrado una imagen, y es la tuya, un timbre, el de tu voz, unas palabras, éstas. Mi Clara oscura, mi Clara negra, mi Clara silvestre, en la pradera del mar, en los pétalos del agua, en la oscura bodega donde yo sin saber, en estas noches, iba dándote forma. Cómo te he soñado sin saber que tú eras el sueño. Te he acariciado, sin que me hubiese atrevido a rozarte. Te he dicho mil palabras de amor, y nadie puede decir que mis labios se hayan despegado. Tantos años esperando a sentir el amor, y ahora el amor, universal y único, ha venido a mi casa y nada puede hacer por mí, más que mostrarme sus manos desnudas. Te he conocido porque otro te me ha llevado de mi lado. Te conozco cuando te pierdo. ¿Te pierdo? Nunca te tuve. Pero eres mía. El amor es cosa de uno. Dos se estorban. Sólo cuando se ha alejado, he visto que estaba dentro, ella, que jamás ha estado cerca. Clara... Mi Clara oscura...

Lechner en realidad no me ha hablado de ella. Sólo quería preguntarme por Almada.

Le conté lo de las cartas, que Lechner no sabía. Él le aprecia también, le parece una buena persona, y valiente, no sólo por lo que demostró en la guerra, sino por lo que ha hecho con su vida.

Hoy el día ha sido tranquilo. Han aparecido tres barajas más, ya son nueve las que hay en todo el barco, y se ha organizado un campeonato de mus y otro de brisca. Yo no me he apuntado a ninguno de los dos, ni siquiera para distraerme y no pensar a todas horas en ella, porque ya me lo he confesado: me he enamorado.

Es patético, porque, sabiendo que no tengo la menor posibilidad, paseo por la parte adonde dan las escalas de la bodega en la que van las mujeres, he cambiado de turno de comidas, por coincidir con ellos, hago guardias en la toldilla, adonde suele venir ella a quedarse un rato sola...

En la toldilla estoy ahora. Hace un rato pasaron más de veinte niños corriendo por delante. Acaban de anunciar por los altavoces que se les va a repartir caramelos. Sus risas son lo único que da un poco de alegría al barco, porque ellos se ríen de verdad, para ellos esto es una aventura en toda regla. Ahora, ¿para nosotros? A veces en un grupo de gente alguien cuenta algo gracioso y la risa estalla en medio como una granada, pero esas risas no sólo no son benefactoras, sino que hacen daño, pues de pronto piensas que no tienes derecho a reírte. Eso es la angustia. Cuando no puedes reírte, y cuando al reírte no puedes ser feliz.

Las autoridades del barco, me refiero a la delegación del SERE y los representantes políticos, están empeñadas, sin embargo, en lo contrario, y algunos sostienen que los recuerdos son reaccionarios y contrarrevolucionarios. Ayer un compañero nos echó una arenga antes de empezar a comer. Sostuvo que los recuerdos eran burgueses y fascistas por naturaleza, según había dicho ya Stalin, y que la historia exigía de nosotros miradas hacia delante, no hacia atrás. Que había que recordar a España para no olvidar nuestra cita con ella, pero que pensar en la vida que dejamos atrás no nos va ayudar. Que hemos de pensar en España para la reconquista. O sea, no hemos acabado de perder una guerra y quieren que perdamos otra.

Qué sabrá nadie lo que a cada uno le ayudará o no. Yo cada día sueño con mi padre. Es cosa extraña. Me duermo pensando en Clara, y, sin embargo, es padre el que acaba saliendo por uno u

otro de los escotillones del sueño. Siempre de la misma manera, abre una puerta, entra, se sienta junto a una mesa, deja sobre ella el brazo y tamborilea un poco el tablero con los dedos, como solía hacer. Mira hacia donde estoy. En el sueño no aparecemos juntos nunca, pero sé que estoy junto a él. Me mira, pero no me habla. Estos sueños me gusta tenerlos, porque le quería. Ha sido una suerte que se haya muerto antes, incluso aunque haya sido en la cárcel. Pienso en madre, pienso en las hermanas. ¿En quién o en qué voy a pensar? ¿En Franco?

4 de junio

Ayer fue un día tristísimo. Han prohibido a la madre decir nada. Su hijo ha muerto.

En cuanto se supo que había muerto, se llevaron al chico envuelto en mantas a uno de los sollados, cerca de las carboneras. La madre estaba como alhelada. Le contaron que era mejor velarlo abajo, donde hacía menos calor, cosa que es exactamente al revés, pero se lo creyó. Se guardó su cuerpo durante unas horas, para evitar que nadie lo viese. En el vientre del buque el calor sofocante y húmedo no puede soportarse, y el olor a amoníaco y a pescado podrido es tan fuerte que parece vaya a romperte el cerebro y sacarte el estómago por la boca. Cuando se encontró sola, preguntó por Honorito. Se lo trajeron, que estaba en lo de los caramelos. Éste traía también caramelos para su hermano, y no se ha dado cuenta bien de lo que pueda ser la muerte cuando le han dicho que dejara el caramelo bajo la almohada de la cama vacía. Preguntó dónde se le habían llevado, y Lechner le respondió que a la enfermería, para que se ponga mejor y pueda dormir su madre.

Oficialmente de esta muerte no se ha hablado nada. Pero a estas alturas ya sabe todo el mundo que ha muerto un chico, porque he oído hace un rato cómo lo comentaban en un corrillo unos hombres. La inquietud se ha apoderado del pasaje, pues todos temen la epidemia y, sobre todo, la cuarentena.

Quedaba el problema de deshacerse del cuerpo del chico. Vinieron el capitán y la señora Ulloa, que hizo de intérprete, a hablar con la madre y anunciarle la botadura del cadáver al mar, en cuanto llegara la noche. No querían hacerlo durante el día para evitar el espectáculo ni añadir dramatismo a nuestra expedición. El chico venía al parecer ya muy enfermo de los campos.

Cuando la madre se enteró de que en el mar se arrojan los cadáveres al agua, perdió los nervios. Hasta ese momento estaba como dormida, sin saber lo que sucedía a su lado. La noticia de que tirarían el cuerpo de su hijo al mar parece que la sacó de sí, y gritó que por nada del mundo permitiría que eso sucediera y que le enterraría como a todo el mundo en tierra, en cuanto tocaran puerto, y le pedía a Lechner que hiciera algo, que impidiese lo que iban a hacerle al muchacho. Lechner y yo hablamos con el capitán para saber si sería posible esperar a llegar a Puerto Rico.

Pero no, que con el calor que hace el cuerpo se descompondría antes.

La botadura se llevó a cabo ayer por la noche, a las dos.

Vi a la mujer. Temblaba y sacudía la cabeza, como si estuviera epiléptica, y no soltaba la mano de su pequeño. Estuvo sin salir del sollado en todo el día. El cuerpo, como advirtió el capitán, empezó muy pronto a corromperse. Yo me hice cargo de Honorito, porque la mujer de Traba se portó como de la familia, y no se separó de la pobre viuda ni para comer. Estuve con el chico toda la tarde. Me le llevé lejos de allí, subimos a cubierta y traté de que se distrajera. Va vestido con unos pantaloncitos negros, torpemente cosidos, de los que salen, de la misma tela, dos tirantes que se cruzan sobre su pecho, para que no se le caigan, y una camisa blanca de una tela tan liviana que se le ven a través las costillas. Está muy delgado. Se le marcan las rodillas. Es donde se nota si un hombre está o no delgado, en las rodillas y en los codos. Tiene el pelo tan negro como los ojos. Su padre debía de ser muy guapo, o su madre lo fue, hace ya años, antes de la guerra.

Tiene ideas someras del mundo, es muy chico todavía para saber qué hacemos en este barco, y las razones que nos han traído a él. Son de Talavera, ya lo escribí, creo. En el barco van más de Talavera. Asegura, lleno de ilusión, que su padre les está esperando en México, quizá porque eso es lo que la madre les cuenta. No sabe que su padre ha muerto.

Por la noche lo llevé a su camarote, y cuando se durmió, salí. Estuvimos esperando un rato largo.

Primero a que terminara de tocar la banda. Se nos hacía raro oír aquella música, la gente bailando y divirtiéndose, y dos pisos más abajo, la muerte en su expresión más tosca y feroz.

Al entierro, si se puede llamar así, vinieron uno de la delegación británica, la Sra. Ulloa, uno del SERE, el capitán, dos marineros franceses que fueron los que subieron el cadáver del chiquillo, la madre, Lechner y yo. La Sra. Ulloa llevaba del brazo a la pobre mujer, que ya casi ni lloraba, estaba como en trance, con los ojos en blanco y no hacía más que repetir, hijo, hijo. Le partía a uno el corazón. Habían envuelto su cuerpecillo en una bandera republicana. Fuimos a la cubierta de popa, junto a la toldilla, en uno de los costados. A alguien se le había olvidado recoger los atriles de la música, que parecían aves zancudas. Nos tropezamos con dos noctámbulos, a quienes la ceremonia les sorprendió mucho, y una pareja de novios, que salió de detrás de un bote. Cuando vieron el cortejo fúnebre conducirse con tanto sigilo, no supieron lo que estaba ocurriendo, y si era mejor marcharse de allí o, si por el contrario, en vista de lo parco del duelo, había que quedarse, para hacer bulto. Al final no se decidieron ni por una cosa ni por otra, ni se fueron ni se acercaron; se quedaron donde estaban, de pie, serios, esperando que la ceremonia que había venido a interrumpir sus abrazos se acabara y pudiera permitirles a ellos seguir consolándose de no haber muerto todavía.

El capitán miró a la Sra. Ulloa, por si quería decir unas palabras, pero no. Tenía cara de fastidio y ganas de que aquello se terminara cuanto antes. Fue horrible. Las religiones se han inventado para los entierros, para poder decir algunas oraciones. Allí nadie dijo nada, pero tampoco nadie contribuyó a que la ceremonia se abreviara. La madre estaba como encogida. Llevaba puesto el mismo vestido negro, un luto sobre otro luto, y no se había quitado el pañuelo de la cabeza. Permanecía de pie, con el pecho hundido, como un pájaro. Apenas fue capaz de ahogar un sollozo cuando vio cómo el cadáver se deslizaba por la tabla y caía al mar. Su primer impulso fue ir detrás de él. Lechner la sujetó por los hombros, y a continuación nos marchamos todos de allí, en silencio. Debían de ser cerca ya de las dos y cuarto.

Oficialmente Lechner es su marido, aunque a estas alturas todos saben que no. Volvió con ella.

5 de junio

Después de la muerte del chiquillo el día fue más tranquilo. Me encontré con Almada cuando salía él del primer turno y entraba yo en el segundo. Hizo como que no me veía, pero al final era absurdo hacerse el despistado, porque teníamos que pasar uno al lado del otro, rozándonos el codo como quien dice.

Esta mañana, al amanecer, me levanté como de costumbre y subí a cubierta. Miro baldear a los marineros, es un momento precioso, en el que parece que el barco está desierto. No se oye otro ruido que el de las olas contra el casco y la proa y el de los marineros trabajando en silencio. Luego se levantan otros marineros que van a los comedores. En realidad es como una ciudad, cuando se riegan las calles, se abren las tahonas y las tabernas y el aire se llena de hilvanes de café recién hecho. Me gusta tanto el mar, que es como si lo tuviese para mí solo. Es quizá la hora en que tengo los recuerdos más limpios de Madrid. Es un Madrid de antes de la guerra. Tomo el doce, me subo en él y llego hasta Sol por Alcalá. La gente a uno y otro lado, saliendo de los cafés, del teatro. Me voy acordando de las casas, las tiendas, mucho mejor que si viviera allí. Otro día me voy con la imaginación a Las Vistillas, a una taberna que se llama La Pera, donde daban unas torrijas muy buenas. Puedo pensar a mis anchas. No me molesta nadie, si acaso los cuatro noctámbulos e insomnes. Nos saludamos siempre, pero no hablamos nunca. Uno es de un pueblo de Córdoba, viene solo, otro es de Murcia, joven también. Viene a veces un viejo, el que nos echó el discurso en Gibraltar, que cumplió el otro día los ochenta años. Anda con bastón y no se quita jamás el sombrero. Al vernos nos saluda muy ceremonioso, se lleva la mano al sombrero, pero no se lo llega a quitar, únicamente roza el ala con sus dedos, y se va a la silla que es la suya, y que nosotros dejamos siempre libre por si él se levanta temprano. Quizá piensen también en Madrid, como lo hago yo mismo. No hay tampoco más luces encendidas que las del puente y los fanales que se quedan prendidos para que la gente no tropiece. Se produce un fenómeno curioso cuando amanece,

porque las luces empiezan a temblar, como si fuesen candelas. A continuación su fuerza se debilita, y pasan de amarillas a blancas, hasta que desaparecen por completo. No sé cómo explicarlo, cuando una vela se apaga en medio de la noche las sombras se apoderan de todo. En el barco, hacia las cinco menos diez de la mañana, es todo lo contrario, porque esas bombillas entreclaras se van apagando a medida que se hace la luz por todas partes.

Nuestro sollado queda lejos del que usan las mujeres. Esta mañana, cuando subí a cubierta, me encontré a Clara, que bajaba al suyo. Me saludó de forma atropellada. Creo que le molestó que la sorprendiera despierta a esas horas, como si hubiera descubierto un gran secreto. Luego me encontré a Lechner acodado en cubierta, fumando. No hacía falta ser un lince para saber lo que pasaba. Se me puso el corazón a latir como un loco, todo nervioso, lleno de presentimientos. Subimos a la toldilla de popa para no molestar a la gente que dormía. Me contó que ayer estuvo haciendo compañía a la viuda. Me quedé de piedra. Hubiera jurado que me iba a hablar de Clara. Pues no. Es el estado en el que yo estoy, seguro. Habló sólo de la viuda. Lo del hijo la ha aniquilado. No quiere separarse del pequeño, que es lo único que le importa. Es una mujer de una timidez enfermiza, y sólo sabemos de ella lo que me ha contado a mí Nito. No habla con nadie y apenas prueba bocado. Las raras veces que sale del camarote para acudir a la letrina es como un alma en pena, una sombra cuyo paso parece arrastrar tras de sí más sombra todavía.

Hoy, al mediodía, a la hora de más calor, cuando volvía de mi turno, me tropecé con Almada. Charlamos. Con él las cosas suceden siempre de un modo imprevisto.

Me preguntó qué pensaba hacer en México, si tenía planes. Yo por lo menos podré buscar un trabajo en mi oficio, pero él... Como militar se ha quedado sin patria y sin oficio.

Luego, me preguntó por Lechner. Le conté algunas cosas, otras no, cómo me había cuidado en Toulouse, el viaje a París, su familia. Del robo y de nuestra huida de Francia no he contado nada, cuanto menos se sepa, mejor. Entonces, sin que me lo pudiese esperar, va y me pregunta a bocajarro: ¿Te ha contado Lechner que fue novio de Clara, en Barcelona?

Me quedé de una pieza, pero al mismo tiempo fue como si me ratificaran algo que yo sabía desde... el principio, cuando no sabía nada. No supe qué decir, me notaba mareado y con náuseas. Fue Lechner quien pidió le destinasen al mismo frente, con el propósito de reunirse con él y hablar de Clara y de su futuro. Lo encontré, pero jamás hablaron de ella. ¿Lo han hecho ahora? No quiero saberlo.

Es curioso, cuatro personas que vamos juntas en este barco sufrimos en secreto por causas comunes, y, sin embargo, ninguna de las cuatro conoce con exactitud la secuencia completa. ¿Qué pensaría Lechner si conociese mi amor por Clara? ¿Cómo podría imaginarse Almada, cuando me habla de Lechner con preocupación, como una cerrada nube negra en el horizonte de su vida, que su mujer, que ahora teme perder, es de quien yo me he enamorado absurdamente? ¿Y Clara? Sólo ella tiene en sus manos hacer feliz a Almada o a Lechner, o desdichados a los dos, pero jamás llegará a saber que estos días, en el barco, procuraba tropezarme con ella, porque era lo único que me alegraba el día. Cuántos momentos le dedico, cierro los ojos y la veo apoyada en la toldilla, con la mirada perdida en la estela del barco, o en los raros instantes en los que la he visto reírse, se echa la cabeza hacia atrás, se lleva la mano a la frente para apartarse el pelo y estalla en una risa que la devuelve a otra edad, la de la infancia tal vez, la de la juventud sin guerra ni presagios. Nunca sabrá lo que han significado para mí esas risas. Las palabras se las dedicamos a uno o a otro, pero las risas son para todos. Mi pobre Clara... Mi pobre Justo.

Por la tarde estuve en el concierto que ofreció la Agrupación Musical Española. Había gran concurrencia. No tocan mal. La música es un analgésico. Mientras la oyes no te acuerdas de nada más, si de verdad logras oírla, porque si no, es como un suplicio.

La vida en el barco empieza a hacerse enojosamente rutinaria. Hay que formar cola para todo. Hoy tuve que hacer una de tres cuartos de hora para tomar una ducha de agua salada. En el primer turno del desayuno esperé otros veinte minutos. Para entrar en la letrina esperé más de media hora y en un reparto que han hecho de aspirinas otra media. Pero está luego la otra monotonía, la que es sólo del mar, la monotonía de norte, de sur, de este y de oeste, como el descomunal bostezo del

mundo. El barco desde luego navega, pero parece estar siempre en una misma hora, en el vértice de un punto de mar y cielo. El mar desde aquí es como un gran reloj sin agujas, sin números, sin minuterio, en el centro nosotros siempre, miremos hacia la parte que miremos. Así vivimos, en la noche, en el día, una hora siempre la misma, que es una hora sin hora. Gira el sol también como un reloj vacío y todas las olas mueren delante de nuestros ojos. Lo peor es que el centro del mundo somos ahora nosotros, que el centro se desplaza a donde quiera que vayamos, y que allí donde quisiéramos escondernos nos seguirá.

6 de junio

La noticia de hoy es que fondearemos en la ensenada de Puerto Rico y bajaremos a tierra. Nos esperan allí los antifascistas y partidarios de la República, que han enviado ya radiogramas de adhesión, y después darán todo el día libre, antes de seguir viaje hacia México. Eso ha levantado los ánimos, y aires de euforia recorren el barco.

Ayer, a última hora, tuve un encuentro desagradable con uno de uno de los comités que se han formado a bordo para preparar nuestra llegada. Nos han dividido por profesiones y oficios, los campesinos juntos, los maestros, los médicos, los artistas, los ferroviarios. La comisión de tipógrafos y artes gráficas lleva reuniéndose desde el día 2 de junio. Las reuniones se hacen por la mañana. Anteayer ya, cuando iban a reunirse, me encontraron en la borda de estribor, sentado, sin hacer nada, mirando el mar. Uno, que trabajó en Ribadeneyra con mi padre, me dijo si iba con ellos, y le respondí que me uniría a ellos un poco más tarde. Dije eso porque no me gusta ser grosero con nadie, pero el caso es que no pensaba ir. No quiero más reuniones, estoy cansado de hablarlo todo, de discutirlo, de trabajar por el futuro, como dicen los del Comité. Me parece bien que ellos se reúnan, pero tendrían que tener una consideración para los que no queremos otra cosa que nos dejen en nuestro rincón rascándonos nuestra derrota y nuestra roña. Para mí la guerra ha terminado. No sé qué va a ser de mí, no sé si volveré a ver a mi madre, a mis hermanas. La única persona que podría hacer que me volviese a ilusionar por algo está tan lejos de mí, que cuando está a mi lado ni siquiera me ve. Eso es lo único que me preocupa. Lo demás me da igual.

Hoy otra vez volvieron a buscarme. Tampoco fui, pero por la noche, cuando estaba en la toldilla, el de Ribadeneyra y otro, que no conozco, catalán, me echaron una buena. Yo no les decía nada. Les dejaba hablar. Que si la República exigía de nosotros tal y tal cosa, que si el gobierno del general Cárdenas estaba siendo generoso con nosotros como nadie lo había sido, que si teníamos que estar una vez más a la cabeza del sacrificio... Hasta aquí hemos llegado, les atajé yo. No quiero oír una palabra más de sacrificio. ¿Os parece, les dije, poco sacrificio tener que estar en este barco, rumbo a América? ¿El futuro? ¿Qué futuro? Es la palabra que más he llegado a detestar, porque en estos tiempos es la que menos vale. De modo que no les dije nada más, les dije, dejadme tranquilo, por favor.

Hemos llegado a Puerto Rico y fondeado en la bahía, como estaba previsto, aunque no nos han dejado desembarcar. Ese es el futuro que nos espera.

Antes de que supiésemos que no nos iban a dejar desembarcar, me tropecé con Clara. Se hizo la contradanza. Me puse nervioso. Siempre me pongo nervioso cuando estoy con ella, creo que me va a notar algo, y, sin embargo, qué lejos está ni siquiera de sospechar cuáles son mis verdaderos sentimientos.

Había subido todo el mundo para ver la entrada del barco en Puerto Rico. La gente estaba volcada sobre las barandillas, en la toldilla, en la proa, en la banda de estribor, como en los palcos de un teatro, mirando cómo se acercaba la costa. A nuestro lado había algunas barcas de pescadores, que faenaban con unas nasas de madera, como jaulas de canario, que tiraban al mar y sacaban constantemente, sin reposo, las tiraban vacías y las sacaban vacías. En ese momento vino ella.

Estuvimos más de media hora mirando cómo se acercaba el barco primero a la costa y cómo se quedaba parado, sin saber por qué no seguía hasta llegar al puerto.

Nos fuimos a la otra banda, que se había quedado vacía. Daba el sol de pleno. Hacía mucho calor, lo hace ya a todas horas. No cambia nunca la temperatura, pero sobre todo lo que se nota es un aire asfixiante, que resulta insuficiente, además de pesado.

Sabía que aquel encuentro no era casual, así que sólo esperaba que empezase a hablar. Al principio me preguntó lo mismo que Almada, si conocía desde hacía mucho a

Lechner. Todos quieren saber cosas de Lechner. Lo que yo no sabía era si ella sabía que Almada me había contado lo suyo con Lechner. Le conté a Clara algunas cosas de los Pirineos, de los campos y cómo me salvó en Toulouse. Tampoco le dije nada de lo del robo. Si quiere, que se lo cuente él. Yo lo estaba pasando mal hablando de cosas que a mí me hacían daño, porque no quería hablar de otros hombres. No sé si me hubiera gustado hablarle de mí, pero no me gustaba hablarle de ellos, y habría sido feliz si ella me hubiese hablado de sí misma. Pero no que hablase de Lechner, cómo le conoció, dónde... Cuando le conoció ya salía con Almada.

No sé para qué quería Clara hablar conmigo. Porque soy amigo de Lechner, supongo, porque conozco bien a Almada. Me repitió cien veces que está hecha un lío, y cuando me lo confesaba, se echó a llorar. Le pregunté si quería que le dijese algo a Lechner. Me respondió, no, no, eso no.

Tiene un fondo triste o se ha teñido de la tristeza de Almada. Pudiera ser. Pero cuando alguien se tiñe de algo es porque tiene una predisposición a ello, y en todo lo de ella, en sus palabras, en sus silencios, en su mirada se descubre como un horizonte melancólico y crepuscular. Lechner es lo contrario, es la acción pura, mira hacia adelante aunque lleve los ojos vendados, es un hombre de la mañana. Clara es una criatura lunar.

Estuvo llorando un buen rato. Por otro lado, eso no llama la atención en el barco. Porque todo el mundo tiene razones poderosas para hacerlo.

Fue Clara la que vino a nuestro sector, con el deseo de reencontrar a estos dos hombres, a uno lo encontró en Argelés, a otro en el barco. Entiendo ahora la razón por la cual Lechner, que ha quemado todas las naves que le hubieran permitido quedarse en París, quiso embarcarse en este buque. ¿Sabía que venían Almada y Clara? Seguramente. De él dice: es una buena persona, y lo repite otra vez, no porque no lo crea, sino para que no se le olviden no sé qué deudas de gratitud, qué lealtades.

Estábamos en silencio cuando oímos el himno de la República sonar en la otra banda y aplausos. No teníamos mucho más que hablar, se levantó y me pidió que fuésemos a donde sonaba la música. Cuando llegamos habían tirado una escala, con pasamanos, por la que subía un hombre vestido de blanco, con un canotier, blanco también. A lo primero no lo reconocí, hasta que unos que estaban a mi lado gritaron: ¡Viva Negrín!

No se parece demasiado a las fotografías. Una vez vi a Azaña de cerca y era igual que como sale en los periódicos. Negrín no. Llamaba la atención el traje, tan blanco, de tan buena calidad, recién planchado. Al verle, no sé, me pareció que esa escena ya la había vivido, como si lo hubiese soñado antes, todo igual.

Le saludaron el capitán, el comité mexicano, el comité inglés y las autoridades del SERE. A continuación le llevaron a la toldilla y allí improvisó un discurso. Resultó un discurso frío, protocolario, que si España iba en aquel barco bien representada, que nosotros llevaríamos el nombre de España a las más altas cotas, que si la sangre vertida de nuestros hermanos daría su fruto, que el sueño de la razón por fin no engendraría monstruos, sino hombres libres... En fin, todo hueco y sin alma.

A mí me causó una mala impresión el traje. La gente en el barco va vestida con sus ropas sucias y viejas. Algunos no han podido lavarlas en meses. Parece más la ropa de unos vagabundos. La mitad va en alpargatas. El olor a sudor recuerda el de unas cuerdas, un olor equino y penetrante. Y él allí, como un pollo de teatro, perfumado, con el traje de hilo, el canotier y los zapatos de dos colores relucientes. Tú puedes echar un discurso sobre las libertades y la democracia, pero si vas vestido como un señorito, eso es lo que se ve antes que nada. Los zapatos eran nuevos, crujían al andar. Los zapatos del elemento refugiado, rotos, sucios, deformados, viejos, comidos por el salitre de estos días, observaron los zapatos de Negrín y sacaron sus propias conclusiones. Parecía él el presidente de México, más que el presidente de un Consejo que está en la bancarrota.

La gente aplaudió el discurso, pero sin entusiasmo. Muchos, entre los que me incluyo, pensamos que no dirigió bien el último año de guerra, y en parte por él la hemos perdido y estamos ahora destruidos. Pero de esto no se puede hablar. Después se mezcló con la gente, estrechando manos. Cuando llegó a donde yo estaba, me retiré, porque no quería saludarle. No sé si se daría cuenta. No lo hice porque quisiera que notase mi antipatía, pero no quería saludarle, y así procedí. Toda la curiosidad que había producido su llegada se convirtió en indiferencia cuando se fue.

La decepción de no poder bajar a tierra fue grande. Hubo protestas airadas. Luego, se supo que fue, como sospechábamos, por razones políticas, no sanitarias, aunque nos dejaron atracar para abastecernos de agua.

Nos tuvimos que conformar con asistir a los discursos que nos echaban desde el muelle las organizaciones obreras. Habló un negro. Habló bien, aunque nos distrajimos todos, porque salió no sé de dónde un monito, que se soltó, y que empezó a escalar por una de las estachas que iban a tierra, subía corriendo, colgado hacia abajo, pero al llegar arriba los niños del barco, que querían cogerlo, lo asustaban, y el tití vuelta a bajar, pero en cuanto veía a su amo, otra vez estacha arriba, así como tres o cuatro veces. El negro hablando del sacrificio y de la patria, y todos pendientes del mono, Los oradores se sucedieron, todo eran palabras de aliento para la República, y hablaban de reconquista. Era emocionante, pero yo aguanté poco, y me bajé a nuestra bodega para dormir, porque ayer no pegué ojo. Me encontré al de San Fernando, a pesar de que eran las cuatro de la tarde, metido en la cama y llorando. Tuve que consolarle. No hace otra cosa que llorar. Se acuerda de Cáiz, y de Cáiz no hay quien le saque.

Hacia las dos de la madrugada, después de llenar los tanques, se pusieron en marcha de nuevo los motores y dejamos atrás Puerto Rico como un racimo de luces que picoteaban las aves nocturnas.

A pesar de lo avanzado de la hora, hasta hace un rato había mucha gente vagando por el barco. La decepción de no poder bajar a tierra les había desvelado. En el puerto quedaron también algunos grupos de trabajadores portorriqueños simpatizantes de nuestra causa, con las pancartas de solidaridad. No hacían nada, esperaban a vernos marchar. Ellos no podían subir a bordo, nosotros no podíamos bajar. Era una situación cómica, aunque estaban llenos de la mejor voluntad. Luego, cuando el barco se puso en movimiento, volvieron a enarbolar las pancartas y agitaron en el aire las banderas, casi todas republicanas. Salió de nuevo la gente a cubierta, nos aplaudimos todos unos a otros, y los vimos alejarse de nosotros. Algunas mujeres lloraban en silencio. Algunos hombres, viejos sobre todo, también. Lloramos ya por cualquier cosa. Basta que veamos llorar a alguien a nuestro lado para que nos contagie. Lloro cada cual por sí mismo, el amado muerto que siempre viene con nosotros.

En el aire quedan las palabras de Negrín, tan vacías: «Amigos y enemigos nos miran con ansiedad: para los primeros somos bandera y esperanza, para los segundos, testimonio y acusación de su infame subasta del solar patrio...». Ruidos de olla.

8 de junio

Han hablado de fundar en México un casino o casa de la cultura que se llame España Peregrina, adonde ir para tener reuniones y nuestros conciertos y nuestras actividades, y un periódico que se llamará de la misma manera. Me he apuntado, por si necesitaran un tipógrafo. Pero, desde aquí lo digo, no pienso ir, a menos que me den ese trabajo.

A última hora se procedió al reparto de los donativos que nos entregaron en Puerto Rico, ropa, fruta, alimentos de toda clase. Mucha gente fue a ver, yo vi la cola y desistí. Tocábamos a un mango para cada cuatro, a dos calcetines para cada seis, a una aspirina para cada ocho, a una muda limpia para cada diez, y así con todo lo demás.

Domingo, 10 de junio

No cesan las desgracias. Valentina se ha tirado al mar con su hijo Nito, y han desaparecido. La noticia ha causado consternación y, aunque no se ha hecho oficial, como tampoco se hizo oficial la muerte de su hijo, ha corrido de boca en boca como la pólvora. El hecho de que se haya arrojado con Nito, que todos conocían y querían, ha sumado dramatismo a la desgracia.

Según Lechner, la noche en que desapareció, anteayer, Valentina durmió en el camarote, con Honorito a su lado. El barco ya había zarpado de Puerto Rico. Hacia las tres y media de la madrugada Valentina seguía durmiendo, o al menos echada en la cama, al igual que su hijo, porque a esa hora Lechner se despertó y les vio en la cama. Cuando volvió a despertarse, hacia las cinco, no estaban en el camarote. No le extrañó su ausencia, pues sabía que el niño sufría una colitis desde hacía dos o tres días, con fuertes dolores de barriga, y pensó que la madre lo habría llevado a la letrina.

A la hora de la siesta, Lechner se metió en el camarote, y ahí, dice, fue cuando empezó a pensar que sucedía algo extraño, porque no había vuelto a ver ni a la madre ni al niño, y al entrar en el camarote se encontró los camastros revueltos. Valentina, en cuanto se levantaba, era lo primero que hacía, las camas.

Registramos el barco de arriba abajo, pero no aparecieron. La Sra. Ulloa y los del SERE, a los que fuimos a informar, nos pidieron que guardáramos silencio, mientras ellos iban a buscar al capitán.

El capitán, con un tono de impertinencia insufrible, nos dijo que si no éramos capaces de velar por la seguridad de los nuestros, él desde luego tampoco, y añadió con toda la pachorra que no se extrañaba tampoco de nada, porque a él en cada travesía se le suicidaban uno o dos, y a continuación se fue de allí con muy mal humor, como si le hubiésemos hecho perder el tiempo.

La hipótesis es que Valentina salió con su hijo a medianoche y se arrojó al mar con él. No hay otra explicación. O bien que Nito se cayó al mar y que su madre saltó detrás para salvarle, pero esto no parece verosímil. Otro detalle que nos hace sospechar que Valentina tenía la determinación de arrojarle es que se había quitado el camisón que solía ponerse para dormir y se puso su vestido nuevo.

La muerte de Valentina y Nito nos ha sumido a todos en un estado lúgubre y sombrío. Lechner hizo un paquete con las cosas de la mujer y de sus dos hijos, y se las ha entregado al Comité, para que las reparta entre la gente necesitada. A última hora de la tarde me trasladé del sollado donde he dormido estos días al camarote con Lechner, y duermo en la cama donde dormía Valentina.

Pobre mujer. ¿Por qué aquella determinación en subir al barco? Si le hubieran dicho en Séte que iba a ocurrir todo lo ocurrido, ¿habría subido? En diez días ha desaparecido toda una familia. Es como si la guerra no hubiera terminado aún, sigue a nuestro lado la muerte y el absurdo.

Lechner y yo hemos vuelto a pasar la mayor parte del día juntos. No nos gusta permanecer en el camarote. Subimos a cubierta y nos quedamos mirando el mar horas y horas, adivinando detrás del aire calimoso una costa que nunca acaba de aparecer.

Yo suelo escribir. Él se ha traído dos o tres libros franceses, que lee.

Por sacar el tema de conversación, le dije que había estado hablando el martes con Clara, pero apenas levantó los ojos de la página que leía.

Lunes, 11 de junio

Han venido esta noche dos a pedirnos unas medicinas para otro niño; les han asegurado que nosotros habíamos conseguido de uno de los marineros medicinas para el chico de Valentina.

No nos habíamos dormido todavía. Dentro del camarote estábamos a oscuras, porque el capitán da orden de que se corte la luz, no se sabe por qué razón, porque las turbinas del barco funcionan todo el día.

Es chocante, porque el chico murió entre otras razones porque no conseguimos las medicinas, y

eso lo saben los médicos, que son, al parecer, quienes nos los han enviado.

Bajamos al sollado, donde estaba el muchacho, el más angosto y hundido de todos, el de las mujeres, en el que duermen al menos sesenta, con sus hijos pequeños. Lo habían puesto al lado de una de las bombillas de emergencia, para que se viera algo. Estaban levantadas tres o cuatro, que acompañaban a la madre, velándole. El médico había recomendado que se le hicieran unas friegas de alcohol. A falta de alcohol, se las estaban haciendo con agua. El chico presentaba idéntico aspecto que el otro, sudaba, tenía los labios abrasados por la fiebre y deliraba, lo mismo llamaba a su madre, que estaba a su lado, como le preguntaba a su padre si le iba a traer unos churros para desayunar por la mañana.

Los médicos les han dicho que podían ser unas fiebres tifoideas, pero Lechner y yo, sin ser médicos, hemos visto que eso tiene todo el aspecto de una meningitis, como la otra, pero no hemos dicho nada.

Le informamos al padre quién tenía medicinas y lo que cobraba por ellas. Habían juntado unos cuatrocientos francos. Así que con los cuatrocientos francos subimos el padre, Lechner y yo al sollado de la marinería, donde duermen los coys y los marineros. Despertamos al capataz. Había estado bebiendo y le apestaba el aliento a cerveza rancia. Salimos al puente de oficiales, al aire libre. Preguntó si traíamos dinero, lo tomó cuando el padre se lo dio, y nos dejó allí, diciendo que volvería al rato.

A los diez minutos, sin embargo, quien vino fue otro marinero con el encargo de decirnos que el contraestre nos esperaba en una de las camaretas de oficiales. Habían puesto dos botellas de suero sobre una mesa. Cuando las fue a retirar el padre del chiquillo enfermo, el contraestre, con un movimiento rápido, las quitó de su alcance. Cuatrocientos francos, dijo, es lo que vale una.

Cuando nosotros quisimos una, nos la vendía a mil quinientos. El viaje toca a su fin. Disminuye la demanda, disminuye el precio.

Le dijimos que nos llevaríamos una de todos modos a cuatrocientos francos. Con una hábil maniobra, el contraestre se interpuso entre nosotros y las botellas: no se vendían por separado, arguyó con cinismo. El padre le confesó que no disponía de más dinero ni tenía a quién pedirselo prestado. Una vez más ofrecí mi reloj, pero en ese punto las normas no han variado nada; no admitía oro ni joyas, sólo dinero, para evitar las denuncias, supongo.

Fue entonces cuando Lechner confesó que él tenía esos cuatrocientos francos y que salía a buscarlos.

Yo sabía que no los tenía. A los dos minutos estaba de vuelta. Llevaba una pistola. Los franceses se quedaron planchados y yo lo mismo, porque imaginaba que se había deshecho de la pistola mucho antes de embarcarnos, en París o en Marsella. Sin mediar palabra, le arrebató al contraestre los cuatrocientos francos, se los devolvió al padre y le ordenó a éste que se llevara las botellas. A continuación amenazó al contraestre y al capataz con denunciarles al capitán por traficar en el barco con medicinas si decían una sola palabra de lo sucedido, y nos replegamos para salir.

Todo habría salido bien si el contraestre se hubiese resignado a perder sus dos botellas de suero, pero ese hombre gordo, con la cara congestionada y los ojos inyectados en sangre, renco de los dos remos, sacó un cuchillo, como los piratas de las novelas, y se lanzó contra Lechner. Éste ni se inmutó y le disparó a bocajarro, luego se apartó a un lado, para que el cuerpo de aquel gordinflón no le cayera encima. El disparo dejó en el aire el eco de su interrogación. El capataz trató de salir huyendo. Lechner le advirtió que si se movía le metía también a él una bala en la cabeza y le ordenó que nos llevase de inmediato donde guardaban el alijo de las medicinas, porque iba a coger todas las que considerara necesario. A lo primero el capataz negó con obstinación que supiese nada de todo eso, pero en cuanto vio que Lechner le amenazaba con la pistola, buscó en el cuerpo tendido del contraestre un manojo de llaves y dijo que le siguiéramos.

Al lado mismo de las camaretas de oficiales, a menos de cuatro metros de donde estábamos, hay una puerta con un volante. Metió la llave, giró el volante y entramos en una cámara de unos quince o veinte metros cuadrados. Había en ella estantes llenos de gasas, botellas de alcohol, instrumental quirúrgico, agujas, jeringuillas y toda clase de medicinas etiquetadas y precintadas. Era una verdadera farmacia. Pero no paraba ahí la cosa, porque desde esa cámara se pasaba a otra, más

espaciosa, donde descubrimos conservas, víveres y equipos de ropa suficientes como para alimentar y proveer a medio *Sinaia*. Todo el matalotaje.

Lechner me ordenó que corriese a buscar a la Sra. Ulloa y a los del SERE. Desperté y acompañé a éstos a donde estaba Lechner, y luego fui a buscar a la Sra. Ulloa.

No abrió del todo la puerta, como una persona que oculta algo o a alguien, y a través de la rendija me preguntó con un tono desagradable qué es lo que pasaba tan grave para que se la despertase a esas horas. Cerró la puerta y salió a los dos minutos, vestida con una bata.

Más que guapa, es elegante, ya he dicho que todos los días lleva un vestido diferente y zapatos distintos. Está en el tipo de mujer artistizante. Me han dicho que su marido es artista pintor. Quizá le venga de eso. Le gusta estar rodeada de hombres. Se peina y se pinta los labios como una artista del cine. Con el pelo sin peinar, recién levantada de la cama, parecía una leona furiosa. Dijo de una manera seca, llévame a donde tú dices que hay tantos víveres.

Nos encontramos a Lechner tranquilo, apuntando con la pistola al marinero francés y fumándose un cigarrillo, con la espalda apoyada en la pared. Los del SERE, Traba y uno que se llama Severo, no decían nada tampoco. Cuando entró la Sra. Ulloa, Lechner ni siquiera la saludó. Luego, ordenó al capataz que relatase lo sucedido, sin omitir detalle. ¿Dónde está el contraamaestre?, preguntó la Sra. Ulloa con un tono autoritario, de quien ya quería tomar las riendas del asunto. Entonces Lechner le preguntó de una manera brusca si no le decía nada todo aquello, y le señaló el pañol de las medicinas y la puerta del fondo donde estaba la comida y los equipos, la ropa nueva...

La Sra. Ulloa le trató de usted, por primera vez. Le dijo, ¿a qué se refiere usted? Nunca lo hace con nadie, y menos con un hombre joven. Lechner le respondió sin inmutarse, también de usted. Le dijo, usted sabe perfectamente que los víveres, medicinas y ropa comprados por el Comité británico desaparecieron antes de zarpar. Al Comité del SERE se le dijo que ni siquiera lo habían cargado a bordo. Hemos estado comiendo en botes y platos viejos que traía la gente consigo porque no teníamos platos, y ahí dentro hay más de quinientas gavetas nuevas. No teníamos medicinas, se dijo que se habían acabado apenas zarpamos, porque el barco está lleno de enfermos, y nos encontramos que hay aquí medicinas como para todo el ejército; los que venían directamente de los campos no traían ropa, y se nos aseguró que la ropa enviada desde Inglaterra ni siquiera había llegado a Francia. A cada uno de nosotros se nos entregaría al subir al barco un juego de sábanas limpias, pero la mayoría estamos durmiendo sobre jergones pestilentes y viejos llenos de pulgas.

En un primer momento la Sra. Ulloa dio incluso dos o tres voces, alegando que ella no sabía nada de todo aque llo, que qué estaba Lechner insinuando, y a continuación se puso a llorar, en una crisis nerviosa. Son las conocidas armas de la mujer.

Hay que llamar al capitán, sugirió Traba. Lechner se sumó a esa iniciativa. Cuando iba a ganar la puerta, para salir a llamarle, a la Sra. Ulloa se le pasó la llantina como por ensalmo, y dijo, casi gritó, no, es a mí a quien compete avisar al capitán.

Y salió de allí a escape.

Lo primero que dijo el capitán, al ver a Lechner, fue que le entregara la pistola, y que era un delito gravísimo llevar armas a bordo, y que podría ser acusado de sedición y no sé cuántas cosas más. Lechner preguntó con todo el cinismo que de qué pistola hablaba. La contestación de Lechner sacó de sus casillas al capitán, que empezó a insultarnos a todos, diciendo que ya sabía él que no tenía que haber aceptado llevar en su barco a una partida de asesinos y de ladrones... En menos de cinco minutos aquello se convirtió en una escena de comedia, en la que todos gritaban y todos se acusaban. Lechner les escuchaba en silencio. Hasta que se hartó, echó mano otra vez de la pistola, y apuntó con ella al capitán. Dijo, basta. Fue como un calmante. Al ver que Lechner les encañonaba, dejaron de gritar. Vamos a hacer lo siguiente, si le parece, capitán, le ordenó. Ahí al lado, en una de las camaretas de oficiales, está el cadáver del contraamaestre, que era un ladrón y un sinvergüenza, pero no más que usted. Ha muerto porque además de ladrón era estúpido. Si usted no es estúpido, no le pasará nada. Así que vamos a ir a la camareta, sacaremos el cuerpo, lo tiraremos al mar y usted contará mañana a sus oficiales y a los marineros que el contraamaestre, borracho, se cayó por la borda. Y se lo creerán, y si no se lo creen, tanto peor para ellos. Usted nombra otro contraamaestre, y aquí no ha pasado nada. Y le voy a decir por qué lo va a hacer usted. Porque si no,

al llegar a Veracruz, le denunciaré a usted y a la Sra. Ulloa de haber robado a la expedición de Refugiados, que es lo mismo que haber robado a la República española. Podrá decir que usted no sabía nada de esto, pero es usted el capitán y va a ser difícil que le crean cuando diga que no sabía que víveres, medicinas y ropa en cantidades tan considerables escaparon a su control. En cuanto a usted, Sra. Ulloa, no sé si es o no cómplice de este sinvergüenza...

Al llegar a este punto, la Sra. Ulloa, en una nueva crisis de nervios, rompió a llorar de la manera más desconsolada, lo que propició la intervención de Traba, que salió como un verdadero caballero español al quite, empeñando su palabra, la del Comité de Refugiados españoles y la de la mismísima República española, para sostener que aquella señora era una dama y que jamás la creerían capaz de una cosa tan ignominiosa como aquélla...

Ya digo que no sé si es usted o no cómplice, repitió Lechner; pero no va a decir nada tampoco, porque lo más probable es que nadie la creyera, ya que su obligación en Francia era que tal cargamento llegara a sus manos y de sus manos pasara a las nuestras. Si le parece, podemos avisar a los del Comité británico...

Y aquí creo que Lechner estuvo genial. Fue un gran golpe, porque se dirigió a mí, como a un lugarteniente, y me ordenó ir a avisar a los ingleses. Se refería a los del Comité británico. Fue providencial. Saltó el capitán: no es necesario, por la paz del barco, no convienen los escándalos, que pondrían en serias dificultades un desembarco feliz en México. Todo sea, concedió, por el elemento refugiado.

La Sra. Ulloa se enjugó una lágrima, los del SERE miraron a Lechner, para saber qué es lo que tenían que hacer, el capataz y yo estábamos de comparsas, y el capitán jugó sus cartas con habilidad. Ha sido un viaje muy accidentado, empezó diciendo. Pueden creerme (y dio un par de cabezadas, una en dirección de los del SERE y otra para la Sra. Ulloa, que estaba a su lado), deben creerme, enfatizó, que todo esto sucedía completamente a mis espaldas. Ha sido, reconozcámoslo, una travesía desafortunada. Nos enfrentamos ahora a la posibilidad de que al llegar a Veracruz declaren el barco en cuarentena como consecuencia de los brotes de meningitis que hemos padecido, si llegáramos a informar a las autoridades sanitarias mexicanas, como sería nuestro deber...

El capitán, como en el mus, le insinuaba a la Sra. Ulloa, hasta usted, querida. Ésta, ya repuesta de su crisis nerviosa, dijo que era para ella muy doloroso empañar el alto ejemplo de organización y civismo demostrado en la expedición con aquellos lamentables sucesos, pero que consideraba que por encima de ellos estaba el buen nombre de México y el buen nombre de España y...

Nos echó un discursito de diez minutos, porque para hablar bien no se pinta nadie mejor que ella, con su verbo florido y sus frases que se dan la vuelta como las pescadillas.

Antes de arrojar el cuerpo del contraamaestre al mar, le atamos a los pies tres metros de una cadena de gruesos eslabones de hierro. A continuación Lechner, que había guardado la pistola en el cinto, la lanzó al agua.

No se dirá nada al Comité británico sobre el incidente. Sobre las medicinas, el capitán las pone en manos de los médicos españoles, que podrán hacer uso de ellas hasta que se llegue a Veracruz, y al llegar a este puerto, se desembarcarán, al igual que todo el cargamento, para ponerlo a disposición del Comité de Refugiados. Los del SERE, viendo los casos de extrema necesidad que se viven a bordo, sugerían hacer un reparto de ropas, pero se desestimó, porque muchos se preguntarían por qué razón el reparto se producía al término de la travesía, y no al principio.

Traba y los del SERE se quedaron hablando con Lechner y conmigo. Insistieron en que para ellos la Sra. Ulloa es una gran dirigente y una comunista ejemplar, y están convencidos de que ha sido su juventud y su inexperiencia las que han propiciado estos latrocinios.

Por la tarde ha venido el padre del chico enfermo a darnos las gracias. El chico está mejor. Nos dijo con gran secretismo que ya habían hablado con él los del SERE. Podíamos confiar en él, no dirá una palabra a nadie.

Ha habido otro alumbramiento. Es el cuarto niño que nace en el barco. A la niña que nació le han puesto el nombre de la Sra. Ulloa. No sé por qué ese tipo de gestos, un poco serviles, me parecen repulsivos. Me parece más bonito lo del otro día, que a la niña que nació le pusieron el nombre del

barco. Éste, desde mi punto de vista, tiene más sentido, aunque sea el del palacio de una reina, y nosotros seamos republicanos.

Por la noche se hizo una verbena. Subimos a la toldilla de popa. Había gran animación. La orquesta tocaba chotis, y bailaban los niños, los mozos, mucha gente. Era gracioso ver a los niños de cinco y seis años bailando entre ellos, con qué seriedad, mirando por el rabillo del ojo a los mayores.

En la toldilla nos encontramos con Clara, que bailaba con Almada. Bailaban muy agarrados y cariñosos. Lechner y yo les mirábamos apoyados en el pasamanos. A lo primero no nos vieron, y eso que el capitán ha dado permiso para encender todas las luces del barco, incluso las cadenas verbeneras. Después de lo del alijo descubierto, está como un guante y ahora todo son mieles, dispendios, chirimías.

Cuando Clara nos descubrió, me pareció que hizo un movimiento brusco. A lo mejor esto son también suposiciones mías.

Almada, que es tan triste, se mostró alegre. Habló de proyectos. Clara es profesora de piano. Dará clases. Hablamos de México. Clara estaba muy pendiente de Almada. Quizá se hayan arreglado.

El que parecía mustio era Lechner. Empezó a tocar de nuevo la orquesta. La gente ahora está mucho más contenta que al principio. En la verbena se notaba. Eran las doce y media y nadie quería marcharse a dormir.

Incluso yo eché un baile con Clara. Me dijo, ven a bailar. Yo no quería, porque ese baile no significaba lo mismo para mí que para ella, pero dije que sí, porque sabía que lo hacía para sacar a continuación a Lechner. Mientras bailamos, no me preguntó nada ni yo hablé tampoco. Me rozaba apenas con el vestido. Ni siquiera me miraba, tenía los ojos puestos en el horizonte. Se dejaba llevar como una muñeca bailarina. Notaba su mano sobre la mía, y la mía se llenó de sudor y esto de qué modo me mortificó. En un momento únicamente me preocupé de esto, quería que cesara de sudar, toda mi atención estaba puesta en mi mano, quería que terminase aquel suplicio. Acabó ese baile, y sacó, como imaginaba, a Lechner. Me quedé al lado de Almada. Les vimos evolucionar en la pequeña pista. Tocó la orquesta un bolero que cantaba Leré Gaitán en el Maravillas. Conchita Madrid, que es la que ha cantado estos días, no es la Gaitán, pero tampoco canta tan mal como la gente ha dicho.

Fue la última pieza de la noche. El viento cálido y húmedo que había estado soplando durante la mañana y la tarde se remansó, y sólo dejó constancia de su presencia en las bombillas encendidas de las guirnaldas, que chocaban unas con otras produciendo unos delicados chasquidos, submarinos e irreales.

*Cuando silenciosa
la noche misteriosa
envuelve con su manto la ciudad,
el eco de tu voz
lo escucho junto a mí
y siento que es mayor mi soledad.*

Los niños correteaban de un lado para otro, las mujeres bailaban entre sí, hacían bromas, los hombres se mostraban toscamente caballerosos con ellas.

Clara y Lechner seguían bailando. Clara se había abrazado a su pareja. Lechner es un bailarín consumado. Almada, de repente, va y me dice, algunos hombres no seríamos nada sin una mujer. Lo decía por Clara, pero me pareció descubrir un fondo de tristeza y desilusión en esas palabras. ¿Tú sabes lo que me mantiene vivo todavía?, me preguntó. Clara. He perdido una guerra y he sobrevivido, pero si la perdiese a ella, me moriría.

La canción seguía su curso.

*A mí mente acuden
recuerdos de otros tiempos
y todo se hace oscuro para mí,
me falla el corazón
y pierdo la razón
sintiendo ya la angustia de morir.*

*El pasado me atormenta,
imposible es olvidar,
quiero de mi mente alejar la visión,
pero más la vuelvo a recordar.*

Los pasos de baile alejaron a la pareja hasta la borda contraria a donde estábamos sentados Almada y yo. Clara llevaba un vestido blanco, el suyo, con lunares azules, que fosforescían. En brazos de Lechner parecía que podía quebrarse. Almada se levantó y me dijo, vuelvo ahora. Clara se dio cuenta de la huida de Almada, se acercó a Lechner, le dijo unas confidencias pegando los labios a su oreja, y se abrazó a él. Siguieron bailando sin hablarse.

La canción volvía sobre sí misma con sus olas negras, deshaciéndose en una espuma triste y sombría. Olas silenciosas y muertas que llegaban al corazón como a una playa oscura.

*El pasado me atormenta
imposible es olvidar
quiero de mi mente alejar la visión
pero más la vuelvo a recordar.
Cuando silenciosa
la noche misteriosa
envuelve con su manto la ciudad,
el eco de tu voz lo escucho junto a mí
y siento que es mayor mi soledad.*

Clara buscó su pañuelo, sin dejar de bailar. Se enjugó con disimulo una lágrima. El eco de la palabra soledad quedó flotando sobre todos.

Llegaron hasta donde yo les aguardaba. Le expliqué a Clara que Almada iba a volver. No quiso esperarle, y se fue tras él.

12 de junio

Llegaremos mañana a Veracruz. Hoy a medianoche, nos han anunciado, se verá el faro de Veracruz. Con ese motivo se ha organizado otra verbena.

El pasado me atormenta, imposible es olvidar. Quiero de mi mente alejar la visión, pero más la vuelvo a recordar.

Lechner se ha despedido para siempre de Clara y ésta se ha echado a llorar. Volverá con Almada.

Son las once y media y hace ya una hora nos avisaron que se veían las luces del faro de Veracruz. Han hecho sonar las sirenas. Ha subido todo el pasaje a cubierta. La gente está alegre. La orquesta toca desde las diez. Se distingue perfectamente el haz de luces, marcando el cielo tenebroso con un aspa.

(Fin del diario de justo García)

EPÍLOGO

En abril de 1997 viajé a México D. F., con el fin de visitar a Estrella García Zabala, hija de Justo García, que nos acogió con amabilidad extrema. Después de la última anotación de éste transcrita aquí, siguen aún treinta y dos páginas escritas en México. De las treinta y dos, veinticinco pertenecen al año 1939 y el resto, o sea, siete, a 1940. Todas ellas son anotaciones telegráficas, en contraste con el tono de todo lo demás, y el libro en el que se han hecho se utilizó incluso como listín telefónico y directorio, así como asiento de contabilidad para las pequeñas economías.

Durante los siete días que permanecemos en México nos dio abundantes noticias de su padre, como es lógico, y valdría la pena completar la peripecia vital y espiritual de ese hombre, que nos ha dejado un documento único y extraordinario.

Después de unos meses de incertidumbre, justo García logró emplearse en la editorial del Colegio de España, de allí pasó a Tezontle y de ésta a Joaquín Mortiz, hasta que se jubiló.

Según Estrella, su padre, al igual que muchos otros exiliados, jamás superó la separación de España, donde vivían sus hermanas. Regresó por primera vez aquí en 1963, con el objeto de organizar su vuelta definitiva cuando se jubilara. Ocurrió esto en 1975. A la alegría de los preparativos vino a sumarse la alegría por la muerte de Franco, pero un cáncer segó, siete meses después, en 1976, la que fue durante todos los años del exilio su mayor ilusión, la del regreso.

Los propósitos que Justo García declaraba en su diario de emprender una nueva vida y no volver sobre el pasado, no se cumplieron, y se entregó, como tantos, al doloroso ejercicio de la memoria, como prueba el hecho de que durante todos esos años acopiara un número ingente de libros sobre la guerra civil, periódicos y revistas del exilio, así como diversas publicaciones y documentación relacionada con la Unión General de Trabajadores, en cuyo sindicato de Artes Gráficas nunca dejó de militar. Todo ese fondo documental es el que su viuda, siguiendo el deseo expreso del propio Justo García, acabó donando a su muerte, en 1988, a la Fundación Pablo Iglesias, al igual que han hecho otros muchos exiliados y estudiosos.

Entre los recuerdos que Estrella conservaba de su padre, se encontraban cinco o seis conchas que él había recogido en el campo de Saint Cyprien, y una caracola, en la que con seguridad se oye aún el estrépito de aquel frío mar y el mudo relato de aquella negra historia de guerra y exilio.

Según su hija, Justo García fue un hombre llamativamente taciturno y bondadoso, enamorado como un adolescente de su madre hasta el mismo día de su muerte. Se casó en 1947 con Clara Zabala, poco después de que ésta enviudara de Almada. Adoraba a sus hermanas, con las que jamás interrumpió el contacto (en Madrid vive aún

Conchita, con noventa años), y le llenó de dolor la noticia de la muerte de su madre en 1949. No obstante su amor por España y su permanente deseo de regresar a su patria, se integró pronto en la vida mexicana y mostró gran lealtad hacia esa tierra y hacia el presidente Cárdenas, figura por la que llegó a sentir una veneración sólo compartida en él por el fundador del Partido Socialista Obrero Español.

En cuanto a Thomas Lechner, el otro gran protagonista de estas páginas, volvió a Francia a poco de llegar a México, al comienzo de la guerra europea, y se integró en una unidad guerrillera de la resistencia. Murió fusilado por los alemanes en Lille en 1944 y Estrella conserva al menos dos tarjetas postales enviadas por él desde París a su padre. Cuando se habló de Lechner, Estrella se refirió siempre al «tío Tom», del que naturalmente sólo conserva en su memoria las cosas que de él oyó referir a sus padres. Cosa rara, pero no del todo imprevisible: Estrella ni tenía conocimiento del diario de su padre ni, como es de suponer, lo había leído. Cuando lo hizo, en la copia que yo le facilité, me escribió una carta que hace de ella la hija de la que se enorgullecerían Clara y Justo. Es imposible hallar en nadie más amor ni más respeto por las vidas ajenas y por la vida.

En mi propio diario se cuenta ese viaje a México, así como la visita a la hermana de Justo García en Madrid. Las vidas, sí, son como una galería de espejos, incluso cuando se tornan tan literarias. No sé cómo, pero tenía entonces la impresión, y la sigo teniendo, de que las nuestras de ahora, menos heroicas, se elevaban en contacto con las de aquellos otros que lucharon por ideales que siguen siendo, en medio de todo, justos y hermosos.

A. T.

Madrid, primavera del 2000